Arquitecturas regionales españolas

Fernando García Mercadal

Este libro "Arquitecturas regionales españolas" (Ed. por la Consejería de Cultura, Deportes y Turismo de la Comunidad de Madrid), junto con el de "La casa mediterránea" (Ed. por la Dirección General de Bellas Artes y Archivos del Ministerio de Cultura) y el de "F. G. M., un arquitecto aproximativo" (Ed. por el Colegio Oficial de Arquitectos de Madrid, C.O.A.M.), constituye el conjunto de publicaciones de la exposición-homenaje al arquitecto Joaquín García Mercadal, que se inicia en el Museo Español de Arte Contemporáneo de Madrid en otoño de 1984.

Arquitecturas regionales españolas

Fernando García Mercadal

Biblioteca virtual

Esta versión forma parte de la Biblioteca Virtual de la **Comunidad de Madrid** y las condiciones de su distribución y difusión se encuentran amparadas por el marco legal de la misma.

www.madrid.org/publicamadrid

Comunidad de Madrid
Consejería de Cultura, Deportes y Turismo
DIRECCION GENERAL DE CULTURA

Indice

	Págs.
Presentación	7
A modo de introducción	9
Introducción al estudio de las arquitecturas regionales españolas	13
La arquitectura levantina en el Reino de Valencia	21
Arquitectura alicantina	33
La arquitectura regional murciana	38
La arquitectura regional catalana	41
La arquitectura menorquina	47
La arquitectura gallega	51
Arquitectura regional asturiana	61
La arquitectura montañesa. Cantabria	67
Arquitectura regional vasco-navarra	77
Arquitectura regional aragonesa	85
Arquitectura regional soriana	93
Cuenca	101
Arquitectura manchega	105
La arquitectura regional extremeña	117
Arquitectura regional andaluza	123
Bibliografía	133
Biografía de F. García Mercadal	139
Ficha técnica	144

Representa para la Comunidad de Madrid un privilegio poder rendir homenaje a una personalidad como la del arquitecto Fernando García Mercadal, que ocupa por derecho propio un puesto relevante en la moderna cultura española.

Con la nueva edición de sus "Arquitecturas Regionales Españolas", notablemente aumentada desde su primera publicación, tras muchos años de actividad y curiosidad inagotables, queremos contribuir a difundir la lección que nos brinda este artista estudioso, que ha sabido articular su destacado protagonismo en la vanguardia del movimiento moderno internacional, con la justa valoración de la inmensa riqueza y el magisterio que ofrece el complejo universo de las arquitecturas vernáculas de nuestro país.

En momentos en los que las señas de identidad ocupan el primer plano de muchas inquietudes, tratando de ser, a veces, utilizadas para intentar reconstruir formas regresivas de cantonalismos, es bueno saber que en ellas se encuentran también, en germen, los proyectos de futuro, si se saben contemplar con inteligencia y generosidad.

José Luis García Alonso,
Consejero de Cultura, Deportes y Turismo

La necesidad de una revisión retrospectiva de la obra de Fernando García Mercadal era una cuestión obvia desde el conocimiento de su complejidad e importancia histórica.

Su trayectoria creativa desde su proyecto de "Casa del Fauno en Pompeya" como pensionado en Roma, cubre un amplio panorama, incluida su obra clave del "Rincón de Goya en Zaragoza", para la comprensión del racionalismo arquitectónico español.

García Mercadal es, además, una figura ligada de forma fundamental a la existencia de la vanguardia madrileña, lo que justifica, por si hubiera algún tipo de duda, la presencia de la Comunidad de Madrid, en esta importante exposición, que si es también un homenaje inaplazable, es sobre todo una revisión necesaria de la obra creativa y teórica de un hombre que lo merece por su lugar en la historia de la cultura y por sus cualidades humanas.

Madrid, octubre 1984

Juan Miguel Hernández León,
Director General de Cultura

A modo de introducción

No me sorprendería, más bien me parecería natural y lógico, que más de uno preguntase, ¿a qué vienen estos croquis, estas fotos y estos textos deshilvanados? Todo tiene su historia, aunque en este caso sea tan modesta, como pequeña e intrascendente, como su remoto origen.

Ningún esfuerzo me exigirá recordarla y resumirla, si es cierto que recordar es volver a vivir. Desde siempre he carecido de memoria, ya que nada he olvidado.

Me refiero a un pasado próximo, de tan sólo unos sesenta y tres años, cuando Bleriot cruzó el Canal de la Mancha en treinta y un minutos a una velocidad de sesenta kilómetros a la hora, hito indudable en la Historia de la Humanidad. Desde entonces no han parado, y siguen alocadamente corriendo, incluso los que no van a ninguna parte.

En la calle de los Estudios, al lado del Instituto de San Isidro y de la Catedral, un pequeño y vetusto edificio daba cobijo a la «Escuela de Arquitectura», una de las dos únicas del país, hoy creo que son nueve, la otra estaba en Barcelona. De éstas salían cada año los arquitectos que la nación necesitaba, en su mayor parte provincianos, que se dispersaban a sus provincias, en las que habían nacido. Otros se quedaban en Madrid, o iban y venían a la Corte, como Zuazo y Fernández Quintanilla, desde Bilbao y Santander, que figuraron pronto entre los primeros, cultivadores brillantes, en sus comienzos, de las arquitecturas regionales, gentes del Norte todos éstos, como los Otamendi, Anasagasti,Muguruza y Pascual Bravo, aragonés, como Regino Borobio.

Todos pertenecían a una burguesía acomodada, como entonces se la conocía.

El hecho repetido no constituía un problema social, y pasaba desapercibido.

Nuestras Escuelas, juntamente con las de Ingenieros de Caminos, Minas, Agrónomos, Montes, Navales e Industriales, se las conocía como «Escuelas Especiales», con una antigüedad de un siglo escaso.

En estas «Escuelas», no universitarias, el ingreso era difícil obstáculo, sensato rasero, para evitar una excesiva producción de técnicos, sin empleo, con sus brillantes títulos debajo del brazo.

Eramos pocos en la calle de los Estudios, cuándo la Primera Guerra Mundial, la del 14 al 18, vino a perturbar, y desbaratar, la Europa feliz de la «Belle-Epoque». En la escuela unos eramos aliadófilos y otros germanófilos, otros no eran ni una cosa, ni otra, indiferentes.

De unos cien aspirantes al ingreso, treinta lo más, conseguían saltar el obstáculo. El año 21, ya ingresados, tras seis de estudios, terminamos 20, que parecieron demasiados a todos, debido a que los terminados el año anterior habían sido la mitad.

El selecto profesorado lo formaban algunos de los arquitectos, casi todos académicos, más renombrados, al Servicio del Estado, como: Don Ricardo Velázquez Bosco, Don Vicente Lampérez y Romea, Don Manual Aníbal Alvarez, Don Juan Moya Idígoras, Don Manuel Zabala, Don F. Javier Luque, etc., prestigiosos todos, más o menos exigentes, distantes también, respetados y queridos.

Don Vicente había publicado, en 1909, su «Historia de la Arquitectura Cristiana Española en la Edad Media», y en 1922, su «Historia de la Arquitectura Civil Española», dos magníficos tomos, obras no superadas aún.

En el prólogo de esta última decía: «Este libro no es una historia. Es un tema sobradamente extenso, y está demasiado virgen para tratar de abacarlo con amplitud, que tan alto nombre requiere...» «Tampoco pretende este libro ser un *inventario* de la riqueza monumental española, faltos aún de tratados regionales sobre la materia, no podemos siquiera intentarlo».

Sus clases eran atractivas, ya que ponía en sus explicaciones entusiasmo y pasión.

Don Vicente era nuestro Viollet le Duc.

Entre sus seguidores, figuraban Loredo, Calzada, Canosa, Torres Balbás y, actualmente destacado, F. Chueca Goitia, recientemente jubilado.

La enseñanza entonces giraba en torno a los dibujos; el mayor obstáculo del ingreso era la *«Estatua»*, la copia, a buen tamaño, de reproducciones en yeso de modelos clásicos, griegos o romanos, y el de los *Cachos*, así llamados, copia de fragmentos arquitectónicos, de igual origen, «lavados» con tinta china, como se hacía en todas las Escuelas de Bellas Artes europeas de la época.

Todo esto empezó a evolucionar lentamente, el virtuoso del dibujo iba pasando de moda. La Arquitectura era algo más que una de las Bellas Artes. De ahí los croquis que exponemos, fruto de esa transición, que coincidió con la llegada a nuestra Escuela de algunos jóvenes profesores, de las enseñanzas, conocidas entonces como artísticas.

Creo llegaron por este orden: Don Antonio Florez y Urdapilleta, que era todo un artista, tras él apareció Don Teodoro de Anasagasti. Los dos procedían de Roma, y la Europa. La Real Academia de Bellas Artes, del Gianícolo, y los cuatro años de libertad, les habían sentando admirablemente, no habían perdido su tiempo y nos trajeron, sin duda, aires del mundo civilizado.

La eventual interinidad del paso por la escuela de Don Antonio Palacios, que ya había culminado varias de sus grandes obras, en Madrid, y del noble enfrentamiento con Anasagasti, marcó una época.

Don Modesto López Otero y Don Pedro Muguruza Otaño, los siguieron. Suerte tuvimos los alumnos que fuimos espectadores

de aquellos encuentros. Fue un momento crucial para nuestra Escuela y para sus enseñanzas.

Don Teodoro, profesor de nuestro «Primer Curso de Proyectos», humanizó, actualizó y modernizó el modo de enseñar. Sus alumnos eramos sus amigos y con él visitábamos, una y otra vez, los históricos alrededores de la capital: Toledo, Avila, Segovia, El Escorial, etc., en pequeños grupos, provistos de lápices y cuadernos de dibujo, donde anotar lo que nos gustaba, impresionaba o atraía.

No nos encarábamos con los monumentos, ni góticos, ni románicos, ni menos barrocos. La «Arquitectura civil», que Lampérez había tan magistralmente historiado y ordenado, era nuestro principal modelo, incluso la popular, tan característica y distinta de unas regiones a otras.

La arquitectura, sin arquitectos, humilde, sobre la que, en todos los países, en los últimos años se han multiplicado los estudios como puede verse en la Bibliografía que acompaña a este estudio.

Aquellas excursiones con Anasagasti, vasco notable, recién llegado, rodeado de una justa aureola de artista, y sus charlas, como camaradas, estimulaban nuestras aficiones, tanto, que aún nos dura su influencia y la creencia que las regiones existen, y sus arquitecturas deben de ser estudiadas. El dibujaba a nuestro lado con trazo muy personal, de arquitecto artista, culto, apasionado lo que fue siempre hasta su prematuro fin. Todos le lloramos y los supervivientes le recordamos.

La caligrafía, ni se cuidaba, ni se cuida, en la enseñanza primaria, lo cual creemos es un grave error. El buen arquitecto, generalmente escribe claro y conserva la horizontalidad de las líneas, como si llevase dentro de sí la plomada y la escuadra.

El lápiz, el dibujo, su trazo sencillo y claro, es nuestra herramienta eficaz, no sólo para cultivarnos una memoria gráfica, que nos facilite almacenar imágenes y expresarnos en las obras, sobre sus enlucidos o blanqueos, gráficamente, a nuestros colaboradores, encargados y obreros.

No se trataba de hacer en aquellas excursiones dibujitos para enseñarlos y presumir de artistas, nada de eso, los croquis eran claros, rápidos, a veces en pocos minuto, e íbamos, de un lado a otro, paseando. Los comentarios y el mostrar a otros los resultados de nuestro tan entretenido pasar el tiempo, sin mentar el ocio como hoy, eran a la hora de almorzar o en el tren de regreso.

Era nuevo también que Anasagasti nos llevase a ver sus obras en construcción. El tenía tiempo para todo, de horarios ni de horas lectivas, no se hablaba entonces. Sus modos, su pedagogía del dibujo y del proyectar, fueron originales y eficaces, incluso escribió, en «Labor», un original tratado de perspectiva.

Continuamos haciendo croquis toda nuestra vida profesional. Como prueba, de juvenil audacia, destacaré entre estas líneas, dos croquis de mi primer viaje a Italia el año 1921, de una vista de Florencia, nada menos, y de la famosa plaza de Padua, que los amigos de nuestra «Revista» publicaron juntamente con unas impresiones viajeras. ¡Han pasado sesenta años!

La palabra «croquis», que aparece en estas líneas, me hace recordar el álbum así titulado «CROQUIS» (1958) del gran arquitecto francés, Albert Laprade, destinado a Marruecos, junto a Lyantey, tras de ser gravemente herido en 1915. No resisto a reproducir dos de sus 100 magistrales páginas, dedicadas a Maroc, Portugal y España. ¡Eso sí que es dibujar!

En cuanto a dibujantes salidos de la calle de los Estudios, entre tantos buenos, especial mención merecen Pedro Muguruza Otaño, con sus asombrosos dibujos que nadie igualó y mucho después, siguiendo sus huellas, Felipe Heredero, de los que aquí reproducimos algunos.

Luis Menéndez Pidal, Agustín Aguirre y Regino Borobio fueron magníficos arquitectos y extraordinarios dibujantes. El uno en su Asturias y Extremadura dejó muestras de su valor, el otro se entregó de lleno a la Ciudad Universitaria y Regino dejó brillante estela en Aragón renovando la arquitectura regional.

Luis Moya, de la estirpe de los Moya, iniciada por Don Juan, su tío Emilio, su primo Ramiro y su hermano Juan, su tío Emilio, su primo Ramiro, su hermano aparece después con su destacada personalidad por todos reconocida.

El Colegio de Arquitectos, tan digno de unánimes elogios, debía de recoger, en bellos libros, la obra de estos colegas. La de Moya está en prensa. Muy brillante realidad la de Gutiérrez Soto.

Todo lo aquí expuesto es, en buena parte, un inesperado trabajo colectivo, de muy diversos amigos y colegas, que en su mayoría nos contemplan desde un mundo mejor, a los que recordamos y rendimos homenaje.

«Materiales de construcción» de un libro siempre inacabado, hoy más que nunca de actualidad, sobre nuestras *«Arquitecturas Regionales»*, tan ricas como variadas, características de nuestros pueblos y ciudades, notables escritores, en sus obras, nos ayudaron a descubrir, amar y comprender.

Sus atractivos, sus encantos, tienden a desaparecer de nuestra geografía patria, que tratamos hoy a nuestra manera poner en valor y defender, apoyados por el Ministerio de Cultura que con tanto celo cuida hoy del Patrimonio Artístico Nacional.

Abril 1981

PARTÍCIPES CON MI GRATITUD

— Julio Caro Baroja, maestro de todos.
— Myron Goldfinger y Bernard Rudofsky.
— Luis Bello, como Costa, profeta y luchador.
— Pablo Gutiérrez Moreno, entusiasta e incansable propagandista.
— Leonardo Rucabado y sus seguidores, en su Cantabria.
— Alfredo Baeschlin, suizo, descubridor de lo vasco e ibicenco.
— Teodoro de Anasagasti, Leopoldo Torres Balbás y Emilio Moya, ejemplares profesores.
— Luis Menéndez Pidal, Paulino Vicente y Vallaure, ilustres ovetenses.

— Pedro Muguruza Otaño y Felipe Heredero
— Joaquín Irizar y Luis Vallet, pioneros vascos.
— Los Yarnoz, los Fernández Balbuena (Gustavo y Roberto), los Borobios, los Cárdenas.
— Fernando Urrutia, J. M. de Gana.
— Carlos de Miguel, sus 25 años de R.A., sus «Plazas y Plazuelas» y su «Barrio de Salamanca».
— José Luis Fernández del Amo y sus ejemplares Poblados.
— Casto Fernández Shaw y sus «Cortijos y Rascacielos», González Edo, estudioso de Málaga, y González Valcárcel, conocido por sus aciertos en España y América.
— Francisco Solana San Martín, el valeroso, y José M.ªRivas Eulate, fraternal compañero.
— Luis Martínez Feduchi, su equipo y sus «Itinerarios».
— Fernando Zobel (Cuenca), modelo de mecenas.
— Carlos Flores y su asombrosa obra.
— Efrén y José Luis García Fernández (La España Dibujada).
— Rafael Chanes - Ximena Vicente (La Alberca y Madrid).
— Francisco de Seijo (Alicante).
— Doctores Cardus y Lasierra (Alto Aragón y Vinuesa).
— El «Museo de Arte y Tradiciones Populares», de la Universidad Autónoma de Madrid, obra ejemplar del mecenazgo de su Directora Guadalupe González Hontoria de Allende Salazar y su revista «NARRIA».
— Colegios de Arquitectos y sus Comisiones de Cultura.
— Diputaciones provinciales (magnífico el servicio fotográfico de Alicante), Cajas de Ahorros, Ayuntamientos.
— Ministerio de la Vivienda, etc.
— Editores Espasa-Calpe, Aguilar, Gustavo Gili, H. Blume, Turner, «TSERTOA».
— Mis entrañables colaboradores Ganga, Zapata, Barros, Sierro, Monsell, Lucía y María Isabel.

Introducción al estudio de las arquitecturas regionales españolas

De las arquitecturas populares españolas vengo ocupándome desde mis lejanos tiempos de estudiante, y en estos momentos cruciales resulta de singular interés y de la máxima actualidad, al proponerse los poderes públicos reconocer la personalidad de nuestras regiones geográficas, que llevará consigo, confiamos, una cierta descentralización, que siempre habíamos deseado.

El interés por el tema no es nuevo, pero tampoco demasiado antiguo, e intentaré, de un modo ordenado, exponer sus antecedentes y fuentes de estudio, haciendo un poco de historia.

En el *Primer Salón de Arquitectura* organizado en Madrid por la *Sociedad Central de Arquitectos en 1911,* una de sus salas fue dedicada a la obra de Leonardo Rucabado, ingeniero y arquitecto, y a su «Arquitectura montañesa». Este ilustre santanderino fue quien primero estudió la *arquitectura de su región,* llevada a sus numerosas, obras *«Casas palacios»* de su rica clientela, creando escuela, en el sentido de su apoyo en la arquitectura tradicional, sana tendencia que se extendió por entonces a las provincias Vasco-Navarras, Alava, Asturias y Galicia, la España lluviosa.

En Madrid construyó Rucabado el pequeño y cuidado edificio, ocupado hoy por el «Credit Lyonnais» en las Cuatro Calles, en el que acumuló elementos montañeses, un verdadero muestrario como para cuatro edificios, creo no llegó a verle terminado.

Las Exposiciones, *Hispano-Francesa,* de Zaragoza en 1908, *Regional de Valencia,* en 1919, se apoyaron sus edificios, en buena parte, en las arquitecturas regionales.

El año 1914 el Círculo de Bellas Artes convocó un Concurso sobre *«La casa antigua Española»,* su catálogo es de gran interés ya que contiene breves biografías de los concursantes y reseñas descriptivas de los monumentos, casas solariegas de diversas regiones. Lampérez destácase por su aportación.

El *Ateneo de Santander,* de tanta solera, organizó en 1918 la *I Exposición artística montañesa,* en la que, además de Rucabado, figuraron Lavin y Riancho, con otros notables arquitectos locales, cultivadores todos de la arquitectura regional, como *Elías Ortiz de la Torre,* que publicó *«Iglesias de la Montaña»* (1919).

En mayo de 1918, que finalizó la primera *Guerra Mundial,* aparece *«Arquitectura» (Organo Oficial de la Sociedad Central de Arquitectos),* revista mensual, continuada a su creación por el *Colegio Oficial de Arquitectos de Madrid,* hace 59 años.

En todos los números de su primera época aparecieron artículos sobre las *arquitecturas regionales.* Quienes quieran estudiar éstas, deben consultar las colecciones de «Arquitectura».

Obligado será mencionar, entre los amantes de nuestra arquitectura, al matrimonio americano Arturo Byne, arquitecto de Nueva York, y a su esposa Mildred Stapley, escritora muy conocida, colaboradora de revistas de Arquitectura, dos verdaderos artistas que vinieron a España en 1910, atraídos por el libro de George Edmond Street, sobre la arquitectura gótica, y en Madrid vivieron más de 10 años. Fueron expertos coleccionistas de arte español e infatigables trabajadores.

El primer libro que escribieron, en colaboración, fue *«La rejería del Renacimiento español»,* fruto de una investigación original, primera publicada sobre el tema.

«Manual sobre la Herrería española» y *«La arquitectura española del siglo XVI»,* al que siguió *«Los techos decorados de madera, en España»,* tema hasta entonces inédito. ¡Que tesón y estusiasmos pusieron los Byne en sus obras y cuánto tenemos que agradecerles!

La *Hispanic Society de América,* publicó sus obras como merecían, magníficamente, asi como, posteriormente, las de una continuadora, Ruth Matilde Anderson, *«Gallegan Provinces of Spain» (Pontevedra and La Coruña)* 1939, y *«Costumes»,* sobre los cuadros de Sorolla en 1957.

Don Vicente Lampérez y Romea, que fue nuestro maestro, director de la vieja Escuela, en aquel caserón de la calle de los Estudios, en los barrios bajos de Madrid junto a la Catedral de San Isidro y la Plaza Mayor, en 1908-1909 publicó su *«Historia de la Arquitectura Cristiana Española en la Edad Media»,* y años después, en 1922, los dos volúmenes de su obra, creo que póstuma, *«Arquitectura Civil Española»* (de los siglos I al XVIII), editada por Saturnino Calleja, S.A. En su primer tomo dedica una parte a nuestro tema. La obra toda de Lampérez es capital, y su magisterio fue excelente. La bibliografía en su segundo tomo es muy completa, y esencial su consulta.

Otros contemporáneos de Lampérez, historiadores de la arquitectura, fueron José y Rodrigo Amador de los Ríos, José Ramón Melida, Manuel B. Cossío, M. Gómez Moreno, J. Puig y Cadafalch, Ricardo Velázquez, que en sus últimos años fue nuestro maestro en la Escuela de Madrid.

En el verano de 1918 firma en Huesca, Don Ricardo del Arco, su estudio sobre *«La Casa Altoaragonesa»* (notas de excursionista), que fue publicado por la «Revista Arquitectura», de la Sociedad Central de Arquitectos, en siete números sucesivos.

Ese mismo año 1918, Rivadeneyra edita, del mismo autor, *«Del Aragón histórico y artístico. Antiguas casas solariegas de la Ciudad de Huesca».*

«La España incógnita» (Arquitectura. Paisajes. Vida popular), de Kurt Hiescher, tan

difundida en su edición alemana, aparece en castellano en 1922.

«Alt-Spanien» (Architectura und Kunstgewerbe) del Dr. Augusto L. Mayer, se edita en alemán en 1921. Los anteriores volúmenes, de la misma magnífica colección, habían sido dedicados a Holanda y Dinamarca.

Los discursos de ingreso en la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando, de Don Juan Moya Idígoras (28 de octubre de 1923), trató de *«Las Arquitecturas de Ubeda y Baeza»*, y el Don Teodoro de Anasagasti (24 de mayo de 1929), versó sobre la *«Arquitectura Popular»*, éstos como el pronunciado sobre *«Algunos aspectos del Mudejarismo Urbano Medieval»*, por Don Leopoldo Torres Balbás, en su ingreso en la R. A. de la Historia (enero 1954), tienen singular interés en este ensayo, sin olvidar el discurso de Don Emilio García Gonez, en el que se hace un magnífico retrato del nuevo académico.

El *Ateneo de Madrid*, en 1923, convocó un concurso para otorgar el «Premio Charro-Hidalgo», sobre el tema *«La Arquitectura Popular en las distintas regiones de España»*. El premio fue adjudicado a la Memoria presentada por Leopoldo Torres Balbás, que era nuestro amigo, cuyo original mecanografiado, ya que no había sido impreso, leímos en la biblioteca de aquella docta casa.

Nuestro interés, con otros compañeros, por las arquitecturas regionales, siendo aún alumnos de la Escuela, lo debíamos principalmente a Torres Balbás y a Teodoro de Anasagasti, vasco notable al que tanto debe nuestra arquitectura, al traernos aires de Europa a su regreso de su pensionado en la *Academia de Bellas Artes de Roma*. Sus envíos fueron brillantes, diéronle a conocer en los medios oficiales y profesionales. Más tarde, por oposición, fue catedrático de Proyectos en la Escuela de Madrid, imprimiendo, a la ya anquilosada enseñanza de entonces, entre él y Don Antonio Palacios, ilustre gallego de Porriño, nuevo talante. Palacios fue, en España, el más famoso de los arquitectos del siglo XX, fama que compartió con Zuazo, que comenzó trabajando con él en las obras de la Casa de Correos.

La Revista de Cultura Vasca, *Euskalerriaren alda»*, celebra todos los años un gran certamen histórico-literario con valiosos premios en metálico, donados por las cuatro Diputaciones del País Vasco, por varios Ayuntamientos y por entidades culturales de diversa índole. Entre los temas del certamen del año 1934 figuraba uno enunciado así: *«Concepción de un estilo arquitectónico vasco; elementos típicos que para integrarlo pudieran recogerse de las viejas construcciones del país»*. Para el autor del trabajo en que mejor se desarrollase ese tema, se ofrecía un premio de *doscientas pesetas*, donado por la *Sociedad de Estudios Vascos*. El premio se concedió a Joaquín de Irízar, joven arquitecto guipuzcoano residente en Madrid, «que siente verdadero cariño hacia los viejos edificios de nuestro solar y ha demostrado, y sigue demostrando gran interés en sorprender sus elementos tradicionales y poner de relieve las notas características de nuestros palacios, castillos y caseríos».

Hemos transcrito, por curiosos, los tres primeros párrafos de los cuatro de la presentación del folleto, de treinta y una páginas, en que fue publicado, ilustrado con numerosos dibujos del autor. Irízar, nacido en 1893, se tituló en 1922 en la Escuela de Madrid. En 1929 publicó otros estudios más extensos, como *«Las Casas Vascas»*, editado en San Sebastián.

En el País Vasco apareció por entonces un joven arquitecto suizo-alemán, *Alfredo Baeschlin* que, por varios años, sentó sus reales en el Valle de Abadiano, del que nos da noticias nuestro ilustre colega bilbaíno, Don Pedro Guimón, en el prólogo del libro de aquél. *«La Arquitectura del Caserío Vasco»*, editado por Emilio Canosa, arquitecto-editor de Arquitectura, catedrático que fue de las Escuelas de Barcelona y Madrid, muy digno de ser aquí recordado, con otros entusiastas y altruistas colegas, editores también, Pablo Gutiérrez Moreno y Casto Fernández-Shaw.

La preciosa primera edición de 1930 fue solo de 1.000 ejemplares, numerados, y su segunda, de presentación más modesta, muy digna, no apareció hasta 1968.

Al regreso hacia su país, en 1934, que hizo en un barco rodeando toda la península, Baeschlin descubrió Ibiza y publicó su segundo libro sobre nuestra arquitectura regional, edición muy limitada, rarísima, que figura en nuestra biblioteca. Baeschlin bien merecía un monumento.

La editorial Calpe editó en 1929 *«La Casa Navarra»* de Urabayen, del que antes había publicado *«La vivienda en Navarra desde el punto de vista de la Geografía Humana»*, y en 1930 *«La Casa popular en España»*, estudio pronto agotado, que escribí animado por Torres Balbás, utilizando en parte su Memoria de 1923, antes mencionada, que, muy ampliada, apareció como extenso capítulo de 362 páginas en el tercer tomo de la obra *«Folklore y Costumbres de España»*, (1934), Ed. A. Martín, Barcelona.

Torres Balbás escribía en los prolegómenos de este segundo estudio: «Hay en las páginas que siguen mucho de los demás y muy poco nuestro. En los capítulos dedicados a la vivienda montañesa y a la castellana, son en los que el autor ha puesto más labor personal; en los que se habla de las viviendas alcarreñas, de las manchegas y de las de la Alpujarra (él residió bastantes año en Granada como conservador de la Alhambra), en las andaluces y en las del valle bajo del Ebro, hay también notas, fruto de nuestra observación. Lo demás es material de acarreo...»

En el año 1923 sustituye a Cendoya en la dirección de las obras de conservación de la Alhambra. En 1925 escribía «Fisonomía del Caserío Malagueño» («Archivo Español de Arte y Arqueología».)

Sirva esta anotación, que tan bien le pinta, como homenaje a aquel entrañable amigo, académico que fue de la Historia, la labor de recopilación de cuanto se había escrito sobre nuestra arquitectura popular, estaba inédita, y él la inicia en este estudio lleno de notas bibliográficas.

Su obra póstuma *«Ciudades Hispano-Musulmanas»* fue publicada por la Dirección General de Relaciones Culturales y el «Instituto Hispano-Arabe de Cultura».

En 1914, en la prensa zaragozana, aparecieron una serie de artículos recogidos en el libro «Del llano a las cumbres», de mi her-

mano José, sobre el Alto Aragón, sus posibilidades turísticas y sus problemas político-económicos.

Breves y numerosos estudios habían aparecido con anterioridad, dispersos en periódicos, revistas, Boletines de las Reales Academias, Comisiones de Monumentos, Organismos Culturales, Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos, «Al Andalus», o en la Revista de la *Sociedad Española de Excursiones,* de la que fue alma Don Manuel Bartolomé Cossío.

Algunos de estos ensayos apoyados en los estudios geográficos sobre nuestra península, de Hernández Pacheco y Dantín Cereceda, como *Regiones Naturales de España* (1943, C.S.I.C.), del segundo de los citados, fueron publicados en 1922 en el Boletín del *Museo Pedagógico Nacional.*

De la «Colección Marqués de Aledo», citaremos dos de sus magníficos volúmenes. *Santillana del Mar* (Notas de Arte) 1929 y *Santillana del Mar* (Romántica y Caballeresca) 1933, de Miguel de Asúa, ediciones ambas, de lujo para la época, muy limitadas.

Entre otras aportaciones, mencionaremos el artículo publicado en *«Arquitectura»* (junio 22), *«La arquitectura humilde de un pueblo perdido del páramo leonés».* Su autor, inquieto, independiente y muy distinguido colega, Gustavo Fernández Balbuena, conocía bien la arquitectura popular de su región leonesa, del ladrillo visto, que él actualizó en sus notables obras de León (Edificio del Casino) y Madrid, que merecieron justa atención.

Gómez Moreno, Hoyos Sainz, entre otros, en el *Boletín de la Institución Libre de Enseñanza,* que Don Francisco Giner de los Ríos fundó en 1876, se habían ocupado de las artes populares, del «folklore», creado el excursionismo y el alpinismo más tarde, anticipándose quizá a los *wandervögel* alemanes.

De la *Institución* había dicho, en 1946, que descubría la Sierra, el Arte Popular, los muebles de pino, y monopolizado una llamada elegancia espiritual.

En 1930 los números 18 y 19 de la revista A.C. (Organo del G.A.T.E.P.A.C.), dedicados a la arquitectura popular, aparecían tipos de viviendas mínimas mediterráneas, muy acertados, construidas por Rodríguez Arias en Ibiza y por Sert-Torres-Clavé en Garraf, inspiradas en la arquitectura popular catalana.

Una notable biografía y estudio de la obra de *«Leonardo Rucabado»,* de Javier G. Riancho, apareció en Santander en 1949.

«Croquis» (Portugal, Espagne et Maroc) de *Albert Laprade* (1958) Ed. Vicent. Fral et C. (París). El autor gravemente herido en Ypres fue destinado a la Alta Comisaría, regida por el Mariscal Lyaútey (Servicio de planos). De su estancia nos dejó estos, cientos o miles, croquis de singular interés. En 1924 había publicado otro álbum semejante «Le jardin et la Maison au Maroc».

Aquel tan gran poeta como prosista, embajador mejicano, Alfonso Reyes, solía decir conciliador «Entre todos lo sabemos todo».

Cada región tuvo, por fortuna, unas élites, Aragón a *Joaquín Costa (1844-1911),* tan actual hoy, al que tanto debemos, y Asturias a *Jovellanos (1744-1811),* devotos de sus costumbres seculares, de sus historias locales, de sus tradiciones, de sus derechos consuetudinarios, de sus fueros, de sus pueblos, con sus típicas construcciones, de sus artes populares, de sus artesanías, de sus bailes, de sus cocinas y de sus paisajes. La generación del 98 recorrió España de punta a punta, medio único de conocerla y amarla, pese a que los viajes en tartanas y diligencias y sus posadas exigían un verdadero sacrificio, compensado por la visión directa de nuestras gentes y de los ambientes en que vivían; de ahí que sus obras conserven aún hoy un auténtico encanto. Lástima que no pusieran gran interés en sus casas.

La prisa no existía para ellos, ni Miró ni Azorín la conocieron, sus *«tempos lentos»* son admirables.

«El paisaje de España visto por los españoles», del Maestro Azorín, apareció en 1917. «La Voluntad» en 1902, de la que conservo un ejemplar de su primera edición.

«Estas excursiones no son sólo un consuelo, un descanso y una enseñanza; son además, y acaso sobre todo, uno de los mejores medios de cobrar amor y apego a la Patria». Esto escribía Don Miguel de Unamuno, a quien en el verano de 1914 encontramos, solitario, en una pobre posada de Benasque. El atardecer que pasamos escuchándole lo sigo recordando, al mismo tiempo que «La ofrenda», maravillosa y solemne, de «Voces de Gesta», tragedia pastoral de Valle-Inclán.

> ¡Bajo el roble floral a vosotros mi canto consagro. Corazones florecidos como las rosas de un milagro!

Las *arquitecturas regionales españolas* existieron siempre, con sus caracteres propios e inconfundibles peculiaridades, consecuencias directas de su medio natural, de sus paisajes agrícolas, de su geografía, de su historia.

Los ingleses fueron, y siguen siendo, los más conservadores de las arquitecturas de sus casas de campo, como puede comprobarse en las colecciones de la famosa revista «The Studio».

Los franceses se nos anticiparon llenando de caseríos vasco-franceses el pequeño país franco-español al otro lado de los Pirineos, que éstos no llegan a dividir en las regiones que en un tiempo pertenecieron al Reino de Navarra, de Labour, Soule y Baja Navarra, hoy Departamento de los Pirineos Atlánticos.

Cada una de nuestras regiones naturales, las que Dantín Cereceda estudió y definió, han sido desde siempre marco de arquitecturas distintas, por fortuna sin arquitectos las que han sido estudiadas en el mundo entero por Goldfinger, en su libro famoso, *«Antes de la Arquitectura»* (Ed. por Gustavo Gili), y más tarde, por uno de sus continuadores, B. Rudofsky, en su obra notabilísima *«Architecture without Architects».*

La barraca valenciana y sus alquerías, sobre las que tanto han escrito Michavilla y Almela Vives, entre otros, en nada se parece a los hórreos, cabazos, palafitos o pallozas del Noroeste de la Península, que estudió Eugenio Frankowski en su obra *«Hórreos y Palafitos».*

Las masías catalanas o valencianas no pueden confundirse en modo alguno con los caseríos vascos, navarros, montañeses, asturianos o gallegos. La arquitectura popular de nuestro litoral mediterráneo y de sus islas tan tu-

rísticas hoy, son totalmente distintas a las casas manchegas o castellanas.

Las casonas santanderinas mostrando sus linajes en sus fachadas, en escudos de alto relieves, son estudiadas en *«El Hogar solariego montañés»*, de Arnaiz de la Paz en 1935.

Las dos Castillas, cerealistas, tierras de mesetas y pan llevar, con sus palomares, poseen arquitecturas propias en las que domina el tapial y el adobe en sus construcciones populares. *«La tierra de Campos, región natural»* Gonzalez Garrido, debe leerse.

Esos palomares, tectónicos, cilíndricos, geométricamente perfectos, y plásticos, como los de Grajal de Campos (León), que en el llano inmenso, infinito del páramo, con sus altos cielos hubieran inspirado a De Chirico. Pocos de nuestros paisajistas los han contemplado con lo bellos que son.

¿Qué diremos de la arquitectura andaluza y extremeña, tanto la de sus campos o de sus cortijos y haciendas, como la de sus pueblos y ciudades? Bastaría con revisar alguna de sus fuentes de estudio, la más notable sin duda *«Los Cuadernos de Arte»*, que dirigidos por Luis M. Feduchi, publicó *Edit. Mundo Hispánico*, de 1946 a 1954, no sé si solo los cinco tomos que yo conservo.

Como un hito apareció en 1947 la obra esencial de Chueca Goitia *«Invariantes Castizos de la Arquitectura Española»*, que debió de ser punto de partida a otros estudios que no han aparecido todavía. Han sido sido, sí, ampliados a unos *«Invariantes en la Arquitectura Hispano Americana»* (mayo 1966). El «Manifiesto de la Alhambra» (enero 1953) fué por él redactado, como resumen de memorables jornadas con otros colegas.

Seix Barral (Barcelona), edita en 1948 un precioso libro: *«El Arte Popular en España»* de Juan Subías, y Ed. Aedos *«La Masía Catalana»* de Joaquín de Camps I Arboix (1959).

«El Pirineo Español» de Ramón Violant y Simorra, conservador del Museo Etnográfico de Barcelona, magnifico estudio publicado en 1949, muestra la vitalidad del Museo de Industrias y Artes Populares de Barcelona. El mismo año Adriano García Lomas publicó su estudio sobre *«El lenguaje popular en las montañas de Santander»*.

Es curioso observar que cada una de nuestras regiones naturales, con sus arquitecturas inconfundibles, sus cultivos, sus oficios, sus gastronomías singulares, sus bailes y sus trajes regionales, se han distinguido también por su gracia o gracejo, su humor, y tenido sus propios humoristas.

Un chiste gallego, ilustrado por aquel gran escritor y dibujante que fue Castelao, en nada se parece a otro vasco, dibujado por los hermanos Arrué. Los chascarrillos baturros de Teodoro Gascón, no pueden confundirse con el candor propio y exclusivo de Xaudaró, ni con el humor que se atribuye a los viajantes catalanes.

Seguir hasta la actual legión, espléndida, de los cultivadores del género, nos alejaría de nuestra meta.

El humor es una manifestación espontánea de los pueblos, como lo son sus casas populares, sin arquitectos, sus platos típicos, sus músicas, sus canciones y sus bailes.

¿Puede dudarse que existen literaturas regionales, cultivadas por grandes escritores en sus propias lenguas? Acaso no lo son José Plá, Lorenzo Villalonga, Ramón Otero Pedrayo, Alvaro Cunqueiro y tantos ilustres gallegos?

La obra variada, extensa, erudita e increible de Julio Caro Baroja, es de un interés y valor inestimable al estudio de nuestro tema. Su sola enumeración exigiría una conferencia. Su obra magistral *«Los Pueblos del Norte»* en su tercera edición, 1977 (Editorial Txerton, San Sebastián), es indispensable a este estudio.

La revista *«Altamira»* del Centro de Estudios Montañeses, está llena de interesantes estudios y referencias.

«L'Alpujarra», de Jean-Christian Spahni, es editada en 1959 por Baconnier (Neuchatel).
tel).

Don José María Cossío escribió en 1960 sus *«Rutas literarias de la montaña»*, que él tanto amó, fruto de su gran erudición (Diputación P. de Santander, 1960).

Luis Pedro Peña-Santiago publicó en 1969 su *«Arte Popular Vasco»*, editado en San Sebastián por Izarra, muy documentado, y una segunda edición en 1971.

El actual y sorprendente interés por las *arquitecturas regionales*, que nos conforta, no podemos silenciarlo. Ahí está el primer tomo de la *«España dibujada»* de los jóvenes arquitectos ovetenses hermanos Efrén y José Luis García Fernández, dedicado a Asturias y Galicia. La exposición en Madrid de sus magníficos dibujos causó verdadero asombro.

«El Camino Real del Puerto La Mesa» de estos mismos autores, y Carmen B. de Quirós, editado por el Colegio Oficial de Arquitectos de León y Asturias en 1976, conserva, y aún mejora, el empaque de su primera obra.

La obra monumental, maestra e ingente, de Carlos Flores, *«Arquitectura Popular Española»*, aparecidos ya sus cinco volúmenes, de gran formato, constituye un verdadero regalo para los interesados por estos temas y para bibliófilos amantes de las artes gráficas.

Los *«Itinerarios de Arquitectura Popular Española»*, de Luis M. Feduchi, gran arquitecto, tan acreditado en estas lides editoriales, y el plan esbozado en su primer volumen sobre *«La Meseta Septentrional»*, es algo sorprendente que exigirá varios años de trabajo a un equipo de arquitectos, jóvenes y entusiastas. De los cinco volúmenes previstos, ya aparecieron primorosamente impresos por la Editorial Blume los tres primeros. A Feduchi le recordaremos siempre por su profesionalidad, bondad y carácter extraordinarios.

La *«España blanca»*, es otra maravilla que pone de manifiesto lo que un Estado y un Ministerio, en este caso el de Información y Turismo, puede hacer. Verdadero alarde editorial que acredita a la Administración y a nuestras artes gráficas.

«La Casa Albercana», de González Iglesias, se publicó en 1945. (C.S. I.C.).

«La España clara» (1966). Textos de Azorín. Fotos Muller. Ed. Doncel.

«Arquitectura de la Vera de Cáceres» (1973), de Rafael Chanes y Ximena Vicente, completo estudio de una región de gran interés, acredita a este joven matrimonio, ambos arquitectos.

En la colección *«Arte Hispalense»* editada

por la Diputación de Sevilla, aparecen sendos estudios sobre la *Arquitectura de Aníbal González* (1876-1929), de Perez Escolano (Víctor), y otro sobre *Juan Talavera* (1880-1960), de Villar Movellan (1977), ambos cultivadores de una arquitectura regional sevillana.

«Haciendas de México», de varios autores, editado, por «Artes de México» en 1966, nos dio a conocer las grandes semejanzas que éstas tienen con nuestros cortijos. Datan del siglo XVI, fueron otorgadas a los propios conquistadores o a personas que hubiesen prestado servicios meritorios a la Corona. Es del máximo interés.

Más reciente aún, dos bellos libros sobre *«Ibiza»,* con prólogo de Sert, y *«Arquitectura Mediterránea»,* con la obra de éste presentada por María Luisa Borrás, merecen también ser anotados, así como los tres tomos de *«La Arquitectura Alicantina* de Francisco G. Seijo, y *«Los Molinos»* de Gregorio Prieto, bellísima edición de bibliófilo del pintor y escritor manchego, mecenas también a través de su Fundación.

La existencia de las arquitecturas populares de las diversas regiones de España, productos primarios de bien definidas geografías, con climas y paisajes inconfundibles, con dialectos, o «hablas» también peculiares, las encontramos del Finisterre Atlántico al Golfo de Rosas Mediterráneo.

El galaico, o *galego,* el *bable* astur, el vascuence, el catalán, el valenciano y el mallorquín, se hablaron siempre y se siguen hablando, y lástima es no los conozcamos el resto de los españoles.

Galicia, atlántica y cantábrica, Asturias con sus Concejos, sus vaqueiros de alzada y sus «brañas», la costa santanderina, o mar de Castilla, Vizcaya, Guipúzcoa, Alava, Navarra, el Alto Aragón, buena parte de la Cataluña Pirenaica, forman una amplia faja de nuestra Península, de climatología semejante, con paisajes agrestes, verdes, con cultivos afines, con tesoros forestales de características bien marcadas, a las que tanto Víctor de la Serna, como Ponz, Secretario de Carlos III, rinden culto. Su ganadería y sus pastos son su riqueza.

Editado por el Sindicato de Arquitectos portugueses, en 1961, apareció, en dos volúmenes un magnífico estudio sobre *«Arquitectura Popular en Portugal»,* cuidadosamente impreso. Obra muy completa en todos sus aspectos, en la que se reúnen seis estudios correspondientes a otras tantas regiones.

La Montaña honra a sus hombres ilustres en las Bibliotecas de José María Pereda, en Torrelavega, y de Antonio Hurtado de Mendoza, en Castro-Urdiales.

España, resultado de una integración de regiones que geográficamente siempre existieron, y sus *arquitecturas regionales y populares,* fueron oficialmente reconocidas hace ya bastantes años, al planear las edificaciones escolares, al proyectar los sanatorios antituberculosos, edificios oficiales, de Instrucción Pública y Sanidad, que se tipificaron teniendo en cuenta las diversas regiones y los grupos escolares proyectados por el *Departamento de Construcciones Escolares,* que creó y dirigió *Don Antonio Florez Urdapilleta,* ex pensionado en Roma, y Catedrático, con un buen equipo de arquitectos, los reconocemos al borde de nuestras carreteras.

Florez, que construyó la *Residencia de Estudiantes,* de tan brillante historial, fue uno de los pioneros del sano empleo del ladrillo visto, bien solo o alternando con zonas de tapiales o mamposterías de diversos tipos, de directa inspiración popular.

Por otra parte, los cuatro volúmenes en los que se recogen artículos publicados en «El Sol», editados por C.I.A.P. en 1929, y el quinto, aparecido posteriormente, sobre las *Escuelas de Galicia,* de aquel gran apóstol de la Enseñanza Primaria, que fue Don Luis Bello, que recorrió los pueblos sin escuelas, ó con éstas, pero vergonzosas y míseras, contiene interesantes referencias sobre paisajes, viviendas populares gallegas, extremeñas y andaluzas. Muchos de estos viajes los hizo conducido por un colega singular, Paco Solana, a quien perdimos el año 36, entonces funcionario del I.N.P., organismo que se proponía prestar ayuda a los pobres y olvidados Municipios, construyéndoles Escuelas y traídas de aguas. La guerra civil terminó con nuestro amigo y con tan laudables propósitos.

Desde que se hizo a principios de siglo, por concurso en 1903, el *Palacio de Comunicaciones de Madrid,* que se dijo inspirado, de lejos, en el Palacio de Monterrey de Salamanca, el Estado convocó concursos para sus nuevas *Casas de Correos,* en buena parte de las capitales de provincias, edificios inspirados, casi todos ellos, en las arquitecturas regionales, los de Bilbao, Vitoria, Málaga, Zaragoza, Sevilla, Salamanca y tantos otros, que siguen en pie, haciendo aún, pasados los años, más de cincuenta, brillante papel.

Después ni concursos de verdad ni reñidas oposiciones.

¿Cuáles serían las consecuencias si se hubiese decretado, como en Alemania, que la construcción de los edificios públicos se hiciera por concurso, figurando en sus presupuestos unas partidas destinadas a las Bellas Artes? ¿Dónde estaría nuestra arquitectura?

La famosa revista «Architektur Wattbewerbe», pronto centenaria, sigue publicando los concursos celebrados, y anunciando sus convocatorias. Los más famosos arquitectos se dieron a conocer en estos concursos públicos.

La *Dirección General de Arquitectura* redactó en 1942 un *Plan Nacional de la Vivienda de los poblados de pescadores,* cuyos trabajos, dirigidos por Pedro Muguruza en 1943, fueron publicados en dos tomos, de gran formato y lujosa impresión, tirada de solo 1.000 ejemplares, numerados, fuera de comercio, de singular interés. Investigación minuciosa del estado de estas viviendas, su posible mejoramiento y nuevos proyectos llenos de carácter popular.

Nada semejante se hizo desde entonces, los propósitos eran dignos de encomio, pero desconocemos si se llevaron a cabo y si quedó todo en el papel, perdido el gran esfuerzo, sirviendo sólo de propaganda al triunfalismo, ya que con ellos se hizo una brillante exposición.

«Regiones Devastadas», en su apresurada labor de reconstrucción, en cada región adoptó sus estilos propios, estudiando las características de los pueblos destruidos, que tuvieron por misión poner de nuevo en pie, mejorando sus condiciones de habitabilidad y funcionalismo.

La revista *«Reconstrucción»*, es también una fuente de estudio de nuestras arquitecturas regionales.

Por otra parte, el *«Instituto de Colonización»* del *«Ministerio de Agricultura,* construyó algunos poblados de nueva planta, en perfecta armonía con el paisaje, una prueba más de la vivienda de estas arquitecturas regionales. Su revista *«Colonización»* muestra cuanto afirmamos.

Mucho antes de la aparición del Turismo y de los Deportes, en diversas regiones se fundaron sociedades de excursionistas, como el ya citado *Centro Excursionista de Cataluña,* que fomentaron un sano regionalismo, agruparon gentes entusiastas y universitarios, guías éstos insuperables para estudiar y dar a conocer los testimonios de nuestro pasado esplendor histórico, el tesoro artístico nacional y las bellezas naturales de nuestras regiones.

Cataluña y sus catalanes se han distinguido, desde siempre, por su regionalismo, por el amor a sus tierras, a su lengua, a sus paisajes, a sus fueros, a sus tradiciones, y a su arquitectura regional, la de sus masías y castillos, bastantes de ellos bien conservados, restaurados con gusto y respeto, adaptados para ser habitados por sus propietarios, tendencia que tiende a extenderse. Confiamos que con su nuevo Estatuto renovarán su interés por su arquitectura regional.

Su eximio José Plá, residía todo el año en una masía sencilla, auténtica, sin retoques, atalaya donde pasa sus días dedicado a escribir y contemplar el paisaje que con tanto primor como detalle nos ha pintado a las distintas horas del día y en sus estaciones.

Con los *«Amigos de Aragón»* conocimos nuestros pueblos, los catedráticos Jiménez Soler y Miral, entre otros, aragoneses de pro, fueron nuestros guías, a los que hoy recordamos.

Los valles de Ansó, Hecho, Aragües, Canfranc, Tena, Broto, separados por altas montañas, con otras, más elevadas aún como fondo, en las estribaciones de los Pirineos, conservaron sus «fablas», sus bellos trajes populares, sus costumbres y sus fueros. El doctor Cardus y Llanas, de formación europea, su último descubridor, y sus tomos, ya no sé cuántos, de *«Turismo Altoaragonés»*, son exponentes de su erudición y entusiasmo.

Un precioso libro *«Por el Pirineo Aragonés»* (rutas de la Jacetania) de Enríquez de Salamanca, ha sido recientemente editado. (1974.)

En Jaca, capital de la Jacetania, existe un *Instituto de Estudios Pirenaicos* que publica la revista *«Pirineos»*, y se celebra anualmente un *«Festival Internacional del Folklore»*. Su Universidad de verano fue la primera de las fundadas.

La *Diputación Foral de Navarra* estudia su arquitectura regional en sus *«Temas de Cultura Popular»*, folletos de singular interés, de los que ya lleva publicados casi doscientos.

El *«Ministerio de Información y Turismo»* dedicó su suplemento 235 de su Noticiario Turístico a *«La casa popular en España»* (1963), reconocimiento del interés turístico de nuestras arquitecturas regionales.

La *«Fundación Fernando el Católico»* y la *«Caja de Ahorros de Aragón y Rioja»* realizan una constante labor cultural. Los cinco volúmenes publicados recientemente sobre las provincias aragonesas, Guadalajara y su provincia, y Logroño, dicen del bien hacer de esta institución de crédito que recuperó en París, el *Patio de la Infanta,* reconstruido en su nuevo edificio.

El turismo de minorías, gentes acomodadas que disponían de tiempo y dinero, ya existía en Europa a fines del pasado siglo, más o menos ochenta años antes de aparecer en nuestras costas para destruirlas.

En todo tiempo acudían al Mediterráneo, cuna de la civilización occidental, para gozar de su clima, llenando los hoteles que les esperaban, desde la Costa Azul al Golfo de Nápoles, con sus islas, escenarios de su historia. Capri, la más famosa, retiro, y residencia estival de Tiberio y de Axel Munthe, incluso Sicilia, hasta Alejandría y El Cairo. Italia tenía y tiene turistas todo el año. Artistas nórdicos, sus arquitectos famosos, y centro-europeos, al mismo tiempo que recorrían sus monumentos y visitaban sus museos, descubrían el Mediterráneo hasta conocerlo de lado a lado. La arquitectura popular mediterránea la conocían Le Courbusier, Behrens, Gropius y Mies.

«Il Convegno del Paesaggio», se reunió en Capri en 1923, organizado por Ewin Cerio, su alcalde.

Nuestros turistas de hoy son quizá aquellos mismos, aunque, claro es, algo más viejos, sus hijos, o sus nietos.

Un famoso asturiano, Ignacio Castelao, notable colega ovetense, con fino humor regional, al que antes me referí, decíame un día: Yo tengo dos huchas, una para el tiempo y otra para el dinero, lo que me permite hacer un viaje de vez en cuando. Hoy se nos invita a viajar a crédito. Viaje primero y pague después.

Descubrir mediterráneos fue siempre ingenuo quehacer, que llevó a muchos a descubrir también España, en las costas de nuestro litoral sobre el «Mare Nostrum».

Las *Islas Baleares* fueron descubiertas por el erudito geógrafo, políglota, archiduque Luis Salvador de Austria, que en ellas afincó por varios años. Escribió, incluso en mallorquín, varios libros importantes, entre ellos, en 1878, nueve volúmenes en folio:

«Las Baleares descritas por palabras e imágenes».

Bien mereció ser nombrado presidente honorario del turismo en Palma, en 1909, hijo adoptivo de la ciudad en 1877, e hijo ilustre de Mallorca en 1910.

Enamorado de las bellezas naturales de las islas, demostró gusto especial por descubrir «miradores» a lo largo de la costa de Valldemosa y Reijá. Amaba tanto la Naturaleza y los árboles de sus posesiones, que jamás cortó uno.

Las vacaciones pagadas y los contratos colectivos, gran avance social de 1937 de León Blum y su Frente Popular, que toda Europa aceptó, fueron el verdadero origen del multitudinario turismo que llena y ensucia nuestros campos y costas, e incendia nuestros bosques.

Nuestro turismo oficial ya existía desde la Dictadura de Primo de Rivera, de 1923, con la creación de una *«Comisaría Regia de Turismo»*, de la que fue primer Comisario el Conde de Güell. Sus primeras iniciativas fueron *«La Hostería del Estudiante»*, de Alcalá de Henares, y el *Parador de Gredos,* poco después el *«Hotel Atlántico»* de Cádiz; la pri-

mera restaurando un edificio antiguo, con precioso patio, y el tercero de nueva planta. Tres primeros aciertos, el cuarto, fue convocar un concurso, de cuyo jurado fui miembro, cuando se pensó construir toda una red de «Paradores».

El proyecto elegido, de dos entonces jóvenes arquitectos, Arniches y Domínguez, que perdimos también, inspirado en nuestra arquitectura popular, fue repetido en varios lugares. Conocidos de todos, eran gratos, pequeños, acogedores, por algunos años bastaron, y costaron cuatro cuartos, y aún existen.

A estos «Paradores» siguieron la adaptación, con fines hoteleros, de edificios antiguos, palacios, casonas y castillos, labor que se hizo con singular buen gusto, por el Ministerio.

El camino recorrido desde entonces hasta los hoteles oficiales de cinco estrellas del I.N.I., *«Los Reyes Católicos»,* en Santiago de Compostela, *«San Marcos»* en León, y de *«La Reconquista»,* en Oviedo, el más reciente, es enorme, y en estos tres casos, salvados del derribo y puestos en valor, ejemplares edificios de nuestras arquitecturas regionales.

El desbordamiento, de año en año, de iniciativas y la aparición de centenares de promotores-especuladores y de millones de turistas de toda condición.

Todo se hizo tardíamente, apresuradamente, sin «Ley del Suelo», siempre esperada y aplazada, y cuando la hubo faltó el Reglamento para su aplicación. Faltaron y faltan las infraestructuras, los alcantarillados, las traídas de aguas, sus depuradoras..... y el respeto al entorno.

Esta incuria favoreció y sigue favoreciendo la *especulación, la inflación, la contaminación, y la corrupción.*

Los que hemos vivido en estos medios desde 1949, ocasión tuvimos de contemplar cómo se destruían nuestros paisajes y nuestras playas, ocupando incluso como *«solares edificables»,* zonas no verdes, sino azules y transparentes, extensos espacios de nuestro Mediterráneo.

Buena parte, no todo, claro es, de lo construido en nuestras costas, más en el Mediterráneo que en el Cantábrico, éste bravío, más difícil de «rellenar», «allanar», «terraplenar», y hacerlo edificable, es un desacato a la Naturaleza, y un duro ataque a nuestro patrimonio nacional.

Nuestro urbanismo oficial olvidó o desconoció a *Damaske,* jurista alemán, y su principio, allí aplicado, de la recuperación de las «plusvalías» en beneficio de la comunidad. Su impresionante *burocracia,* no actuó en nuestras zonas turísticas, a las que, es mi tesis, vendrían más turistas y nos dejarían más millones de divisas fuertes, si las arquitecturas regionales, cuyo valor potencial es enorme, hubieran sido tenidas en cuenta y puestas en valor en lugar de desconocerlas y repetir formas y modelos extranjeros ya manidos.

Siempre lamentamos no se hubiera intentado una actualización de las esencias del arte popular de nuestros pueblos, aplicándolas a las nuevas edificaciones, principalmente a las viviendas aisladas en el campo, sin recurrir, claro es, al «pastiche», que vemos más de una vez sin pretender alcanzar el mimetismo perfecto, con el entorno que admiramos tantas veces en estas arquitecturas sin arquitectos.

Bien entendido que no aprobamos la repetición de un tipo, como el «riu-rau», en algunas urbanizaciones de la zona alicantina de Benisa y Jávea.

El paisaje, al construir en el campo, debe de contemplarse desde el interior de las casas, meterlo dentro, condicionando a este propósito todo el proyecto.

La existencia de una arquitectura popular, semejante en todo al litoral mediterráneo, la descubrí y comencé a estudiar en 1924, siendo objeto de mis primeros trabajos romanos como pensionado en la Academia Española de Bellas Artes. Comencé por el Golfo de Nápoles y sus islas llenas de historia, y las del archipiélago egeo. Han pasado 57 años.

El descubrimiento de Ibiza ha sido más reciente, el Marqués de Lozoya, fue uno de los descubridores de sus características ibicencas, en muchos casos bien aplicadas, como en el grupo construido por Sert en el Cabo Martinet.

Algunos proyectos de poblados de nueva planta, en las colonizaciones de los nuevos regadíos, en Jaén, Badajoz y Aragón, son acertadísimos, y sus autores tuvieron bien en cuenta cuanto antes hemos señalado.

Contemplamos un como renacimiento del regionalismo arquitectural, coincidente con las actuales aspiraciones regionales, pronto satisfechas, de Cataluña, País Vasco-Navarro, País Valenciano, Galicia, Aragón y Andalucía.

Entre las conclusiones del *Comité Europeo del Patrimonio Arquitectónico,* reunido en Granada (octubre 1977) figura recomendar a los gobiernos de los países miembros del Consejo de Europa que su política de conservación debe de extenderse a las zonas rurales y a su arquitectura. Las conclusiones serán conocidas por *Mensaje de Granada.*

Julián Marías en su obra «La España real» expone magistralmente su criterio sobre «el problema regional». «Desde hace ciento cuarenta años —dice— España está dividida en provincias; hasta hace medio siglo, las tradicionales cuarenta y nueve; desde que las Islas Canarias se dividieron en dos, cincuenta. La unidad «provincia» es más antigua pero no afectada a la totalidad del territorio español...»

«En contados casos, la provincia coincide con una unidad superior de tipo regional: Asturias coincide con la provincia de Oviedo; Navarra es una región uniprovincial.»

«Entre cada provincia y la nación española *no hay nada.* Castilla, Cataluña, Galicia, Aragón, Andalucía, Extremadura, el País Vasco, oficialmente no existen.»

«Las provincias no son inmediatamente españolas; son catalanas, gallegas, castellanas, aragonesas.»

«Las provincias están definidas por su cualidad regional, son provincias "de una región".»

«Las diferencias entre lo guipuzcoano y lo vizcaíno, son pálidas frente a la fuerte personalidad vasca.» Toda la teoría de Julián Marías es aplicable a las amplias divisiones regionales de sus arquitecturas populares.

■ ■ ■

ORTELLS (CASTELLON)

La Arquitectura levantina, en el Reino de Valencia

La primera fase de creación de núcleos urbanos comprende varias decenas de siglos según los geógrafos, durante los cuales los hombres buscaban su asiento en la naturaleza. El campo es por lo tanto más antiguo que la ciudad.

Es actuando el hombre como agricultor, que llega a modificar la fisonomía de nuestras tierras levantinas, como ha sido en todas partes.

En sus orígenes el hombre, en terrenos vírgenes, consigue con su esfuerzo, en sus actividades agrícolas, obtener los productos de sustento, con regularidad y en cantidad, a través de una muy lenta evolución. La recolección, la caza y la pesca, fueron sus primeros.

El origen de la agricultura, se dice remonta a unos 4.000 años antes de Cristo, aunque la primera fase de creación de núcleos urbanos no se dé, en nuestra península hasta el predominio de Roma.

La ciudad de Valencia está rodeada de innumerables pueblos blancos, claros y ricos. La ciudad se extiende en medio de una fértil llanura que el crecimiento de sus sucesivos ensanches se la van comiendo poco a poco. La capacidad creadora de sus gentes se manifiesta en este constante crecimiento. Todavía hoy es una ciudad confortable por su tamaño, en la que todo está a mano, aunque camine hacia el millón de habitantes. Su sentimiento ornamental de las calles, festero y civil, lo posee como ninguna urbe española.

De la capital irradian multiples caminos que nos conducen a todos los pueblos de interés a nuestro estudio de sus arquitecturas populares, atravesando la huerta: hacia el norte y oeste, a Betera, Rafalbuñol, Paterna y Liria. En dirección Sur, hasta Ribera del Júcar, por Torrente y Picasent, hasta Villanueva de Castillón. Esta es la tierra del naranjo entre los que se esconden las blancas alquerías junto al espejo de las balsas de riego o las acequias de perenne caudal.

Las palmeras sobresalen aquí y allá. En medio de los campos de arroz, de las huertas de bajos y fertilísimos cultivos, la cebolla, el cacahuete, la chufa, tan apreciadas en los mercados extranjeros, las hortalizas, las flores, cultivadas en surcos, de idéntica manera que las patatas o las judías.

En dirección a Madrid el ferrocarril atraviesa bosques de naranjos, desde Algemesí y Alcira hasta Játiva, enlazando en Carcagente se llega a Gandía y Denia, ciudades de singular importancia industrial e interés artístico, con magníficas playas bien cuidadas, posiblemente la de Gandía la mayor de todas ellas.

Muy próximas a la ciudad de Valencia, a sólo unos 12 kilómentros al Sur, encontramos las primeras casas populares en la zona conocida por la *Albufera,* (del árabe Al Buhera), que significa lago; separada del Mediterráneo por una franja de tierra conocida por Devesa de la Albufera, extenso pinar hoy sobre arenosas dunas. La Albufera se comunica con el mar a través de tres compuertas, situadas en el Pujol, el Perelló y el Perellonet, que sirven para regular su nivel.

Sus límites son al N. con las de Silla, Albal, Catarroja, Alfafar y Masanera; al O. con los de Sollana y Silla; al S. con los de Sueca y Sollana.

En los meses de junio y agosto, y de noviembre a febrero, las tierras colindantes al lago en una extensión de unas 18.000 hectáreas, se inundan para preparar el cultivo del arroz, confundiendo sus límites con los de la Albufera. Las corrientes de agua que se producen en el lago forman «alterons», o sea puntos de menor profundidad, lo que da lugar al crecimiento de una vegetación que en algunas zonas emergen de las aguas, formando «mates» que sirven de abrigo para la fauna de la Albufera.

La cuenca hidrográfica de la Albufera se encuentra entre las cuencas de los ríos Jucar y Turia, que en tiempos remotos, desembocaban en el lago, y el Júcar principalmente, formaba un extenso delta.

El río al atravesar una extensa zona de tierras arenosas, formó con su arrastre los bajos conocidos por Penya del Moro. Al quedar cerrada una gran superficie entre la Devesa y tierra firme, fueron perdiendo sus aguas sus características marinas, ya que su nivel era más elevado que el del mar, donde se iban vertiendo los sobrantes, mientras se alimentaban de agua dulce, formándose así el lago de las características actuales.

El agua dulce de la Albufera procede del barranco de Chiva como de los sobrantes del regadío de las huertas, arrozales, acequias, carreras, «escorredors», golas, canales, y diversos manantiales subacuáticos, llamados «ullals» que afloran en las zonas más profundas del lago, cuya profundidad es variable, según la época del año, y oscila, tan solo, de 30 a 75 centímetros, lo que parece imposible.

El núcleo de la población más importante de la Albufera es El Palmar, unido a la Devesa por unos puentes. En él no había vecinos propiamente dichos, ya que servía unicamente de refugio a los pescadores del lago.

Otro poblado, El Saler, se encuentra junto a la Devesa, entre El Palmar y Valencia, y allí está la llamada casa de la «Demana», donde se subastan los puestos de caza de aves acuáticas.

Desde Jaime I de Aragón, primer Señor de la Albufera, en 1238, ha pasado por tantas vicisitudes y pertenencias, toda la historia del Reino, hasta Isabel II que decidió cederlo al Estado y éste, después, venderlo al Ayuntamiento de Valencia, en 1.062.980,40 pesetas, en 1927, incluido el monte de la Devesa. Caza y pesca son sus alicientes y recursos. La explotación cinegética, caza de patos, de la Albufera se arrienda por tres años.

Vicente Blasco Ibáñez, en «Cañas y barro» (1902) describe la vida de los pobladores de las orillas del lago de la Albufera, su paisaje y sus costumbres.

La vivienda mediterránea, rural, valenciana, con características propias, ya ha sido estudiada, tanto la emplazada en el campo, o en las poblaciones, más o menos, agrícolas, de las tierras que constituyen el antiguo Reino de Valencia.

Existen estudios monográficos, dispersos, principalmente sobre una zona determinada, la Huerta de Valencia, y ensayos sobre alguno de los tipos de sus viviendas.

La aportación extranjera a estos estudios ha sido considerable, tanto por la calidad, como por la cantidad.

Las viviendas más estudiadas han sido la barraca y la alquería, consideradas como las más representativas de la huerta valenciana, pese a la muy limitada extensión de la zona en que las barracas se encuentran. Su tipismo e inconfundible carácter, su singular fisonomía, han atraído siempre a los estudiosos.

La barraca dista mucho de ser el único tipo de habitación levantina, más bien, por su localización, diríamos valenciana.

Cualquiera que atraviese los campos que todavía rodean la capital, podrá advertir la existencia de esas otras viviendas, más importantes y más extendidas en la región, que son las *alquerías*, muchas de ellas con aspecto multisecular, demuestran su arraigo, su antigüedad y su carácter tradicional.

Dejando las tierras que siempre fueron de regadío, para buscar las glebas, que fueron de secano, aunque la irrigación vaya hoy llegando a muchas de ellas, observamos la aparición de otro tipo de edificación agrícola, las *«masías»*, de características muy acusadas.

La «masía», se llama simplemente «mas» en algunas comarcas, de la que se origina el diminutivo «maset», con que son designadas unas construcciones campestres en la Plana de Castellón.

La arquitectura rural levantina cuenta también con otras construcciones, conocidas por *«riu-raus»*, localizadas principalmente en la región de La Marina Alicantina, donde existen extensos viñedos, escalonados en muchas zonas, como en Benisa.

Expondremos las características de estas edificaciones, su forma, destino, ubicación, localización, geografía, e importancia, de estas viviendas mediterráneas, marco de la vida de sus hombres, en su natural medio ambiente, tan íntimamente condicionado por su clima, cultivos y ocupaciones laborales, como ocurre en la casa popular agrícola de todo el mundo.

Apena observar por doquier el olvido absoluto tenido al construir nuevas edificaciones, de las acusadas características de estas edificaciones, que desde siempre existieron, y tan admirablemente encajan, y armonizan, con los paisajes y la naturaleza circundante, con el entorno como hoy se dice.

LA BARRACA

Barraca valenciana

La etimología del vocablo «barraca» ha sido muy discutida. Unos creen deriva del ibero-céltico «barrachad», cabaña, que a su vez proviene de «barrach», rama de árbol. Otros dicen proceder de la voz latina «trabacca», derivada de «trabs», que significa viga.

No faltan los que piensan que el vocablo «barraca», deriva de la raíz «barru», es decir «barra». Complicadas, pero no inútiles, estas consideraciones semánticas, marginales a nuestro propósito.

Sea lo que fuere, la palabra «barraca» sirve principalmente para designar, en los minifundios, una construcción de paredes de barro y techumbre vegetal.

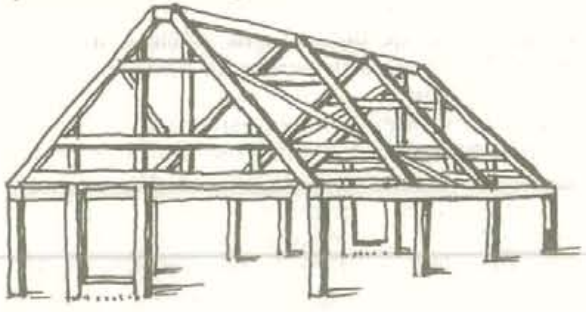
Barracas semejantes a éstas las hay, y las hubo siempre, en muchos lugares del mundo, de carácter lacustre, razón de su posible origen palafítico.

Las corrientes conocidas por Río Júcar, barranco de Torrente, Río Turia y barranco de Praixet, que acarreaban en tiempos muy remotos materiales al fondo del mar, se amontonaban en sus orillas por las mareas o corrientes marinas, formando bancos, sin llegar a deltas, paralelos a la costa, y uno de éstos sería el altozano donde actualmente se hallan la Catedral, el Palacio Arzobispal y la Iglesia de San Esteban, en la urbe valenciana. Los hombres de tierras relativamente altas, construían sus miserables cabañas que, con el tiempo, han llegado a ser las poéticas barracas valencianas.

Con estos antecedentes no es fácil exponer la evolución de esta típica vivienda de la huerta valenciana. Hagamos un poco de historia.

Es preciso remontarse al siglo XV para encontrar la primera representación artística en una tabla de Jaime Mateu, del 1417, o más tardía, que se encuentra en el Museo de San Pío V, que representa, en primer término, una Santa, y al fondo, dos barracas, muy semejantes a las actualmente existentes.

El siglo XVI nos aporta otra referencia iconográfica de la barraca ya que, durante la guerra de las Germanías, los moriscos que las habitaban, partidarios de la nobleza, comenzaron a poner las cruces en su alto, para así evitar que los agermanados les atacasen so pretexto de la religión.



Bastidor de una barraca

Estas barracas eran frágiles y por sus materiales fáciles de ser destruidas por el fuego. Los incendios fueron frecuentes y desde lejanos tiempos, se tienen noticias de algunos como el que acaeció el 21 de enero de 1796, en El Cabañal, que destruyó, y fueron consumidas por el fuego ciento siete barracas. El 2 de abril del mismo año, ardieron ocho barracas más en El Grao.

El siglo XIX es considerado como la edad de oro de las barracas de la Huerta de Valencia, lugar donde semejante tipo de vivienda alcanza su mayor grado de perfección.

Para construir una barraca se abría una zanja de unos 50 centímetros de anchura por unos 40 de profundidad, formando un rectángulo, de unos 9 metros de largo por 5,50 metros de ancho, dimensiones totales exteriores de la barraca.

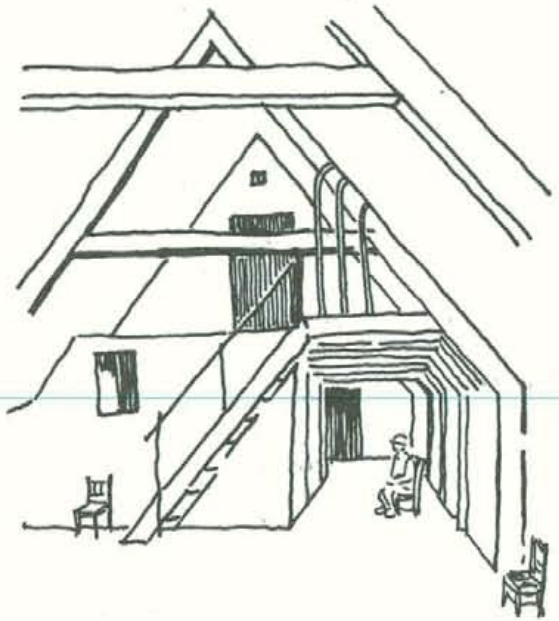
Las paredes se construían de adobes, «gassons» en valenciano, formados por tierras arcillosas y cáscaras de arroz, a veces se empleaba el barro sencillamente. Tales paredes de contorno de la barraca alcanzaban una altura media de 3,50 metros. Estas paredes de las fachadas se robustecian y reforzaban con trozos de madera de chopo, hincados en el suelo, embebidos en estos gruesos muros, que sostenían una carrera horizontal (cadersa) a los que iban clavados los pares de la armadura de la cubierta (costelles), los tirantes y las vigas del piso-techo de cañizo, cubierto con tablas (costera) para poder circular sobre él.

La cubierta se formaba colocando sobre los pares un armazón de cañas, a las que se sujetaba la broza de distintas especies, procedente de la Albufera y terrenos limítrofes, como el Berró de la mansega o el senill.

La cubierta comenzaba por abajo, en saledizo (polsera), hasta llegar a la cumbrera (carena) del ángulo formado por las dos vertientes que se enlucían con fango.

El espacio comprendido entre el sestre y ambas vertientes de la cubierta, bastante inclinadas, lo constituían la «andana», en tiempos pasados, destinada a la cría del gusano de seda, alimentado por hojas de moreras.

Las fachadas, es decir, los dos frentes de la



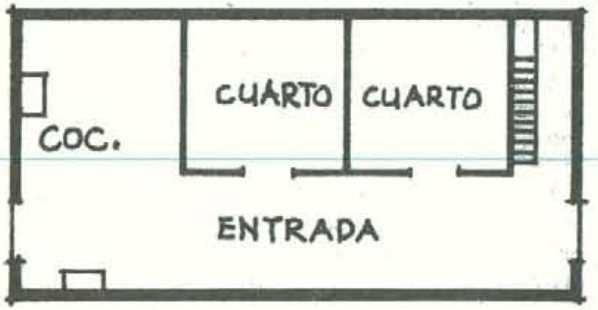
Interior de una barraca

barraca, el principal, en el que se emplazaba la puerta de ingreso, y el opuesto, por lo general cerrado, se construían, como las paredes laterales, más largas, hasta la altura del dintel de las puertas. A partir del dintel no había más que una parte más ligera, revestida de barro (penal), con alguna aspillera para ventilación.

Todo ello, excepto la broza, que constituía el material de la cubierta, se enjalbegaba con blanquísima cal, que las defendían de la humedad y del calor, o impedía la desintegración del barro.

La función práctica, reteniendo la tierra, la desempeñan los geráneos, plantados como zócalo florido, a lo largo de las barracas, destacados bellamente sobre su inmaculado blancor.

El interior de estas viviendas se hallaba dividido longitudinalmente, en toda su extensión, en dos porciones distintas; la de la izquierda era una especie de pasillo; la de la derecha correspondía a dos habitaciones, una, la primera de ellas, era la habitación del matrimonio, la otra, u otras, servían de dormitorio de los hijos. Antes de llegar al fondo se interrumpía el tabique divisorio, formándose una estancia más amplia en la que se hallaba la cocina y su menaje, no menos típico que el resto de la morada. De esta estancia arrancaba la escalera de madera que permitía subir a la andana.



Barraca en la Huerta

Esta barraca, destinada a vivienda, solía completarse con otra, a veces adosada a ella, pero independiente, destinada a establo y otros servicios. Al construirse dos barracas, una junto a otra, se unían con un pasadizo cubierto. Alrededor de las dos barracas, muy frecuentemente enlazadas con emparrados, se disponían otras construcciones auxiliares, el pozo y el horno (fornet), en su forma característica de semiesfera.

En la zona de la Albufera, concretamente en lo que fue isla del Palmar, ya mencionado, existen otros tipos de barracas, caracterizadas por tener la parte más castigada de los vientos, no en fachada plana, sino redondeada, como absidal (culata redonda), que vistas desde lejos, parecen barcos tumbados al revés.

La planta en estas barracas deja de ser rectangular y la puerta que corresponde al frente cilíndrico se abre sobre una de las fachadas más alargadas.

En cuanto a sus muros, que suelen ser de espesor uniforme, presentan unos salientes llamados «ventis», que los afianzan contra el efecto de los vientos allí reinantes.

La disposición interior también varía, ya que se trata de viviendas para pescadores y

necesitan depositar en ella sus artes de pesca.

Hay también barracas en la Torre del Puig y en la Playa de Puzol. Se trata de construcciones más pequeñas y primarias, que los pescadores de pueblos próximos habitan sólo a temporadas.

Otro tipo de barracas lo encontramos en Cullera, cuya particularidad consiste en que sus paredes son de piedra, por la circunstancia de hallarse junto a una roca.

Existe un grupo de barracas más modestas, entre Riela y Fortaleny, de paredes más ligeras, y las correspondientes al Oeste, están reforzadas con el típico rastrojo (rastrol) del arroz.

En Orihuela existieron barracas más elementales, sin encalar, con paredes de cañas enlucidas de barro y yeso, de modo similar a las barracas murcianas, müy numerosas aún a finales del siglo XIX, casi inexistentes en la actualidad.

Las barracas de la Huerta de Valencia, fueron fuente de inspiración: una novela, para muchos críticos la mejor de Vicente Blasco Ibáñez; una poesía, entre las más notables de Teodoro Llorente; un sainete, «Barraca en el Cabanyal», de Eduardo Escalante (hijo), etc., y tantas y tantas obras pictóricas de los famosos maestros de la Escuela Levantina, de la que Sorolla fue maestro de todos, y aún hoy, el más cotizado y estimado, en el mercado de la pintura.

LA ALQUERIA

Las alquerías de la Huerta de Valencia han sido principalmente las estudiadas por Francisco Almeda y Vives, en monografía publicada en 1932, en Valencia, en él tendremos que apoyarnos.

La palabra «alquería», se deriva de la voz árabe «Carya», que Leopoldo Eguilaz, define como «vocablo que además de la aceptación de villa, tiene la de aldea, burgo, todo lugar poblado, distinto de la ciudad y de plaza fuerte». Otros escritores la definen como casa de campo con terreno de cultivo, especialmente de regadío, que en la Huerta de Valencia corresponde a una explotación agrícola de importancia.

Hoy «alquería», designa «casa de campo para labranza», según los lexicones, empezando por el de la Real Academia Española de la Lengua.

La «alquería valenciana», según el erudito D. Marcos Antón de Orellana, se entiende por edificación «con tierras de huerta anejas, situadas en las inmediaciones de la ciudad», mientras que por «masía», o «mas», se entendía, «casa con tierra, principalmente de secano, en situación más remota y distante».

La Huerta de Valencia, llanura primorosamente cultivada, de 27 kilómetros de longitud por 11 de anchura, se delimita por los siguientes lugares: Pozol al Norte, con referencia a Catarroja al Sur, Manises al Oeste con referencia a la Playa de la Malvarrosa al Este.

Esta llanura semeja a un triángulo isósceles de lados irregulares, cuya base es el mar y cuyo vértice se halla en el río Turia, entre Paterna y la mencionada ciudad de Manises.

No en toda la Huerta hay la misma densidad de alquerías, en las cercanías de la capital. Siglos atrás, el mayor número de alquerías estuvo alrededor del poblado de Campanar.

La menor densidad se dio, y se da, en la zona próxima a la Albufera, quizá porque la formación, o estabilización de tales terrenos es posterior a la época en que surgieron tales viviendas.

La antigüedad de las alquerías proclama su abolengo, que se remonta para unos a la época romana, aunque sea durante la dominación islámica cuando surgen en gran número.

Tras la conquista cristiana, las alquerías unieron a una misión colonizadora, un carácter defensivo. Al final de la Edad Media, la alquería-fortaleza, evolucionó hacia pequeños palacios, habitados por señores rurales.

Las alquerías, con cierto carácter arquitectónico, fueron surgiendo a partir de la conquista de Don Jaime de Aragón, y evolucionando, como consecuencia de las trans formaciones que trajeron los tiempos, ya que las alquerías se construyeron en relación con la riqueza de sus huertas y la de sus dueños, y señores.

No nos interesaremos de las modernas alquerías, sino tan sólo de aquellas que acusen su carácter tradicional.

La planta de la alquería, en su tipo más sencillo, es un simple rectángulo, al que, a veces, se añade otro normal a él.

No faltan ejemplos en que la planta está formada por dos cuadriláteros, uno dentro del otro, de manera que se forma un patio en el interior del primero, solución menos frecuente, y más romana.

Todas estas plantas suelen ser regulares, pero las hay también irregulares, o porque los cuerpos de edificación provengan de distintas épocas, o porque obedezcan a determinadas necesidades o caprichos de sus moradores.

Los alzados de las alquerías son lisos, sin vano alguno en las fachadas laterales, con pocos huecos en la posterior y con varios, simétricos, en la fachada principal en la que, en su eje, se sitúa la puerta, en arco de medio punto, aunque no faltan las adinteladas, en ambos casos de cantería, más o menos labrada.

La planta baja se acusa, al exterior, por lo menos, con una ventana enrejada, saliente, a cada lado de la puerta del ingreso principal.

Sus plantas superiores se acusan por una o dos filas de ventanas cuadrangulares, que en las edificaciones más antiguas se enriquecen con perfiles trilobados, o se dividen por ajimeces.

Balcones no suelen tener, y si los hay, de hierro, manifiestan modernidad o recientes añadidos.

En el interior, su planta baja, en su parte central, ábrese la entrada o portalón, a veces, de grandes dimensiones.

A ambos lados suelen disponerse las habitaciones de la vivienda. En el fondo de esta misma planta baja se emplaza la «Llar», con el hogar, con su gran chimenea de campaña, en cuya repisa suelen encontrarse útiles cocinarios de reluciente cobre, así como cacharros de cerámica de Manises.

Lo más corriente es que el único piso, sobre la planta baja, formado y sostenido por robusta aparente viguería de madera, consti-

tuya, como en la barraca, pero más sólidamente, la «andana» destinada a guardar las cosechas.

La alquería se cubre con tejas árabes, dispuestas, en una sola pendiente, vertiendo sobre la fachada principal, en los tipos más sencillos.

Entre las alquerías de mayor interés figura la *«Alquería del Pi»,* en el término de Barbotó, cerca de Burjasot, de fácil localización, por el pino, tan grande como viejo, que le da nombre y responde al título de uno de sus propietarios, el conde de Pinohermoso. La fachada del edificio tiene su puerta dovelada, de medio punto, con el escudo ducal labrado en piedra. El piso principal se acusa por tres ventanas góticas con sendos ajimeces, más frecuentes éstos en las masías catalanas, que estudiamos en otro lugar.

Amplio zaguán, solado con ladrillo a sardinel, es decir, colocado de canto, en graciosa y típica combinación, constituye su ingreso principal.

La techumbre del zaguán, formada por dos gruesas vigas longitudinales de madera y de otras transversales, pintadas unas y otras, así como los espacios entre ellas, de blanco y rojo, en agradable contraste.

Son notables la antigua escalera y las bien molduradas puertas de madera.

El fondo del zaguán, una gran ojiva de piedra, da paso al patio formado por otros cuerpos de la edificación.

Se encuentra próxima, a la anteriormente indicada, la *«Alquería del Moro»,* sita en el Camino Viejo de Burjasot, a unos pasos del nuevo camino.

Su fachada, en su parte inferior, acusando la planta baja, a nivel, más o menos, del terreno, tiene dos ventanas con góticas rejas, alineándose en su piso superior, dos ventanas del mismo estilo, sin rejas, de perfil lobulado y ajimeces. El zaguán es semejante al antes mencionado de la Alquería del Pi.

Otras alquerías de carácter gótico se encuentran todavía en diversos lugares de la Huerta, entre otras, la *«Alquería de Fonda»,* en el camino de Moncada, y la de Llopis, en los alrededores de Campanar.

La *«Alquería de la Torre»,* o de Castellar, que se encuentra también en el camino viejo de Burjasot, fue reedificada en 1760, por el Conde de Castellar, cuyos blasones ostenta, en mármol blanco, en una esquina del edificio. Lo más notable de ésta es la torre almenada que se alza en una de las esquinas de su edificación principal.

Posterior en el tiempo, como ejemplo barroco, citaremos la *«Alquería de Falcó»,* en el camino de Moncada.

Al siglo XVIII pertenece uno de los más bellos ejemplares, la *«Alquería del Magistre»,* o del Portalet, en el término de Alboraye. Conjunto muy completo, con sus arcos de entrada, su jardín ante el edificio, su alberca, su magnífico emparrado, su pozo adosado a la fachada, sus rejas saledizas, su capilla acusada por una espadaña y torrecita prismático-cuadrangular, con cúpula de tejas esmaltadas azules, que aparecen, frecuentemente, en otras edificaciones posteriores, y vemos en todos los pueblos.

Se construyen también alquerías durante el siglo XIX, destinadas al veraneo de sus propietarios, cuando aún no estaba de moda trasladarse a playas más alejadas, del norte de la Península, en Guipúzcoa o Santander, o más recientemente, a las del sur, de la Costa del Sol.

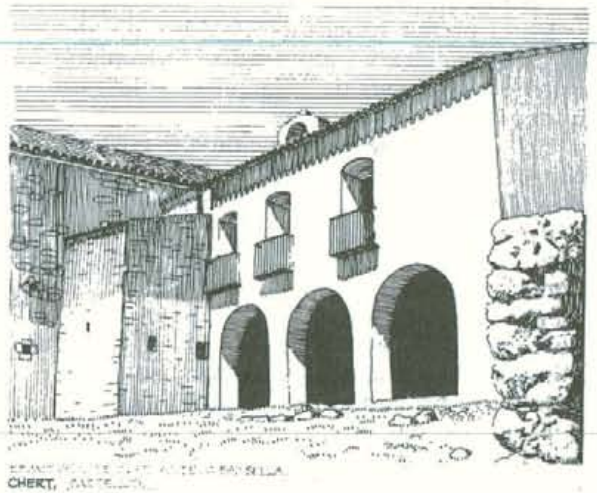
Alquerías, en un tiempo exentas, han sido algunas rodeadas de bloques de viviendas, entre ellas las de Benicalap, la *«Alquería de la Torre»* en el Camino real de Madrid, la de *«Corret»* en el barrio de Ruzafa, la de *«Torreta»,* en el Cabañal, y la del *«Portalet»* en el Camino Hondo del Grao.

Todas estas edificaciones son más o menos contemporáneas a los «pazos» gallegos, de los que nos ocupamos en otro lugar de este estudio.

LA MASIA

Lo que en unos lugares se denomina «masía», en otros se designa por «mas» y «mazada», palabras, las tres, de origen latino. Como etimología de «mas», que es la forma más simple y abreviada, suele darse «mensum».

¿A las masías que aún subsisten en los campos valencianos, puede adjudicárseles un abolengo romano? De una manera directa no, aunque los romanos tuvieran fincas aisladas de recreo y de labor, en los campos, durante su ocupación de nuestro litoral mediterráneo, lo que acreditan las excavaciones y la Historia. Los restos de la civilización romana de verdad importantes, desde Ampurias al Estrecho de Gibraltar, y los conservados en los museos, que guardan tantos tesoros artísticos, atestiguan su remoto origen de la



Ermitorio de San Pedro de la Barsella. Chert (Castellón)

Roma clásica, que en un tiempo se extendió sobre todo el litoral mediterráneo.

Faltan datos para poder establecer clasificaciones de las numerosas «masías» aún existentes, que debieron de ser hace tiempo inventariadas y defendidas por el Estado, como ya hizo con los hórreos, asturianos y gallegos, y con las «Torres» en torno a Alicante.

Históricamente, figura entre los grupos más importantes el formado en torno a Morella, en el Alto Maestrazgo, alejado de las costas, región muy accidentada, de bellísimos paisajes, sin carácter mediterráneo.

Morella tiene un acusado carácter medieval, y el estado de sus edificaciones, de su caserío, es excelente, y de singular interés artístico y turístico.

Segura y Barreda, en 1868, en su *«Historia de Morella y sus aldeas»,* trata de «masías», definiéndolas como grupo de edificaciones necesarias para las familias y su ganado. Había casas, corrales, graneros, pocilgas, etc., construidas sucesivamente sin regularidad alguna. En medio se levantaba una torre, para su defensa, alrededor se extendía un amplio terreno que comprendía bosques, dehesas y tierras de pan llevar. En la masía propiamente dicha vivían dos o tres matrimonios, con sus proles, bajo la autoridad del «abuelo», que era como un patriarca.

En el medio geográfico de Morella abunda la piedra, material empleado lógicamente en estas edificaciones de carácter popular, sin arquitectos.

En la fecha de la mencionada Historia de Morella, el número de las «masías» existentes en el lugar y sus aledaños se elevaba a 295.

Episodios bélicos de aquellas épocas, nos recuerdan la existencia de masías fortificadas, con sus almenas, sus matacanes, sus paramentos de sillares, como vemos en la «Torre de Doña Blanca», o del Marqués, en el término de Torreblanca, y la conocida por «El Palomar», próxima a San Mateo.

Estas características bélicas las confirma Carlos Salvador en un artículo dedicado a unas «masías» de Benasal, que dice, «no pocas tienen carácter de fortalezas, como la del Búlc (antigua Torre Navas o de N'Abas) en la que se yergue una torrecilla, como vigía del camino de Villafranca del Cid. La conocida por *«Torre Beltrans»,* en término de Arcos, parece otear la entrada del Coll, ruta natural para invadir los llanos castellonenses. La masía, *«Torre Monfort»,* guarda el camino de Culla».

Acerquémonos a la comarca conocida por Pla de Quart, o llano de Cuarte, que Don Teodoro Llorente, a fines del siglo pasado, la definía como «una elevada y extensa meseta de buena tierra», dividida en grandes haciendas (masos), con afamados viñedos, olivares y algarrobales.

Vicente Badía ha enumerado los términos municipales a que pertenece el Pla de Quart: Aldaya, Cheste, Chiva, Godelleta, Manises, Ribarroja o Torrente, además de Quart de Poblet, que da nombre a la llanura. Enumera también las masías, ya desaparecidas, de las que quedan, más o menos visibles huellas, entre ellas las del Delmé, de la Esperanza, de Cardona Vieja, de la Cruz y el Maset Roig.

Las «masías» que subsisten se destacan en el horizonte, ya que suelen estar como escoltadas por elevados árboles, pinos, palmeras y eucaliptus.

Sus plantas y alzados varían mucho de unas a otras. Las más notables constan de espaciosos edificios, a veces, como decimos, flanqueados por torres, recuerdo quizá de otras

Culla (Castellón)

que tendrían carácter defensivo, necesario a los tiempos bélicos en que fueron edificadas.

Otras «masías» debemos mencionar, entre ellas la de *«Aldamar»,* con su espaciosa bodega. *«La Constancia»,* por su espaciosa cocina de gran carácter, con pavimento de guijarros y ladrillos, con su jardín de estilo neoclásico valenciano. La masía *«del Poyo»,* con su gran balsa sombreada de grandes pinos, que perteneció al político D. Ramón Nocedal.

Muchas de estas masías y sus tierras fueron transformadas, antes de 1936, por una importante empresa, de secano en regadío, y dedicadas al cultivo, en gran escala, de naranjos y otros frutales, lo que exigen grandes movimientos de tierras, hoy totalmente mecanizados.

EL MOLINO

Los molinos son otras de las construcciones populares de la Huerta, que aunque tengan su carácter funcional y específico de sus fines agrícolas, en ellos suelen también vivir una familia.

Ha habido molinos, además de los harineros, otros de varios tipos, entre ellos, muy numerosos en estos pagos, los de papel y los de barniz, para atender a los obradores de cerámica, implantados en la región.

Mencionaremos también los «batanes», máquinas muy primitivas, hidráulicas, destinados a golpear, desengrasar y enfurtir los paños, una de las industrias características de esta región, que nos recuerdan los existentes en Béjar y su comarca, en la provincia de Salamanca.

Los molinos de harina, y los de arroz, tuvieron siempre gran importancia en la economía valenciana, y la Corona se reservó, desde que fue conquistada Valencia, la regalía de dar el permiso para su establecimiento, facultad que, por delegación, ejercieron el Baile general, y abolidos los Fueros, el Intendente.

Don Jaime el Conquistador ejerció aquella facultad, a cambio de censos, en dinero o en especies, o bien cantidades fijas como parte de las ganancias.

Dicha regalía se ejercitaba no solamente en los pueblos de realengo, sino también en los pueblos de dueños particulares.

La historia nos hace saber que Don Jaime II concedió a Lupo Santi de Rufis, el poder construir un molino en un lugar de Cotes, y

también que a la Condesa de Parcent, dueña del lugar de Almacera, por construir un molino sin permiso real, se le obligó a reconocer el dominio directo y mayor del Monarca, y a pagar un canon anual. Si la concesión de un molino se hacía a un particular, y no al señor del pueblo, éste protestaba y disputaba sus derechos, como ocurrió en Callosa d'En Sarría, cuya región describe así Gabriel Miró:

«Callosa d'En Sarría, es un pueblo moreno, acortezado, encima de una hoyada verde, como si fuera toda una mata inmensa de calabazar moderno, que cuelga en la peña el montón de fruto carnoso».

«Callosa ha escogido las mejores tierras con un buen presentimiento. Estaba lejos, y sin moverse ve a los demás que recuden, porque han ido abriéndose los caminos de los lugares más cerrados; camino del valle de Guadalest y de la Serranía de Tárbena. Callosa, en medio. Pone su plaza como una falda tendida para recoger el mercado de muchos lugares. Pone también la fita entre el clima mediterráneo y el interior. Hasta Callosa sube desde las playas el follaje tierno y fácil de los huertos; después el esfuerzo de cada bancal murado de roca viva».

«Calvario de cipreses negros. Voltear de campanas a la redonda de las cumbres, calles con toldos de cañizo. Fiestas y casas viejas. El Ayuntamiento con soportales de cal».

En el Reino de Valencia existían señoríos que gozaban del derecho de establecer molinos en sus dominios y el de impedir que otros lo hicieran, derecho que se debía a una posesión inmemorial, donación regia o a capitulaciones efectuadas al repoblar los lugares tras la expulsión de los moriscos.

Al intendente acudían los que se consideraban perjudicados por el establecimiento de un nuevo molino.

Una vez más Gabriel Miró completará nuestro estudio. En «Años y Leguas» escribe:

«Ya no quedan señores en la comarca. Los del tiempo viejo -le refieren a Sigüenza los labradores recordando el suyo— eran cada uno señor de veras: señor de los montes, de las aguas, de los caminos, de las alcabalas, del bien y del mal».

En su *«Historia de la Arquitectura Civil»*, Don Vicente Lampérez escribe: «Los edificios de los molinos medievales debieron de carecer siempre de toda monumentalidad, ni sus dimensiones la exigían los sencillos artefactos, ni el objeto lo pedía. Ignoro si, no obstante, se habrá perdido por esos campos españoles algún molino de importancia arquitectónica».

Olocau del Rey (Castellón)

«Vienen las aguas destilando de las altitudes sin dueño; y se esparcen regando huertos y moviendo molinos, que ya pierden para Sigüenza todo concepto jurídico y económico de propiedad, significando paisaje, que es de todos, es decir, del que lo quiere y lo goza».

El tipo de molino varía mucho de un lugar a otro. Tierras adentro abundan los molinos construidos muy rudimentariamente con argamasa y piedra, en casos fortificados porque así lo recomendaba la inseguridad de los tiempos en que fueron alzados y el aislamiento en que suelen hallarse junto a pequeñas corrientes, o caídas de agua. En los llanos del litoral se emplea la piedra en menor proporción.

En sus fachadas figuran el nombre de sus dueños, o del lugar, o de un Santo titular de la Parroquia, con azulejos ochocentistas, productos artísticos de la región.

En otro casos a este adorno de las fachadas se le concede más importancia, hasta hacernos recordar primitivos retablos, como el que aún perdura, fechado en 1828, en el molino de San Vicente, en la huerta de Ruzafa.

Muchos de estos molinos tenían pintados, en alguno de sus muros, numerosos signos, como de unos seis centímetros de altura, con caracteres heroglificos los más, o con caracteres tipográficos los de construcción más reciente. Estos molinos eran conocidos por *«maquileros»*, porque practicaban la *«maquila»*, que consistía en moler el cereal a los hortelanos, quedándose en pago una parte del mismo.

Los mismos cosecheros llevaban el grano al molino, ayudaban al molinero y se llevaban la harina una vez separada la que se dejaba como pago. Era costumbre que los maquileros o sus carreteros recorrieran las calles de los pueblos con los grandes carros, que tenían la particularidad de llevar alrededor del eje, entre el cubo y la caja, unas argollas de hierro llamadas «alfardons», que al arrastrarse

Riau-Riau. Zona del Marquesado. Denia (Alicante)

por el terreno, producían un ruido especial que hacía salir a las amas de casa para entregar el trigo en talegos que llevaban «marques de carrer», registradas en el molino.

En el molino o se mezclaban todos los granos o se daba harina ya molida a cambio del cereal aportado, o se molía por separado, el contenido de cada talego. Efectuadas estas operaciones se devolvía cada saco a su dueño,para lo cual servían las mencionadas marcas, que Don Nicolás Primitivo Gómez, autoridad en molinería, las estudió en un molino de Algemesí, como supervivencia de un «hábitat» ya desaparecido.

Los molinos muchos de ellos desaparecieron dejando huellas de su existencia en nombres como el «Molinar» y el «Molinell».

El «Molino de Vera», en la partida de su nombre, aún perdura, teniendo a las espaldas el estanque donde el poeta Llorente, vio «nadar ánades con ello de turquesa y cabeza de esmeralda», mostrando en su fachada principal la «porxada», o soportal con el tejadillo apoyado en dos robustas columnas. Todo ello junto a la ermita de Vera, que inspiró al poeta ilustre, su «Misa d'Alba».

EL «RIU-RAU».

Entre las construcciones rurales valencianas y mediterráneas, más bien alicantinas, de acusado carácter, de las que tratamos más adelante es el «riu-rau», antes ya mencionado, de etimología desconocida. Unos autores la escriben con un guión y otros sin él. Hay quien ha registrado que en Gata de Gorgos se pronuncia riu-xau, con una equis silvante. Miró, siempre Miró, escribe «riu-rau» y nosotros le seguimos, con nuestra devota admiración, como cantor mayor de sus tierras alicantinas.

El «riu-rau» es una construcción en el campo, dotada de un porche o galería cubierta, en la que se resguarda, por la noche, o en caso de lluvia, los cañizos donde se extiende la uva, que, bajo los rayos del sol, se convierte en pasa.

El «riu-rau» tiene por ello una localización concreta que corresponde a dos comarcas en las que se cultiva la vid con dicha finalidad.

Estas comarcas son, el Marquesado de Denia y la Marina. Por Marina se conoce un territorio de la provincia de Alicante situado en la costa, o en sus inmediaciones, que comprende desde Denia hasta Villajoyosa, en el que se encuentran Jávea, Benitachell Teulada y su dependencia Moraira, Benisa, Calpe, Altea y Benidorm, de las que nos ocupamos al escribir sobre Alicante y sus pueblos.

En el antiguo reino de Valencia se daba el mismo nombre de Marina a los pueblos de la antigua Gobernación de Denia y a la mayor parte de los partidos judiciales de Callosa de la Ensarria y de Villajoyosa, faja o zona extendida entre la parte de costa, ya señalada, y una línea, aproximadamente paralela, más de dos leguas hacia el interior.

A la Marina perteneció la misma Callosa, Nucia, Polop, Finestrat y algunos otros poblados, según esta demarcación.

Estos viñedos del litoral se extienden por suaves colinas con escaso espesor de tierra

Ria-Riau. Jávea (Alicante)

fértil, que las raras lluvias, intermitentes, y a veces torrenciales, podrían arrastrar, por lo que, desde tiempo inmemorial, —se atribuyen a los árabes como los riegos—, el labriego viene acondicionándolos, adoptando el cultivo de terrazas escalonadas, contenidas por muretes de mampostería en seco, no limitándose con labrar la vertiente en gradas, por medio de obras de desmontes, como vemos hacen los labriegos de otras regiones.

Estas terrazas, artificiales y sólidas, que vemos en la comarca de Benisa, por ejemplo, constituyen un rasgo característico del paisaje agrario del litoral mediterráneo y de las Baleares.

En las proximidades de Valencia hemos visto realizar importantes movimientos de tierras, con sus muros de contención en las laderas de los montes, que limitan con la zona llana de la huerta para conseguir aumentar las superficies destinadas al cultivo de cítricos.

Naia

En esta comarca los «riu-rau», que abundan, constan a veces de un cuerpo de edificio cubierto con tejado a dos aguas, bajo el cual encontramos una habitación destinada a varios usos, y uno o dos dormitorios. A veces el mismo tejado cobija la cuadra, a la que se pasa a través del corral, cercado con tapia.

Este cuerpo de edificación tiene adosado a su fachada al este o al sur, la antes mencionada galería, cubierta con teja árabe, de una sola pendiente. Este porche se llama «naia», voz valenciana desde el siglo XV.

La anchura de este porche, o «naia», del «riu-rau» no suele exceder de cuatro metros, dimensión normal de los rollizos de madera, sin desbastar, con que se cubren.

El cerramiento de su característico frente, construido como el resto de la edificación de piedra y ladrillo, abierto con arcos rebajados, escarnos, y rara vez de medio punto, apoyados en pilares de los mismos materiales, otros, incluso, sobre columnas de piedra cilíndricas o de sección octogonal, con basa y capitel sencillos, bien labradas, procedentes de las canteras que junto al mar se hallan en Jávea, donde sus artesanos repiten tipos tradicionales.

El número de estos arcos viene determinado por la extensión del porche, unas veces de sólo dos o tres arcos, otras que no hemos llegado a ver, se nos dice que hasta de diez o más.

Los frentes laterales del porche están abiertos o cerrados, no por razones de solidez, sino por aislarles de la temperatura.

En los frentes interiores de la «naia», cuando están cerrados, se dispone la cocina o el pozo de la cisterna o el horno que en edificaciones más recientes los encontramos aislados.

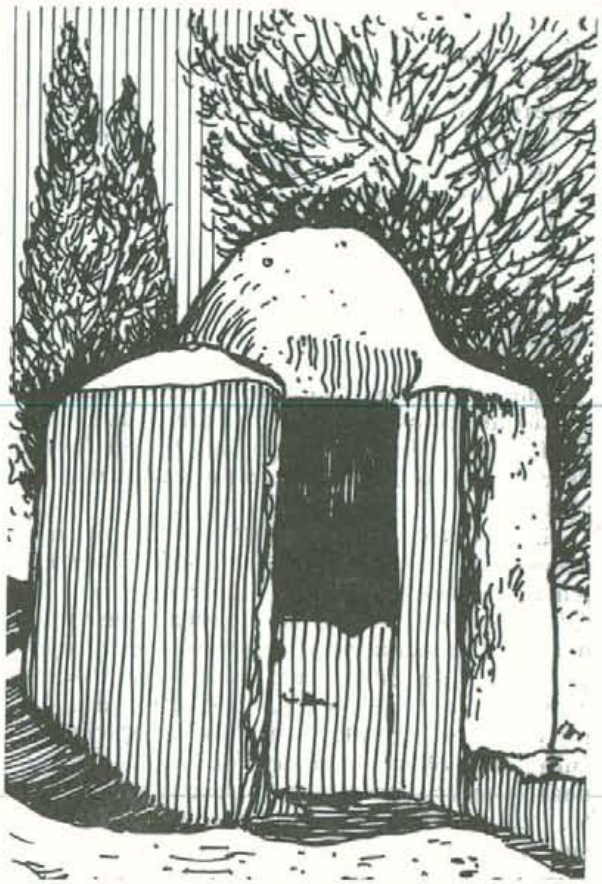
Estos soportales, que nunca se orientan al norte o al oeste, son donde se resguardan los cañizos con la uva en racimos cuidadosamente seleccionados, durante el secado al sol, para conseguir su transformación en pasa, estado propicio a su conservación y exportación.

El «riu-rau» es también la vivienda temporal del hortelano y de su familia, habitada tan sólo durante el tiempo de la vendimia, el escaldado de los racimos, y a la pasificación de la uva.

En su origen pudo ser así, pero actualmente muchos «riu-rau» sirven de habitación permanente, tanto si se hallan en la proximidad de los poblados o más aislados y alejados de éstos, en sus montes cercanos.

En los alrededores de Calpe, en varias de sus más recientes urbanizaciones, los chalets tipo «riu-rau», se repiten hasta la saciedad, como en Monte-Toix, demasiado amontonados, faltos de espacios libres ajardinados. El horroroso conjunto, visto de lejos, quiere imitar un pueblo de nueva planta, al que le falta la vida de un pueblo auténtico, descubre un caso más de especulación del suelo sin ordenación, con una densidad excesiva, grave error, falto de todo principio del más elemental urbanismo, pese a las legislaciones centralistas.

En Benisa, Calpe, Altea, Moraira, Jávea o cualquier otro del Marquesado de Denia, los blancos «riu-rau», los auténticos, animan y alegran el paisaje de estas costas mediterráneas, en las que brilla un sol deslumbrante, con cielos azules, despejados y sin nubes, todo lo cual nos hace pensar en el mundo clásico, al divisar a través de sus sencillos arcos, el azul cobalto del próximo mediterráneo, y el Peñon de Ifach, que Miró describe así, en «Años y leguas»: «De tan hermoso, debió de ser ya monte escogido y ensalzado por los antiguos como el monte Erix de Sicilia. Tendría su templo, con cipreses y mirtos, como Erix tuvo el de Venus, glorificado de palomos. Los marineros fenicios, griegos, etruscos, romanos, invocarían a la diosa en sus adversidades. En las vertientes irían amontonándose los vasos y las ánforas de las libaciones».



Cisterna. Jávea (Alicante)

«Atraída por las delicias de la soledad, una reina fundó allí su baño de placer. Alrededor

de Venus Ericina había centenares de mujeres, cuyas gracias consolaban a los navegantes. Venus ha seguido amadrinando a las mujeres de Erix, perpetuándoles su belleza clásica, hasta el punto que un viajero árabe se arrebata y dice: «¡Que Dios las haga cautivas de los musulmanes!»

HUERTO BULUFER EN JAVEA

Una valiosa aportación extranjera, alemana por lo minuciosa, no nos resistimos de incluir aquí, y tal es la del Huerto Bulufer en Jávea, de un gran arquitecto que aquí traducimos en parte:

«El viajero, amante de la naturaleza, que procedente del norte de Europa entra en España, observará ya desde los Pirineos un considerable aumento de la vegetación meridional, y su atención se verá atraída por grupos e hileras, de eucaliptus, setos de áloes y grandes plantas de cactus; la estructura del terreno por sus plegamientos, propician el cultivo de olivos y algarrobos, descubre alineaciones de cipreses, que crecen al borde de los huertos, que ya llamaron en atención en su viaje a través del sur de Francia».

«Estos nuevos elementos de horticultura, a los cuales se unen todas las especies de palmeras, le encantaron sobre todo en la decoración de las plazas públicas y jardines de Barcelona. En esta última ciudad se encuentra el parque Güell, obra del arquitecto Antonio Gaudí, que por su particular construcción y su arquetectónico y exuberante decorado es sumamente interesante».

«Sin embargo, al sur del Ebro, a partir de Tortosa y al entrar en el antiguo Reino de Valencia, se intensifica la impresión de una nueva zona climática. El aumento de plantas para nosotros desconocidas, sobre todo naranjas, limones, granadas, áloes y cultivos de palmeras, sorprende a los viajeros».

«Al mismo tiempo, con el fuerte desarrollo del aspecto meridional de las plantas, las construcciones y los hombres, aumenta la falta de vegetación en las montañas, de manera que se origina un muy acusado contraste entre la llanura, regada artificialmente, y las áridas zonas más elevadas».

Valencia, completamente rodeada de una fértil tierra de cultivo (la huerta de Valencia), dispone de ejemplares sistemas de riego. Aquí es muy importante el cultivo de la naranja, en la ciudad las encontramos en las plazas públicas, y en los jardines aparecen cuajados de espléndidas flores.

Al sur de Valencia, especialmente en Carcagente, el país debe su particular fisonomía a los apretados grupos de altas palmeras africanas que dominan por su porte los cultivos de naranjas y limones. Se puede caminar durante horas a través de bosques de sólidos y algo bajos naranjos y mandarinos, en ordenadas alineaciones.

Estos cultivos alternan con los de almendros, olivos, algarrobos y vides.

En Elche un gran bosque de poderosas palmeras define el verdadero carácter africano del país.

Prescindiendo de estos tipos de plantas no se diferencia esencialmente en su disposición el jardín público español de los nórdicos. En cambio el huerto está muy influenciado por otros condicionamientos.

Vale la pena conocer la organización de uno de ellos. Con este fin hemos escogido un huerto de naranjos situado en Jávea, el llamado «Huerto Bulufer».

Este jardín es más bien un huerto, sin embargo, su estructura y una parte de su arquitectónica distribución le dan un marcado carácter artístico. Se encuentra en un aislado rincón de la provincia de Alicante, en la pequeña ciudad de Jávea, en medio del pintoresco y auténtico carácter español.

Alrededor del «orgulloso» edificio de la iglesia-fortaleza, que corona la ciudad, se extiende un cinturón de plantaciones que le dan un particular carácter español. Hay naranjos y almendros. Estos últimos florecen en invierno de un color blanco-rosa, mientras que los primeros se doblan ya por el peso de sus frutos.

Contemplado desde el exterior, la impresión de los grises muros que bordean las nuevas flores de los almendros y el esplendor de los naranjos, ya maduros, es inolvidable.

Es sabido, que esta región, como otras muchas de España, tuvo bajo el dominio de los moros un gran esplendor que todavía hoy se hace sentir, especialmente en la agricultura y en la horticultura.

El sistema de riego con la elevación de sus aguas, su distribución a través de acequias descubiertas, la solución de los obstáculos interiores, por medio de canales sifonados, es de origen árabe y se emplea todavía hoy en día.

El agua dulce, filtrada por la tierra y sacada del pozo, que alcanza el nivel del mar, es extraída por primitivas norias, ruedas de madera dentadas.

El brocal del pozo se sitúa sobre un montón de tierra lo suficientemente ancho para

Casa medieval. Alpuente (Valencia)

que deje libre un camino circular alrededor del brocal del pozo, por el cual un asno gira sin interrupción poniendo en movimiento una rueda dentada por medio de un vertical que comunica el movimiento. Esta última tira hacia arriba en su rotación de unos canjilones de madera que forman un rosario. De esta manera el agua elevada fluye por pequeñas esclusas a unos canales. Se ven funcionar molinos de viento que elevan el agua con bombas, y, de vez en cuando, incluso con motores eléctricos o de gas, los cuales han desplazado últimamente la arcaica y pintoresca instalación a base de asnos y engranajes de ruedas de madera.

El «Huerto Bulufer», llamado así por ser el nombre de su primer dueño, está situado en la parte suroeste de la periferia de la ciudad. El actual dueño pasa el verano en la casa de campo situada junto al huerto, un camino une los dos inmuebles. Las entradas están una al lado de otra. El huerto de naranjos se encuentra en la parte oeste del camino que va de norte a sur. Entre los altos y extensos muros se encuentra la entrada al huerto, que consiste en una abertura sin puerta o verja, según costumbre del país. Una fila de altos cipreses recortados, rectos y cuadrangulares o como pirámides, terminados en punta, adorman el lado derecho de la entrada.

Al entrar en el huerto vemos como una especie de camino de pilares, sostienen un parral. Los pilares de cuatro metros de altura forman una hilera en el lado derecho, mientras en el lado izquierdo se levanta un alto muro. Enfrente de cada pilar en la parte de arriba del muro hay colocada una piedra para sujetar las vigas donde se enrosca el emparrado. Delante de la fila de pilares hay un banco de piedra corrido y delante de cada pilar se apoya contra el banco una gran piedra. Los blanqueados pilares se componen de sillares de 0,45 centímetros de alto por ancho. En perspectiva, el juego de las azules sombras sobre la blanca superficie, contrasta con el riguroso orden de los soportes sobre los que con su verde oscuro enrojecen las naranjas, todo esto bajo los ardientes rayos del sol componen un cuadro de indescriptible atractivo.

A ambos lados de la larga avenida de 85 metros hay algunos edificios de la explotación, al final una antigua casa anteriormente fortificada, a la izquierda un depósito de agua bordeado de pilares. En la fachada principal de la casa hay ménsulas de piedra puestas a la altura correspondiente, para sujetar las vigas de madera.

A la derecha hay un grupo de anejos: un establo, un almacén, y la casa donde vive la familia del arrendatario. A esta casa se entra por una puerta arqueada por la que se accede a la sala de estar de la que arranca una escalera que sube al piso superior, donde se encuentran los dormitorios. Bajo el arqueado de la pared oeste, a lo largo de una escalera, vemos una chimenea. La escalera y el entarimado superior cubren la pequeña habitación que sirve de cocina. Esta distribución que se encuentra con frecuencia en las casas de campo de la región, da a la sala de estar una agradable apariencia, a lo que contribuye también el tipo del techo, que se compone de oscuras vigas de madera, entre las que se tienden bovedillas de yeso poco profundas.

Desde el dormitorio se sube a un ático (o espacio bajo el tejado). Esta parte de la casa fue construida posteriormente sobre una terraza rodeada de un sólido parapeto; en el interior de este piso se puede ver la debilidad de esta posterior construcción que se asienta sobre gruesos muros. Fuertes repisas de piedra bajo el techo del primer piso señalan unas anteriores vigas mucho más fuertes para apoyar la terraza. Todavía existen gárgolas que demuestran que se encontraba aquí una terraza a cielo descubierto. Una abertura en la parte de delante del parapeto fue tapiada mucho más tarde; sobre la puerta principal se encuentra un hueco que antiguamente podría haber tenido carácter defensivo, parecido a los salientes que hay sobre la puerta principal de la iglesia de Jávea.

En esta región, como en casi toda la costa española hay numerosas atalayas y torreones que se necesitaban antiguamente para defenderse de los ataques de los piratas y de los árabes.

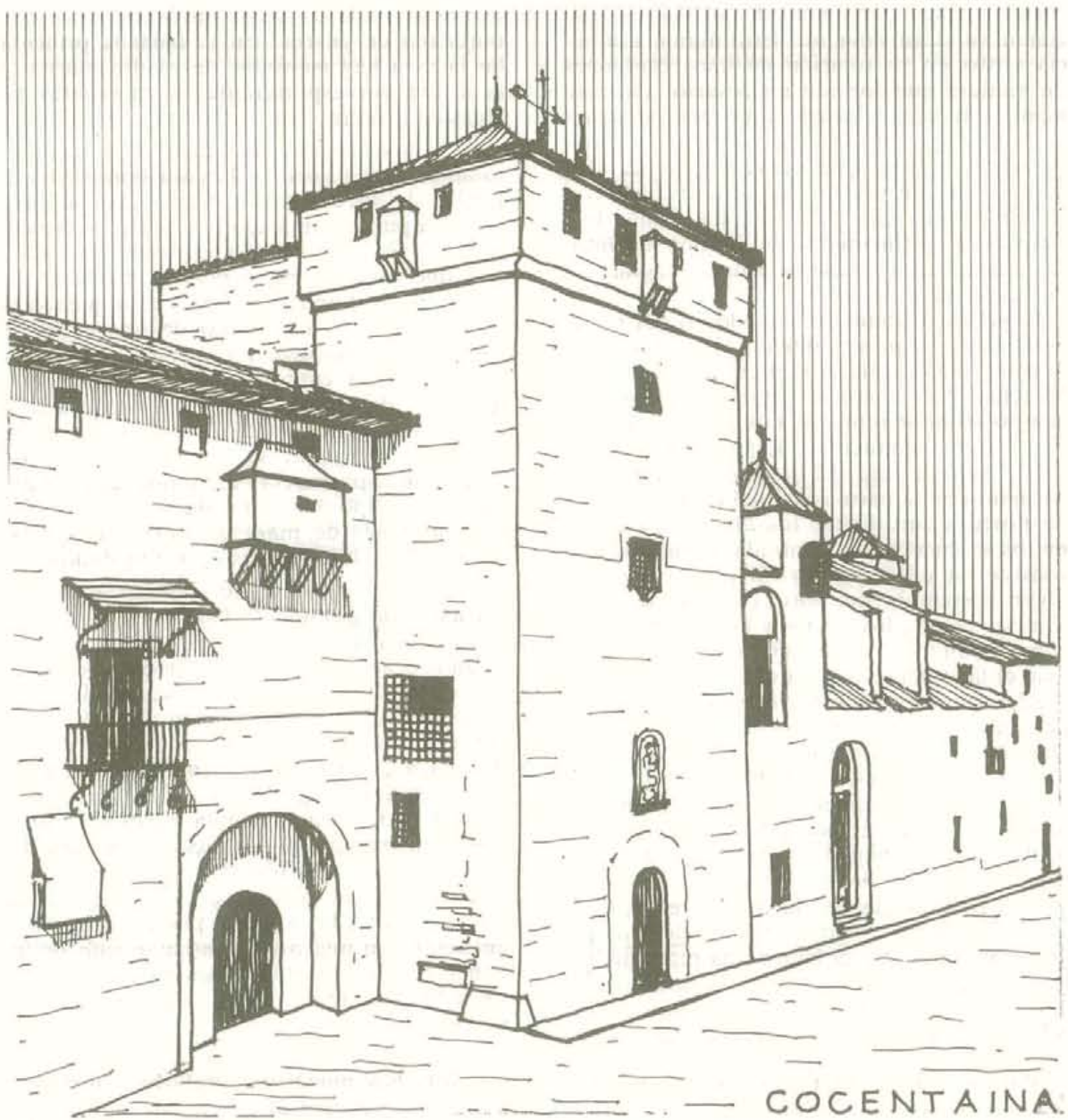
En la planta baja, en la parte posterior de la casa se encuentra un pequeño patio para ganado y aves, conocido por «corral».

El conjunto de las tres edificaciones situadas al lado izquierdo, al final de la avenida de entrada, se destinan a los servicios de la explotación agrícola.

Desde este lugar yendo hacia la izquierda, por detrás de las casas, se llega a un jardín privado que está cercado por altos muros. Este jardin, con una superficie de más de 5.000 metros cuadrados, sirve preferentemente para el cultivo de naranjas y mandarinas de exquisita calidad. Además se cultivan también limones, caña de azucar, plátanos, dátiles, pomelos y otros cultivos tropicales; los pomelos son parecidos a las naranjas, con un color entre el del limón y la naranja, pero considerablemente más grandes que ellos, para tan pequeños árboles los frutos son demasiado grandes y pesados. Pocos de nosotros han visto o comido estas frutas de otra manera que en conserva. Los plataneros, de 4 a 5 metros de alto, dan flores y frutos a la vez. Esta, maravillosa de color marrón-rosa que no tienen olor y que cuelga, es comparable a una enorme fucsia. Resulta curioso ver colgados unos al lado de otros, los limones y las naranjas, a causa de los injertos que se hacen de limoneros en naranjos. Los muros de 4 metros de altura protegen las plantas del viento marino y todo crece en este aislado paraíso con asombrosa exuberancia.

El autor de esta brillante descripción es el arquitecto Oberbaurat A. Lambert (Stuttgart 1927).

■ ■ ■



— COCENTAINA.

Arquitectura alicantina.

Alicante y sus pueblos

Del muy remoto origen de Alicante nos dicen los vestigios prehistóricos y arqueológicos que se guardan en el Museo Arqueológico Provincial y vemos en las laderas del monte de Benacantil, que los cronistas de la ciudad nos muestran restos de una muralla ibérica y de una necrópolis y su poblado, que vemos en la Albufera, detrás de «La Chicharra».

El antiguo «Mal Pas», hoy magnífica doble vía sobre el mar, conduce a las antiguas dunas, por fortuna ya desecadas y sin su paludismo. Es aquí donde los arqueólogos e historiadores fijan el emplazamiento del antiguo puerto, en tiempos de Augusto, siglos I y II de nuestra Era, por lo tanto. Frente a la muralla ibérica debió de quedar la primitiva colonia griega, fundadora de la ciudad. Todo esto pertenece, según el Dr. Don José Lafuente Vidal, autor de *«Ruinas de la Antigua Lucentum»* (1954) (Breve historia. Plano y Guía). Lucentum, ciudad de la luz para algunos, no es la que hoy contemplamos.

Fue, según creemos, el marqués de Molins quien dijo: «Alacant la millor terra del mon», frase bien expresiva que hoy vemos repetida por todas partes, anterior al turismo, que con su desorbitada expansión tantos problemas ha creado en la ciudad-capital y en su comarca.

La benignidad de su clima, con una media de 17 grados que persiste, bien merece elogios y plácemes, pese a todos los errores que al antes citado marqués me haría seguramente matizar su frase al verla empleada como «slogan» turístico, atracción de forasteros, tanto nacionales como extranjeros de todo el mundo.

Aunque no sea en la capital de la más pequeña de las provincias del País Valenciano donde encontramos ejemplares de arquitectura popular, debemos de mencionar sus bellezas urbanas y su ornamentación por más de 10.000 altas palmeras datileras, entre las que se encuentran las cuatro filas de éstas en su explanada, junto al puerto, bellísimo paseo pavimentado todo él con rico mosaico, de acertado diseño de mármoles de la región, que un famoso geógrafo francés calificó como «Paseo de los Ingleses», de gran estilo, que al de Niza le hizo recordar.

Su viejo caserío y la ciudad moderna se extendió bajo el Monte de Benacanti, ya por fortuna de propiedad municipal, llamado a ser transformado en un parque de la ciudad en el que se llevará a cabo una repoblación adecuada, iniciada, pero al parecer sin medios económicos suficientes y agua sin restricciones, gran problema de todo Levante y de media España.

Sus antecedentes históricos son semejantes a los de otras ciudades del litoral mediterráneo. Colonias griegas, cartaginesas, romanas, y los restos del castillo árabe Alacent que enseñorea la cumbre.

Todos estos primeros pobladores que llegaron atravesando el Mare-Nostrum procedían de alejadas regiones del Mediterráneo oriental.

Don Emilio Castelar, que frecuentó la región, escribió sobre el aire de Alicante y su luz lo que sigue: «La transparencia del aire y la reverberación de la luz convierten las peladas montañas alicantinas en montañas de ópalo y zafiro».

Si sus montes, muy próximos a la población, los vemos desnudos, faltos de vegetación arbórea, en cambio están perfumados con el tomillo, blanco y rosado, por el cantueso y el romero, del que tanto gustan las abejas que dan nombre a Muchamiel, suburbio de la capital junto a San Juan y Campello.

De las cercanías de Muchamiel, Miró escribe: «Los campos tienen más Naturaleza; y sus caminos más silencio, y una expresión de que se alejan mucho... se cruzan ramblas abrasadas, altozanos raídos; los árboles se retuercen con gesto de dolor y de paciencia; es un paisaje grande, extático bajo la pompa gloriosa de los cielos».

Son las llanadas por las que lógicamente se va extendiendo la alegre ciudad, la más festera de la España que conocemos.

Tras las playas de la Albufera y sus calas hasta el Cabo de las Huertas y de San Juan, a un lado se divisa un inmenso paisaje de mar, llano y montaña que oteamos desde la atalaya del un día conocido por «Castillo de Ansaldo», en la que escribimos estas líneas, vestigio del siglo XVI, semejante a tantas otras que a lo lejos contamos, con sus alquerías o restos de éstas, hoy a punto de desaparecer, pese al apoyo más teórico que práctico, protección oficial a través de «B. O. del E.»

Con el lejano Aitana como fondo, casi siempre rodeado de nieves, y sus aledaños Puig Campana, Sierras Helada y de Mariola, nos recuerdan a las horas de la puesta del sol las estampas japonesas de Hiroshiga o del no menos famoso Utamaro.

La salida tradicional al campo de los alicantinos para «fer Herbes», en plena primavera, de la que Víctor Viñas en su libro «Al pie de Benacantil» nos informa, así como el artículo de Francisco Llopis Lloret, en «ABC», «El paisaje alicantino», nos describen las características de estos campos y montes de la comarca próxima a la capital.

Alicante ha tenido cantores ilustres que se inspiraron en sus bellezas naturales, en sus paisajes en gran parte resecos, desde Castelar, antes mencionado, a los famosos alicantinos universales Azorín y Miró, éste tan profundamente estudiado por Vicente Ramos, hasta Pedro Salinas, que en su obra «Literatura Española del siglo XX» califica a Miró como «el mejor poeta de la naturaleza que ha vivido en nuestro siglo», añadiendo: «Es el

artista de la tierra, de los frutos de la tierra, sintiendo al hombre como uno de ellos, y por ello toda su obra está embebida en esa sensibilidad de Pomona que le caracteriza».

Gabriel Miró, siempre Miró, que no puede su recuerdo apartarse de nosotros cuando recorremos esta región, describió así el campo alicantino:

«Todos los campos aparecían desiertos, llenos de sol. De un confín de tierras delgadas y desnudas, llegaba el remusquillo helado atravesando la templanza de la llanura. El paisaje era rudo y seco: hazas encendidas, tierras oliveras, leguas de barbecho y vinal».

«Por nada del mundo, ni por eso que los intelectuales llaman gloria, dejaría mi ruralismo».

«Era noche de luna, los campos reposaban llenos de pureza del cielo».

«El campo y toda la tarde se abismaban pronto en un infinito silencio que se oía...»

Su visión del Mediterráneo que se domina desde estas montañas, marco y fondo de su obra, es igualmente justa y precisa. «Este mar viejo —para mí tan recién creado siempre— mar de inocentes blancuras de barcas, tan de niños y cuentos, no por ámbitos de bellezas mitológicas ni por concepciones humanistas, sino por fondo radiante de mi niñez silenciosa; este mar no está hecho solo de agua, de rumbos de distintas náuticas, sino, a la vez de pueblos, de paisajes, de gentes de la orilla. Mar luminoso... soledades llenas del pensamiento de nuestra vida».

Guadalest (Alicante)

«Allí las montañas daban aguas delgadas y muy dulces, y tenía tierras de buena grosura que llevan la sementera, la viña y el olivo; allí el hondo y la solana, todo estaba cuajado de huertas que apretadamente llegaban hasta las arenas de la costa, y los bancales de hortalizas que siempre viera Sigüenza al amor de la balsa de una vieja noria o chupando la pobre corriente de las ramblas levantinas. Los bancales hortelanos de esta comarca se encontraban descuidados bajo el gran sol rezumando de tan viciosos como si siempre acabasen de recibir los dones de la lluvia, y gozosamente se presentaban al Mediterráneo».

GUADALEST.

De singular podemos calificar, entre los pueblos alicantinos, a Guadalest, tras la Sierra de Aitana, que con sus 1.558 metros es el punto más alto de la Cordillera, con su Puig Campana, algo menos visible, con sus 1.406 metros. Toda esta maravilla, obra de la naturaleza, está detrás, a un paso de Benidorm. Sus cronistas lo cantaron y sus historiadores aportaron datos precisos sobre su pasado, Don Vicente Ramos, su cronista oficial, escribe: «Guadalest, de sorprendente e impar belleza».

El valle del río Guadalest enmarca otros poblados próximos llenos de interés como Benifato, Beniimantell y Beniarda. Posee el valle aguas de manantial y en sus campos vemos almendros y pinar. Bajo el castillo del pueblo, de difícil acceso, el «arrabal» con no más de un centenar y medio de habitantes, constantemente visitado. Ascendiendo por la costera Gabriel Miró, se llega al Portal de San José, entrada de la antigua fortaleza. En el recinto, la Iglesia Parroquial de Nuestra Señora de la Asunción. En lo más alto de la peña en que asienta tan bello pueblo el más original de los cementerios, con bellos cipreses aislados y tan característicos, que en la región vemos por todas partes.

Se atribuye a los invasores árabes la elección de tan difícil acceso de este refugio levantado hacia los comienzos del siglo VIII. Guuernó Guadalest el fundador del emirato de Denia. La presencia musulmana no terminó cuando al venir de Valencia, Ben-Zeyán, rindió y entregó la fortaleza y el pueblo a Jaime I.

En las playas de la María, como en todo el litoral, aparecieron los piratas africanos.

El valle de Guadalest es el de «Años y Leguas». «Valle hondo y muy feraz, entre dos sierras de faldas verdes de viñas y panes, y las cimas de muchas leguas yermas entrándose en el cielo».

Este valle «pastorial, frutal, roto y despeñado entre las sierras de Aitana y Jarralla, ha de permanecer en su inocencia agrícola».

«Sigüenza, desde la aromosa y fresca altura de la "Font del Molí", estuvo mirando al valle. Mediodía. Tierras lacadas de lumbre; los árboles con su arco inmóvil de sombras, los pueblos de cortezas y cales resudadas y los campanarios hondos, hondos, y seguirán dando la solución culminadora de cada lugar. Huertas, oteros, macizo, cárcavas, pinares, rebaños, vuelos más bajos que Sigüenza». [1]

HUERTA DE GANDIA

Sobre los llanos que producen las sierras próximas se extiende el esplendor de la huerta de Gandía. Las comarcas conocidas por Marina Alta y Marina Baja, al noroeste de la capital, es la comarca más rica y oriental de la provincia. Estos llanos son el de Denia y la ensenada de Jávea, entre sus cabos de San Antonio, San Martín y la Nao, junto al Peñon de Ifach, en Calpe, pueden considerarse la zona central de esta amplia costa.

[1] «La Villa y el Castillo de Guadalest» de Vicente Ramos, es esencial guía para estudiarlo y visitarlo. (Edi. F. Alcina. Alicante, 1970).

La naranja reina y brilla desde Cullera, donde el Júcar vierte sus aguas, a la rica comarca de la Rivera Baja, con sus arrozales en Pego, sus viñedos y melonares, la mayor zona exportadora de la Península.

Gandía, Denia, Jávea, Calpe, Altea, Benidorm y Villajoyosa, es la zona donde el turismo en los últimos años alcanzó densidades de población inverosímiles y destructores.

Cada uno de estos pueblos conservan históricos vestigios, muchos en ruinas, de antiguas civilizaciones y un tipismo en sus amontonados y blancos caseríos, que con sus tortuosos trazados son singular atracción.

Denia (Alicante)

CALPE

En el corazón de La Marina, por Calpe «las tierras bajan desdoblándose, humedecidas de un color de rosas deshojadas del cielo. Cuestas de un color agrario, infantil, de vides... A trechos rodeados de pinar renacido de los viejos bosques mediterráneos; calveros y reposo de olivos, trenzados de años, y en sus copas arde la luz pura de plata de antiguos aceites».

No todo es campo seco en el Levante de Sigüenza, nos dice V. Ramos, también hay huerta, tierra de regadío, tierra madre, fecunda, olorosa y frutal».

«Risueña ampliación de la huerta levantina con palmeras y grupos de cipreses que recuerdan los calvarios aldeanos, con frescos rumores de norias y regueras y zumbar de moscas y de abejas y un incendio de sol».

Desde Callosa de Ensarría y Polop, hasta el remanso de Altea, acariciada por el mar, se suceden en suave declive fecundos hortales vigilados, cuidados por la buena mirada y hermosa presencia del Bernia.

ORBA

En la ladera del Cavall Vert, privilegiado emplazamiento hacia el interior, a unos 18 kilómetros de Benisa, está Orba y la vieja Orbeta de alfareros, lar de sus primeros moradores, actividad de tiempos de moros, que pertenecen al Marquesado y a La Retoría.

En lo más alto de su fondo montañoso vemos ruinas de un legendario castillo, atalaya de montes, valles y mar.

Orba, de carácter agrario, figura entre los pueblos que jalonan los valles de Pego y de Denia, es pórtico de Fontillas y otros pintorescos caseríos, Fleix, Campell, Benimaurell, Vall de Laguart...

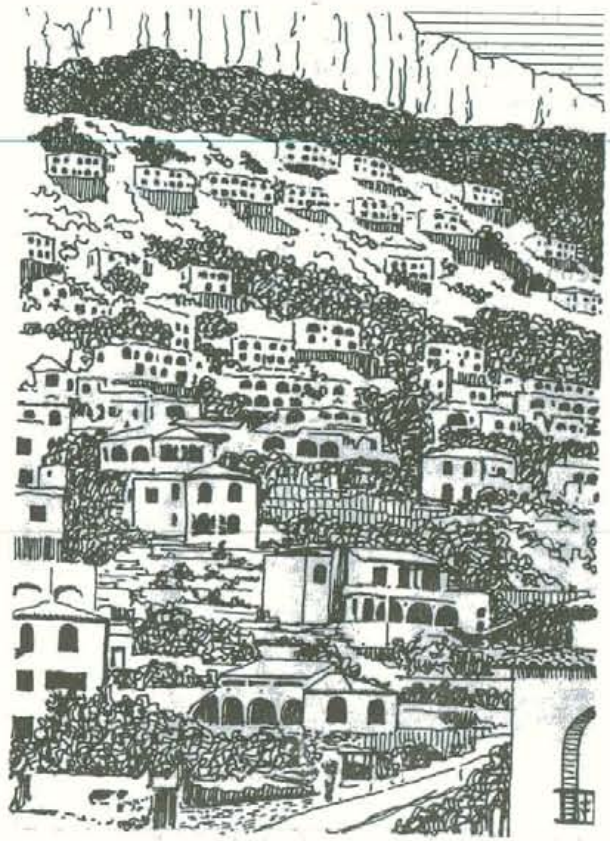
La tierra es aquí roja y los montes verdes, en el triángulo de Benisa, Denia y Pego, no lejos del mar por lo tanto. Hay almendros y olivares tan característicos de la cuenca mediterránea en sus zonas de secano, y naranjos en la zona de regadío de agua subterránea alumbradas, como en Benidolig, Tornos y Sagra.

El Mediterráneo se ve en lontananza, entre el Montgo y el cabo de San Antonio, así como Moraira, por donde la cordillera Bética se hunde en el mar para aparecer en Ibiza.

De Calpe a Benisa, su fisonomía rural nos sorprende gratamente.

A uno y otro lado de la carretera, allí abajo, en el fondo de un barranco, ya en la cima de un monte, bien colgada de una ladera, tenemos cerca los típicos «riu-raus» —tratados en otro lugar de este ensayo— que caracterizan la zona donde se encuentran en mayor número las fincas dedicadas al cultivo de viñedos, sobre sus laderas escalonadas, artificialmente creadas, cuidadosamente construidas por los brazos de varias generaciones de labriegos.

Muretes cuidadosamente aparejados, paralelos, en el sentido de sus niveles horizontales, sostienen las tierras, escasas en estas montañas rocosas, los que impiden que las lluvias los arrastren. Los viñedos, es sabido,



Altea (Alicante)

son poco exigentes en tierras y suelos, pero piden, sí, especiales cuidados en torno a sus capas fecundas que proporcionan al labriego ocupación y riqueza en su transformación, por su secado solar, de sus racimos que se transformarán en vinos o pasas, tanto aquéllos como éstas con mercados incluso de exportación. Algunos pueblos más dignos de

singular mención, por su emplazamiento y tipismo, son entre ellos los siguientes:

Teulada, aparece alargada sobre una colina en torno a su exagonal y elevado campanario, en cuya torre crece una higuera.

Planes, tierra de olivos en el camino de Pego a Alcoy, con su acueducto de romanos que procura el agua necesaria al poblado. Los viejos del lugar tiene mucha fe en la «auya de la Font Nova, molt rica en carbonato». Sus mujeres la emplean para preparar los encurtidos caseros a la vieja usanza, y dicen que para el «auya y sal», como el agua de su acueducto ninguna otra.

Callejas estrechas, pinas y clásicamente empedradas. La piedra mojada, el musgo y las aguas que se deslizan por doquier.

En el invierno alicantino Planes huele de su leña quemada, a fogata, a calor hogareño. Sus casas aparecen colgadas sobre el barranco. Solo seis arcos tiene su pequeño acueducto, cuyas aguas proceden de un manantial que brota a un kilómetro del pueblo.

Teulada (Alicante)

Sus ermitas, sus atalayas, sus caserones y barrancas la proporcionan singular encanto. El río Serpis corre en sus proximidades y se embalsa en el pantano de Benierres, que riega las ricas tierras de Gandía.

Planes es un pueblo labrador, de buen aceite, buenas almendras y mejores cerezas.

Alcalali está en el valle de Pop, que tiene 27 kilómetros de longitud y un ancho de 8 kilómetros, siendo su altitud media de 230 metros sobre el nivel del mar, muy cerca de la Fustera y de los centros de atracción turística, con sus playas de Benisa, Jávea, Moraira y Denia.

«Alcalali, apretado y moreno, pequeñito y agudo como un esquilón. Subía como un ciprés el campario». Así lo describe Gabriel Miró, que tanto amó y frecuentó estos parajes, escenarios de sus obras magistrales. Es pueblo de «riu-raus», en los que el sol sazona la pasa del moscatel.

Castell de Castell, vemos aquí que a la vid, olivo, almendros y algarrobos se unen, en su término, los huertos de naranjos y frutales. A la pasa «De pop» se une la serena belleza de su paisaje, en el sector alicantino de la cuenca del río Gorgos, que aquí nace.

De la pasificación se ocupan familias enteras, rito tradicional que, dice, se remonta a fenicios y griegos.

Moraira. Aquí nos encanta la escala de todo este poblado. Todo es pequeño el pueblo, el puerto, la ermita, el castillo, la playa, sus casitas veraniegas. El pueblecito pesquero más pequeño de toda la provincia.

Su fisonomía rural sorprende gratamente, por el camino que nos interna en el bosque con construcciones tipo «riu-raus». Se puede seguir orilla mar por una pintoresca carretera bordeando el Cabo Blanco, donde contémplase la más inédita y desconocida belleza del litoral y del Peñon de Ifach.

Ruta entre bosques de pinos, chumberas en declives abancalados que llegan al mar o a recogidas e íntimas calas de suaves arenas, muestran a la vez una costa agreste y suave.

El Peñon desde aquí aparece en toda su longitud, con sus pequeños pinos cabalgando por su lomo y recortados sobre un cielo azul. Las barcas pesqueras, no más de quince, varadas a su abrigo en la arena, al cobijo de un pequeño espigón.

Gentes sencillas, marineras, remozándose para la captura del salmonete, tan apreciado en estas latitudes, y labradores a la vez, olor a algas y a mar.

A Moraira no le hace falta puerto alguno como les ocurre a Campello y Guardamar, en la desembocadura del Segura.

Pueblos en la montaña alicantina. Peñaguila, Benifallín, Alcolecha, Benasan, Millena, Benifalló, Peña del Aguila... Todos los encontramos en las cercanías de Alcoy, habitados por gentes que viven apegadas al terruño por tradición y dejan transcurrir los días plácidos junto al fuego en invierno, y

Aspe (Alicante)

cara al sol, a la naturaleza, en el buen tiempo.

Pueblos alejados en donde todavía se ara con arados romanos o se araña la tierra con legones árabes: Pueblos blasonados de señoríos de una gran belleza.

Pueblos agricultores, de toponimia árabe, habitados por gentes recias que hablan en dialecto. Con sus usos y costumbres, sus canciones, su folklore. Verdes valles, altas montañas, extensos pinares. En ellos castillos o simples ruinas de atalayas. Iglesias que fueron

mezquitas, palacios, moradas de grandes hombres. Calles de sabor de épocas pasadas. Fue a mediados del siglo XII cuando pasó el pueblo de Peñaquila a formar parte de la Corona de Aragón.

Su viejo Ayuntamiento con el escudo del pueblo, en el águila labrada en piedra en su fachada.

Edificios señoriales, residencia del Almirante de Aragón, Don Sancho de Montcada, Señor del Valle de Guadalest.

Los Fornellar, Señores de Alcolecha y Benillup.

Lo más sorprendente aquí es el magnífico jardín, hoy llamado de Santos, orgullo del pueblo, ubicado dentro de una gran finca, posiblemente el mejor de la provincia, por sus dimensiones, variedad de plantas y árboles, estanque, gruta, pasadizos, laberinto, avenida de cipreses a cuyo fondo existe un invernadero. Más allá aún, un laberinto de mirtos. Todo como increíble en este lugar tan alejado del mundo actual.

¿Cuál es y cómo es el paisaje levantino de Miró? Se pregunta Vicente Ramos, «Precisamos que su Levante se circunscribe casi en exclusividad a la provincia Alicantina, pues son fugaces y escasas las referencias a otras comarcas...»

«El Alicante de Gabriel Miró no lo comprende todo, aunque sí la mayor parte. Sus fronteras ideales abarcan desde Orihuela al Marquesado de Denia y desde Alcoy al mar. La zona restante, Monóvar, Elda, Villena, etc... corresponde al Alicante de Azorín».

Azorín dice de Miró, es «como una montaña, como un río, como un valle... Gabriel Miró, elemento geográfico de esta tierra».

«A su labor de artista debe Alicante la revelación de sus paisajes... La aportación más considerable de Miró al patrimonio de la sensibilidad española ha sido, acaso, la de darle un estilo literario al paisaje de Alicante... mi obra, en suma, es más Castilla que Alicante...» Gabriel Miró sí que es Alicante puro ¡Integro!

■ ■ ■

La arquitectura regional murciana.

Murcia y su huerta

Las tierras valencianas que se extienden al sur del antiguo Reino, sobre una región de caracteres físicos y humanos distintos, se distinguen por una unidad climática en la faja de su litoral, calurosa sí, pero no en demasía, con escasa pluviosidad, de las más bajas de la Península e incluso de Europa, y como consecuencia su aridez es manifiesta y se extiende a la fachada costera de Almería y por su lado opuesto, en las tierras alicantinas hasta La Marina y sus soleadas zonas de salinas, clima en franco contraste con el continental de su región interior, prolongación del altiplano de Albacete. Esta es la región murciana, de gran personalidad, históricamente influenciada por las invasiones mediterráneas sobre su dilatado litoral del este y del sur, por sus límites terrestres con tierras almerienses y granadinas.

Las actuales provincias de Murcia y Albacete vienen a coincidir con el antiguo Reino de Murcia, nacido entre la Valencia cristiana y la Andalucía musulmana. Tierras litorales y de transición hacia las comarcas meseteñas de la provincia de Murcia. El tramo inferior del valle del Segura extrañamente forma parte de Alicante, sorprendiendo que su capital, Murcia, está emplazada junto al límite de la provincia de Alicante.

De la Vega Baja, comarca oriolana de cultivos ejemplares, Miró escribe: «Vi los estampados tapices de las huertas desplazándose hasta mi casa, y el río azul y vaporoso que se torna entre árboles tiernos y el cielo muy pálido que bajaba en los horizontes amparándonos como una inmensa cúpula de cristal, y sentí que me anegaba en el reposo y pureza del crepúsculo».

Las llanuras litorales, las depresiones y las cuencas interiores constrastan con las sierras almerienses junto a las costas, tan próximas en algunos lugares, formando un litoral alto y acantilado que penetran por el sur de la provincia de Murcia hasta el cabo de Palos, junto al Mar Menor.

La llanura costera alcanza su mayor anchura en la zona conocida por el Campo de Cartagena.

Directa consecuencia de este clima, tan seco, son las cuencas secas y resecas que en ocasiones de las avenidas, siempre otoñales, si bien esporádicas, a veces lo son catastróficas.

Se recuerda siempre al Guadalentín, que no pasa de rambla corrientemente, de tan solo un metro cúbico por segundo, en una ocasión, en el pasado siglo, alcanzó 4.000 m^3 por segundo, de caudal.

Los aportes de los ríos comarcales están, como es lógico, en función de las lluvias en sus cabeceras, como ocurre en el más importante de esta región, que es el Segura, acrecido por el Taibilla y el Mundo.

La presencia del hombre en la región parece indudable desde la Prehistoria, por vestigios encontrados en las zonas costeras y central; procedentes quizá estos pobladores de la cultura neolítica de Almería. La cultura del Argar se manifiesta en restos de fortificaciones protegiendo núcleos de población dedicada a una agricultura elemental, cerealista, y una ganadería ovina que aprovechaba matorrales y barbechos.

Aparecieron también por aquí pueblos del más remoto Mediterráneo, los púnicos entre ellos, atraídos por las riquezas minerales.

La actual Cartagena, Cart Hadaschat, fundada por los púnicos en competencia con los griegos que ya tenían factorías cerca de Alicante.

A la ocupación púnica se atribuye la aparición de nuevos cultivos, como el granado y la palmera, así como la explotación y exportación de la sal marina y del esparto de estas esteparias zonas. Nada sabemos del «hábitat» de estas gentes.

Mejor se conoce, claro es, por ser posterior, la época musulmana de la que existieron núcleos organizados de población con características ya urbanas, entre ellos Murcia.

Cartagena, de abolengo helénico y púnico, según sus cronistas, su ciudad y su puerto perdieron importancia al adentrarse en la región los conquistadores, colonizadores, creciendo en cambio, no lejos del litoral, Murcia y Lorca, y en las cuencas intermedias Mula y Cieza, y más al interior Yecla, Jumilla, Hellín y Caravaca. Junto a todas estas poblaciones encontramos unas huertas que suelen completar sus actividades económicas urbanas. A lo lejos de la ciudad Escombreras.

Cada uno de estos núcleos se crearon, como puede verse sobre los mapas, junto a unas posibles aguas que posibilitaron la producción de frutos de sus huertas: Lorca las del Guadalentín; Mula, las del curso del mismo nombre; Caravaca, las del Argos.

Las huertas más importantes se crean junto al más caudaloso de los ríos de la región, que es el Segura: Calasparra, Cieza, Valle de Ricote, Molina de Segur y Murcia.

Los regadíos que dan vida a estas famosas zonas agrícolas fueron creados en época no muy conocida, aunque en la ocupación musulmana ya eran conocidos, extendiéndose a otros núcleos y huertas circundantes. Murcia, Lorca, así como Orihuela y Elche.

En el campo de Cartagena perduran los típicos molinos de viento, de vela, que dan una nota pintoresca a su paisaje, ya mencionados más extensamente al tratar, en otro lugar, de La Mancha.

La barraca murciana se distingue de la que vemos en La Albufera de Valencía. La huerta aquí carece de Albufera, está más alejada del mar.

Su museo arquológico, con ejemplares ibéricos, estatuaria romana, así como útiles de navegación y de la pesca antigua. A la salida de la población la «Torre Ciega» monumento sepulcral romano.

La Reconquista, con su consiguiente repartición y repoblación de tierras, no trajo a la economía regional cambios notables.

La fosa murciana del Guadalentín se prolonga en tierras alicantinas, regando en su último tramo del recorrido la extensa y bien cuidada huerta de Orihuela, llamándose Vega Baja al tramo más cercano a la desembocadura en Guardamar. Las aguas del Segura, y su caudal, son muy irregulares.

Los regadíos de esta comarca son ya un tema nacional, nunca totalmente resuelto, del que siempre se trató, confiando que el trasvase del Tajo al Segura, tema aún polémico, ya próximo a su fin, despeje las incógnitas.

Los nuevos regadíos puestos en servicio progresivamente desde hace años, permitieron la implantación de nuevos cultivos como el del pimentón y algunos frutales como el albaricoque y el melocotón, base de una industria conservera y exportadora.

A estos regadíos se les aseguró el agua por la construcción de varios pantanos en la cabecera del Segura, del Cenajo y el Fuensanta.

Las áreas agrícolas no regadas de esta provincia en Murcia son aún el 88 por 100 del total, que ya es decir, sin que por ello quitemos importancia a las huertas famosas antes mencionadas, que en épocas de sequía plantean el serio problema de los secanos.

En los términos de Jumilla y Yecla fueron plantados, a finales del siglo pasado, importantes viñedos hoy en plena producción.

En los secanos del litoral vemos los poco exigentes algarrobos, almendros y olivos, así como una producción cerealista de bajos rendimientos.

Y todos estos pueblos, muchos de ellos ricos, como les ocurre a los de la vecina Alicante, tienen su interés y su historia, imposible de hacer figurar en este estudio.

Yecla, por ejemplo, donde estuvo de estudiante Azorín, que había nacido en Monóvar en 1874, ¿Cómo es Yecla? El mismo nos lo dice en uno de sus libros:

«Las calles son anchas, las casas sórdidas o viejos caserones destartalados; parte del po-

blado se asienta en la falda de un monte yermo; parte se explaya en una pequeña vega verde, que hace más honda la inmensa mancha gris, esmaltada con grises olivos, de la llanura sembradiza».

«La casa tiene un pequeño huerto detrás; es grande, enormes salas suceden a salas enormes; hay pasillos largos, escaleras con grandes bolas lucientes en los ángulos de la barandilla, cocina de campana, caballerizas...»

La provincia de Murcia es muy compleja, con zonas muy dispares debido a su geografía.

En su zona manchega, al nordeste, se asientan Jumilla, ya citada, productora con sus cuidados viñedos de caldos muy estimados, y Yecla, fabricante de muebles.

En su zona costera, desde Mazarrón a Cartagena y La Unión, predomina la minería.

En el norte, la región más fría, los cultivos más destacados son los arrozales de Calasparra.

El estepario central cría el esparto, simultaneando con cereales, palmeras y abundantes nopales y típicas chumberas, que nos traen el recuerdo del paisaje africano. La producción algodonera y sus industrias derivadas son sus más recientes actividades.

Ha sido llamado «reino serenísimo» por la limpidez de su cielo.

MURCIA CAPITAL

Cuando a Alfonso el Sabio le es entregada la región, al verla incorporada a Castilla, encontró una ciudad fuertemente amurallada, rodeada de deliciosos vergeles, interesantes artesanías e incluso un foco de cultura.

Su núcleo fundacional data de plena época musulmana, del siglo IX, junto al río Segura, con una función primordialmente militar, aunque la huerta, desarrollada y extensísima en sus alrededores, fue su base económica desde tiempos remotos. Sobre su caserío, emplazado en un llano, destácase con su dominante torre la catedral, una de las más notables de España, por tantos conceptos singular.

Su planificación urbana presenta ya antes de la Reconquista una clara configuración amurallada, en su antiguo barrio judío, y un arrabal extramuros, la llamada Arrixaca. Su ensanche del pasado siglo se extiende sobre la orilla opuesta del Segura.

En la huerta, su poblamiento es denso al mismo tiempo que disperso. El agua para su riego se toma del azud llamado La Parada, del que derivan tres grandes canales, que actualmente riegan unas 14.000 hectáreas.

El ciclo de los agrios se inicia sólo a mediados del pasado siglo, que en la actualidad tiene ya importante papel, al extenderse a unas 2.053 hectáreas los limoneros y a 2.564 hectáreas los naranjos.

Próximo a la capital está Espinardo, con un palacio del siglo XVII, del marqués del mismo nombre.

Es curiosa la Rueda de la Ñora, artefacto de traza árabe seguramente, para elevar el agua de la acequia de Aljufia. En Alcantarilla, centro industrial, existe el Museo de la Huerta, con otra rueda semejante; contiene viejos aperos de labranza, arte popular, muebles, objetos de esparto, cerámica, vidrio y tejidos populares.

El suroeste ha encajado en una realidad geográfica, que se identifica, según los historiadores, con el visigótico reino de Teodomiro, y comprende las provincias de Alicante, Albacete, Murcia y Almería.

La conocida por Huerta de Murcia se extiende al sureste de la provincia, sobre parte de la vega del Segura, con una anchura media de 15 kilómetros y una longitud de 25 km. en la dirección del río, y al norte de la sierra de Carranoy hasta lindar con Alicante.

El antiquísimo sistema de regadío se inicia en lugar rocoso con obra de ingeniería, posiblemente romana, conocida por La Contraparada, que distribuye el agua en dos grandes acequias mayores, la de Alquibia al sur y la de Aljubia al norte, que se proliferan en cauces secundarios arteriales y venosos, en ampliada red, obra de los árabes.

Su población rural es activísima, como exigen los cultivos y las industrias derivadas.

Su poblamiento, en un tiempo disperso, hoy ha cambiado, haciendo desaparecer de la huerta las pintorescas barracas que apenas se ven hoy, al renovarse sus viviendas rurales, que en nada se parecían a las de la Albufera de Valencia.

LORCA

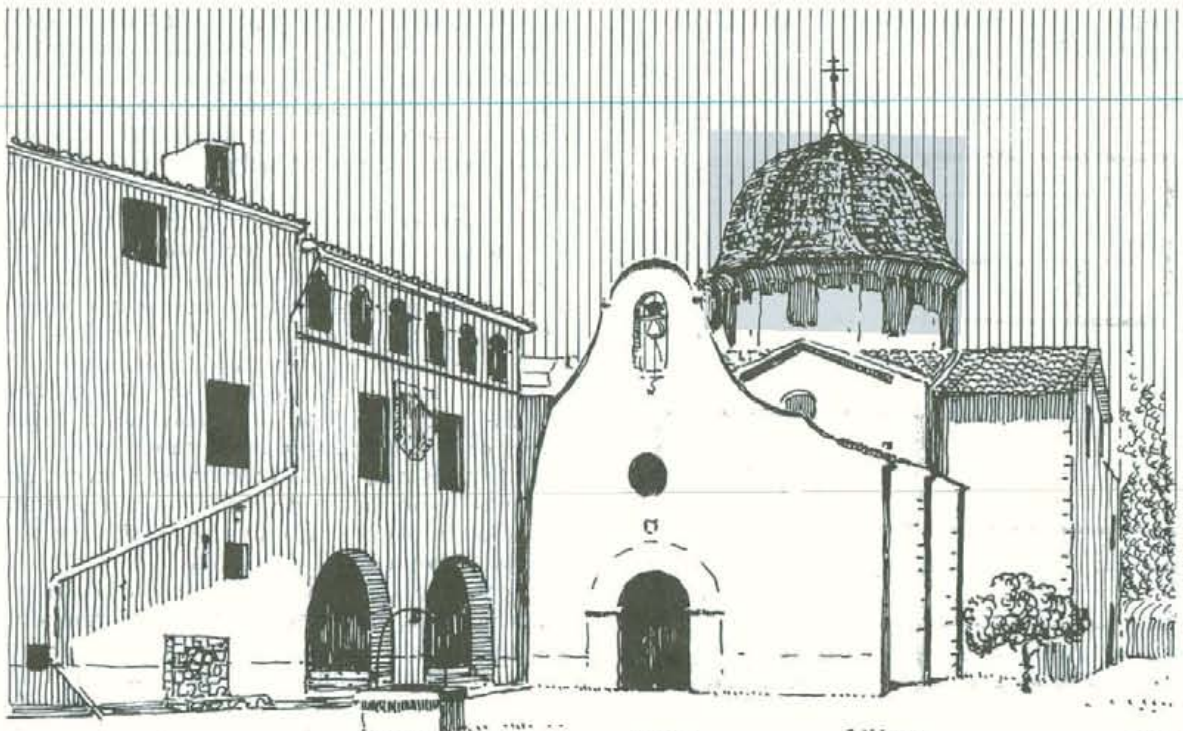
Junto al Guadalentín, como antes hemos indicado, constituye un núcleo medieval amurallado, emplazado a media vertiente, coronado por importante castillo, dominando el valle y las comunicaciones con el cercano reino de Granada.

La evolución económica en los últimos cien años ha sido semejante a la de otras regiones, en virtud a la implantación de los ferrocarriles de Madrid a Cartagena y de Alicante a Granada, que facilitaron las comunicaciones, el cambio de los productos de la huerta y de la minería también, y sus exportaciones, base de su desarrollo.

La Costa Blanca, designación turística reciente, mal definida geográficamente, se extiende de Denia a Aguilas, faja continua alicantina y murciana.

■ ■ ■

La arquitectura regional catalana



ALCANAR (TARRAGONA).

Desde el punto de vista geográfico-físico, la tierra catalana puede dividirse en cinco partes fundamentales, según J. Caro Baroja en su obra «Los pueblos de España»: la del litoral, la prelitoral, la depresión central, la prepirenaica y la pirenaica. En cada una la vida económica ofrece matices especiales: la habitación, la construcción, etc., también se someten a exigencias del medio.

La típica casa rural catalana se denomina *masía (masada* en partes de Aragón y Valencia) en toda la región desde tiempo inmemorial. Ya en el mosaico de la cúpula de Centcelles, municipio de Constante en la provincia de Tarragona, aparece, entre atributos y símbolos, una gran masía que puede ser considerada una de las más antiguas representaciones de este tipo de construcciones rurales catalanas. Lleva el sello de las antiguas «villas romanas», cuyas características heredaron de las basílicas romanas cristianas, y de la misma Roma, capital de la cristiandad, y transmitieron a estas típicas construcciones rurales catalanas.

En cuanto al período románico, del que no quedan vestigios de construcciones rurales, encontramos en el erudito estudio de Balari i Jovany («Orígenes históricos de Cataluña»,

1889) elementos para poder establecer una serie de elementales casas rurales, como el *tugurium,* pobre construcción de fusta; la *cabana* y la *cabanella,* así citadas en documentos de los siglos X y XI, que eran habitaciones rudimentarias como las actuales cabañas de los pastores de alta montaña, o las de los *viñadores,* de las tierras bajas, refugios muy simples, a veces destinados a depósito de forrajes y de frutos. Algo más eran las *bordas,* aún existentes con este nombre, caseta-refugio secundario de la masía, habitadas por gentes dependientes del propietario de ésta. Después venía el *mas* o *masía,* designación del conjunto de las tierras y de la casa vivienda.

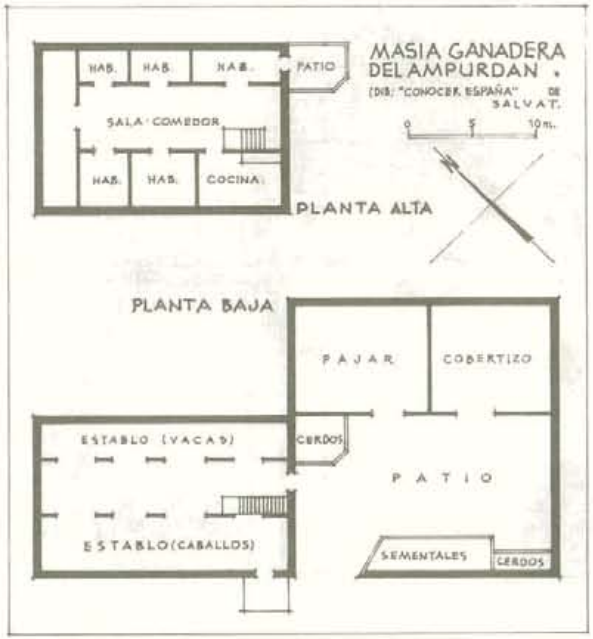
Las propiedades, mayores o menores, alejadas de las ciudades, hicieron necesario la existencia de casas de labranza, más o menos en medio de la heredad, para atender los cultivos de las tierras, viñedos o bosques.

Desparramadas en los llanos de Barcelona, de la Plana de Vich o al pie de la montaña de Monserrat existieron muchas de estas edificaciones, algunas incluso de cierto carácter monumental, conservando todas ellas rasgos semejantes, como pertenecientes a una misma familia y época.

Patrocinado por la Fundación «Patxoi», los arquitectos José Danes, Luis Bonet y Jerónimo Martorel dirigieron una laboriosa encuesta, levantando planos y obteniendo fotografías de la mayor parte de las construcciones rurales de Cataluña, estudio del mayor interés, inédito aún, según creemos, publicado sólo en parte. Según estos autores, la tradición se interrumpió durante la invasión sarracena: «cuando pasada la época más álgida de las luchas medievales se empiezan a edificar casas campesinas de alguna importancia, las estructuras, métodos y detalles, sobre todo estos últimos, se inspiran en los de las iglesias de la comarca: las semejanzas de las masías con las casas romano-mediterráneas son coincidencias fortuitas. Estas viviendas aisladas son escasas durante la Edad Media en los lugares peligrosos, tierras fronterizas o grandes llanuras junto al mar sujetas a las incursiones de piratas, normandos y moros, como, por ejemplo, en las llanuras del bajo Ampurdán y del Rosellón, en las que se aglomeraban las viviendas alrededor de una torre, en sitios de fácil defensa».

La morfología de la masía catalana aparece íntimamente relacionada con la evolución lógica de la viviendas modificada por las necesidades de cada época.

Como todas las construcciones populares, rurales, que venimos estudiando, la masía se adapta al terreno y busca casi siempre más bien pasar inadvertida, confundiéndose con el entorno, procurando dominar un amplio y despejado horizonte.



La variedad de las comarcas de la geografía de Cataluña, con su particular carácter manifestado, tanto en sus paisajes y cultivos como en sus viviendas rurales, en sus masías, que varían poco de un lugar a otro, y sus variaciones dependen sólo de los materiales de construcción empleados, siempre, desde luego, los del lugar, más que de la época, en que fueron construidas, las del llano, más próximas al mar, y las de la montaña. Todas las masías se parecen. Los pescadores que, lógicamente, viven en la costa misma, por lo que sus tierras son el mar y sus riberas, tanto que, en muchas zonas, el pescador es algo agricultor también, necesitan viviendas totalmente distintas, y éstas no se conocen por masías.

Las comarcas, cuencas o regiones son términos imprecisos, ya que nada está establecido, como no sea sus tradiciones, costumbres, alimentos o léxico.

La gran propiedad rústica, de propietarios de extensas tierras, a veces verdaderos latifundios, exigía especiales cuidados y unidades de defensa de sus fortunas e intereses, y por ello, en determinadas épocas, de la siembra o de la recolección, sentían necesidad de acercarse a estas faenas, e incluso dirigirlas y cuidarlas.

En todas las masías existen, por ello, zonas destinadas a la vivienda temporal del propietario, separadas de las edificaciones ocupadas por los colonos, que son los únicos que viven en ellas permanentemente. En muchas de estas masías el cuerpo central, dominante del resto de las edificaciones, de dos o tres plantas, acusado por sus cubiertas a nivel superior, era ocupado por el propietario.

Adosadas a la masía propiamente dicha, en las más importantes de éstas, se encuentran otras edificaciones secundarias, casi siempre, de solo planta baja, destinadas a la vivienda de los caseros, colonos o arrendatarios, cuando éstos, socialmente, fueron surgiendo. El piso superior, ocupado por las principales y más nobles dependencias de la masía, está rematado por otro invariablemente aporticado, que les proporciona la fisonomía común, y aire de familia, al verse repetido en otras masías con ligeras modificaciones. No encontramos dos masías iguales.

Otra de las características de las fachadas de estas masías importantes son los tipos de ventanas practicadas en sus macizos muros, con sus típicos «festejadores», o asientos de piedra labrada, alojados en el espesor de sus muros y situados a ambos lados de la ventana.

La Edad Media trajo consigo transformaciones en las masías ya existentes, de épocas anteriores, que aunque proporcionaron exte-

riores muestras ornamentales, no afectaron en realidad la construcción de sus tres naves, o crujías, variando los tipos de las cubiertas adoptadas.

En ambas épocas figura siempre, en las masías grandes e importantes, un porche o galería aporticada, de muy variados tipos, en lo alto de la casa, al que ya nos referimos anteriormente. En algunos casos esta galería acusa el desván, o en otros aparecen en zonas laterales, con mayores anchuras que en las masías románicas. En las fachadas de las grandes masías se advierte un eje central de simetría, que ordena la distribución de sus huecos, y coincide con la puerta principal; esto les procura un cierto empaque.

El estilo de las masías de la Edad Media es el gótico, o mezcla de los dos estilos, románico y gótico, con ventanas en arco, con ajimeces, con frecuencia de delgados y elegantes fustes, puertas con columnas, capiteles y hasta ornamentados frontones.

Según dice Pijoán, en su *Historia del arte,* en Cataluña difícilmente penetraba el arte renacentista, debido a que las corporaciones populares se oponían a la invasión de los estilos castellanos. De aquel período, entre el románico y el gótico, datan ya muchas de las masías catalanas que han llegado hasta hoy, más o menos modificadas.

Algunas masías, como ya señalamos, presentan caracteres como de fortaleza, consecuencia de la inseguridad social, de las luchas internas y de las guerras.

Existen también masías más pequeñas, viviendas permanentes exclusivas de los campesinos cultivadores directos de las fincas.

En las postrimerías del siglo XV prodúcese en Cataluña un hecho social que hizo incrementar considerablemente la vida rural, iniciándose un largo período de prosperidad acusado en las masías.

Las condiciones sociales de los trabajadores del campo por cuenta ajena cambian, el payés en adelante trabajará la tierra en beneficio propio, con mejores rendimientos, al poner en juego todos sus recursos.

Las viejas instituciones jurídicas de la tierra, la enfiteusi, existente ya en documentos del siglo XI, los censos, los arrendamientos, la parcería, la masovería, y sus innumerables matices, normas del derecho sucesorio que sin poner trabas a la libertad del testador han contribuido a robustecer el patrimonio familiar, y la dignificación de los payeses, procurando todo ello gran incremento a la propiedad rural. El «pairalismo» en Cataluña ha sido una de las curiosidades del Derecho foral.

La casa familiar se convertía en un polo de protección y retención de todos los miembros de la familia.

Como la propiedad misma, la masía unida a ella se transmitía a lo largo de varias generaciones, dentro de las mismas familias, pasando al primogénito o heredero, el «hereu» en Cataluña, lo que contribuía a dar más solidez a la propiedad rural, y por ello, sin duda, las masías catalanas, con características particularísimas, se distinguen de las construcciones rurales con la misma función agrícola, de otras regiones de la Península, siendo posiblemente más sólidas e importantes.

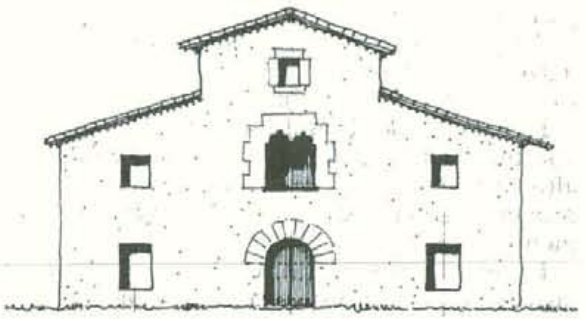
La casa «pairal» resumía una precisa concepción del mundo y de la sociedad, basada en la coherencia entre la propiedad de la tierra y la familia, considerada como célula social.

La autoridad del «hereu» va unida a una no menor rigidez de sus obligaciones.

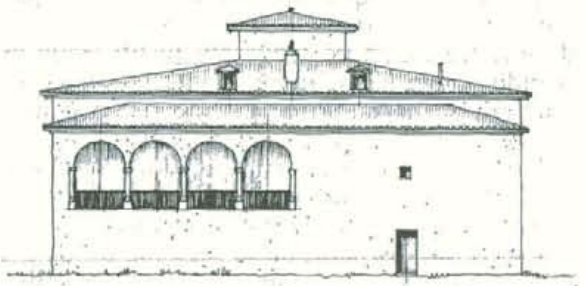
La masía remonta, en sus orígenes, a la villa rural de cualquier romano acaudalado, según Camps i Arboix, en su obra «Les cases pairals catalanas»; resume así la evolución: «la más lejana versión de las actuales masías la encontramos en la villa romana rústica, a veces suntuosa residencia permanente o estacional del propietario. El pensamiento que regía la construcción era acercar al campesino a la tierra para obtener el máximo rendimiento».

En algunas comarcas, especialmente en las costas o próximas a éstas, como en Olot, se advierte una evidente influencia, o penetración, italiana, ya observada por José Danes, en su obra *«Arquitectura popular. Sección septentrional de la comarca de Olot»,* al encontrar en el norte de Italia un gran número de casas anteriores a las de Olot, dispuestas de una manera muy semejante, señalando in-

Aiguafreda



San Antoni de Vilamajor



Ripollés. Masías Catalanas

cluso analogías con numerosas casas de Venecia de principios del siglo XV.

El tipo italiano que pudo influir en las casas de las costas catalanas es más meridional. Pla i Carol, en su *«Art popular i de la llar a Catalunya»*, da una explicación distinta y quizá más lógica, tal es la del comercio con Italia. Nuestro intercambio de productos con aquel país hace que en muchas masías del litoral se adviertan influencias del renacimiento italiano.

En las comarcas del centro de Cataluña, de la Selva, del Panadés, del Gironés, del Vallés y de la Plana de Vich, tierras llanas, como los alrededores de Gerona, las masías son muchos más numerosas, más típicas, más clásicas, que en otras regiones con cultivos más uniformes, viñedos en el campo de Tarragona y olivares en el norte de Gerona.

Amplias puertas de medio punto, ventanas mayores que las de la montaña, porches espaciosos y aspecto más abierto.

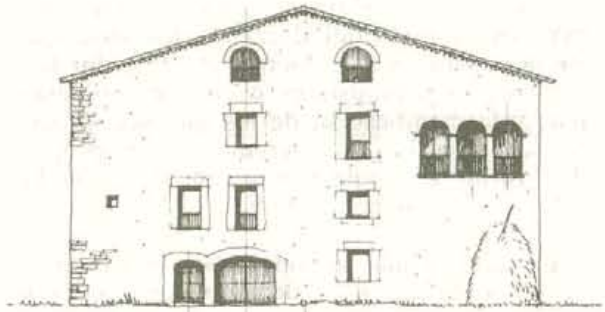
Las masías del litoral forman otro tipo, con aberturas más espaciosas, arquerías en el piso alto, o bien con arcos formando galería en el primero. Todas estas masías las vemos totalmente encaladas.

En el litoral geronés, en la Maresma y en las cercanías de Barcelona observamos masías que tienen adosadas torres defensivas, que sirvieron de atalayas para vigilar a los piratas, berberiscos y turcos, y de lugar de refugio cuando éstos desembarcaban en las costas bajas, para saquear estas tierras, lo que ocurría, hasta el siglo XVII, en todo el litoral mediterráneo. En las costas alicantinas vemos estas mismas atalayas, e incluso desde una de ellas escribimos estas notas.

El hecho de que en Francia, de siempre país agrícola y rico, la edificación rural tipo de nuestra masía no tenga allí justificación es debido a que sus cultivos, como los extensos viñedos, se hacen sobre grandes extensiones, como ocurre con el trigo en Castilla.

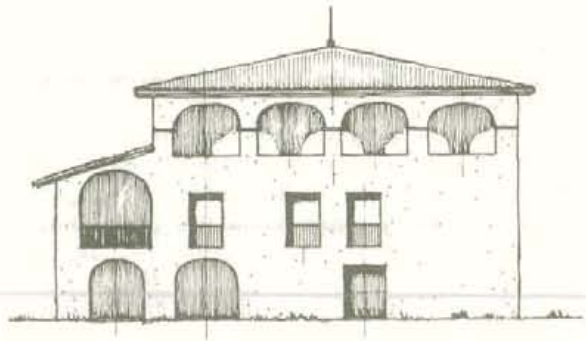
No olvidemos que en Cataluña la masía cuida de muy variados y diversos cultivos, así como de la recría de especies ganaderas.

Esteve de Corbera, en la segunda mitad del siglo XVIII, con exaltadas palabras describía el aspecto ubérrimo de los campos y de la montaña de Cataluña y ponderaba la bella distinción de nuestras «pagerías», o masías del siglo XVII: «Están casi todas las montañas de Cataluña habitadas y cultivadas, siempre verdes y hermosas, con agrado y admiración de los que las ven. Todo ella parece una sola población, porque apenas hay distancias notables entre ellas. En sus mayores asperezas se descubren castillos y lugares; y entre aquellas soledades se hallan edificios y casas, algunos de ellos, con ser de labradores, parecen palacios de príncipes. Entre los riscos y peñas hay viñas y sembrados, bosques y frutales, que de lejos se muestran como pastos alegres y provechosos, de la agricultura o de la misma naturaleza. Aléjanse en varios lugares los montes unos de otros, y dejan en medios llanos y campos espaciosísimos y regiones enteras de tanta fertilidad y abundancia, que ninguna de las provincias de España les aventaja; forman entre sí vallas amenísimas llenas de fuentes y varios sotos y vegas cubiertas de flores y frutos, que en agradables y deliciosos, pueden igualarse a los jardines más curiosos».



Riells

San Martín de Provensals



Olot. Masías Catalanas

Toda la historia del país ha dejado en la masía su impronta a través de la natural evolución de las costumbres y de la vivienda, desde la organización feudal a su desmantelamiento y a los cambios sociales de la propiedad agraria.

Puig i Cadafalch escribe que la arquitectura de la masía catalana es un arte permanente: «El arte más nuestro. Siempre permanece un fondo románico, se diría incluso que un fondo romano, en las costumbres y la organización familiar de la Cataluña rural».

Las masías del siglo XVI son más modestas, por la pobreza y dificultades de los tiempos, pero, en cambio, el siglo XVII es la «edad de oro» de las masías. Encontramos masías con cierta riqueza en sus detalles, ventanas con adornos tallados, grandes puertas en arcos, repisas y dinteles de piedra. La identificación y adaptación con el paisaje circundante suele ser perfecta, todo ha sido resuelto con intuición unida a la secular experiencia, sabiendo elegir los lugares más adecuados y abrigados en las vertientes soleadas. La disposición de las

plantas en las masías muy similar, en las distintas zonas.

En la planta baja se dispone el ingreso principal, generalmente enlosado de piedra, y a un lado y otro, la cocina y la cuadra.

En el piso principal, en su centro, encontramos una amplia sala, de buenas proporciones, y lateralmente a ésta están dispuestos los dormitorios.

La planta superior se destina a desvanes, graneros y depósitos de frutos frescos o secos.

Los huecos de este sobrado se cierran con ramajes para dejar una ventilación a lo que allí se almacena.

El horno se dispone o fuera, aislado, o en planta baja.

Las habitaciones amplias, espaciosas, con sus paredes blanqueadas a la cal. La gran campana del «llar», con sus escaños, es el centro de la vivienda en invierno.

En los llanos de Urgel, zona nubosa y cálida a la vez en verano, las casas son de planta rectangular, construidos sus muros de tapial, compuesto de tierra arcillosa apisonada con grava, revocados con cal. Sus cubiertas son de tejas. En el piso primero vemos siempre un balcón y al lado una ventana.

Es en la comarca de Olot donde encontramos grandes antiguas masías, construidas a base de tres crujías paralelas, las laterales de cuatro o cinco metros, y la central algo más ancha, dando lugar a una planta más concentrada, adecuada al clima frío de la comarca.

En las masías montañesas de las vertientes de mediodía, las plantas son rectangulares, correspondiendo sus lados menores al norte y al sur. En la parte triangular de su fachada principal solemos ver una galería. Construidas frecuentemente en las pendientes naturales del terreno, se entra directamente desde el exterior tanto a la planta baja, principal, como a la primera. La configuración de los terrenos hace que sus tipos varíen más que en las masías de los llanos, en las que no vemos una orientación bien definida, como en las de la montaña.

Casi todas estas masías se cubren a dos aguas, con sus caballetes normales a los lados menores del rectángulo de su planta.

Alrededor de estas masías se emplazan otras construcciones menores, destinadas a cuadras, corrales, porquerizas, cabañas, gallineros, todas éstas en torno a la era que da a una de las fachadas. Un ciprés siempre vemos junto a la masía, o un pino singular, como en las alquerías levantinas. A un lado de la puerta principal de la masía un banco de piedra no falta, para tomar el sol o el fresco, y también un poyo para facilitar subir y bajar, a las mujeres, de las cabalgaduras. El horno de cocer el pan se manifiesta algunas veces al exterior, o está en la cocina.

En la planta baja un amplio portal comunica con los establos de los bueyes, pocilgas y cuadra, así como con los almacenes y graneros. Una escalera, para subir al piso superior, desemboca en la sala.

Las características galerías que vemos en muchas masías son, en general, más recientes que éstas, y sustituyeron, en algunos casos, a balcones o solanas voladas de madera, de las que aún quedan ejemplares, semejantes a las del País Vasco-Navarro. Estas añadidas galerías, sobre nuevas crujías, protejen a las masías de las inclemencias atmósfericas. En verano, al ser tan abiertas, las hacen frescas, y en invierno el sol penetra en ellas, teniendo tanta importancia para la vida doméstica como la cocina durante las horas nocturnas.

Las familias son, o más bien fueron, en Cataluña, como en otras regiones españolas, muy numerosas, llegando a convivir en el campo, varias generaciones bajo el mismo techo, por lo que las dimensiones de algunas masías son grandes. De día, y con buen tiempo, en todas partes, la vida se hace al exterior, o en estas galerías; de noche, cuando llueve y hace frío, todos se refugian en la cocina.

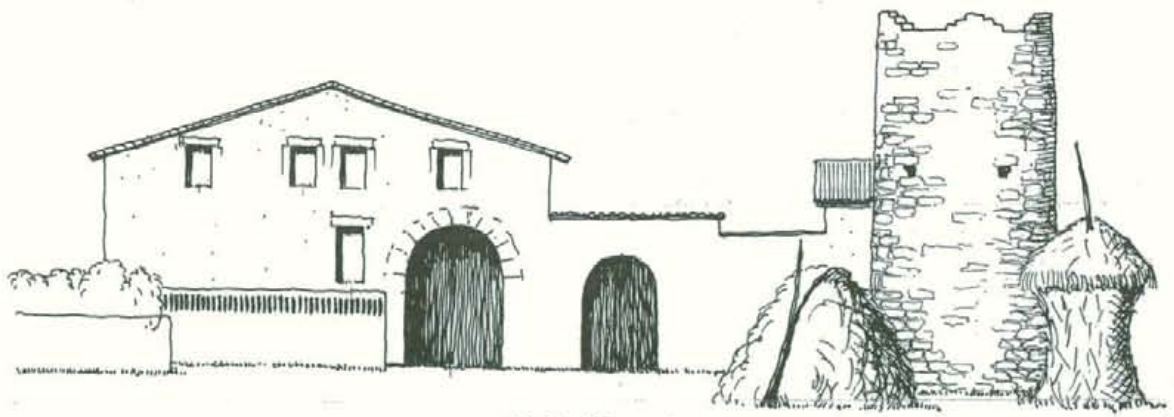
Cuando las galerías existen en el piso primero, para la sala de invitados, es su prolongación y allí se reúnen en ocasión de los acontecimientos familiares.

La construcción de las masías suele ser de mampostería ordinaria, de piedra del país, siendo de sillares mejor labrados las esquinas y ángulos, así como el recercado de los huecos de las fachadas. Puertas y ventanas las vemos adinteladas. El arco, casi siempre de medio punto, lo vemos repetido sólo en las galerías.

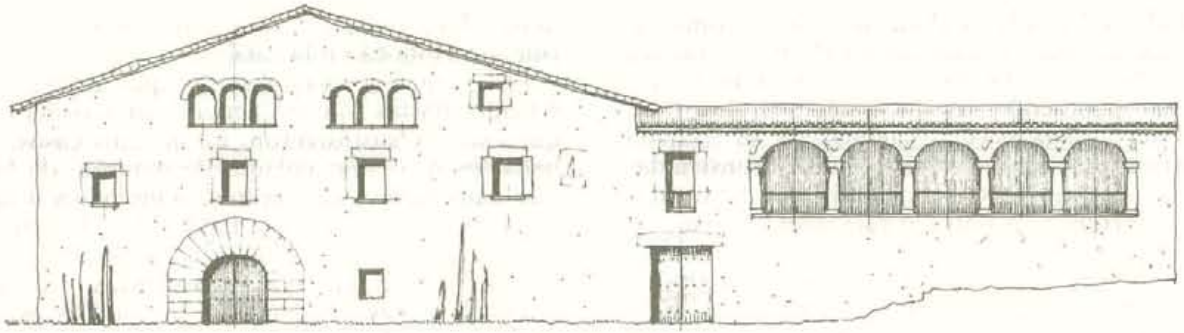
La planta baja de las masías más importantes se cubren con bóvedas de aristas, o de cañón seguido, y muy rara vez con lunetas sobre puertas y ventanas.

Las masías carecen de decoración exterior, cuando más en el dintel de la puerta de ingreso se suele grabar el año de su construcción o el nombre del propietario.

A partir del siglo XVIII vemos en algunas masías relojes de sol, pintados o esgrafiados, con la fecha en que se contruyeron. La variedad de formas y dimensiones de las masías acusan la importancia económica de la heredad en que están emplazadas. El «pairalismo»



Masía (Gerona)



Cartella. Masía

exige amplios espacios para la convivencia familiar. Las masías grandes por ello, disponen de una sala central amplia para recibir a los familiares y amigos. Otra sala más chica, e íntima, y las habitaciones con alcobas. La cocina siempre con el hogar encendido, y rodeado de asientos. El mobiliario, sólido y austero, sobrevivía a sucesivas generaciones.

El cabeza de familia, el «hereu», tenía una función eminentemente utilitaria, por su presencia continuada a través de las generaciones.

La escasa relación intersocial contribuyó a la supervivencia de las heredades de aquella sociedad agraria posfeudal.

La pujante burguesía agraria de las ciudades, en las callejas urbanas, construye sus casonas de modo semejante a sus masías, de sillerías más chicas, hasta la definitiva consolidación y crecimiento de las actuales, debido a la industrialización del siglo XIX.

La nobleza agraria, en todas las regiones, abandona el campo en busca de la ciudad. El hecho se repite, alternará sus temporadas en el campo con otras en la ciudad, y poco a poco los atractivos de la ciudad harán que sus estancias en el campo sean más cortas, llegando a limitar sus visitas a la masía sólo para recoger la parte que les corresponde del beneficio obtenido, a dividir entre la propiedad, aparceros y masoveros, y hoy día quizás aparece para cazar o celebrar fiestas camperas por todo lo alto.

Sólo fieles propietarios agrarios, que los hay, no abandonan el vínculo de la tierra.

En el siglo XX desaparecieron muchas de las más notables masías, hasta la reciente afortunada reacción de recuperación y restauración de antiguas masías por la burguesía catalana actual. La filosofía vital de la «casa i l'hortet» fue recordada por Maciá, y tenía evidentes raíces en el muy próximo pasado rural.

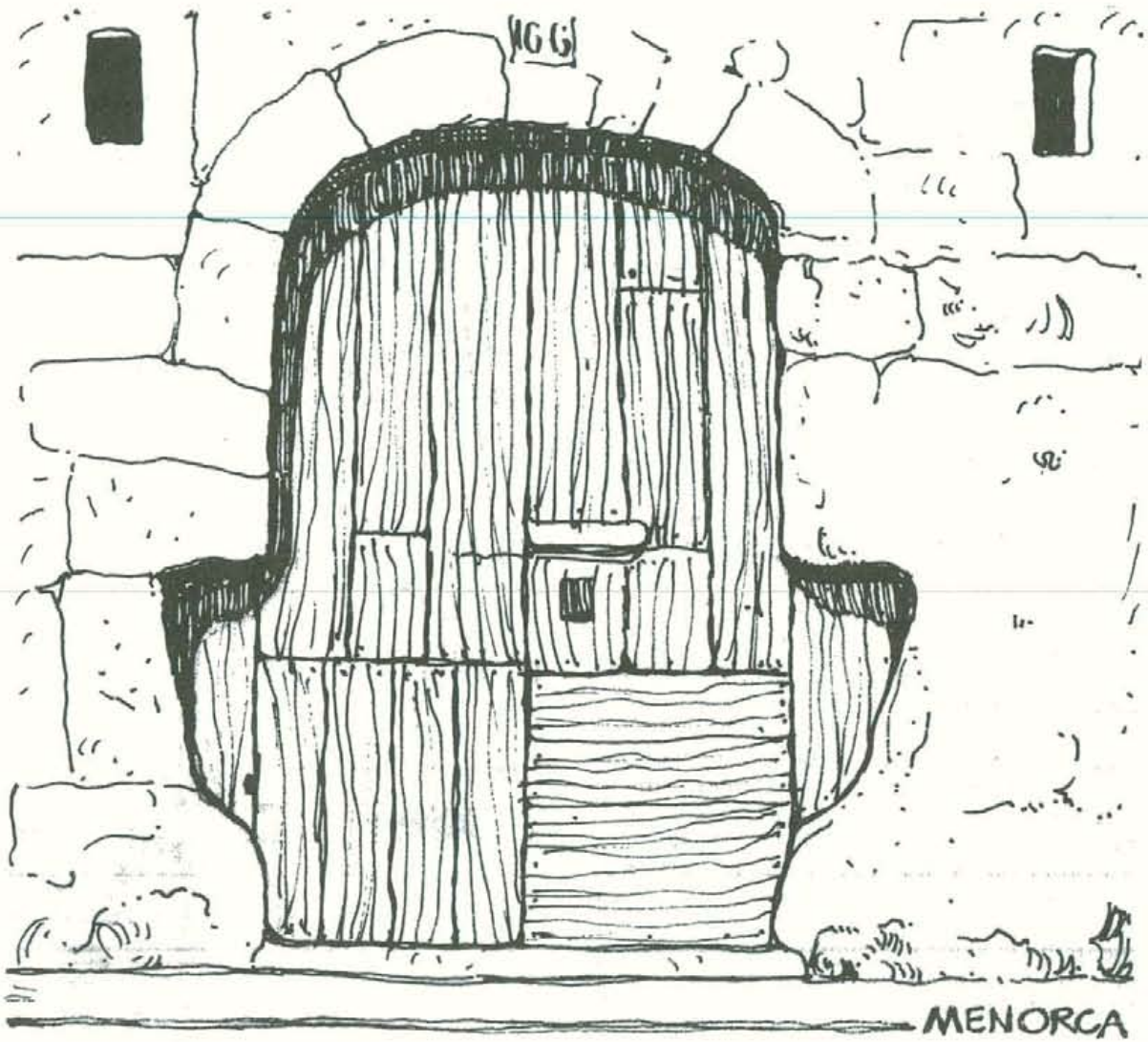
En el período de entreguerras, el desarrollo del excursionismo y el descubrimiento de las masías, hubo un sano movimiento de recuperación y adaptación de éstas. Muchas familias buscaron el rincón olvidado de una vieja casa, ya más accesible por la facilidad del auto, que dejo de ser un lujo. Ya hay gentes que buscan la soledad y el silencio que sólo se encuentra en el campo.

El interés de una burguesía culta, el fenómeno de la recuperación de las masías, ya antes señalado, empieza por fortuna a tener importancia, y son frecuentes los aciertos de estas adaptaciones, hasta creemos es más elegante, de mejor gusto, restaurar una vieja construcción rural que construirse una casa de acuerdo con las más recientes tendencias, que no sabemos si durarán o dejarán de agradarnos. Hoy adquirir una vieja masía puede ser una buena compra, e incluso invertir en su adaptación con larguezas.

Debería de ser apoyada por medidas legales la protección de las masías y reglamentar las nuevas construcciones próximas, para que armonizasen con las viejas construcciones, siempre encajadas y bien encuadradas con el paisaje circundante, que en tantas regiones de Cataluña son tan hermosos como variados.

■ ■ ■

La arquitectura menorquina.



La casa popular

Es sin duda alguna Menorca la isla mediterránea más original de todas las que constituyen el archipiélago balear, por su lenguaje, historia, cultura, tipismo, costumbres y folklore, sus campos y cultivos, ganadería, y por sus construcciones rurales que en nada se parecen a las de Palma e Ibiza.

Es quizá también la más desconocida, siendo singulares sus atractivos de todo orden. En ella se respira una calma asombrosa, que no hemos encontrado en las otras de su archipiélago. Su silencio es absoluto, como de ensueño. Cuenta con numerosos monumentos prehistóricos, desde las «poblaciones» troglodíticas, a las variadas y originales construcciones megalíticas, que conservan huellas de diversas civilizaciones, ibérica, fenicio-cartaginesa, romana, bizantina y árabe, todo ello en esta pequeña isla.

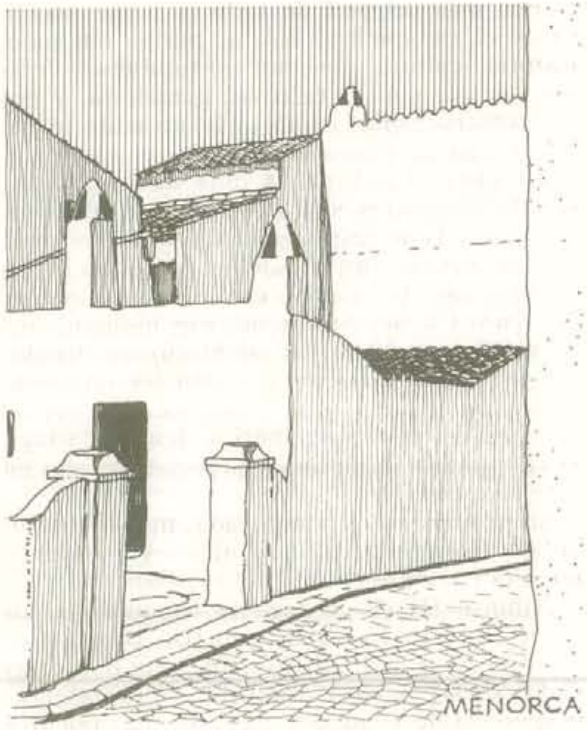
Su historia no es complicada, más bien sencilla y esquemática, que al no ser nuestro tema la resumiremos en pocas palabras.

Alfonso III de Aragón la conquistó a los árabes en el siglo XIII, convivió con la Corona de Aragón y con España hasta que en el siglo XVIII pasó a dominio de Inglaterra, después al de Francia y nuevamente, por dos veces, al de Inglaterra, alternando con Es-

paña, en cuyas manos quedó en 1802. Esto es todo.

Todas las vicisitudes históricas pasaron por ella, pese a su aislamiento insular y a su pequeñez, dejando muestras de estos cambios en sus habitantes y en sus edificaciones típicas. Su geografía y sus originales campos no cambiaron, ni su clima mediterráneo ni sus vientos, que como en todas las islas como está casi llana y falta de vegetación arbórea, no han cambiado y suelen soplar con fuerza.

Su emplazamiento estratégico en medio del comercio marítimo mediterráneo fue el motivo de que llegase a poseer una numerosa marina armada mercante, en ocasiones, no por fortuna hoy, los tiempos los exigía, armada en corso, los piratas rondaban los mares pacíficos, como el Mediterráneo. Menorca entró en contacto comercial con los países de los litorales próximos establecidos en sus riberas mediterráneas, Italia, Francia, España y Turquia, por un lado, frente a Egipto y Berbería por el lado africano.



Menorca

Armadas y ejércitos extranjeros no sólo llegaron para conquistarla sino fue tomada la isla como base y punto de apoyo para expediciones guerreras, como las enviadas por Inglaterra a Egipto contra Napoleón, durante su breve conquista de las Pirámides.

Su privilegiada situación en el centro del Mediterráneo, entre España, Italia, Francia y Argelia, con su admirable y tranquilo puerto de Mahón, tan codiciado, contribuyó al carácter particular que ha llegado hasta nuestros días.

Menorca presenta caracteres desde luego distintos de los demás territorios peninsulares e incluso diferentes también de los bien acusados de Mallorca y de Cataluña, pese a ser las tierras con las que tiene más contactos.

Sus casas de campo, sus edificaciones rurales populares, de nuestro particular interés, desde las más ricas hasta las más modestas e incluso pobres, se distinguen por su esmerada pulcritud. La vida rural ha tenido siempre en Menorca suma importancia ya que sus campos están más poblados, aunque no se ve a nadie en ellos trabajar, que en el resto de las Baleares.

La vegetación arbórea es pobrísima y escasa, debido a la rareza de sus lluvias. Su ganadería, su mayor riqueza, pasan los días estabuladas junto a sus piensos naturales, de unas pequeñas praderas cercadas de altos muros de piedra en seco, que aparecen en los campos como redes a secar. Extraño efecto que nos impresionó desde el primer momento. Los colonos de las fincas y algunos de los propietarios, que por sí mismos las cultivan —senyors de lloc se les llama— viven en ellas. Allí no hay distancias, se puede ir fácilmente de la ciudad al campo o del campo a la ciudad, de las pocas ciudades con que cuenta la isla y le bastan.

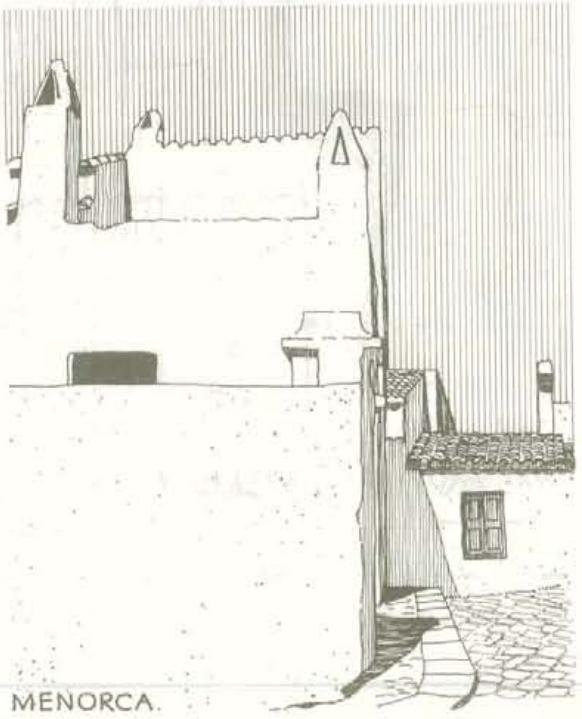
Los obreros y jornales de las industrias rurales, fabricación de quesos, entre ellas, viven también en el campo, junto a sus lugares de trabajo.

En los términos municipales en que la propiedad está muy dividida, como Mahón, Villa Carlos, San Luis y Alayor, los caseríos y los «casolans» son tan numerosos que desde cualquier altura se dominan las laderas y campos propiamente dichos, salpicados de casas blancas, aisladas y agrupadas.

Con menor densidad ocurre en los términos municipales de Ferrerías, Mercadal y Ciudadela, debido a que las propiedades en estos lugares son mayores, con población rural importante.

Me aseguran que existen latifundios, lo que me cuesta trabajo creer, e incluso que toda la isla es sólo de unos cuantos propietarios.

En la isla la vida campestre debe de ser tenida en cuenta así como la relación íntima entre ésta y la ciudadana. Las más importantes casas de campo menorquinas, con su estilo propio y bastante semejantes, aisladas en lugares dominantes como palacetes, son de planta rectangular, con dos plantas y sus fachadas de composición regular, simétrica, lo que les proporciona un aire clásico. Quién



Menorca

sabe si fueron construidas por ocupantes ingleses o franceses y ahí las dejaron.

La casa conocida por San Antonio, sobre las colinas próximas al puerto de Mahón, donde se dice vivieron Lord Nelson y Lady Hamilton, que los ingleses, que aún quedan algunos jubilados, llaman «The golden farm» es una de las más características.

La isla es sólo parcialmente accidentada, sus colinas son suaves y sólo en algún lugar de su costa es abrupta, como Rafalet, que me recordó algo de lejos a Capri, que sí que es accidentado.

Las casas son todas blanquísimas, cuidadosamente encaladas, bien en las que vemos junto a las fincas más extensas o en lugares próximos a las vías de comunicación, bien en casas aisladas —casolons— rodeadas de pequeñas, pequeñísimas huertas.

Los propietarios isleños pasan principalmente el verano en sus fincas ocupando el piso principal de la casa, en la misma habita el colono, el piso bajo, institución y costumbre ésta de la convivencia fundamental en la sociedad menorquina. En estas casas, que vemos repetidas, pero no en serie, existe un departamento común, que es la «porchada», orientado al mediodía para protegerse de los vientos del norte.

En las fachadas orientadas al mediodía se abren uno, dos o tres arcos, según la dimensión del edificio, y bajo esta arcada o pórtico se hallan las puertas de los departamentos de la casa. En el caso en que la casa tiene dos plantas, una de las puertas de la «porchada» comunica con la escalera. La «porchada» es el lugar de reunión casi todo el año, salvo las crudas vigilias del invierno en que la reunión se traslada a la «forganya» o cocina.

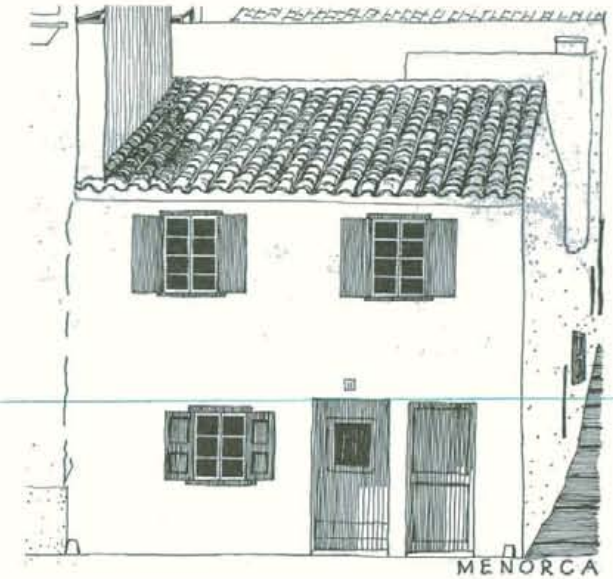
A lo largo de las paredes de la «porchada» dispónense poyos de piedra, blanqueados como toda la casa con deslumbrante cal. Los enlosados o solados son rojos por lo general.

Sobre los poyos «pedriscos» o sobre el suelo, la «madona», mujer del colono, dispone bellas macetas con hortensias, claveles, albahaca y rosales. Aquí incluso se glosa —el glosat— sección de improvisación versificada, más o menos poética o se narran tradiciones o leyendas.

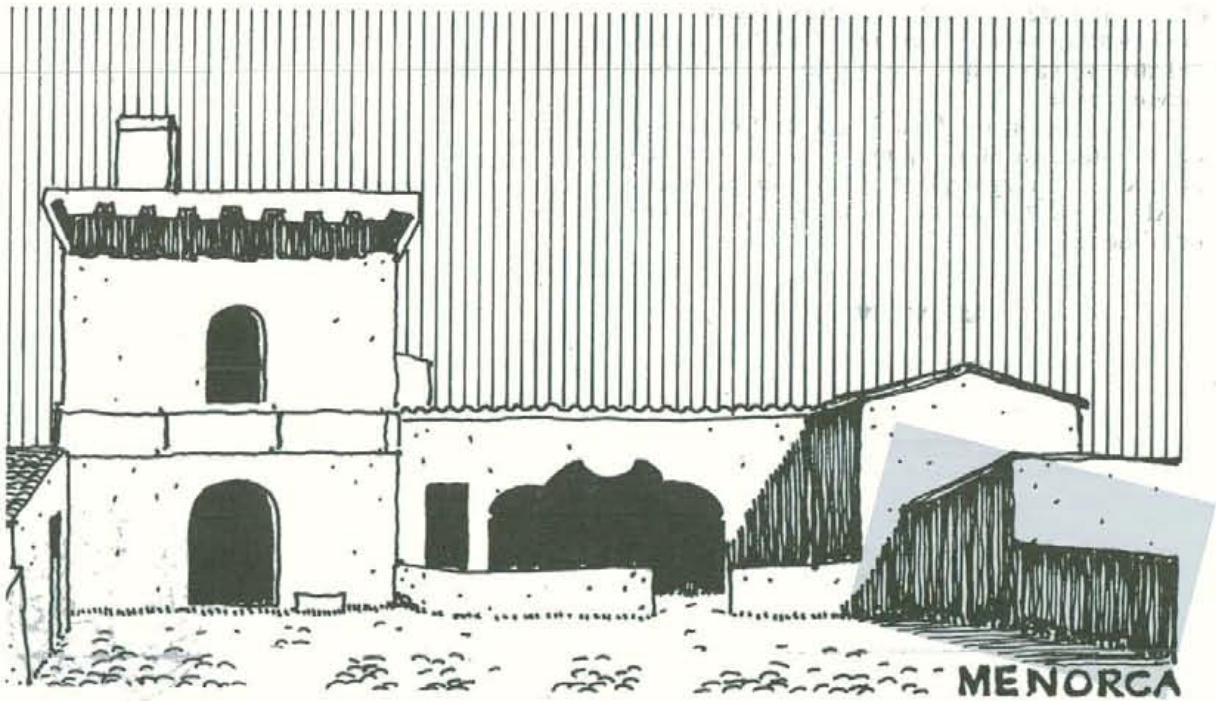
En un clima dulce, suave y agradable como el de Menorca, salvo cuando la tramontana sopla, una casa orientada al sur, una galería abierta en este frente, defendida del sol, de la humedad, de la lluvia y de los vientos, permite disfrutar del aire libre.

Este aspecto tan particular de la casa menorquina, en mucho semejante a las de Capri e Ibiza, se está perdiendo y olvidando en las nuevas edificaciones apresuradas.

Nuestra previa información era muy limitada y entre nuestros libros figuraban los tres tomos de Jean Brunhes, de «La Geographie Humaine», así como su ensayo «A Majorque et a Minorque» aparecido en la «Revue de Deux-Mondes» (1911), y las obras sobre el Mediterráneo de Pierre Deffontaines, Pernand Brandel y André Siegfriend. De nuestro admirado José Pla poseíamos su amenísimo libro «Mallorca, Menorca e Ibiza». Durante nuestra visita, como de costumbre, recorrimos las librerías locales y en una de ellas, casualmente, descubrimos una publicación re-



Menorca



Menorca

ciente, del mayor interés, «Estudio Geográfico» del Prof. Tomás Vidal, del Departamento de Geografía de la Universidad de Barcelona. «La Casa Rural y la Arquitectura Tradicional Menorquina» (1973). Todo cuanto deseabamos conocer estaba allí, y en él nos apoyaremos en posteriores estudios. Su bibliografía nos será preciosa. Las fotografías del autor, sus esquemas y planos, son del mayor interés.

La exposición de Toni Vidal de fotografías de arquitectura menorquina debió de ser sorprendente, a juzgar por la única que conozco.

Al Colegio Oficial de Arquitectos va mi enhorabuena.

■ ■ ■

La arquitectura gallega.

IGLESIA Y CASTILLO DE CASTRO DE OURO.(LUGO).

Galicia

Nuestra admiración por uno de los más ilustres de los escritores gallegos contemporáneos, Alvaro Cunqueiro, tan amante y conocedor de su región, justificará comencemos el capítulo dedicado a Galicia, en este estudio sobre las arquitecturas populares y regionales, con el párrafo inicial de una de sus recientes crónicas (1976).

«Ustedes saben que Galicia ha sido durante siglos y siglos el punto extremo de la ecumene. Aquí, en el Finisterre, que por algo se llamaba así, acababa el mundo conocido y más allá solamente existía el vacío inmenso del océano tenebroso, con sus abismos, al borde de los cuales se exhibían enormes bestias, Leviatan por ejemplo, o Jaconius, cuyo lomo oscuro fue tenido por San Bendran y sus monjes por una isla. No se es impunemente durante años y años el punto final de la tierra en la que habita el hombre. Probablemente esto tiene sus desventajas —hay en el alma gallega algo que provenga de esta inmensa soledad del ¿terminus?—. Pero por otra parte, sucede en este extremo del mundo, este umbral del espacio humano, por ser el más lejano lugar al que podía llegar el europeo, el cristiano, hasta que supo que había más tierra a Poniente, ha conocido las

que llamaremos situaciones que les son profundamente propias».

Allá, por agosto de 1929, don Luis Bello (1832-1935), que fue nuestro amigo, llega a Galicia para estudiar su situación escolar y sus problemas, como antes había peregrinado a las escuelas castellanas, extremeñas y andaluzas. Resultado de estos viajes publicó, en «El Sol», numerosos artículos, recogidos en tres tomos. La resonancía nacional de aquella campaña aún se recuerda. (Véase «Viaje por las Escuelas de Galicia». Akal, Editor, Madrid 1973). Bello nos alecciona sobre muchos aspectos de la singular arquitectura popular gallega.

Los aborígenes de los gallegos de hoy, sus pobladores primitivos, fueron pueblos distintos a los del resto de la Península Ibérica, los eruditos coinciden en que durante el primer milenio, antes de nuestra Era, existió ya una cultura céltica, manifestada en los «castros», o poblados, de un remoto origen, estratégicamente emplazados sobre cerros, protegidos y defendidos por amurallamientos y fosos.

Estos pueblos llegados por otros caminos, en otras épocas, antes de aparecer los romanos de Roma, que invadieron y conquistaron por algún tiempo la Península, estableciéndose principalmente en sus costas.

Estos primitivos pobladores, en un principio independientes, pasados los siglos se fundieron con los nuevos invasores, estos germánicos.

Todos dejaron vestigios más o menos importantes de su paso, presencia o permanencia. Los suevos consolidaron los rasgos propios de estas tierras.

Los romanos dejaron sus calzadas o vías militares y también algunos puentes, entre otros los de Bibey, Navea y Pedrina.

Los celtas conformaron la manera de ser de los gallegos, que aún perdura, y les distingue del resto de los pueblos hispanos.

Entre los primeros pobladores figuraron los aestrimios, que se encontraron aquí con los celtas, de cultura más avanzada.

Estos guerreros abrieron con sus carros las primeras «corredoiras», que aún perduran.

Galicia les debe los «castros» cuyos restos se extienden por toda la región, estudiados por los arqueólogos.

La invasión romana, más conocida, con sus legiones, en el siglo II después de Cristo convierten a Galicia y a gran parte de la Península y la explotan, llevándose hombres y cabalgaduras para sus ejércitos, su vino, sus ostras y lampreas y posiblemente el oro del Sil.

El alma gallega son sus tradiciones, sus orígenes célticos, sus melodías dulces de su gaita, en la alborada, el alalá o la muñeira, su folklore que se ha mantenido durante siglos por su inconfundible originalidad, es peculiar de esta región de tanto carácter y de paisajes maravillosos.

De nuevo Bello, nuestro guía, se expresa así:

«Vimos ponerse el sol al pie del Facho y nos anocheció en la Citania. Yo había leído que al llegar a esta costa el romano, le sobrecogió el gran misterio del sol, cayendo en un mar nuevo, tan desconocido para él como el Mar del Sur para los españoles de Vasco Núñez. Y creyó, porque en el país lo creían, que al sumergirse hacía chirriar las olas con estrépito, como si un hierro candente se apagase en el agua. Esta cima, monte cónico de gran armonía, sirvió de faro, de «facho» para las luminarias y atrajo siempre sacerdotes de todas las religiones sucesivas. Aquí, en la ermita de Santa «Tegra», culto paralelo al del Apóstol, como en la mayoría de los santuarios gallegos, la fe tiene profundas raíces».

Paisaje montuoso, de geología redonda, sin picachos, ni alturas escarpadas, pero cada vez más violento.

Innumerables valles aquí, en los que, hasta sus cumbres, una población campesina se pega a la tierra y la cultiva incluso en inverosímiles pendientes. Pequeños pueblecitos y aldehuelas que constituyen pintorescas agrupaciones rurales, agropecuarias, llenas de vida, con sus tan típicas como variadas construcciones populares, llenas de carácter, en el marco de una vegetación arbórea singular de castaños, robles y nogueras que pueblan el paisaje y delimitan sus campos de maíz y de centeno, cultivados por muy antiguas instituciones fundadas en la mutua ayuda para el trabajo: Pervive aquí la «soga» para las faenas del campo.

Quedan aquí los llamados «montes de vara», comunales para el pastoreo y aún para la roturación y el cultivo. El espíritu de hermandad rural se conserva y también el de ciudadanía. Al primero le basta el trabajo, la paz y el orden; en una palabra, aquello que le procura la tradición. Sobre las características raciales, escribe Bello: «Más fácil es distinguir, por ejemplo, las gentes de Mahía de las de Bergantiños, y las de Maside o Carballino de las del país de Xanas. Más que diferencias de tipo etnográfico, maneras de vestir y de hablar. Pero muchas veces asoma el puro tipo galo entre una muchedumbre». «Y pasan unos hombres altos, rojos de piel, de mirada fija y audaz, cuello largo y ancha espalda, que llevan por fuerza sangre de pirata normando...».

«Entre las mujeres vemos toda una fila de cabezas bellísimas, con pañuelo blanco doblado sobre el arco de las cejas, perfecto, como la nariz y la barbilla helénicas».

«Cerca de Lira, en el camino de Muros a Carnota, al pie del Pindo, lleno de evocaciones griegas, he visto una guirnalda de muchachas como éstas, juntas brazo con brazo, todo lo ancho de calzada, y es uno de los recuerdos más fragantes a campo y a mar, a juventud eterna, que guardo del viaje a Galicia».

«Estas tierras, trabajadas con tanto afán, ofrecen el cuadro desconcertante e inexplicable de sierra o de estepa desértica, enclavadas en valles fértiles, con huertos y sembrados, grandes tapices de praderías por donde se descubren los límites de cada propiedad, de minifundios principalmente. Donde a lo lejos vemos boscajes de mucha fronda, castañares y álamos apretados como un rebaño que dan al paisaje nombre, aspecto y dignidad. Sin embargo, el pueblo vive pobremente. Pequeño mundo que "fala galego", que camina descalzo y no le importa».

Los castros, las aras, los templos, los castillos son en estos lugares de siempre muy pobres. El pueblo campesino sigue como cuando mandaba en ellos el Castillo de Monterrey.

«Aquí, decía Bello (en 1929), se da el hecho raro y singular que no se da ni en Cataluña ni en Vasconia, solo en Galicia. El habla es jerarquía. En Cataluña, el catalán culto tiene a orgullo hablar catalán. Admira el recio montañés que no necesita ni quiere dos hablas. De arriba abajo hay igualdad. Las Vascongadas hablan castellano; pero si un vasco no lo sabe, no se considera inferior. Solo el aldeano gallego da al idioma fuerza y valor de categoría. Pueblo afín a Galicia es Extremadura. A los extremeños Unamuno llamó "los indios de España" aludiendo a su braveza».

«Ni las nieblas, ni la "morriña" ni la lírica de gaita gallega, tienen nada de ver con el señor o los señores, de los Valle-Inclán decía "tañen piedras, blasones, armas labradas en el pazo"».

El camino jacobeo fue la primera vía turística de Europa por la que vinieron a nuestra Península, en lejanos tiempos, millones de europeos, africanos y asiáticos; fue ruta de arte y cultura, comercio y progreso, gérmen también de la unión de Europa, camino milenario del cristianismo. El sepulcro de Santiago fue, y sigue siendo, origen y meta de las peregrinaciones jacobeas. Cualquier camino gallego, costero o montañés, nos llevaría a Santiago de Compostela, pero el Camino Gallego Jacobeo, comienza en Ponferrada, El Bierzo, Cacabelos, Villafranca del Bierzo, Toracastilla, Samos, Barbadelos, Portomarín, Limieros, Villar de Osmas, Palos del Rey, Mellis, Lavadolla, Monte del Gozo, Santiago, Padrón y Finisterre.

«Los Amigos del Camino de Santiago de Estella» han publicado una extensa obra de singular interés; tres series de audiovisuales, un libro sobre la Peregrinación, historia, arte y caminos, y un plano cartográfico del Camino.

La historia nos dice que Herodes Agripa, según San Lucas, «quitó la vida con la espada a Santiago, hermano de Juan», sus discípulos trasladaron sus reliquias a España, a Iria Flavia, hoy Padrón, que llevaron más tarde a Santiago de Compostela.

El camino francés considérase dividido en tres tramos: I, Tramo Navarro: desde el Pirineo a Nájera; II, Tramo Castellano-Leonés: desde Santo Domingo de la Calzada a Foncabadón; III, Tramo Gallego: desde Ponferrada a Santiago de Compostela, Padrón y Finisterre.

Desde Castilla se penetra en Galicia por *Piedrafita de Cebrero*, a 1.109 metros de altitud. Su histórico templo, Santa María la Real, data del siglo IX.

En las cercanías del Monasterio ya encontramos las originales y antiquísimas «pallozas», de planta circular y alta techumbre cónica, construidas con paja, de las que nos ocupamos en otro lugar con la extensión que merecen. Desciende el camino a Triacastela, en cuya Plaza Mayor encontramos el primer monumento al Peregrino.

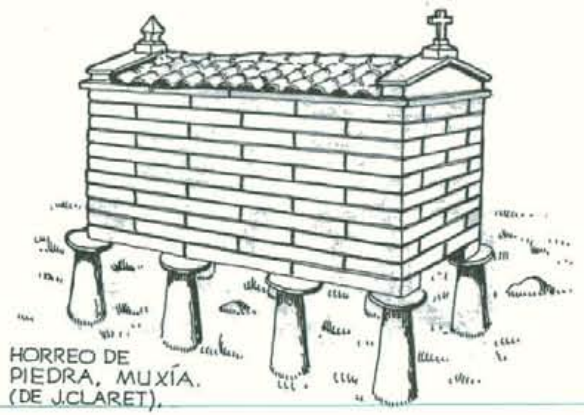
Demos, es la siguiente etapa, está situado en un angosto y frondoso valle. Su milenario Monasterio de Samos, del siglo VIII, en su origen, fue destruido y reconstruido en el siglo XVIII.

Principales tipos de hórreos del Noroeste (de W. Carlé)

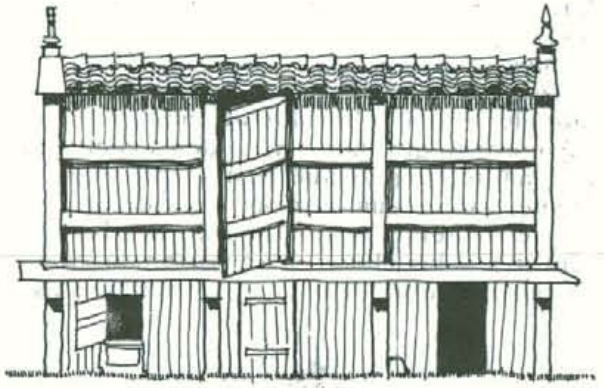
LOS HORREOS

El Diccionario Enciclopédico Gallego-Castellano del académico Eladio Rodríguez González, los define así: «Especie de granero o depósito donde se recojen los granos de las cosechas». Recibe además los nombres genéricos de «cabeceiro», «cabezo», «caleiro» y «piorno» y tiene la variante de «hórreo», pero en rigor no son propiamente lo mismo, pues el «caleiro» y el «cabezo» están hechos de varas, siendo el primero de forma prolongada y el último de forma circular. En algunas comarcas orensanas llaman «cabaceiros» a los mismo hórreos. El hórreo es una casucha o edificio rústico, de madera y de base rectangular, que está formada por barrotes gruesos o tabloncillos separados entre sí, con el objeto de que circule el aire por el interior para facilitar el oreo de los granos y para que éstos se «deloiren».

Según el Diccionario de la Lengua, «Los hórreos son para el maíz lo que las bodegas para el vino: un lugar hecho exclusivamente



Hórreo de piedra. Muxía (de J. Claret)

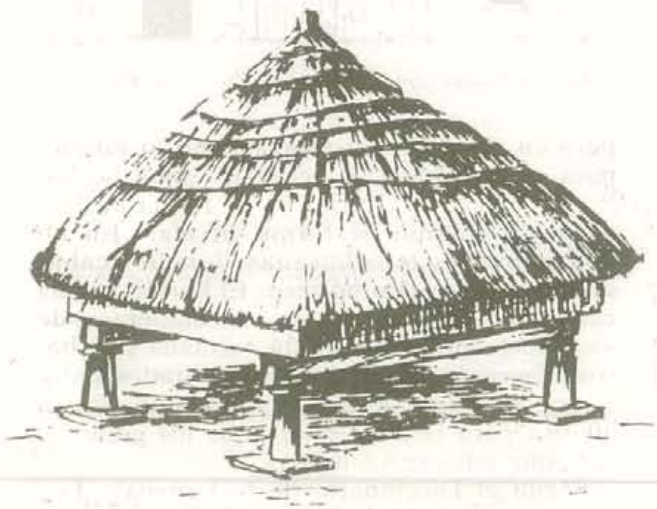


Hórreo mixto con Celeiro (de Escola de Couso)

Hórreo de Cabeceiro de Combados (Pontevedra)

para su conservación, para su emplazamiento, en función de sus fines, puede ser el mismo. Las bodegas han de estar en lugar fresco, el hórreo pide un lugar aireado, batido por los vientos».

Tierra de maizales, tierra de hórreos y cada labrador, cada cultivador de maíz, tiene el suyo propio, que no puede ni desea compartir con nadie, por lo que su tamaño, lógicamente, varía según la importancia del caserío a que pertenezca. El tamaño del hórreo muestra a las claras la importancia de su dueño o propietario y su acomodo. Casa fuerte, hórreo grande. Casa pobre, hórreo pequeño, menos maíz que guardar.



Hórreo de Ancares (Lugo)

El refrán, como todos los refranes, son manifestaciones de la sabiduría popular, «Onde hay bó hórreo, hay bona casa».

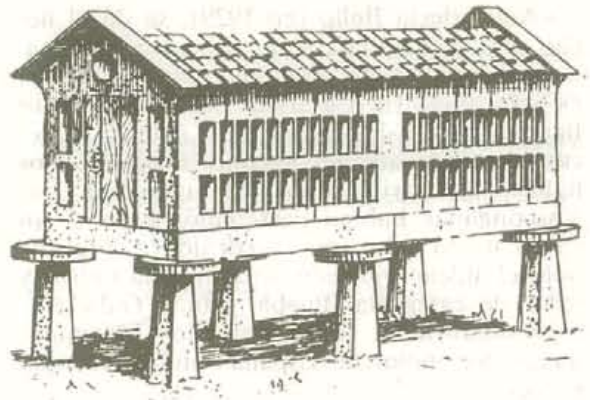
Tierras donde abundan los maizales son tierras ricas. Los hórreos llenos, no vacíos. «Se teño no hórreo millo, podo terna casa fillo». Refrán bien expresivo, de un claro significado socio-económico, de actualidad, que todos deben de aprender antes de constituir una familia; a veces sin pensar si se dispone de los medios económicos suficientes. Si hay maíz, piensa el gallego, se puede vivir e incluso tener hijos. Gran enseñanza que nos dice del sano sentir popular de la región gallega a través de su sincera arquitectura popular, en este caso la de los hórreos, que en Galicia, Asturias, parte de León y en la montaña santanderina vemos en sus bellos paisajes, junto a sus caseríos aislados o agrupados en aldeas o feligresías, a las que tanto adornan y alegran.

El hórreo, barca pétrea, como José María Castroviejo lo canta, con el gallo cimero tan característico utilizado en cientos de distintas interpretaciones por estos anónimos, destácase sobre los maizales, cuyo fruto guardará y protegerá contra los roedores.

Contrastes de verdes con el oro verde de los maíces. Viñas y pradales completan el fondo evocador del que don Ramón María del Valle-Inclán escribió: «Tierras de maizales húmedos y sonoros donde cantan los vientos los invisibles coros».

Los hórreos forman parte del alma de Galicia. Los hórreos suelen ser individuales, más o menos grandes, y existen otros de gran tamaño formados por tres, cuatro o cinco cuerpos que no pertenecen al mismo caserío y propietario. A estos hórreos se les llama «hórreos partidos», hórreos engañosos. En Galicia a las personas que quieren aparentar más de lo que son, gentes de quiero y no puedo, se les llama de «hórreo partido».

El hórreo es quizás más frecuente en Galicia que en las otras provincias limítrofes, donde también los hay, pero no exactamente los mismos. Los hórreos asturianos son distintos, aunque su función sea la misma.



Hórreo de Marín (Lugo)

Existen diversos modelos de hórreos y cabazos gallegos, como los de Combarro, en Pontevedra, y como los de Ancares en Lugo, como los de Marín y los de Pereira, muy característicos. Los hórreos asturianos son más parecidos entre sí; aquí, en Galicia, existen quizá una mayor variedad de tipos que en nada se parecen a los asturianos y dan la sensación de más sólidos que éstos.

Las cubiertas, a veces, son de losas o lajas de pizarra en los hórreos de la región oriental, donde ésta abunda.

En la región occidental, en que abunda el

Hórreo de Cabazo de Pereira (Pontevedra)

granito, se construyen incluso de este material y se rematan con una cruz. Su aspecto, sobre todo cuando aparecen agrupados, como en la ría de Muros, semejan mausoleos de pequeñas ciudades funerarias.

En la cuenca del Miño y Sierra de la Estrella se encuentran otros tipos de hórreos conocidos por «espigueiros», pequeños silos de maíz, como pequeños cofres, pintados de rojo, alzados sobre pilares de granito.

Los más grandes hórreos de Galicia son el del Dean de Valga y el del Monasterio de San Juan de Poy, se encuentran en tierras de Pontevedra.

Los hórreos y caseríos de Galicia aumentan la poesía de su campiña y con los cruceiros, pallozas, y corredoiras forman parte del alma de Galicia.

El más reciente estudio sobre los hórreos se debe a la pluma, lápiz y pincel de Alfonso Iglesias, editado preciosamente por «Bankunión» en tirada muy limitada.

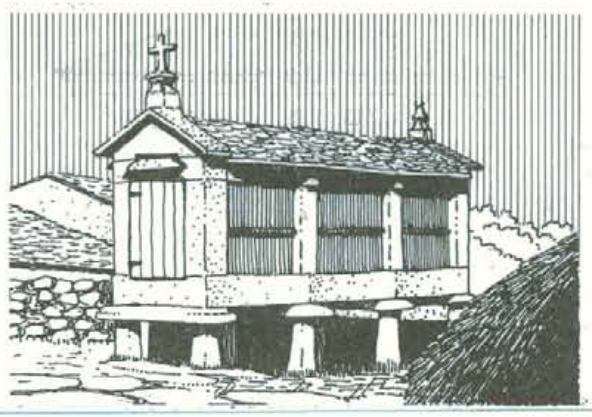
LOS CRUCEIROS GALLEGOS

Los cruceiros de Galicia no son privativos de la región ya que los vemos en otras regiones, como en Levante. Estos cruceiros no son tan monumentales como los famosos de Bretaña y de Austria, son más sencillos, pero con más carácter piadoso que aquéllos.

A los santos fundadores de las órdenes mendicantes atribúyese la iniciativa de estas muestras de piedad y de arte popular.

Sobre escalonadas peanas o sobre su único escalón álzase al cielo la cruz, simplemente, o con la imagen de Cristo juntamente con los símbolos de su pasión. A veces, las menos, a su lado vemos otras figuras de orantes o la Virgen Dolorosa con sus acompañantes, las Marías.

El fuste del cruceiro, en algunos casos, es una esbelta columna, con su capitel incluso, de uno u otro estilo, según la época. El largo fuste lo encontramos también enriquecido y ornado de flagelos, escalera o corona de espinas bellamente labrados en el mismo bloque del fuste por los sin par maestros canteros.



Hórreo gallego

En todos los casos muy variados, siempre distintos y jamás repetidos, los abundantes cruceiros gallegos son obras de un consumado arte, singulares expresiones plásticas de su religiosidad, que invitan junto a ellos a las mujeres a platicar, orar y comentar entre ellas sobre el mercado, la feria, las romerías, sus campos y sus ganados.

Los cruceiros abundan en la Galicia occidental, rica en granito, y escasean en la oriental, donde sus canteras son de pizarras.

En Castrelo de Miño, en Lameiros, Aguas Santas y en San Esteban de Tibas del Sil, en Orense, encontramos muy bellos ejemplares de cruceiros, como el de la parroquia de Hio de Aldan, considerado el más notable por su rica imaginería.

Una canción dice así: «Cruceiro de Villamarta, eu non te podo olvidar, ñun a ti hórreo da horta, que me viches medrar».

En la ruta jacobea gallega, y en su final, en Padrón, sobre la Iria Flavia romana, vemos el más original de los cruceiros, el de «Santiaguiño», elevado sobre grandes bloques naturales de piedra, con cruz e imagen del Santo.

Otros cruceiros notables son el de Lavacolla, que marca la subida al Monte del Gozo, Monxoi, el de Giroa, uno de los más escultóricos; el de Virgen del Camino, sencillo y pétreo, junto a uno moderno, increíble alarde de cemento, fuera de lugar.

MUIÑOS DA VENTO

Existen en San Manuel de Abalo, parroquia del Arciprestazgo de Iria Flavia, diócesis de Santiago de Compostela, restos de los «muiños da vento» en el monte Mesón, que no permiten su reconstrucción, en estado ruinoso. Surgieron sin duda como medio de aprovechar los vientos dominantes en aquella altura, desde la que se contempla el bellísimo panorama sobre la desembocadura del Ulla.

LAS CORREDOIRAS

La corredoira está considerada como lo más genuino y típico del viejo «urbanismo» de Galicia.

«¿Qué son las corredoiras? Las corredoiras son unas entalladuras, abiertas en el terreno, granítico, cálizo o pizarroso; angostos «camiños» hondos, en muchos casos abiertos por el hombre y tallados, esculpidos por las aguas, ya que encauzan también a éstas; son, diríamos, los más rústicos de los caminos, medio naturales, en parte, medio excavados por los campesinos que por ellos circulan».

«Su configuración presenta grandes contrastes, en unos casos los vemos entre altas paredes, otros como túneles cubiertos de follajes como techumbre y, en ocasiones, la corredoira es un río por el que hay que caminar saltando de piedra en piedra. Viejos troncos de castaño, de roble o laurel, de fuertes y poderosas raíces descarnadas asomando en el tajante caminejo, se retuercen añosos y ajados soportando la verde cúpula que da sombra al caminante. «Camino en que no caben dos». Así lo describe Diego Quiroga en un interesante artículo; «os carritos de bois cantan chirrian, avisando a sus hermanos que llegan en sentido contrario, que esperen, o se detengan, o se aparten prudentes en los apartaderos de la angosta corredoira».

Las corredoiras tienen un encanto, por los perfumes que exhalan las madreselvas que las cubren o bordean. Es el más rústico de los caminos del país, por el que circulan las aguas de sus frecuentes lluvias invernales, al mismo tiempo que las carretas, el carro cam-

pesino típico, les resuelve el transporte en los lugares alejados y accidentados, donde crecen los cultivos forestales, que les procuran las maderas para sus propias construcciones, el pino, roble y castaño. En las carretas cargan el trigo, maíz o centeno de sus cosechas; el heno, algas o arena de mar, para abonar sus tierras siempre verdes.

Por las corredoiras, va en sus caballerías a las ferias o romerías, cantando sus típicos cantares, dulces y cadenciosos.

EL PAZO

El pazo es inseparable de los paisajes gallegos, en cualquier lugar los encontramos, incluso en los bosques, o en valles abiertos a amplios horizontes orientados a poniente. El marco suele ser magnífico y vegetal.

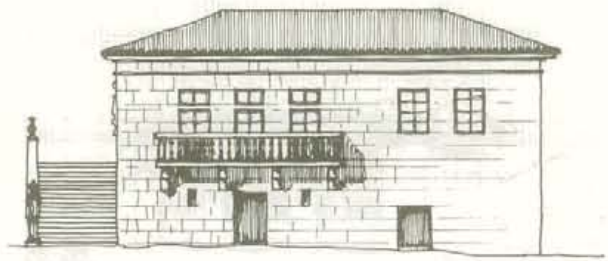
Que semejen algunos castillos, que tengan incluso almenas, o carezcan de éstas, o que no hayan sido como hoy los contemplamos, nos es indiferente. Algunos tienen, o tuvieron, «torres», unos son grandes, incluso muy grandes, palaciegos, y otros muy pequeños. Todos tienen su peculiar encanto y armonía con sus fondos de verdor, de ese verde gallego que sólo aquí encontramos.

Casi todos, como aparecen en los esquemas de sus tipologías, tienen solanas que, a veces, se comunican, por pétrea escalera, con el jardín umbroso, o umbrio, como Valle-Inclán lo designa en su «Aguila de blasón», con mirtos y rosales, sin faltar el ciprés.

No pueden figurar los pazos en la arquitectura popular, humilde y pobre en toda Galicia, pobrísima en muchos casos, casi diríamos que increíbles.

El pazo puede proceder de una casa campesina de mayorazgos, en cuyo caso suele emplazarse en el centro de un patrimonio, rodeado de los árboles y cultivos típicos, huertas incluso, pomares, tierras de maíz o de centeno, y en algunas comarcas viñedos, sin faltar armoniosas robledas y castañares, o «castiñeiros», de espléndidos ejemplares, como los de Quintela.

Desde un pazo importante se gobierna y dirige el vivir de las aldeas vecinas, habitadas por los caseros que cultivan sus tierras.



Pazo de Cee

El «pazo», con frecuencia, conserva caracteres de casa fuerte en otros tiempos, por razones de seguridad, debían defenderse. Vemos troneras disimuladas en sus muros, para defensa en caso preciso.

El «pazo» ennoblece el paisaje, encuadrado en grupos de espléndidos magnolios, y los robles centenarios, con nobles castaños.

Las ilustres familias gallegas disponen siempre de uno o de varios «pazos», no demasiado lejos de sus residencias ciudadanas. El «pazo» sigue presidiendo una vasta extensión agrícola, que en más de un caso son ejemplares por su organización.

No pocos, en el pasado, y en la actualidad, dueños y señores, añoran la paz, el silencio, que reina en sus huertos, el verdor de sus prados y los paisajes que desde sus balconadas dominan.

Los «pazos» son, la mayor parte de ellos, del siglo XVIII, continuados durante el siglo XIX, cuando los atractivos de la ciudad no eran tantos como los de hoy, y las comunicaciones, a base de carruajes y caballos, no eran tan fáciles, y aún duraba el régimen de mayorazgos.

Pazo Torre de Goyan (siglo XVIII)

Los «pazos» están por lo general ocultos, y hasta algunos difíciles de encontrar, tras sus espesos y ricos arbolados, bosques de castaños y magnolios.

En el Ulla y las márgenes de Arosa, no lejos de Compostela, vemos magníficos «pazos» y «torres», de los que hoy se hace minucioso inventario, en publicaciones bellísimas, por la *«Asociación de Amigos de los Pazos.*

Las zonas inventariadas hasta la fecha, 1976, en los tres primeros volúmenes publicados, han sido: Vigo-Valle Miñor, Redondela-península del Morrazo, y Lourine, bajo Miño. El primer volumen ha sido prologado por don José María Castroviejo, primera figura de las letras gallegas.

Pazo de Cabana

El «pazo» de Oca se le tiene por el Versalles de los «pazos», según don Ramón Otero Pedrayo, en su obra magnífica «Galicia. Una cultura de Occidente». Lástima es que su «Guía de Galicia», libro esencial para el estudio de la región, agotada hace tiempo, no haya sido, que sepamos, reimpresa.

En la orilla opuesta del Oca, el «pazo» de *Ribadalla,* espléndido, rodeado de un parque y de extensos pinares. En *Arosa,* los «pazos» de Bazán, hoy parador de turismo; el de Refiñanes, de grandes proporciones, y el de Santo Tomé do Mar forman un conjunto del mayor interés.

El primero de éstos en la propia villa de Cambados. El de Santo Tomé do Mar está rodeado de un poblado marinero.

Comarca rica de «pazos» señoriales, ya que hay pazos de pazos, es la montaña pontevedresa. ¡Qué sensación de paz la de estos «pazos», algunos verdaderos palacios! Pazos, muchos de ellos abandonados, imagen de otros tiempos.

Al «pazo» de Barrantes conduce una avenida de eucaliptos gigantes. La casa está muy lejos, tras un segundo muro de cerramiento, que la defiende. La vivienda, el «pazo», es grande, fuerte y sencillo al mismo tiempo. Hay una capilla, como en otros muchos, bancos de piedra y estatuas. La yedra cuelga de sus muros. Prioratos, «pazos» y fincas de épocas más recientes se extienden por las tierras bajas, a las rías y al Miño de Pontevedra.

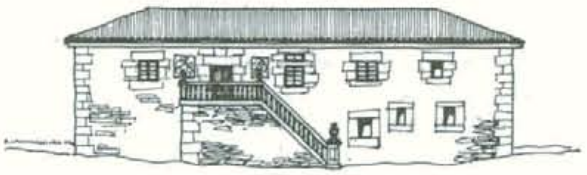
En Tuy, las «pousa», quintas de los canónigos, están igualmente rodeadas de antiguos huertos.

No hay apenas parroquia sin alguno o algunos «pazos». *Tierra de Lemos,* centro de un antiguo linaje, pródigo en magníficas construcciones como la de *Cartelos,* notable por sus bosques de añosos robles, una de las frondas más profundas y antiguas del país, al decir de Otero Pedrayo. Estas costas, estas rías, fueron cuna de escritores famosos, Valle-Inclán entre ellos, del que Cunqueiro dice nació en Villanueva de Arosa, y Barbeito que fue nativo de esta ría.

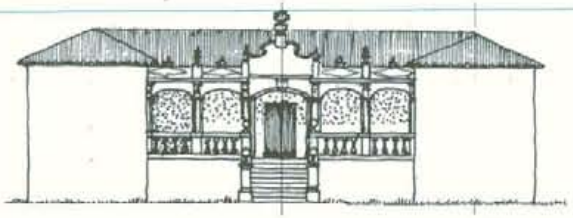
Más arriba de Mongadanes, en tierras que fueron feudo del famoso conde de Gondomar, don Diego Sarmiento de Acuña, se encuentra el «pazo» del Conde, emplazado sobre una colina en las afueras del poblado.

Desde el camino sólo se ve un bosque, denso, apretado y oscuro, de difícil acceso; castaños enormes, tilos, plátanos, todos selváticos, enmarcan el camino bordeado de rosales.

Se nos aparece al fin una edificación palaciega, magnífica, de piedra gris, y su escudo sobre el balcón central. Todo aquel esplendor, como abandonado. Se respira una profunda melancolía. El «pazo» gallego no se parece en nada a las casonas montañesas de Santander ni a las del País Vasco-Navarro.



Pazo de Malpica



Pazo El Aballe

Pazo El Pegullal

El «pazo» está más aislado que las casas norteñas de otras regiones cantábricas o pirenaicas, de Navarra, Aragón y Cataluña, posiblemente debido a la naturaleza del país, más bravía aquí, de sus paisajes peculiares y del aislamiento, a falta, desde tiempo inmemorial, de caminos, carreteras y ferrocarriles.

Hemos intentado fijar una posible tipología de los pazos, siguiendo el mismo camino de las de otras regiones estudiadas en este ensayo.

Redondela y su península de Morrazo, zona privilegiada, a la que se dedica el segundo volumen del «Inventario» de los pazos, antes mencionado, se hallan emplazados en lo alto, sobre la ría de Vigo, distantes del mar una serie de notables pazos, en los municipios de Marín, Cangas, Moaña y Vilaboa, entre los que mencionaremos los siguientes:

Torre Cedeira, en la parroquia de San Andrés de Cedeira, con espléndido parque. El inventario lo describe así: «es una verdadera orgía de verdes, con el contrapunto purpúreo de las flores del rododendro, árbol de las regiones montañosas del hemisferio boreal».

Su parque, trazado por un arquitecto francés, con magníficos robles y ejemplares de especies importadas.

Construido en el siglo XVIII, en el XIX le fue añadida el ala de poniente. Está considerada como una de las mejores residencias señoriales de Galicia.

Pazo Abacial de Hio. Ya existía en 1677, construido todo él de piedra, rodeado de fincas bastante grandes, con viñas y frutales.

El Sistro, construido en el siglo XVIII, sobre inmejorable emplazamiento, destinado desde tiempo inmemorial a sus cultivos agrícolas, como lo demuestra su magnífico hórreo de catorce pilares.

La Retirosa, situado en Coiro, sobre hermosa finca con ejemplares centenarios de especies arbóreas nobles.

(Véase «Catálogo des castros galegos», de F. López Cuevillas, en Nos, y «La arquitectura del pazo en Vigo y su comarca» de Ana María Pereira Molares [C.O.A.G.], 1979, magnífico estudio).

LAS PALLOZAS

Al llegar al puerto de Piedrafita, cabeza del concejo, aparecen esas extrañas construcciones conocidas por «pallozas»; son la casa céltica cubierta de paja. Por fuera han perdido la forma rigurosamente circular. Sus cubiertas las hacen de paja de centeno, ligado por unas varillas flexibles que son de «buz», o de «suz», especie de retama formada por algo semejante a un plumaje por donde el agua resbala.

Palloza, Los Ancares (Lugo)

Hay grandes «pallozas», incluso de dos pisos, uno para el fuego, el hogar, la familia y ganado; otro para los trebejos y los frutos, sustituyendo en estos casos al granero y al hórreo.

La descripción de Bello reza así: «Al entrar se notan, aparte de la sensación de oscuridad, y la molestia del humo, que no tiene salida y la busca por donde puedan, estas "pallozas" respirar, como los pájaros, por las plumas, con lo cual todo se oscurece y ennegrece, aparte del hacinamiento y promiscuidad, digo que se advierte una fuerte trabazón familiar, una verdadera unidad. Y otra cosa, sensación de mar, como si estuviéramos a bordo de un pesquero que pesca borona, centeno, maíz, patatas, nabos..., que tiene horno para hacerse el pan». Aquí se fabrica el rico queso de El Cebrero. Las «pallozas» responden al clima duro, invernal y al género de lucha por la Naturaleza, y revelan una inventiva de la raza».

Cada «palloza» sirve de abrigo, está incluso preparada para el invierno, con su cuarto, su «evia», su hórreo y el carro debajo del «grande».

«Cada "palloza" sirvió para satisfacer todas las necesidades familiares. Estos antiguos señoríos gallegos tienen pocos hombres y mucha caza, Cervantes era del conde de Grajal. Navia de Suarma, del conde de Altamira. El Cebrero, del monasterio de San Benito de Valladolid».

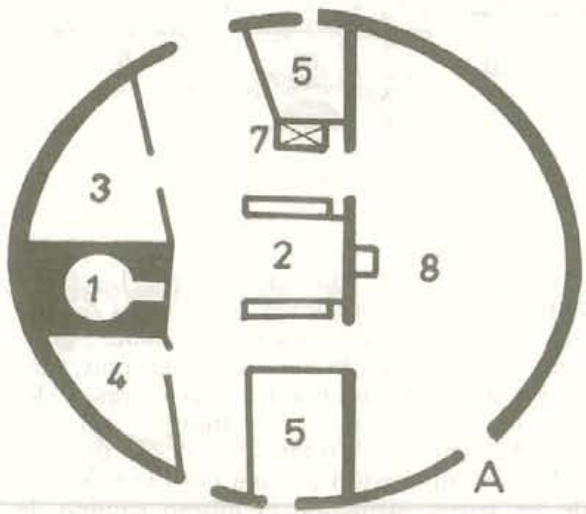
Piedrafita aparece tan verde como cuando era aldea de El Cebrero. Verde, para Bello, quiere decir aquí primitivo, sin desgaste ni pulimento. Su vida es tan antigua como la de todo el concejo que vive en «pallozas».

Nogales también, sobre la ruta de Castilla, tenía parada de postas, es un pueblo cabeza de concejo, que goza de bellísima posición, entre el camino y el curso del Navia. Paisaje de romance medieval, con la Torre de Lemos al fondo, al que antes nos hemos referido.

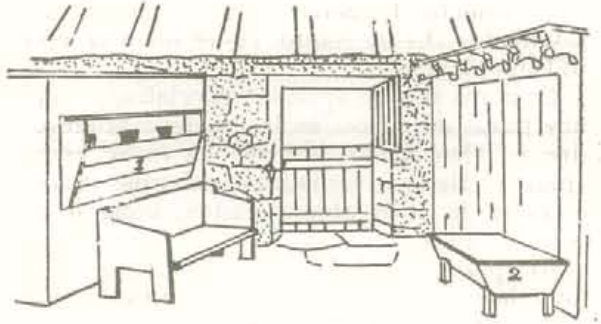
Borrow, al que le pareció lugar en extremo pintoresco, lo pinta así: «Montes escarpados, cubiertos de frondosos castañares, lo rodean por todos lados. La aldea misma estaba casi cobijada por los árboles; pegado a ella corría un murmurante arroyuelo. Encontramos una posada regularmente espaciosa y cómoda».

Las chozas de techumbre de bálago, de Borrow eran sin duda las «pallozas», que ahora sólo asoman en Piedrafita y Doncos. El acento melodioso del dialecto del Pais es el mismo que escuchó Borrow.

Doncos, sobre un montecito, es el más bello lugar de la comarca. Sus casas de nobles fueron las de Villarín y Lemos, y sobre sus ruinas, de las que fueron señoriales casonas, se levantan hoy las «pallozas».



Planta de Palloza (según Crespí)



Interior de palloza, Piornedo. Sierra de Ancares (según Crespí)

La Citania del Monte Sagrado de Santa Tecla está hoy dispersa. Toda una ladera del monte, mirando al maravilloso paisaje del Miño, río arriba, está cubierta de unas singulares construcciones de piedra, cuyas paredes forman círculo, u óvalo, si son dos círculos, a veces tres, el más pequeño que sirve de vestíbulo, cortado por el más grande, que era la habitación. Viviendas de cuatro o cinco metros de diámetro. El tipo puro, según Bello, de la casa celta, dentro del castro o recinto amurallado que acaso existió antes de la invasión céltica y que fue habitado después por los invasores romanos.

En las «pallozas» de estos lugares está la clave de la construcción de Santa Tecla. El mástil que sostiene la techumbre de paja de esas «pallozas» se llama allí «esteo». Los radios, «cangos». Las tablas, «estebas». El techado, «colmado». Hasta los utensilios fijos, las piedra agujereadas, revelan el primitivo destino. Están allí la piedra basa y la piedra «lareira». «Viaje por los montes y chimeneas de Galicia» (Caza y cocina gallegas), de dos ilustres de las letras gallegas, don José María Castroviejo, y don Alvaro Cunqueiro, es libro ameno que es preciso leer. Cunqueiro nos tienta describiendo cómo se guisan y deleitan las aves cazadas por su amigo.

ALBARIZAS

Del agro gallego, construcción popular, la más modesta es la conocida por «albariza»,

destinada a proteger las colmenas en aquellos lugares, como la comarca de Lalín, en que éstas suelen situarse, lejos del caserío, en medio del monte. Una «albariza» consiste en una parcela de terreno, generalmente inclinada y orientada a saliente, cerrada por un muro de piedra de unos tres metros de altura, con una puerta para poder entrar. Su planta, y la de su muro de cerramiento, suele ser redonda u ovalada, para defender las colmenas del viento y de las alimañas, y del oso goloso asturiano que gusta de la miel, que pasa y repasa, en las alturas de los Ancares, límites, con Asturias y León.

CANTEIROS

La obra de los canteros gallegos, que constituye una verdadera artesanía, y es considerada como el auténtico arte de Galicia, localizada en áreas pequeñas de la provincia de Pontevedra, las tierras más pobres de la misma que pertenecieron a la antigua provincia de Santiago y estuvieron, tierras y hombres, más o menos unidos, dependiendo jurídicamente de la mitra compostelana.

La ciudad jacobea y la catedral fue el modelo para las iglesias conventuales, prioratos y feligresías de ellos dependientes. En Lama y Pontevedra los hombres tuvieron el oficio de la cantería. Tierras éstas, la mayoría, altas y ásperas, que guardan las sierras de Candan, Seixo, Suido, Montes de Testeiro, Malpelo, Montorito, el Faro de Avión, y el Miño, que hermana con los pedreiros de la otra orilla.

Desde los petroglifos, que en parte alguna de Galicia y España se encuentran, en las márgenes del Lerez, desde Cercedo a Pontevedra, pasando por los puentes romanos, con la cristianización de este arte llega a su plena realización, principalmente en el románico y barroco, y en los «cruceiros» antes estudiados.

La catedral compostelana, modelo románico supremo, verdadera escuela de cantería, que con carácter permanente y gran disfrute de privilegios existió en la misma a cargo de los mejores maestros de Galicia, Portugal, España y otros países.

El gótico no llegó a calar en el espíritu de los canteros gallegos. El barroco constituyó el período de su máxima expresión popular y artística, donde el alma y la tierra gallega fueron trasladados a la piedra.

La piedra y el trabajo de la piedra forman parte del alma gallega.

> «No te cases, miña nena
> con pedreiro que ben canta».

Latín de los pedreiros es el léxico gremial de los antiguos artesanos, recogido por varios estudiosos; todavía lo emplean los actuales pedreros.

Se trata de un lenguaje gremial que recibió aportaciones del vascuence, debido a que grupos de éstos, de Trasmiera, los «viscaiños», trabajaron en la reconstrucción de los castillos derribados por los «Irmandiños», y en el levantamiento de los templos y «pazos». La presencia y concentración de los pedreiros en la provincia de Pontevedra es debida a ser en ella donde se encuentra la piedra por todas partes, para ser utilizada de una u otra forma en la arquitectura no sólo de los monumentos, civiles o religiosos, sino incluso en las viviendas, aun en las más modestas, de la arquitectura popular, construidas por los mismos campesinos, sean aisladas en el campo o en los montes, sea agrupadas en las aldeas o parroquias.

En la Edad Media aparecen las viviendas protegidas sus fachadas con voladizos de piedra de sillería.

En las zonas de la España lluviosa, como en Galicia y el resto del norte de la Península, el granito hace a las edificaciones más resistentes, bien conservadas hasta hoy.

Las frecuentes lluvias obligaron a protegerse bajo portalones en las plantas bajas de las edificaciones aisladas, tanto como a lo largo de las calles de los pueblos y ciudades, los que procuran un gran carácter a las ciudades gallegas, donde las lluvias son tan frecuentes, y permiten circular por las ciudades sin mojarse. Estos soportales se cierran con uno o dos arcos de medio punto, apoyados sobre gruesos pilares labrados; muchos de estos despiezos los vemos repetidos, seguramente por el mismo maestro pedrero.

Los hórreos y los pazos se construyen en su totalidad de granito. Las casas pueblerinas, las más pobres, se limitan, a utilizar la piedra en sillares labrados sólo en su portalón, esquinas y zócalos, construyendo el resto de sus muros de mamposterías, más o menos cuidadas y trabadas.

Las canteras de granito de Poyo, en la provincia de Pontevedra, son posiblemente las más famosas de Galicia. El granito gallego se emplea en toda España, en las obras de más importancia, por su riqueza, colorido y su belleza una vez pulimentado.

El más notable, sin duda, de nuestros arquitectos contemporáneos, don Antonio Palacios (1945), ilustre gallego, fue el introductor, en todas las edificaciones importantes, del granito gallego, al emplearlo y ponerlo en valor, en sus ricas obras, de todos conocidas, en Madrid, Vigo y Porriño, donde había nacido. Fue, como pocos, un profesional apasionado y ejemplar.

El trabajo de estos magníficos artesanos requiere especiales condiciones físicas. Labrar y desbastar, de un solo bloque, en talla directa, esos complicados y artísticos «cruceiros» exige gran trabajo y singular maestría. Su arte y oficio fue muy estimado en otros países, más prósperos que el nuestro, a finales del pasado siglo, y allí fueron estos canteros gallegos. Europa, e incluso América, estimaron sus dotes, constituyendo una parte de nuestra emigración, controlada y dirigida hoy por el Estado.

La «jerga» de los canteros, bien curiosa por cierto, ha sido recopilada por eruditos regionales y publicada, con las de otros oficios gallegos característicos, como el de los afiladores, o «Barolleta», de los albañiles y de los tejeros.

Sus vocabularios han sido publicados por la Sociedad Arqueológica de Pontevedra, en una investigación ya iniciada en 1896, ordenada posteriormente por Alfredo García Alán.

Las parroquias de Pontevedra, Carballedo, Codesa, Folgoso, Gave, Marcón y Sabucedo... son en las que se encuentran más canteros. De estos particulares modos de hablar y entenderse los de un mismo oficio en Gali-

cia existen también en otros lugares de nuestra península; en Segovia es curiosa la «jerga» de los trilleros; en Quintanar, la de los arrieros; en Murcia, el de los «panochos». No nos hemos referido a otro material que la geología, desde tiempo inmemorial, ha procurado Galicia a sus constructores, y es la pizarra hojosa, de variados grises, brillante bajo la lluvia, que se encuentra en las tierras altas de la Galicia oriental, de Lugo a Orense, lindando con León, la «segundeira». Su fácil separación en hojas supone una historia de largos períodos de sedimentación. Los ríos rajan, hienden, en la pizarra de valles estrechos. Sobre las gándaras de Budiño un enorme penado (peñasco) es el monte llamado «Faro de Budiños», que domina a Porriño, antes mencionado.

El Sil discurre entre inmensos conglomerados de pizarra, que se la ve aflorar en la tierra vegetal. Sus lamiñas sirven de cerramiento a las huertas y viñas, y cubren las casas labriegas y templos, en trozos finamente labrados y perfilados. A las gentes del país les parece la pizarra que cubre sus aldeas y caseríos triste y arcaica, no saben que el Palacio de Oriente se cubrió, en sus primeros tiempos, de losas de pizarras de los términos de Lindia y Sasdonigas; y que también de estas pizarras se construyeron las murallas romanas de Lugo, tan perfectamente conservadas. De pizarra más apretada, y piedra apizarrada, son muchos de los bellos edificios del seminario de Mondoñedo.

Las llamadas gándaras son comarcas extensas y llanas, como la «Terra Chá» de Lugo.

La pizarra se tiende en las eras y en grandes losas las vemos en las rúas compostelanas.

«Sentada al abrigo de unas piedras célticas doradas por líquenes milenarios hilaba una pastora» escribe Valle-Inclán en «Flor de santidad».

■ ■ ■

Arquitectura regional asturiana

Palacio del Marqués de San Esteban del Mar

Al terminar las páginas del anterior capítulo dedicadas a Galicia, e iniciar éste, en el que nos ocuparemos de los mismos temas refiriéndonos a Asturias, pensamos que estas dos regiones cantábricas vecinas, presentan características semejantes y condicionamientos afines, no sólo por su posición geográfica, sino también por su relieve, su clima, su vegetación, sus cultivos y hasta sus costumbres, aunque no tanto por su historia, la del Principado es muy distinta a la de Galicia.

La influencia del medio físico es evidente y una vez más, en este caso, la comprobamos.

Pero la historia, la de cada región, no es nuestro propósito traer a estas páginas, ya que no somos historiadores, por lo que aparecerán tan sólo breves referencias, como apoyaturas a nuestro principal interés, centrado en las arquitecturas regionales, vinculadas a lo que hoy se conoce por paisajes agrarios, obras del hombre, del labriego, del agricultor, que modifican la fisonomía natural, para obtener unos productos para su sus-

tento, con regularidad y en cantidad, a través de una lenta evolución. Lo que hicieron, a través de los tiempos, los aborígenes de una y otra de estas regiones fue, poco más o menos, lo mismo, y en el mismo tiempo.

No olvidemos que en el más remoto pasado, a los pobladores de Galicia y Asturias no les era tan fácil como hoy desplazarse de un lado para otro, y su mayor obstáculo y dificultad para ello, para encontrarse, residía en sus fronteras naturales, que siguen siendo las mismas hoy día, y que para ellos algunas de ellas serían infranqueables, y que también estos mismos primeros pobladores comenzarían siendo pocos, nómadas, pacíficos.

Galicia limita al sur con la desembocadura del río Miño, ante Tuy; desde aquí verían las tierras que hoy conocemos por Portugal. Al este se encontrarían con la ría de Ribadeo, frente a lo que hoy se conoce por Castropol, tierras habitadas por otros aborígenes, los astures. Sus pasajes agrarios serían ya entonces parecidos, y sus ocupaciones primarias, de unos y otros, las mismas, buscar el sustento.

La ganadería es una de las ocupaciones más antiguas de los astures de hoy y posiblemente de sus remotos aborígenes, después del cultivo de las tierras, o del descubrimiento en ellas de raíces alimenticias, el más elemental de sus alimentos, antes que la caza o la pesca.

El «vaqueiro» es uno de sus tipos más representativo. Vaqueiro de alzada se denominaron, y denominan, desde tiempo inmemorial, a aquellos que habitan pintorescas brañas, alejadas, en los montes y cuidan de los ganados en lugares de difícil acceso.

Sobre estos vaqueiros de alzada, los llamados brañegos, por habitar las brañas, que también existían en Galicia, el gran Jovellanos escribía en 1790: «Es menester confesar que si hay pueblo libre sobre la tierra lo es éste sin duda no porque no esté como los demás sujeto a las leyes generales del país, sino porque su pobreza le exime de las civiles, y su inocencia de las criminales».

«Cultiva sólo para existir, y trabaja sólo con el mismo fin. Vive en cierta especie de sociedad separada, sin ver a nadie molesto ni gravoso».

Bernardo Acevedo y Huelves (1849-1920) estudia, en su obra más conocida, *«Los vaqueiros de alzada»*, cuanto con éstos se relaciona, sus costumbres y sus posibles orígenes. El mismo autor escribe:

Loanza del Bable.
Gustesme porque yes probe
tan provina como vieya
fabla dulce de mio Astures
encanto de la mio tierra.
Gustesme porque, humildica.
como la humilde violeta.
que non piensa ser carbayu.
nin pino, nin clavelera.
vives como fai mil años
escondida nos aldeas.
sin apetecer des gales
ni codiciar la riqueza
de tu fiu 'l castellanu
que t'esnarnez y disprecia.

Las *brañas*, que ya vimos en Galicia, no es el caserío, no es la aldea, la vida allí es más inhóspita, más dura.

Los vaqueiros de todas las regiones montañesas son trashumantes que viven en su elemental braña durante la temporada invernal, y suben luego, mediado mayo, a Santa María del Puerto, por ejemplo, para pasar el verano, siempre en busca de pastos frescos y jugosos, que son los que gusta el ganado.

Este traslado se hace de toda la familia, en las típicas carretas, que bien poco habrán cambiado, enseres incluidos y niños. Les acompañará el perro que cuidará de las reses en las praderas.

La literatura atribuye a estas gentes orígenes poco confirmados, suponiendo descienden de astures primitivos, rebeldes a Roma, a la ocupación por ésta de nuestra Península, a cuyo yugo no habían querido someterse. En Galicia los suponen descendientes de antiguos celtas.

Otros astures dedicados a la minería, que en Asturias es su mayor riqueza, son los habitantes de los concejos en que las minas se encuentran emplazadas, como Riosa, La Viana, Cangas de Narcea, Langreo, Mieres, Tineo, Turón o Carbayín. Estos son otros, muy distintos, de los que se ocupan de la agricultura y de la ganadería. Los mineros viven a pie de mina, en los pueblos que allí surgieron cuando éstas fueron descubiertas y comenzó su explotación.

Las cuencas mineras son distintas a los valles agrícolas y ganaderos, donde las poblaciones, pueblos y aldeas, o caseríos aislados, están agrupados en concejos y parroquias, de un modo semejante a Galicia. Las viviendas de los mineros agrupadas en bloques de casas, construidos por las empresas, carecen de interés a nuestro ensayo. La impresión de los barrios de estos trabajadores suele ser deprimente, oscurecidas por los humos de las fábricas próximas.

El hombre aquí, en Asturias, como en otras regiones cantábricas, es principalmente labrador, pastor, minero, marinero, obrero industrial, y también muchos otros terminan, o empiezan, en emigrantes, ofreciendo el esfuerzo de sus fuertes brazos a otros países más prósperos y prometedores.

Monumentos megalíticos y pinturas rupestres, vestigios de hombres primitivos, aborígenes lejanos de los astures de hoy, incluso sus «cuevas» o refugios, muy anteriores a la casa, se encuentran aquí lo mismo que vimos en Galicia.

Existen dólmenes en distintos lugares, y ruinas de poblados antiquísimos, como el «Castro de Coaña», y cuevas con pinturas rupestres como la de San Román de Cándamo, estudiadas todas éstas por Eduardo Hernández Pacheco, que dirigió, el siglo pasado, las excavaciones de los yacimientos prehistóricos, como la caverna de la Paloma en el concejo de Las Regueras. En su obra «La vida de nuestros antepasados paleolíticos» da cuenta de sus descubrimientos, que salen de nuestro marco, y de nuestros conocimientos.

Aquellas civilizaciones de los hombres de las cavernas fueron sorprendidos por otros hombres, de una raza distinta, que ya conocían los metales, a juzgar por las armas encontradas. En las mismas cavernas se superponen los restos, de distintas épocas, o edades, que vemos hoy en los museos arqueológicos provinciales, o en el Nacional de Madrid.

El arte rupestre asturiano cuenta con di-

versas cuevas de interés, además de la ya mencionada, entre ellas la de Buxú, en la región de Covadonga; la de Pindal, en el término de Llanes, próxima a Pimiango, a orillas del Cantábrico, y la de Ramú, en Ardines (Ribadesella).

El ídolo de la Peña Tu pintado allí, conocido en la comarca de Llanes con el nombre de Cabeza del Gentil, corresponde a la «Edad del Cobre», que, según dicen, es la primera pintura rupestre al aire libre que se conoce en la región cántabro-asturiana.

Los celtas, posteriores invasores, nos han dejado vestigios de los primeros asentamientos o poblados, conocidos aquí, como en Galicia, por «castros».

Tras ocupar los romanos, como es sabido, gran parte de la Península Ibérica, sus legiones aparecieron también en Asturias, donde los bravos astures les presentaron tenaz resistencia, sin duda favorecidos por su agreste geografía, sus altas montañas y valles. Diez años de lucha duró la difícil conquista.

Lo que los astures aprendieron de los romanos, mucho más adelantados, ciudadanos de aquel gran Imperio, fue mucho, ya que llegaban del centro de la civilización del mundo occidental.

Entre otras cosas, figuran la organización de sus municipios, la construcción de acueductos y puentes, edificios y calzadas, que ellos dejaron aquí y aún subsisten, y también el latín vulgar del que procede sin duda el bable que hoy reivindican, como los gallegos el galego, los vascos el vascuence, y los catalanes el catalán.

El bable, encantador dialecto, *fala* deliciosa, dulce y armónica, con el que se puede expresar todo, tanto los elevados sentimientos como las más profundas emociones, como lo hicieron sus poetas y literatos, de todos los tiempos, que cultivaron tanto el bable como el castellano.

No es éste el lugar de enumerar todos sus grandes hombres, que fueron muchos y muy destacados, tanto políticos como literatos y hombres de ciencia.

A Asturias se puede llegar de Castilla desde su meseta a través de León y sus puertos de montaña, o desde Galicia o Santander, sus provincias limítrofes. El Cantábrico se extiende en todo su extenso litoral. Al entrar por uno u otro lado, por tratarse de regiones muy semejantes, no advertimos grandes contrastes en el paisaje, pero no ocurre lo mismo con sus construcciones populares. La Cordillera Cantábrica es el gran obstáculo. De Finisterre a Santander los caseríos van evolucionando, los del oeste asturiano se parecen a los de Galicia, y los del este, a los de Santander; éstos siempre con un carácter como de más solidez.

Al sur de Asturias las grandes montañas la separan de modo decidido con Castilla, y sus caseríos en León tienen un carácter totalmente distinto. La divisoria entre la vertiente cantábrica y el valle del Duero son regiones de fisonomías completamente distintas. Desde el puerto de Pajares, que tantas veces lo hemos pasado en todo tiempo, incluso no pudiendo pasar ni aun con cadenas, qué perspectiva, qué inmenso panorama, bajando hacia Oviedo. A medida que perdemos altura los valles se ensanchan hasta que sus campos ya son casi llanos, propicios a diversos cultivos.

Por estos valles que nacen en las más altas crestas corren los ríos asturianos, todos de corto recorrido, pero cada uno con su propia personalidad y fisonomía.

El litoral asturiano es muy abrupto, comienza en la costa baja y arenosa del estuario de Ribadesella, sobre la desembocadura del río Sella. La ría de Villaviciosa, tan varia como articulada, penetra profundamente en tierra.

A partir de Gijón la costa permanece alta y rocosa. La amplia, profunda y tranquila ría de Avilés, situada la ciudad a siete kilómetros del mar, conserva bellos monumentos y casas señoriales. Avilés anuncia San Esteban de Pravía y Muros, donde desemboca el Nalón, el más caudaloso de los ríos asturianos. De nuevo la costa se hace abrupta abrigando el puerto de Luarca. Asturias es una región bellísima. Las paisajistas rías anuncian los verdes valles del interior, sin tránsito, sin solución de continuidad con las costas gallegas.

Se suceden los lugares pintorescos de interés, como La Isla, Lastres, Villaviciosa, con puerto, ría y casas señoriales. Gijón, con su puerto de El Musel, el más importante del norte de España. Candas, pequeña villa de pescadores. Luanco, palacios y casonas. Salinas, la mayor de las playas asturianas, de arenas finas y doradas, rodeada de pinos. Luarca, una de las ciudades más hermosas, al borde mismo del mar, con puerto pesquero, en la desembocadura del río Negro. Navia, Casariego y Castropol, dominando la desembocadura del río Eo.

En Asturias, como en Santander, las montañas se alzan más cerca de las costas, creando en medio, entre mar y montaña, una estrecha plataforma de sólo unos veinte kilómetros de anchura.

Mar y montaña son fronteras naturales de esta faja costera azul y verde, con sus playas tranquilas, ante un mar con frecuencia agitado. Tras la conocida por cornisa cantábrica discurre la alta cordillera hasta alcanzar respetables alturas como las de los Picos de Europa.

Los rápidos ríos cántabros, con algunas claras, bajan al mar por sus cauces pedregosos, en rápidas cascadas. El Sella recorre preciosos parajes.

El clima en todo este litoral, con temperaturas medias, sin inviernos ni veranos rigurosos, sin fuertes contrastes, es agradable.

Los vientos marinos, que se hacen sentir en todas las costas, son húmedos y traen la lluvia, con frecuencia insistente, y a ésta se deben los paisajes siempre verdes y los frondosos montes de castaños, robles, hayas y eucaliptus.

Los ríos Navia y Eo con los Cares, Sella y Narcea forman la cuenca salmonera más rica de Europa.

El hórreo asturiano

El arquitecto ovetense, nuestro amigo, Juan Vallaure y Fernández-Peña, amante de su región, apoyado en Columela, Vitrubio y Jovellanos trazo el esquema que acompañamos que lo describe así:

El origen del hórreo que en tiempos pasados se consideró privativo de la región asturiana, donde se le llamo *horrios, horros* y *horrus,* hoy se sabe es conocido en otras

regiones con los nombres de *el garais, el garaixes, el canastro, el garaya, el espiguero, el palleiro* ... y los encontramos abundantemente en Galicia y menos frecuentemente en las Vascongadas, Portugal, Navarra, Palencia y León, con variantes diversas, consecuencias de los materiales que se encuentran en el lugar, característica esencial del hórreo es estar al aire libre y ser independiente de la casa. Los «Gramaría Sublima» de Varron, en los que se guardaba el trigo, y a los que no llegaba la humedad, eran de la familia del hórreo.

Pero se sabe con certeza de su origen y fecha a que se remontan. Su nombre, dice Jovellanos, es de origen latino y de la raíz «horreum» (granero), y lo son también los de muchos de sus partes, por ejemplo, *pegoyo,* de *pegulius* o *pediculus;* los *liños,* de *lignum; colondra,* de *columna.*

Su construcción como graneros levantados del suelo no es privativa, como hemos antes indicado, de la provincia asturiana.

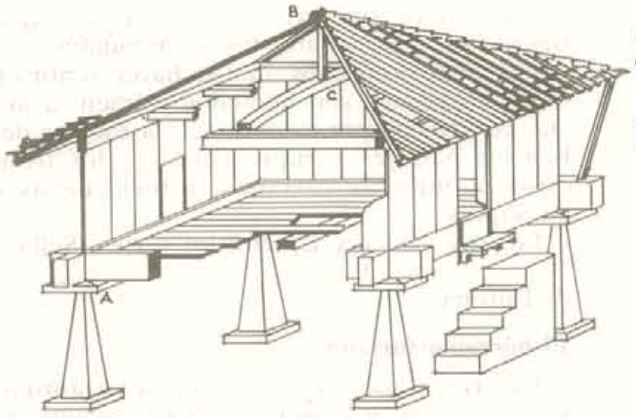
Se dice es una construcción sin igual en Europa.

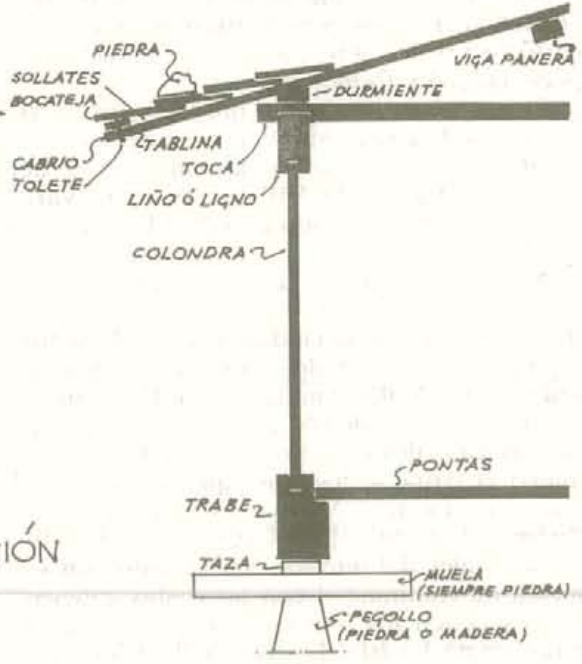
El autor debe de hacer aquí un inciso, al que acompañamos dos ilustraciones, al descubrir, cuando esto escribo, en un pequeño librito de mi biblioteca, titulado «Alpine-Houses», editado por Penguin Verlag-Insbruck-Tirol, en 1963, traducido al inglés en su tercera edición en 1969, en el que se estudian las casas populares de los Alpes, de habla germánica, y ver que en dicha comarca existen hórreos muy semejantes a los asturianos o gallegos, con la misma función agrícola, con la particularidad que los *pegollos* (pies del hórreo) son aquí de madera en lugar de piedra, utilizándose ésta en la *muela.* Los grabados dan perfecta idea de la total semejanza con nuestros hórreos.

El origen de las palabras que lo definen y de los nombres de sus partes son latinos, como antes hemos indicado:

Hórreo (horreum), pegollo (pegulus), Liño (lignum), muela (mola), trabes (trabes), tenavia (renovi).

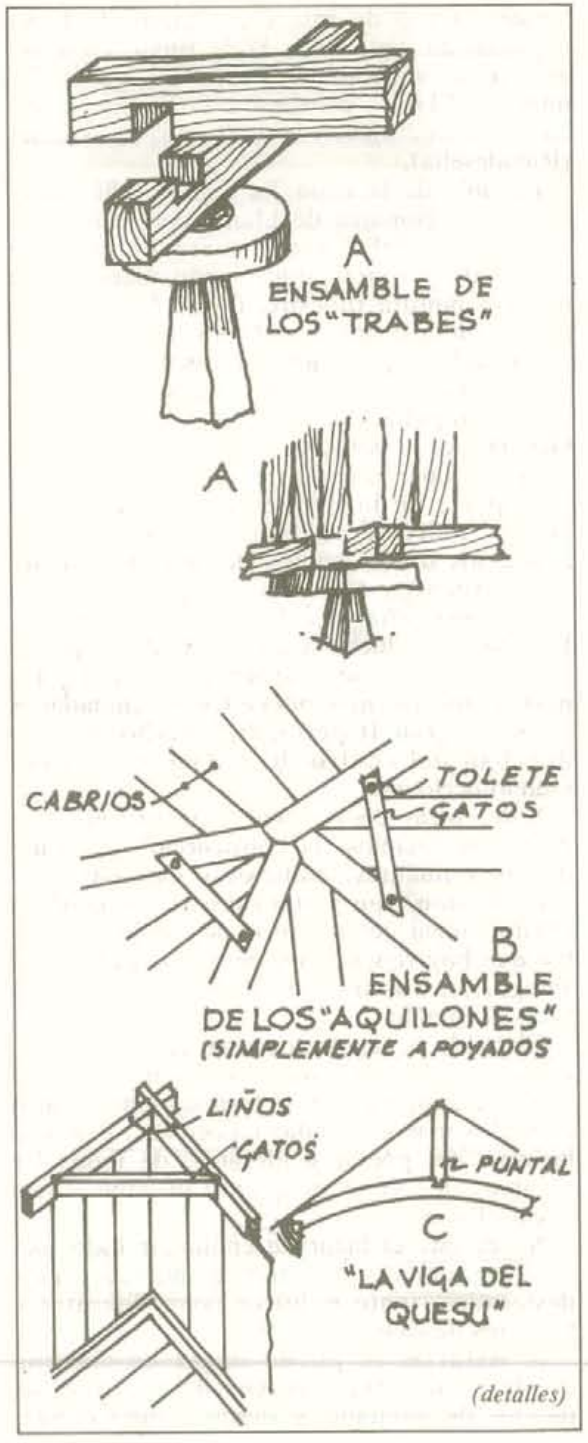
En la historia medieval asturiana se encuentran documentos en que a ellos se refieren.





SECCIÓN

Hórreo asturiano (dib. Juan Vallaure)



(detalles)

En escritura de 7 de agosto de 1003, se hace referencia de la donación al Monasterio de San Vicente de Oviedo de un solar:

«per terminur ecclesia Sancti Tirsi, cum kasa et órreo et orto».

En otro documento de 1192 se venden unas casas a la Iglesia de la Corte: «cum suo carrale, et suas figares et uno orreo et suo exida».

En el «Códice de las Cantigas» hay una miniatura en la que aparecen dos hórreos semejantes a los actuales.

El hórreo asturiano descansa sobre cuatro o seis, según sea hórreo o panera, pinales a los que se llaman *pegoyos,* que se apoyan sobre los *pilpayos,* piedras cuadradas, grandes, para preservar de la humedad de la tierra a estos *pegoyos* que a veces son de madera. De ser de piedra los *pilpayos* harían el papel de cimentación y repartirían las cargas sobre el terreno.

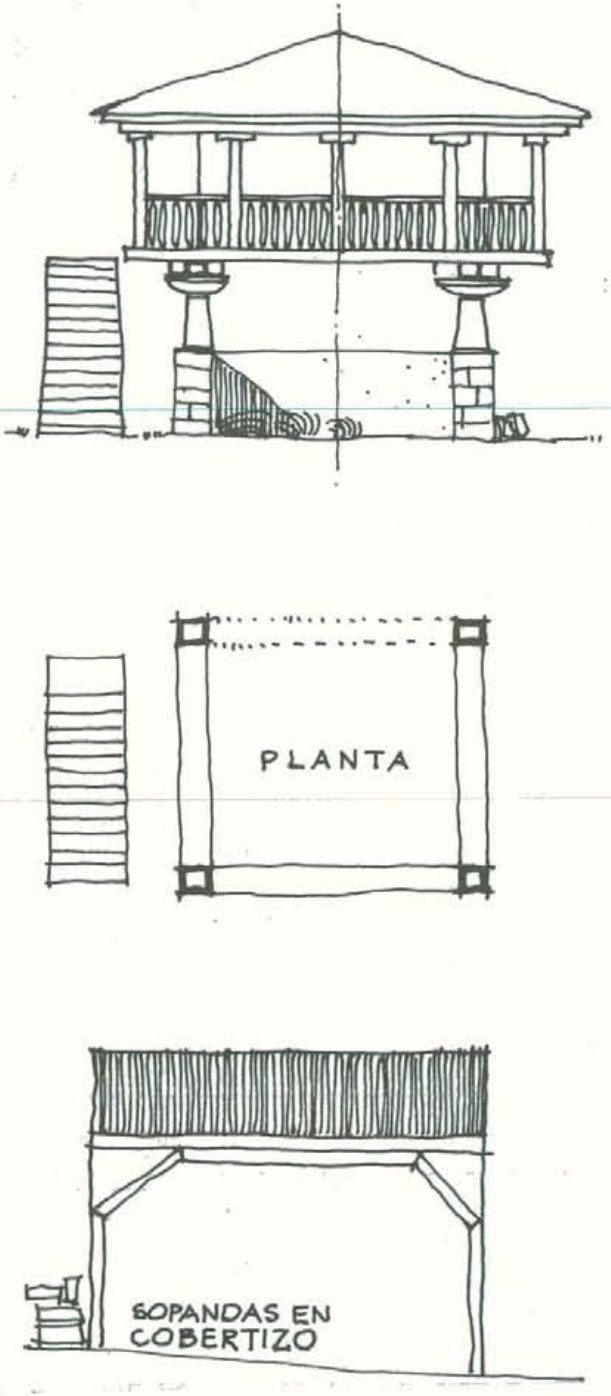
Sobre el *pegoyo* se dispone una piedra cuadrada, o redonda, véase el esquema constructivo, que sobresale bastante por los lados del apoyo o columna que ya dijimos se conoce por *muela,* quizá por su parecido a las piedras de los molinos. La misión de la muela es imposibilitar la subida de los roedores.

Encima de estos cuatro o seis apoyos descansa el granero de madera, cuya base está formada de cuatro fuertes vigas, las *traves* o escalones, unidas por medio de ensambladuras.

Los extremos de las vigas sobresalen medio metro o más, formando una galería alrededor del hórreo.

En algunos hórreos la galería o corredor se encuentran protegidos por el mandil, revestimiento de gruesas tablas por el exterior, para proteger el hórreo de la lluvia lateral.

Sobre las vigas se levantan las cuatro paredes o *colondras* formadas de tablones colocados verticalmente. Encima de las colondras se disponen otras vigas de menor sección que las *traves,* llamadas *liños,* que soportan el tejado, a cuatro aguas, cuando es de planta cuadrada, soportado por cuatro maderos inclinados que se apoyan en las esquinas, con lo que se consigue la pendiente deseada, que no es mucha, ya que suelen cubrirse de teja.



Hórreo asturiano

En el vertice del tejado se coloca otra piedra de forma prismatica a la que se llama «montera l'orro».

En algunos lugares en vez de teja se emplea la cubierta de paja.

En las zonas lindando con Galicia se utiliza como material de cubierta la pizarra negra.

En los hórreos más antiguos la cubierta es también de madera.

Toda la construcción se hace ensamblada lo que facilita su desarme y su transporte en las carretas de los caseros trashumantes. El acceso al hórreo, es decir, a su galería, se hace por una escalera de piedra conocida por *subiera* o *pasera,* que no llega a la altura de la galería, evitando también el acceso de los roedores.

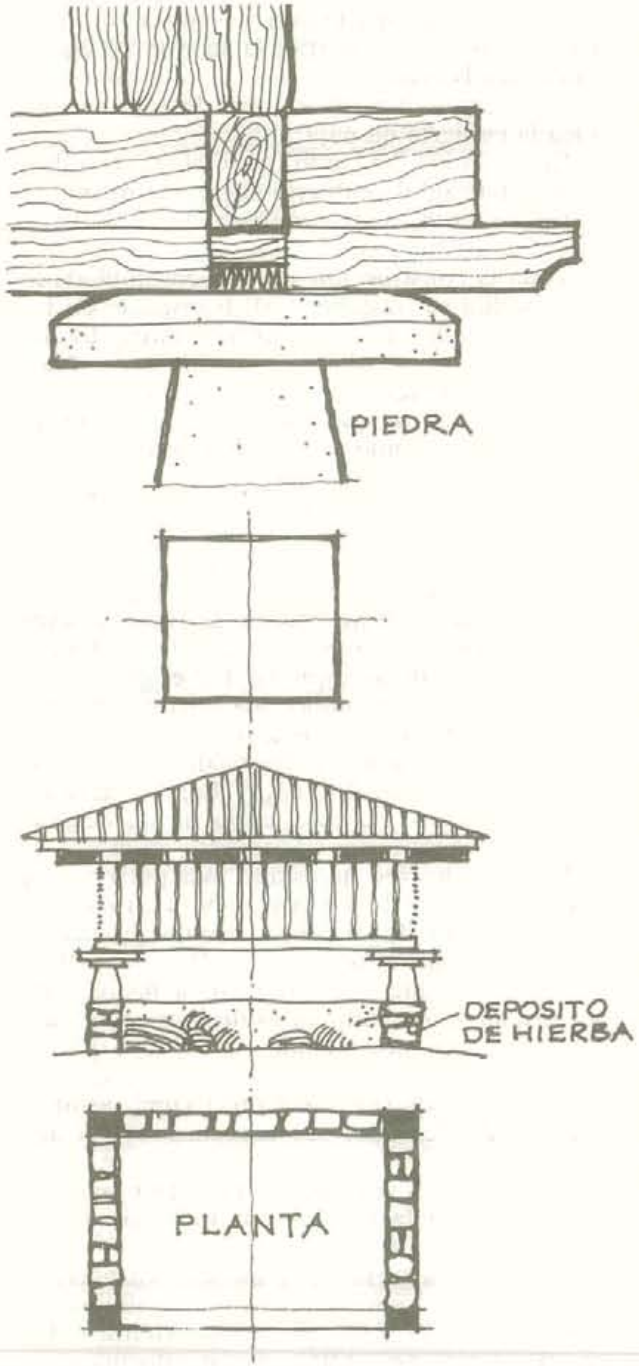
Por la puerta que abre a la galería, coincidiendo con la escalera exterior, de piedra, se accede a la *tenovia, tarambela,* o *talambera,* es decir al interior del granero propiamente dicho. Frente a esta puerta se dispone otra más pequeña, portuca, para poder establecer una corriente de aire que ventile el grano.

Cuando llega el otoño, los hórreos presentan un típico y vistoso aspecto, ya que su superficie la vemos recubierta de doradas *panoyas* colgadas de los *liños,* bajo el tejado, secándose al sol y al aire, antes de ser desgranadas y recogidas definitivamente en él.

Nunca el hórreo ha estado más presente en las inquietudes de los asturianos para salvar algo tan suyo de su tierra, escribe Francisco del Brío en un artículo en «ABC», en 1973, construcción que se pierde en la historia de los primeros agricultores asturianos, aún trashumanes, que necesitaban de cobijos que, a la vez de poder transportarlos en sus carretas, fueran robustos contra el duro clima astur y capaces de defender sus cosechas de las alimañas.

Los hórreos son defendidos por asociaciones, como la de Amigos del Paisaje de Llanes.

Las aldeas asturianas se quedan sin hórreos poco a poco, siendo auténticos símbolos de los campos del Principado. A. Méndez denuncia el caso en «ABC», y nos informa quedan aún unos treinta mil hórreos en Asturias. Más recientemente se pretende hacer del hó-



Hórreo asturiano

rreo una pieza de interés artístico defendida por el Estado y solicitan que a los propietarios de hórreos antiguos se les concedan créditos para condicionarlos como viviendas y puedan ser ofrecidos como «casas de labranza» para vacaciones de verano, lo que ya se hace en otros países europeos, acercando así la naturaleza a las gentes de la ciudad.

Diego Quiroga, Marqués de Santa María del Villar, estudió, y fotografió magistralmente los hórreos y los paisajes a los que tanto encanto procuran.

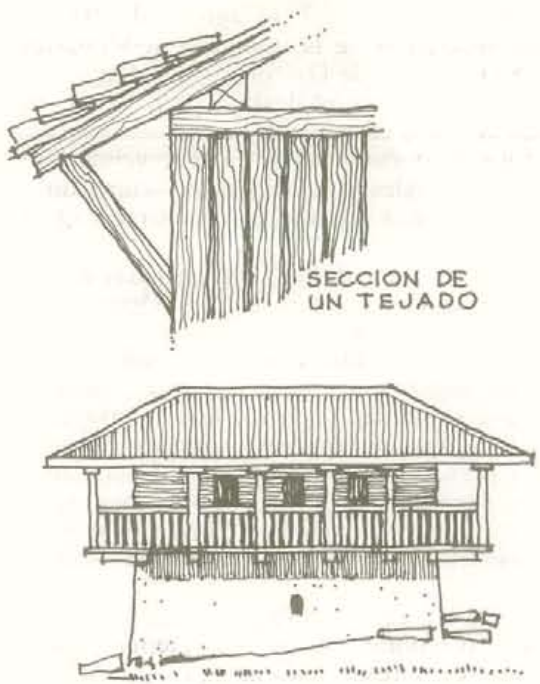
Los señoriales pazos gallegos, a veces, como vimos en el capítulo anterior, verdaderos palacios y castillos, no los encontramos en Asturias, pero en cambio abundan aquí las casonas montañesas, de sobrias arquitecturas, con balcones corridos o solanas, protegidas y bien orientadas, en la región astur-cantábra.

El hórreo, los hórreos y cabazos antiguos quedaron bajo la protección del Estado por un Decreto 449, de 1973, aparecido en el «B. O. del Estado» el 22 de febrero.

Con este motivo ha surgido una cierta polémica ya que algunos han escrito *cabazo* y otros *cabozo*.La función es la misma en unos o en otros, aunque sean de muy distinta forma. Don José Bárcena ha escrito en defensa de los asturianos espigueiros y garaices.

Según nuestro colega ovetense, mencionado al comienzo de este capítulo, existe una variante del hórreo de tipo gallego con agujeros, ventiladores, llamado «cabazo». El estudio de Vallaure es el más completo y minucioso de los que conocemos y por ello en él nos hemos apoyado principalmente.

Imposible me es escribir «Asturias» sin recordar a Luis Menéndez Pidal (t. 1918), aquel arquitecto singular que más hizo por defender y conservar su arquitectura regional. Sus monumentos, grandes y chicos, estuvieron por varios años a su celoso cuidado. ¿Quién hubiera podido reconstruir la Catedral de Oviedo y su Cámara Santa como él lo hizo? Sus obras, sus escritos y sobre todo sus ejemplares planos de sus obras de restauración, que nos llenaron siempre de admiración, los encontramos en las publicaciones del «Instituto de Estudios Asturianos» del Patronato José Mª Cuadrado (C.S.I.C.).



Hórreo asturiano

La Real Colegiata y Basílica de San Isidoro de León, sus estudios sobre la Arquitectura Prerrománica en Asturias, y la más importante de sus obras, la reconstrucción del Monasterio de Guadalupe, son testimonio de cuanto decimos, juntamente con la delicada reconstrucción de Santa María de Bendones y el conjunto de los trabajos expuestos en su obra «Los Monumentos de Asturias: Su aprecio y restauración desde el pasado siglo» (1954).

■ ■ ■

La arquitectura montañesa. Cantabria

CASONA DE LOS MIRANDA, PENAGOS (SANTANDER).

Cuando de Cantabria se habla o se escribe puede entenderse que se trata de Asturias y Santander, ya que entre el Macizo Asturiano y la Cordillera Cantábrica no existe, en realidad, solución de continuidad, ni límites naturales geográficos, aunque sus alturas máximas difieran algo. Su geografía es la misma, no advertimos al circular de una a otra, por sus carreteras o caminos, cambio alguno ostensible.

Las diferencias entre las dos provincias se acusan más en sus mapas geológicos que en sus paisajes, que son los que nos deleitan. El clima de esta amplia región astur-cántabra es el mismo o muy parecido incluso también al de Galicia.

Que llueve más o que llueve menos, pero que llueve siempre, más o menos, es lo suyo característico, ya que pertenecen a la llamada España lluviosa, en la que se incluye, bajo esta amplia división, asímismo el País Vasco.

La verdad sea dicha es que en el resto de la Península apenas llueve, los problemas allí son la sequía.

Estas regiones frente al mar, aquí el Cantábrico con más precisión, la parte así conocida del Atlántico, muestran siempre dos zonas diferenciadas, una la del litoral y otra la del interior.

Las máximas precipitaciones que configuran las arquitecturas regionales corresponden más al litoral que al interior, con sus altas montañas.

En la alta montaña los inviernos son largos y fríos. De los vientos portadores de lluvia, los más frecuentes y regulares son los del noroeste.

La vegetación de tonos verdes, de sus bosques, matorrales y prados, cubre aquí la mayor parte del suelo. El roble albar, en sus dos variedades, y el hayedo los vemos en las vertientes más húmedas, reservando las solanas al roble regral y al quejigo. En otras zonas más soleadas y cálidas, incluso hasta la misma orilla del mar, encontramos la encina. El castaño está en vías de retroceso, lo mismo que en Galicia.

Son árboles de ribera en estas regiones, álamos, alisos, arces, tilos, avellanos y sauces, en formaciones bien cuidadas en los lugares habitados en que los ríos, aquí numerosos, atraviesan ciudades y pueblos, poniendo en valor los bellísimos paisajes de estas zonas.

El pinar y el eucalipto, plantaciones extensas recientes, los encontramos, claro es, próximos a los centros de su transformación industrial.

Su hábitat

Los más antiguos establecimientos humanos de los que aún se conservan vestigios son aquí de origen prerromano y con ellos participaron otros pueblos que ocuparon con anterioridad estas regiones, íberos, celtas y ligures. La zona habitada por unos y otros fue la montaña, ya que el pastoreo, con algunos cultivos iniciales, era su ocupación dominante.

La conquista y ocupación en tiempos de Augusto, su romanización, fue más o menos semejante en todo el norte, incluida como veremos Galicia. La provincia de Santander y la zona oriental de Asturias era atravesada por una calzada romana, vías típicas de penetración en sus conquistas, que se internaba por el surco prelitoral hasta Oviedo.

Es de interés consignar que durante la Edad Media, libre la Montaña de la dominación musulmana, constituyó esta región una reserva humana, con la que se hizo la repoblación del valle del Ebro y la del litoral cántabro también.

En la Montaña disiminuye la densidad de población con respecto al litoral, lo que revela un movimiento emigratorio desde los pequeños municipios rurales a los centros, de origen posterior, mineros e industriales, fenómeno que aún dura pasados varios siglos.

El tipo de poblamiento en toda la Cantabria se caracteriza por su dispersión en caseríos y pequeñas aldeas, sin llegar a ser absoluta.

Como en todo el norte de la Península, formas o tipos de poblamientos, estilos de viviendas rurales y modos de vivir difieren entre las regiones a las que nos venimos refiriendo y reiteradamente señalamos, la del litoral y los valles bajos, y las montañas del interior, menos accesibles, que sirven de fondo a estos valles, reductos de la tradición en función de su aislamiento.

Desde Galicia entró sin duda en Asturias la conocida por cultura de los Castros, y la «palloza», de planta elíptica, cubierta de paja, utilizada ésta también en construcciones rurales de plantas rectangulares, de las que nos ocupamos extensamente en el capítulo dedicado a Galicia.

Es un tipo de habitación pastoril, de las brañas asturianas, semejante al de la cabaña pasiega en la provincia de Santander, al que nos referiremos más adelante.

Al descender de las brañas el tipo de vivienda cambia, y dentro de sus variedades comarcales es siempre una edificación de dos plantas, la superior ocupada por la vivienda propiamente dicha y la inferior destinada a guardar la carreta o el carro, los establos, cuadra y los aperos de labranza, disposición funcional que se repite, con escasas diferencias, en todas las regiones.

Los materiales de construcción, en ambas comarcas son los mismos, los encontrados en los lugares, sin tener que ser transportados; la piedra para las mamposterías de sus muros, cuyas esquinas se refuerzan y rematan con sillares labrados y la madera para el armazón, de gruesas vigas, suelos y tabiques divisorios.

En otras países del norte, como supervivencia medieval, las cubiertas vierten a ambos lados del frente de la entrada de la casa. En toda esta comarca la cocina es la pieza principal de la casa popular. Negra, sombría, bajo amplia campana, lugar confortable en las noches largas e inhospitalarias.

La cocina ha sido también santuario conservador de los viejos romances. A medida que se desciende a zonas más templadas va perdiendo importancia, al poderse vivir, por razones de clima, más al aire libre. Ganan silos y bodegas lo que se pierde en cocinas.

A los yantares calientes del norte, que han contribuido a combatir el frio, se oponen los ligeros condumios del sur, refrescantes y crudos, que se condimentan en cualquier lugar, en el porche, en el patio o en un rincón del zaguán. Las casas andaluzas y mediterráneas apenas tienen cocina.

En nuestras casas populares del norte de España, los macizos dominan a los vanos, y casi los anulan. Las ventanas son siempre pequeñas y las justas, y los días de lluvia tan frecuentes, en los que oscuros celajes apenas dejan pasar al interior mortecinos resplandores.

Es extraño, por otra parte, que en Bretaña, Flandes o Escocia el vano allí domina al macizo, y la luz, poca o mucha, llega a alegrar los interiores.

Junto a la casa el hórreo, edificio agrícola auxiliar, no habitable, aquí cuadrado de planta, cubierto a cuatro aguas, muy semejante al asturiano, estudiado en su detalle en otro lugar de este ensayo.

En Santander los hórreos son menos frecuentes que en Asturias y Galicia, y más localizados, como se indica en el plano de W. Carle que aquí reproducimos.

La economía tradicional en la región cantábrica, como ya hemos señalado, es de tipo pastoril, con trashumancia del ganado vacuno, de cortos desplazamientos, desde las cabañas en las alturas a los valles bajos. Asociada al pastoreo existió, y aún existe, una agricultura itinerante, de rozas y cultivos sobre cenizas, de la cual quedan vivientes reliquias en algunos concejos de la Montaña santanderina.

Se conserva una arcaica propiedad comunal de prados y tierras labrantías, cada vez más limitadas. El minifundio y la fragmentación parcelaria dominan asociadas al policultivo. La explotación se hace, por lo general, en forma directa por el propietario y sus familiares. Aquí el ganado vacuno, del que vemos a veces a su cuidado, en las proximidades del caserío, zagales, casi niños, es la mayor riqueza de los campesinos, conocidos por caseros.

El sector occidental del litoral santanderino, la comarca de Santillana y el alfoz de Laredo, está respaldado en el interior por el puerto del Escudo.

Toporias (Santander)
Fot.: Torres Balbas

La Montaña

Desde muy antiguos tiempos se conoce por Montaña la región natural de límites imprecisos, la que hoy constituye la provincia de Santander.

En la época de la conquista romana los primitivos cántabros vivían en tal estado semisalvaje y rudimentario, que nos resulta difícil imaginar cómo serían sus viviendas, antros sórdidos y miserables, alejados de toda comodidad, en promiscuidad con los animales domésticos. En las viviendas primitivas utilizarían el sistema de las estacas clavadas en la tierra, entretejidas con varas flexibles, revestido todo ello con barro. Todavía hoy día emplean los llamados *zarzos o serones,* paneles tejidos con varas de avellano, que en las viviendas más pobres sustituyen a los tabiques.

Adosados a los muros se construían los asientos de piedras sueltas, contenidos por algunas estacas, donde se celebraban las cenas familiares bajo ancho tejaroz, que se pueden considerar como el remoto origen de los soportales, quizá en transición entre la calle y la casa, como ocurre en otros lugares, y aquí juega también un gran papel en la vivienda montañesa.

En todo caso, estas construcciones montañesas primitivas tendrían un carácter tan poco permanente que no es de extrañar hayan desaparecido hasta el menor vestigio.

Cantabria fue de las regiones que tardaron más en romanizarse, y siguiendo sus costumbres los romanos se introdujeron en la Montaña poco a poco, respetando usos y costumbres, y así como en las colonias mediterráneas la romanización fue completa, en Vasconia, Cantabria y Asturias no lo fue tanto, ya que no se arriesgaron en empresas de éxito dudoso y sólo hicieron las obras indispensables.

Nada se conoce de este período.

La casa montañesa de tipo nórdico, cerrada y sin patio, no hace pensar no sufrió el influjo de la romana, tan claro en la casa del sur de España.

En los siglos que siguieron a la invasión árabe aparecieron las torres aisladas, de defensa, que se extienden durante la baja Edad Media. Todavía se conservan numerosas torres de los siglos XIII y XIV, que fueron viviendas de infanzones y caballeros montañeses.

Más tarde, cuando ya no tienen carácter defensivo, se conservan y pasan a ser elemento simbólico y pintoresco de la vivienda señorial montañesa.

A mediados del siglo XIV la nobleza, encerrada hasta entonces en sus torres, comienza a acudir a las villas, que en virtud de los privilegios y fueros concedidos por los reyes adquieren gran desarrollo.

El carácter de las torres, que todavía se construyen en el siglo XV, cambia, y simultáneamente a éstas levantaban en las villas casas de tipo ciudadano y aspecto pacífico, alineadas entre medianerías, que por efecto quizá aún de recelo, que subsistía, se construyen de poco frente y mucho fondo, conservando alguno de los caracteres defensivos, como el de disponer pocos, los indispensables, y pequeños huecos en sus fachadas.

Del siglo XV aún encontramos muchas casas plebeyas de planta rectangular, semejantes a las de los hidalgos, de dimensiones más pequeñas sus fachadas, y cubiertas a dos aguas. Sus fábricas, como es tradicional en la región, y conservadas hasta nuestros días, son de mampostería reforzada en sus ángulos con sillares. La estructura, suelos y cubiertas, formada de maderos mal escuadrados. Apoyada sobre la fachada se alza una *socarreña,* o cobertizo, de gran altura, armado con enormes piezas de roble.

Hacia fines del siglo XV y comienzos del XVI hace su aparición en el arte popular de la Montaña, semejante a los que vemos en las arquitecturas contemporáneas del País Vasco-Navarro, un nuevo elemento arquitectónico; los muros laterales construidos a modo de contrafuegos se acusan en las fachadas, sobresaliendo a manera de pilastras, aprovechándose estos sustentáculos para tender entre ellos una viga, apeada en su mitad, o en los tercios, por una o dos columnas de piedra. Sobre esta gran viga gravita el muro del piso superior, en tanto que el piso bajo se retira hasta la segunda crujía, dando lugar al nacimiento del *soportal,* que tanto desarrollo adquiriría en los siglos siguientes y que llegaría a ser uno de los elementos típicos de la arquitectura regional de todas las regiones de la España lluviosa.

Por otra parte, el retraimiento característico de la vida montañesa y su tradicionalismo no eran los más adecuados a la adaptación de las corrientes renacentistas, que suponían un mayor lujo y riqueza decorativa.

Se advierte claramente en el siglo XVI una evolución de las formas y de las cubiertas, que comienzan a complicarse, que ya encontramos a cuatro aguas. Los hastiales que lateralmente limitan, en algunos casos, las cubiertas adoptan un perfil escalonado y se decoran con remates, sean bolas o en forma de candelabros.

Por este tiempo aparecen los balcones volados, con sus barandillas y ménsulas de hierro.

Las casonas principales están encerradas dentro de un recinto murado (corralada), al que se ingresa por una portalada. Muchas de éstas, que aún se conservan, son bellísimas, con un carácter que manifiesta el señorío de sus propietarios.

La casa montañesa se define al finalizar el siglo XVI y comenzar el XVII, y pasados los tiempos del estilo plateresco vuelve a vestirse con el severo ropaje que la caracterizó en otro tiempo.

Al más famoso de los artífices de esta arquitectura regional, al montañés Juan de Herrera, se debe la reacción contra los abusos decorativos de la arquitectura plateresca. La dictadura artística de Herrera se hace sentir en la Montaña, con gran fuerza y con carácter de permanencia.

Los tipos de las casas montañesas son muchos, difícil su tipología, dependiendo de la importancia de la casa, de la condición social del dueño y de la comarca en que está emplazada. La casa cabuérniga difiere de la campurriana, y la lebaniega tiene poco de común con la del valle de Pas, regiones naturales de la bellísima provincia santanderina.

Los elementos constitutivos de la casa montañesa hacia el siglo XVII son: la torre, el soportal, los muros contra-vientos, el alero de gran voladizo, como esenciales, y como complementarios: los muros de la casa con sus esquinales tan característicos, y sus portaladas, a las que antes nos hemos referido.

Los soportales de fines del siglo XVI adquieren gran desarrollo, tanto que en algunos casos constan de dos, tres o más arcos de piedra de medio punto o carpaneles, encontrándose en su fondo la puerta de entrada principal, así bien protegida de la lluvia, que en la región no falta. En algunos casos al lado de esta puerta principal vemos otra, de menores dimensiones, acceso a una habitación independiente, donde el huésped o caminante puede descansar durante la noche y salir de madrugada sin perturbar a los que le dieron refugio.

Otro importantísimo detalle es la solana, típica de las casas montañesas, balcón corrido, volado, limitado entre dos muros laterales que avanzan fuera del paramento de fachada a modo de cortafuegos, ya que toda la estructura de la solana es de madera, y de este mismo combustible material, sus canecillos, balaustradas, pasamanos, zapatas y carreras que la integran, que a veces encontramos muy bellamente labrados y decorados.

Las solanas las encontramos aún en edificaciones muy populares y modestas aisladas en la montaña, o agrupadas en aldeas y parroquias.

Carácteres regionales secundarios o menos frecuentes son: el alero de gran voladizo, con doble o triple serie de los balcones de planta semicircular, llamados de púlpito, y los tejadillos que cobijan los balcones de las fachadas laterales, con sus aleros.

En la casucha aldeana, de planta rectangular, se suele destacar como elemento de carácter la solana.

Las casonas hidalgas de mayores vuelos arquitectónicos, fachadas de sillerías, soportal de arcos o portalón, balconaje de hierro forjado y solana decorada, hasta el palacio señorial, son el repertorio de los edificios que el gran Rucabado nos «descubrió» y los estudió, iniciando, seguido por otros arquitectos montañeses hasta crear la Escuela Santanderina, que llegó a extenderse a toda la región norteña.

Bárcena Mayor (Santander)

Las plantas de estas tan notables edificaciones, muchas de ellas aisladas, otras adosadas, que en la provincia de Santander encontramos por doquier, son rectangulares en su planta baja, y en su primera crujía se sitúa el soportal, con una o dos habitaciones contiguas de acceso directo y luces a la calle o patio, enrejadas y protegidas.

La segunda crujía contiene el vestíbulo o *estragal,* de donde arranca la escalera; el resto de la planta en las fincas agrícolas se destina a los establos, bodegas o almacén, depósito de aperos de labranza. La carpintería, puertas y ventanas de cuarterones, suele ser objeto de especial esmero, decoradas incluso con gusto y profusión en algunos casos.

Los interiores, en todos los casos, son sencillos y severos, entarimados de gruesas tablas de castaño, con sus muros enyesados.

La Montaña santanderina propiamente dicha merece especial mención, posiblemente por ser la menos accesible. Nos referimos a la parte occidente de la provincia de Santander, la hoya de la Liébana, que es una fosa de estilo semejante a otras que encontramos en las montañas asturianas.

Los Picos de Europa son el macizo de mayor altura de la Cordillera Cantábrica, así llamados por ser los primeros picos nevados que los marineros veían en la lejanía cuando volvían del Nuevo Mundo.

El valle que se asienta al pie de estas sierras, en las que reinan cabras montesas, corzos y rebecos, algún que otro oso también, y el urogallo, es el de Liébana, que ocupa unos veinte kilómetros cuadrados, cuyo centro y capital es Potes.

El monasterio de Santo Toribio de Liébana conserva el mayor trozo del «Lignum Crucis», cruz en que murió el Salvador.

Cerrado en todo su contorno, sin otra sa-

lida que la que le abre hacia el litoral el Deva, al cavar las gargantas de la Hermida y la Liébana, constituye una comarca de rara originalidad, enclave de cultivos mediterráneos, con veranos áridos, dentro de la España húmeda, es decir, lluviosa. Tierras de trigo y de viñedo, de olivos e incluso almendros, con bosquecillos de alcornoques. En las vertientes el roble tocio sucede al albar y el hayedo al abedul.

Valles, bosques y arroyos, salpicados de pintorescos poblados, rodean a la iglesia de Santa María de Liébana, mantenedora de las tradiciones cristianas, en el desfiladero de la Hermida.

Próxima se encuentra la iglesia románica de Santa María del Real de Piasca, cerca de Cabezón de Liébana.

Desde Potes hacia el sur encontramos otros muchos parajes bellísimos, como Bárcena de Pie de Concha, Santiurde, San Miguel y Santa María de Aguayo, y Reinosa. El último pueblo de la provincia fronterizo con Palencia es Resaguero.

La parte central de la provincia, entre la Liébana y el río Miera, las sierras del litoral y las altas cumbres, es la región conocida por la Montaña.

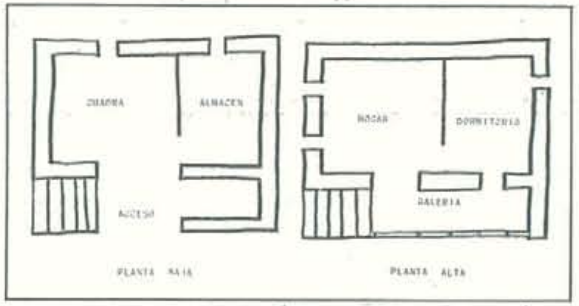
El predominio de los valles por los que discurren el Nansa, Laja y Besaya, con su afluente el Pas, dividen la Montaña en un conjunto de pequeñas unidades comarcales, que abarcan el valle entero de un río.

De estas comarcas es, sin duda, la del valle del Alto Pas la más bella.

Los pasiegos han constituido, por su modo de vida y sus costumbres, un pueblo de rara originalidad, como los vaqueiros en Asturias, a los que se atribuyen las infundadas hipótesis sobre un supuesto origen morisco.

Dados los escasos recursos agrícolas, no siéndoles suficientes los de la ganadería, buscaron otros medios de vida en el comercio ambulante, hasta la introducción de la vaca holandesa y la implantación de las industrias de la alimentación.

La aclimatación de este ganado la consiguieron en su alta región a través de un sistema de estabulación en cabañas diseminadas por la montaña, a diversos niveles, y con su continuo desplazamiento consiguieron adaptarlas hasta alturas superiores a los 1.000 metros.



Valle del Pas (Santander)

EL VALLE DE PAS Y SU VEGA

Vega de Pas es la villa más importante de esta zona. A mil metros, nos dicen, nace aquí el río que le da el nombre a este bello valle, que visité el año 1928, durante todo un día, invitado por el Colegio de Arquitectos de Santander, jornada de la que guardo muy grato recuerdo, tanto de su arquitectura como de sus bellos paisajes, sus verdes praderíos, su flora, sus monumentales hortensias que en parte alguna había visto, que llenaron los coches descubiertos de mis anfitriones colegas.

Años después, la revista «JANO» publicó un muy interesante artículo, que conservo, de Fernando Alvarez-Cienfuegos, titulado «La humilde e insólita arquitectura del valle de Pas», digno de ser reproducido íntegramente en este ensayo, del que copio algunos de sus párrafos:

«Entre la gran variedad de tipologías populares norteñas, y más concretamente montañesas, nos encontramos en el valle de Pas con uno de los ejemplos más hermosos y humildes de la arquitectura vernácula española».

«Se trata de pequeños asentamientos constituidos por modestísimas viviendas, desarrolladas en una de las más bellas y primitivas comarcas de la Montaña santanderina».

«El valle de Pas presenta unos invariantes paisajísticos muy singulares, encajonado entre las estribaciones de la Cordillera Cantábrica, próximo al puerto del Escudo, con 1011 metros de altitud, está enclavado entre montañas calizas, y poblado de bosques de robles, hayas y castaños. Caliza pizarrosa, allí existente, cubrirá las edificaciones».

«La piedra caliza y la madera de roble son la base para construir uno de los ejemplares más sencillos y originales de nuestra arquitectura popular».

«Los pueblos más interesantes, que no dejan de ser pequeños asentamientos, son: Entrambasmestas y Vega de Pas, agrupaciones dispersas, nunca compactas, de sus caseríos, especialmente construidos a media ladera».

«Es en la fachada sur donde se desarrolla la galería, elemento fundamental en la arquitectura montañesa, aun en esta tan econó-

mica, de volumetría muy semejante, en viviendas esencialmente primitivas y etapa preartesanal».

El artículo de Alvarez-Cienfuegos es del mayor interés, tratando en profundidad un caso modesto característico, completo con fotos suficientemente claras.

REINOSA

En el Valle de Campóo que recorre el Hijar, tierra alta y fría, cuya capital es Reinosa, con características semejantes a los altos páramos de la Meseta.

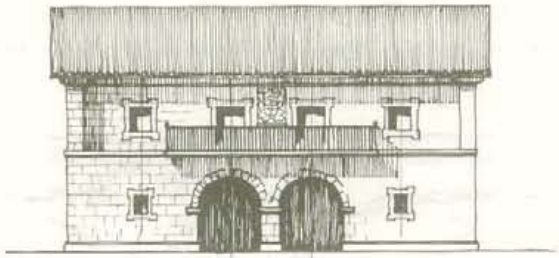
En lo más alto de este valle encontramos Proaño, su corre y su casa adyacente fueron morada de una de las figuras más valiosas que ha producido la Montaña, don Angel de los Ríos y Ríos, que tras su notoria invalidez de oído, tras la muerte de su madre, hizo siempre morada de este solar familiar. «Una torre del siglo XIII, junto a una casa de campo... en la que tuve la honra de nacer, he tenido el gusto de vivir y espero tener el consuelo de lanzar mi último suspiro», así la describe él mismo.

Pereda, que la frecuentó, hízola escenario de una de sus obras.

La mayor parte de las casonas montañesas tienen torre, ésta suele formar parte del edificio, de la zona más habitable, aunque como nos hace notar Cossío en muchas haya quedado como dependencia doméstica y perdido todo su carácter militar. La de Proaño, en cambio, se conserva perfectamente separada de la que su propietario llamaba casa de campo. La torre no tiene almenas, sino un parapeto o prolongación de la pared, a mayor altura que el tejado, cuyas aguas salen al exterior por gárgolas de piedra.

SAN VICENTE DE LA BARQUERA

San Vicente de la Barquera se alza sobre un último estribo de sierra, que termina en el arruinado castillo que aún yergue sus destrozados muros como avizorando la marina. Se ha alejado el mar, y el amplísimo estero que se extiende a un lado y otro del elevado cu-



San Vicente. Dib. de A. Laprade

Laredo. Dib. de A. Laprade

chillo, en cuya cima y ladera se asienta el caserío, tan sólo recibe las aguas del Cantábrico en las mareas altas, sin consentir que otras lanchas que las de escaso calado lleguen hasta la villa.

Los dos pobres regatos, más que ríos, que llegan a estas marismas, conocidos por Peral y Bonoral, que rodean el cerro, se salvan con dos puentes. Enorme uno de ellos, con treinta y dos arcos, el que comunica con el Este; mucho más reducido el otro, que permite a la carretera seguir hasta poniente.

El testimonio de Galdós, que frecuentó y pasó grandes temporadas en la comarca, es éste: «Los charcos de las marismas que rodean a San Vicente ofrecen el más complicado mapa que puede imaginar el delirio de la geografía».

«Todas las combinaciones posibles de rayas de agua discurriendo sin orden ni tino por entre juncos; todas las formas geométricas de islas y penínsulas que serían posibles si estuviese en proyecto una nueva creación del mundo se ven allí, y nadie puede eximirse de observar con general atención tan graciosa cosmogenia».

«Entre estos caprichosos juegos del agua y del fango se alza el cerro de San Vicente, muy semejante al lomo de un cocodrilo, y después las series de colinas que escalonadas suben sirviendo de plinto a los montes, y en último término las descomunales crestas de Andarra, último esfuerzo de la tierra para llegar al cielo».

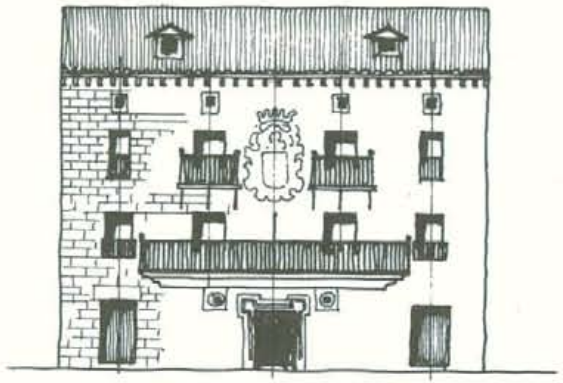
Lugares como San Vicente, abandonados y ruinosos, con sus casas de lóbregos y hondos soportales junto a la marina, y sus largas calles con viejas casonas, unas medio destruidas, otras conservando la sillería de sus fachadas y el blasón, aún erguido, que han de conducirnos hasta la admirable iglesia ojival, que situada al otro extremo del cerro, atalayando adentro las estribaciones de la colosal cordillera, y las marismas, y los menguados cauces de los ríos, más ricos de frescos verdes de prados y arboledas que les protegen a medida que ascienden hacia su nacimiento.

Antes de llegar a la gran explanada donde se alza la iglesia, contémplase una fachada de gusto renacentista, decorada con el escudo del apellido Corro. Una de sus capillas sirve de enterramiento a los de este noble linaje. Tendido sobre su sepulcro, reclinado el torso con la ayuda del brazo posado sobre dos almohadas, leyendo un libro que sostiene con la mano izquierda, aparece el inquisidor don Antonio del Corro. «Varón preclaro en las costumbres y en la nobleza, digno de perpetua memoria, canónigo hispalense e inquisidor por los Católicos Reyes, Fernando e Isabel, contra la herética pravedad».

En los mismos días en que el inquisidor ejercía en Sevilla sus funciones, San Vicente, por pocos días, se convertía en sitio real al alojar a Carlos V y a su hermana doña Leonor, con toda su corte. Era el primer viaje que el Emperador hacía a España, y contaba tan sólo diecisiete años.

La historia es conocida.

El frente del mar, su litoral, en esta bellísima zona de Cantabria, es de rasas y rías: Tinamayor, en la desembocadura del Deva; Tinamenor, en la del Nansa, y ría de San Vicente de la Barquera, antes estudiada, importante puerto comercial y pesquero hasta el siglo XVII.



Laredo. Dib. de A. Laprade

Santoña, Laredo y Castro-Urdiales, con San Vicente, constituyen hoy la banda del litoral de mayor densidad de población de la antigua merindad de Trasmiera.

Castro-Urdiales, la villa más próxima a Vizcaya, en tiempos protegida por una especie de fortaleza.

Castro-Urdiales y Laredo, puertos de recalados imperiales Isabel la Católica, Juana la Loca, Carlos V y Felipe II estuvieron por estos lugares.

La playa de Salve de Laredo, en forma de media luna, es una de las más bellas del litoral, frente a la cual se encuentra su hermana Santoña.

SANTILLANA DEL MAR

La sin duda más bella de las villas de la región cantábrica es considerada Santillana del Mar, tan llena de interés a nuestro estudio sobre las arquitecturas regionales.

No sólo es famosa por su famosa colegiata, de estilo románico; por sus típicas calles, con auténtico medieval sabor, en las que se suceden las casonas solariegas con sus artísticos nobiliarios escudos en sus fachadas sobre sus portalones. Unase a estos ejemplares, muchos bien conservados de arquitectura regional, famosos palacios como los de Barreda o Velarde, y tantos otros que por toda la región encontramos, que con tanto interés Leonardo Rucabado estudió, remozándolos en lo que desde entonces conocemos por estilo montañés.

Si toda la Montaña, alguien ha dicho, constituye un relicario histórico, Santillana del Mar es un libro de piedra espiritualizada miniado por la historia y el arte, que se remonta al siglo IX.

La villa, toda ella, es como un museo, lo que ocurre también en su próxima villa de Comillas, la del reciente marquesado del mismo nombre.

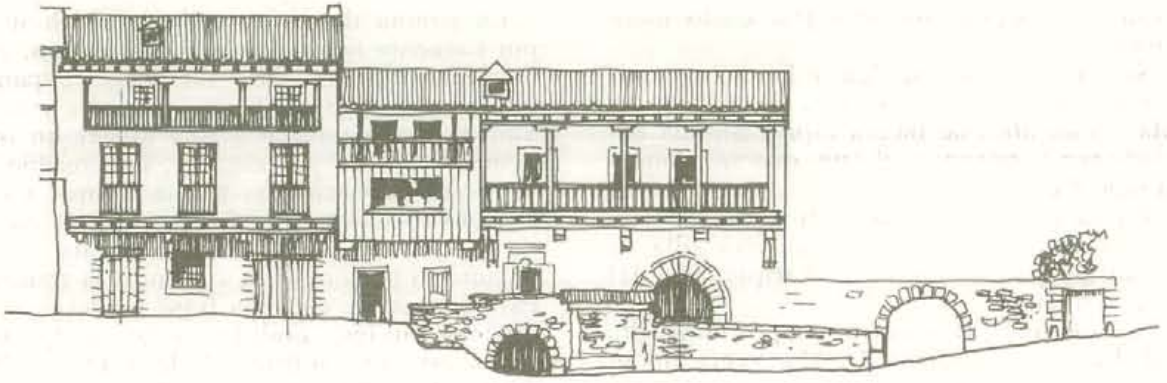
«Desde los más remotos tiempos de la alta Edad Media, Santillana del Mar venía amontonando piedras en los órdenes y estilos arquitectónicos que convenían a cada momento. El más remoto románico de su colegiata, el goticismo en torres y mansiones, el renacentismo adivinado desde el fondo de este valle en palacios y restauraciones, el barroco encrespando escudos en las fachadas, el neo-clasicismo del siglo XVIII galantemente adoptado por casonas conspicuas. Aquí merece detenerse la vida y aun la renovación de la vida, en la apacible y silenciosa Santillana».

Así se expresa don José María de Cossío, que tanto estudió su región, en su gran obra «Rutas literarias de la Montaña», que fue, como en éstas descubrimos, cuna de muchos españoles ilustres.

La página de viaje, anónima, exhumada por Lafuente Ferrari, muy ilustre crítico, aparecida en el «Seminario Pintoresco Español» poco después de 1850, reza así: «La villa de Santillana se parece a una mujer en otro tiempo hermosa y rozagante, que recibió incienso y adoraciones, y que ahora, vieja, arrugada, todavía se le figura que está en sus verdores, y que se acuerdan de ella, y que impone su personalidad a cuantos la rodean». Para expresarse con una frase moderna, a su aspecto hubiese podido exclamar Volney, cual si estuviese al frente de las ruinas de Palmira: «Aquí fue una población importante y populosa, metrópoli de la antigua Asturias que comprendía casi las tres cuartas partes de la provincia de Santander; cuna y morada de la aristocracia cántabra que en ella poseía sus palacios y sus feudos, entonces animada y bulliciosa y ahora triste, solitaria, rodeada de un silencio sepulcral, interrumpido de vez en cuando por el siniestro graznar de algún ave nocturna que se anida en los torreones y en las murallas carcomidas y ruinosas... Por aquellas calles apenas se ve una persona; el forastero cree a pocas horas de hallarse allí que está en medio de un cementerio».

Tratando de Santillana del Mar no podemos dejar de mencionar la «Torre del Ma-

Santillana del Mar (Dib. de A. Laprade)



Santillana del Mar (Dib. de A. Laprade)

rino», de los Barreda, llegada a Doña Blanca Iturralde por cesión de su madre, heredera directa de aquel ilustre linaje, a la que debemos su consolidación y restauración correcta, del mejor gusto, así como el mecenazgo de su destino, a exposiciones de pintura moderna, durante los meses de verano, desde 1970.

VILLACARRIEDO

El Palacio de Soñanes, en Villacarriedo, es tan notable entre los que se conservan en la provincia de Santander, que bien merece una visita. Edificado por don Juan Antonio Díaz de Arce y Pérez del Camino, caballero de la Orden Militar de Santiago, bautizado en este lugar el 10 de mayo de 1655, agente del rey don Felipe V en la corte de Roma, nuestro inseparable guía don José María de Cossío así lo describe: «El palacio, de un barroquismo a la vez desenfrenado y sereno, tuvo traza en Italia, y fue un arquitecto de aquel país, Cosimo de Montanelli, quien hizo los proyectos, aunque seguramente no el que dirigió la construcción. Torre existía allí, de los Díaz de Arce, e incluida quedó en el centro del nuevo palacio, donde cobijó a la más singular y monumental escalera que yo he visto. Su trazado, suntuoso y desconcertante, la eleva hasta lo más alto de la antigua torre, que sobresale del resto del edificio, y comunica con los tres pisos de que se compone».

«Es lugar común el de que se trata de un palacio italiano erigido a la vista de los montes de Pas, sin que elemento alguno montañés haya intervenido para darle carácter indígena, y esto no es así sino en cierta medida».

Elías Ortiz de la Torre, ilustre arquitecto montañés, varias generaciones de arquitectos, precisó lo que sigue: «que todo el estilo del edificio se resiente de una cierta tosquedad, que tiene mucho más de montañesa que de romana, y que mejor que en la fachada lateral, todavía bastante fina y ligera, se aprecian en la principal, con los vuelos exagerados de sus dinteles, las columnillas achaparradas, los frontones recargados, etc. Pero además hay detalles de sabor puramente español, como los hierros de los balcones, o montañeses legítimos como los recuadros de los huecos con reviros en las esquinas y los pináculos por encima del tejado, que no dejan lugar a dudas».

El palacio fue foco de la cultura literaria, de la más elevada, que en la Montaña brilló en los últimos años del siglo XIX.

La llamada Casa de Rueda fue famosa en la genealogía montañesa. Una rama de Velascos tuvo en ella solar, y de ella proviene la que en la Montaña había de acomodarse en Villacarriedo.

PENAGOS

Otra de las innumerables villas montañesas de interés es Penagos, real, muy leal y fiel, en el real valle de su nombre.

En su nobiliario oficial, que sus cronistas nos hacen conocer, se dice y describe lo que sigue:

«Situado en el corazón del territorio que habitaron los valerosos cántabros. Su origen y fundación son muy remotos. Los romanos la dominaron muy corto tiempo; asimismo los moros no lo consiguieron en esta siempre valerosa región. Don Alfonso VIII recibió su ayuda en la célebre batalla de las Navas de Tolosa y después de fundar Santander, les dio a sus comunidades muchos fueros y privilegios. A Penagos, en 1213, le concedió dictados de real y lealtad, librándose sus pueblos de pechar al abad de San Emeterio, como lo hace la capital de la provincia.

Felipe V y después Fernando VI, en 1717, dió a Penagos el título de fiel, relevándole al mismo tiempo de los impuestos sobre la sal, entonces honerosos».

Muchas son las casonas en este municipio, pero la más importante es la que fundara, allá por el siglo XVIII, Miranda y Velasco, con tres escudos con blasones de linaje, dos en las fachadas de la torre y otro en la portalada.

La actual propietaria, señora Madeline D. Lorch, es a su vez conservadora de esta joya de la arquitectura civil montañesa.

Solitaria y aislada, en la pradera, contemplamos su espléndida iglesia de San Jorge, del siglo XV; aunque su fundación sería anterior al siglo X, ya que, como la iglesia de Miera, perteneció al monasterio de Estaños en Muriedas.

La disposición del templo hace pensar en un poblado desaparecido casi por completo.

El caserío de Penagos está disperso en pequeños grupos de casas, y cada uno de éstos tiene un nombre.

ARQUITECTURA MONTAÑESA

Menéndez-Pelayo había escrito: «Fue la arquitectura el arte montañés por excelencia,el único en que hemos tenido verdadera escuela, confesada y reconocida por extraños, y

el que absorbió por largo tiempo las energías artísticas de la raza».

El movimiento constructivo que se inició en el siglo XVIII, con el regreso de los primeros indianos de América, observado asimismo en Galicia y Asturias, principalmente, y por la ascensión a puestos preeminentes de la milicia, o de la administración pública, que ocuparon primogénitos y segundones de las familias hidalgas. Todos, unos y otros, al volver a sus lares, sintieron el deseo, y el deber, de transformar sus ruinosas casas, reconstruyéndolas sobre los cimientos de las primitivas, dándoles un nuevo empaque nobiliario, por encima, en muchos casos, de su simple condición hidalga, de ahí los sorprendentes escudos que vemos en esta región por todas partes, aun en los lugares o lugarejos más alejados e inesperados.

En estas nuevas construcciones, palacios incluso, o casonas, se adoptan formas tan peculiares que llegan a constituir una unidad, lo que hoy se conoce por el estilo montañés, del que don Vicente Lampérez escribió: «Uno de los grupos más característicos de la arquitectura civil española, la que él estudió en sus obras escritas, son las de los siglos de los Asturias y de los Borbones». Con caracteres arraigados en función del ambiente y del clima, buena parte de estas viviendas de la Montaña, con frecuencia, se construyeron adosadas a una torre medieval. En cuanto a sus plantas y disposición interna de sus servicios, adoptaron la forma rectangular, cerrada, sin patio interior, extendidas y ampliadas sobre alas que prolongan su núcleo principal, protegiendo sus fachadas por medio de portaladas, que dan paso al zaguán de ingreso.

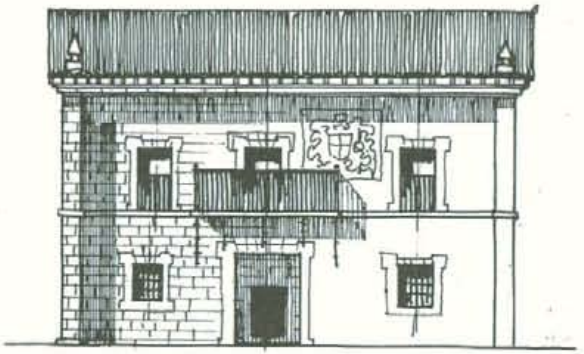
Las fachadas, bien ordenadas, y compuestas, apóyanse con frecuencia en pórticos de dos o de más arcos, lo que procuran gran libertad en la composición, tan bella siempre como variada. En muchos casos, observamos, rematanse estas fachadas con amplias solanas, entre contrafuertes de sillería, a manera de cortavientos, lisos o adornados con escudos, que se prodigan con mayor o menor importancia, elementos estos muy característicos que enriquecen las bien compuestas y ordenadas distribuciones de sus ventanas y balcones, ostentando éstos artísticos y sólidos herrajes. Los escudos, en bellos alto relieves, ocupan lugar, o lugares, ya que con frecuencia son varios, en la fachada principal de estos palacios o casonas, como exaltación de sus linajes.

Las portadas, en los altos cerramientos de sillería, que limitan las propiedades y las protegen al mismo tiempo, suelen ser en muchos casos magníficas y hasta monumentales.

De las torres, muchas de ellas anteriores a esta época, conservadas como testimonio de un pasado bélico, como la del duque del Infantado, en Potes, entre las más notables, o la del Merino en Santillana del Mar, tan numerosas en la región cantábrica, que exigirían su simple mención un espacio del que carecemos. De esta última, la del Merino, hoy singular Museo-Exposición de Doña Blanca Iturralde, alcaldesa de la villa, y animadora excepcional de muchas anuales exposiciones de bien relacionados artistas, Castro Arines, crítico amigo, dice: «Pero el museo es a la vez la maravilla de sus fábricas de arquitectura, de sus soluciones estructurales, de tan correcta, limpia dicción, modélicas, a las que considero ejemplares en la obra de nuestra constructiva edificatoria, y que una vez más vuelven a este informe como criaturas paradigmáticas en la obra del buen inventar arquitectónico. Es una de las maravillas de Santillana este museo de la Torre del Merino, pieza mayor, figura de relieve insigne de la villa marquesal, en donde todo, arquitecturas, gentes, vacas, paisaje, es adorno urbano».

COMILLAS

Comillas, la villa arzobispal, tan interesante y rica de ejemplares de arquitectura regional, gemela a Santillana, pero más próxima al mar, con sus dos playas, con su historia más reciente, del siglo XV, donde vinieron a asentarse los habitantes de San Vicente de la Barquera tras el espantoso incendio, y posteriormente, durante los siglos XVII y XVIII, algunas familias hidalgas se establecieron aquí, y en el siglo XIX el primer marqués de Comillas condujo a su pueblo natal hacia una era de progreso, el que llevó consigo el establecimiento de una industria pesquera, el descubrimiento de unas minas próximas y el tráfico marítimo exigido por la explotación de aquellos veneros.



Comillas (Dib. de A. Laprade)

Al propio señorial carácter se sumó el proporcionado por la sociedad de la restauración borbónica. Alfonso XII, tan amigo de los marqueses de Comillas, les ofreció su apoyo.

Los marqueses construyeron, caso único, en el centro de un frondoso bosque, en las afueras de la villa de Comillas, dos palacios, uno junto a otro, uno de estilo ojival, catalán, hoy museo de obras artísticas, pinturas, esculturas, rico mobiliario y raros objetos etnográficos filipinos, coleccionados por los propietarios, ya que su fortuna, en buena parte, había sido forjada con el comercio de aquel lejano archipiélago. El segundo palacio, construido por Gaudí, conocido por «El Capricho», da la sensación de no haber sido nunca ocupado.

La obra de don Antonio López y López, fundador de la Trasatlántica Española, a cuyas expensas, y a las de su hijo y heredero, don Claudio López Bru, fue levantado el Seminario Pontificio, que domina un privilegiado emplazamiento en las proximidades de Comillas, villa privilegiada, con dos playas, una al borde de su caserío y otra la de Oyambre.

SANTANDER

El sabor de la tierruca se goza ya al llegar a la capital, a Santander, emplazada en una

magnífica y profunda bahía que la hace puerto natural, que gozó, desde tiempo inmemorial, de gran renombre, y le proporcionó su carácter mercantil, que la independizó de Burgos.

Por esta provincia Castilla se asoma al mar la tierra de las verdes montañas y de las playas marineras.

Pasados los años fue Santander la que se alzó sobre las otras ciudades costeras, debido, sin duda, a su espaciosa bahía, estrecha en su boca por el arenal de Somo y la península de la Magdalena. Ya en el medievo, fue una villa de pescadores y mareantes, que exportaba lanas de Castilla, y sus marinos llegaban hasta los bancos de Terranova. Su flota participó en la conquista de Sevilla. En el siglo XIX Santander es puerto de embarque de las harinas de Castilla a Cuba, hasta 1898, y en aquellos años se transforma, por su excelente playa del Sardinero, en residencia veraniega que compite con San Sebastián.

Como centro industrial comienza a figurar a partir de 1899, al fundarse la factoría metalúrgica Nueva Montaña, con la que adquiere nueva vida el arsenal del Astillero, así como Maliaño.

A sólo siete kilómetros de Santander, en el alto de Muriedas, encontramos una casona del siglo XVIII, típica del período de evolución de la casa-torre montañesa, a la que antes nos hemos referido, en la que nació el capitán don Pedro Velarde y Santiyán, heroico protagonista del episodio del 2 de mayo en el Parque de Monteleón de Madrid. Han sido amorosamente conservados un conjunto de recuerdos evocadores del héroe santanderino, unidos a un como pequeño museo etnográfico regional. En el jardín, primorosamente cuidado, vemos antiquísimos ejemplares de carretas, aperos y utensilios agrícolas, pertenecientes a remotas épocas.

En un momento dado, hacia 1908 aparece en los medios profesionales norteños, un primero ingeniero industrial, arquitecto después, nacido en Castro-Urdiales, Leonardo Rucabado, luchador incansable, profesor de la Escuela de Ingenieros Industriales de Bilbao. En el VI Congreso Nacional de Arquitectos reunido en San Sebastián en 1914 presentó una ponencia sobre el resurgir de un estilo puro arquitectónico español, que él aplicó a sus obras, construidas en Madrid, Bilbao y Santander, con las que consiguió la primera medalla en la Exposición Nacional de Bellas Artes de 1918. En ese mismo año falleció a los 42 años. Fue una gran pérdida.

Había dejado para imprimir una obra, «La arquitectura civil montañesa», que no hemos conseguido dilucidar si llegó a publicarse o quedó inédita.

Por aquellas fechas de su fallecimiento, don Amós Salvador, en el «Boletín de la Sociedad Central de Arquitectos» y Lampérez, en «Arquitectura» (diciembre de 1918), le dedican un amplio artículo, casi todo lo que de él se sabe.

El propio Rucabado escribía en enero de 1916, en la revista «Arquitectura y Construcción», un artículo, «Arquitectura española contemporánea» (Consecuente aclaración), del mayor interés, en que expone su cambio de rumbo.

«El afanoso empeño —dice— con que he cifrado mi único ideal artístico, en la nobilísima instauración de nuestra arcaica arquitectura española, y singularmente regional, me impulsan a exponer, en consecuente aclaración, la génesis de mis tendencias»... El nos dejó no sólo unas cuantas obras, muy cuidadas, y unos distinguidos continuadores del camino por él iniciado, entre ellos Riancho, Lavín del Noval, Bringas, De la Lastra, Quintanilla y Ortiz de la Torre.

La casa de un hidalgo montañés del siglo XVIII la vemos en su interior ricamente conservada, como si de hoy se tratara. Su conservación y reconstrucción son acertadas. Entelas gigantes de típico arte cántabro aparecen en el jardín enriqueciendo su interés histórico-artístico, así como un hórreo del occidente montañés.

El Museo Provincial, en el que se conservan valiosísimos vestigios de arte primitivo cántabro, es digno de especial estudio y sale de nuestro propósito.

En el propio Santander, al legar a la ciudad el sabio polígrafo montañés don Marcelino Menéndez Pelayo su extraordinaria biblioteca, y su propia casa, donde había nacido y vivido, fue encomendada al gran, también montañés, Leonardo Rucabado la misión de construir un conjunto de edificios, con la casa-museo, celosamente conservada, la biblioteca, que contiene tan rico legado, Centro de Estudios Montañeses hoy, y el Museo Municipal de Bellas Artes, todo ello dentro de los cánones arquitectónicos tradicionales, regionales, que el gran arquitecto había tanto estudiado, y puesto en valor, sacándolos del olvido, creando la llamada escuela montañesa, antes mencionada, que tuvo ilustres seguidores.

El nuevo pabellón construido posteriormente para dar cabida a los crecientes fondos de la biblioteca no trató de continuar el estilo del resto de los edificios, obras de Rucabado, pero es noble y discreto. Incomparable conjunto el de este Centro de Estudios Montañeses.

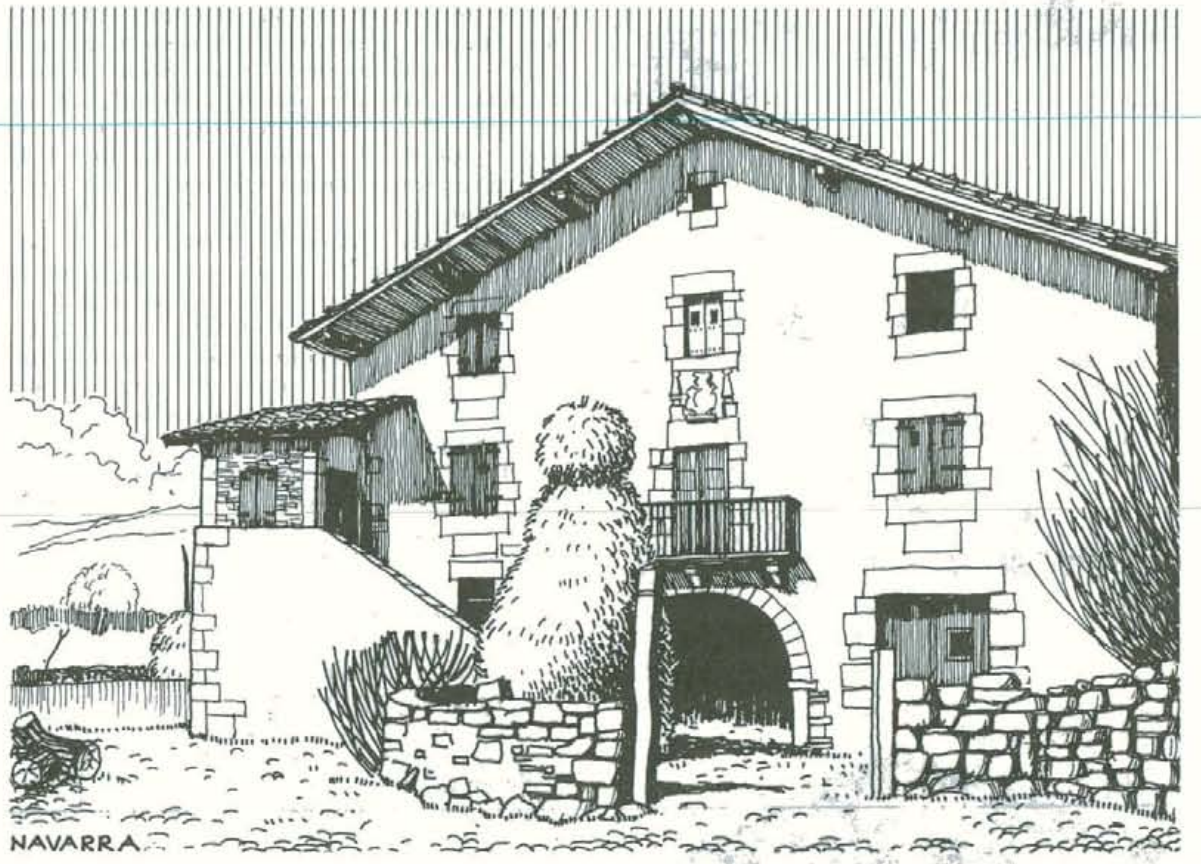
SAN QUINTIN

A medio camino entre Santander y el Sardinero se encuentra la casa de Galdós. Azorín nos informa:

«Y es que estamos en un reducido jardín, más bien huerto. Unos cuadros de rosales y hortensias se extienden entre la puerta principal, cercados de alta tapia. Luego, dentro hay piezas chiquitas, claras y limpias, llenas de cuadros, de libros, de *bibelots*. El despacho es ancho, cuadrilongo; la luz se filtra por dos espaciosas cristalerías de colores en que destacan arabescos, ramajes y figuras. Del techo pende un diminuto galeón del siglo XV; sobre la repisa de un estante palidecen los retratos de Cánovas, de Sagasta —con dedicatorias cariñosas—, de Mélida —en traje de majo—, de María Guerrero —en la época de esplendor...

■ ■ ■

Arquitectura regional Vasco-Navarra.


NAVARRA

Navarra, sus orígenes y su historia

Con orgullo legítimo reivindican los navarros sus remotos orígenes y su historia. En Navarra hubo Reyes desde el siglo IX, cuando Castilla, dos siglos después, la gobernaban Condes.

Navarra, la actual, fue ocupada como casi toda la península Ibérica por los romanos. Las provincias vascongadas no fueron romanizadas, en ellas no existen, ni en su toponimia, huellas ni vestigios de calzadas de los ocupantes más importantes de la Iberia primitiva.

Los godos sí que ocuparon Navarra, pero los vascos, refugiados en las montañas pirenaicas, se salvaron. Los árabes se adueñaron de los territorios llanos, hoy conocidos por Navarra y Aragón.

Los vascos fueron herederos directos de otros de los primitivos moradores de la Península, no romanizados, ni germanizados, ni arabizados, que les legaron la lengua, aún en uso.

Englobar Navarra con Euskadi, nombre que remonta tan solo a fines del siglo XIX, va contra la historia. El nacimiento histórico del Señorío de Vizcaya está ligado con el Condado y el Reino de Castilla, como Navarra lo está con Aragón.

La historia de Vasconia está más unida a la de la Corona de Castilla, sin aquélla no podría entenderse la de España. Elcano, Legazpi, Ignacio de Loyola, Churruca, Unamuno, Maeztu y Pío Baroja, son todos vascos ilustres.

Los cristianos hispano-godos, lo mismo que los hispano-romanos, ante el empuje islámico se refugiaron, desde Asturias a Cataluña, tras la barrera inaccesible de las montañas cantábricas y pirenaicas.

Unos y otros, como Don Pelayo, descendieron más tarde desde las cumbres a la llanura y por aquel entonces navarros y aragoneses ocuparon los valles y las riberas del Ebro.

Las tierras reconquistadas por los navarros, las del Reino de Navarra, llegaron a abarcar toda la Rioja y parte de Aragón, Jaca incluso incluida. Los límites de estos acontecimientos históricos fueron lógicamente variando y en tiempos más recientes Navarra se extendía hasta la desembocadura del Bidasoa, incluyendo la villa de Irún y la plaza fuerte de Fuenterrabía, que más tarde fueron restituidos a Guipúzcoa.

Navarra es una de las provincias españolas emplazada en la zona donde la masa pirenaica pierde su imponente densidad. Su suelo forma una depresión entre la cordillera cantábrica y la pirenaica, por ello es el paso más accesible que hay entre España y Francia por occidente. Al borde de la fosa tectónica del Ebro viene a participar de la influencia cantábrica, de la mesetas castellana y de la más lejana mediterránea. De ahí la variedad de su clima que se refleja en la casa navarra y justifica y explica la variedad de sus tipos.

LA CASA POPULAR NAVARRA

La vida profesional, esencialmente agrícola en toda su comarca, apenas si se diversifica, y esto imprime carácter a sus viviendas populares, en las que nunca intervinieron técnicos, ni menos aún arquitectos. Los propios aldeanos se bastaron por sí mismos, demostrando su habilidad en el manejo de los materiales empleados, hubo siempre oficios diversos.

Casa navarra

Casa navarra

Caserío vasco

La utilidad impera sobre otros objetivos, se juega con un número limitado de elementos, por lo que en sus casas, las de sus diversas regiones, puede observarse tienen cierto aire de familia. Si el clima y los materiales de que disponen son y fueron los mismos, es por lo que se parecen a las del País Vasco, y a las de la montaña santanderina, a las asturianas y a las gallegas de la España lluviosa.

En general las casas navarras tienen un cierto aire de distinción, armonía y solidez. Sus líneas y masas están equilibradas, acusando al mismo tiempo una conciencia constructiva. Todo parece hecho a base de sentido común y con el sano propósito de hacerlo lo mejor posible. Conocida es la habilidad de los canteros vasco-navarros, tanto como la de sus carpinteros.

En zonas tan diversas como las de la provincia de Navarra, la variedad de tipos es grande, dentro de un denominador comun, al depender la vida de los navarros casi exclusivamente de la agricultura, sus viviendas responden, en su distribución interna, a satisfacer del mejor modo a las necesidades que el trabajo agrícola impone.

En los esquemas tipológicos que acompañamos, vemos que dentro de su simplicidad aparecen ejes en la composición de sus fachadas que acusan la simetría y el orden frente al desorden, aún en las edificaciones más elementales de pequeños caseríos aislados. Como producto popular la casa navarra acusa la influencia del medio geográfico. Así vemos ocupando áreas geográficas distintas a la casa de piedra y a la de tierra, inclinarse más o menos las cubiertas según el régimen de lluvias o de nieves. La doble pendiente de sus cubiertas se observa en las zonas en que más nieva, por contribuir a expulsar la nieve.

El balcón secadero, tan característico de sus fachadas, se extiende más en unas zonas que en otras.

La casa navarra nos expresa con claridad, cómo viven sus habitantes, signos exteriores nos manifiestan el nivel medio de vida, sin duda más elevado aquí que en otras regiones. El paralelismo entre las formas de la arquitectura, empezando por las más elementales

de arquitectura popular, y los materiales disponibles se muestra perfectamente en la historia de la arquitectura de todos los tiempos.

Durante mucho tiempo el hombre se vio obligado por falta de conocimientos a emplear los materiales para la construcción de su casa sin transformarlos, madera, piedra y tierra, comenzando por el uso exclusivo de la madera en los palafitos. En la vivienda popular navarra sus materiales son la piedra y la tierra para los muros y la protección de las cubiertas, y la madera para los pisos y cubierta.

La sencillez y la sinceridad, características como ya hemos observado en todo lo popular, ha conducido a los navarros al empleo de la madera, la piedra y la tierra, sin tener otra cosa en cuenta, de un modo despreocupado, que la manera de hacer trabajar más eficazmente a estos materiales. Las cubiertas, sus formas y su evolución responden a la madera que en ellas se emplea, sus dimensiones limitadas por la longitud de los pares, por el coste, el transporte, su resistencia, distinta de unas a otras, así como su duración.

Como dice Brunhes: «El clima se traduce principalmente por la forma del tejado».

Urabayen, a quien se debe el mejor estudio sobre la casa navarra, dice: «La superficie de la cubierta aumenta de una manera general en relación con las dimensiones de la planta de la vivienda, cuanto más húmedo y frío el clima, la cubierta excede proporcionalmente en extensión a la de la planta de la casa, adoptando diversas formas, como el alero saliente o la mayor inclinación de las vertientes».

Los gráficos establecidos por Urabayen son expresivos y claros. Las inclinaciones de las cubiertas, según sus observaciones, son de 10 a 20° , de 20 a 40° y de 40 a 50° .

Las pendientes mayores se extienden desde Espinal a la frontera con Huesca, ocupando las altas tierras pirenaicas del curso superior de los ríos Urrobi, Irati, Salazar y Ezca.

El tipo de 20 a 40° se halla al oeste y sur en la zona anterior y su límite meridional sigue el curso del río Ega hasta Estella buscando luego el del Arga hacia Ibero, y continuando por él hasta Huarte, de donde marcha hacia Urroz, en dirección a Domeño.

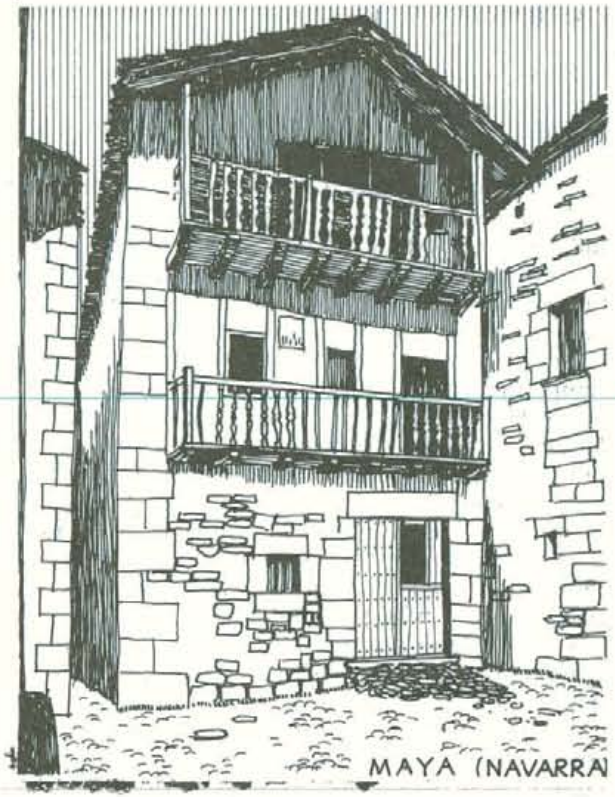
Al sur de esta zona el tipo es de 10 a 20° . Su límite meridional pasa cerca de Belascoain, Tiebas, Aibar, Liedena y Yesa.

En el resto de Navarra, al sur, domina el tipo 10 a 20° .

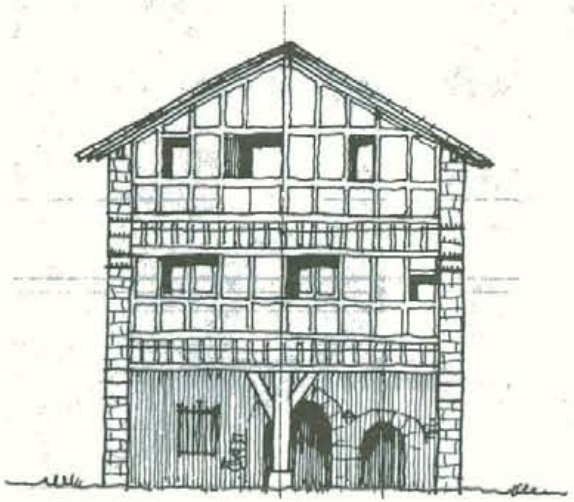
En la zona de abundantes nieves se imponen las cubiertas de gran inclinación, que si fuesen a dos aguas presentarían una gran extensión a la nieve y al viento, lo que obliga a las cuatro aguas que son más resistentes. Los constructores atacando ingeniosamente esos inconvenientes idearon las cubiertas con doble pendiente, una, la más fuerte a partir del caballete, y la segunda, menos inclinada, y cerca de los aleros.

Los tipos de cubiertas, según las zonas, pueden ser cuatro: el de cuatro aguas con caballete perpendicular a la fachada; el de dos con caballete, paralelo a la fachada; y el de una agua. La elección de uno u otro, de estos tipos suele ser por razones económicas, más que geográficas.

El aspecto más artístico de las calles de Vera, Lesaca, Navarte, Elizondo, Maya, Almandoz y Goizueta se debe en gran parte a la disposición de los cabelletes de sus cubiertas, perpendiculares a las fachadas de las casas. Goizueta es uno de los pueblos navarros de mayor interés, así, Joaquín Irízar, afirma en su libro «Las casas vascas», «el siglo de oro de las artes españolas fue el siglo de oro de la arquitectura de Goizueta». Las casas de Goizueta conocidos por los nombres de «Granada», «Yandunea», «Urrutinea», «Aristi» y algunas otras de Lesaca, Santesteban y Maya, que presentan las fachadas principales con entramado de madera, apoyándose el gran balcón típico navarro en las viguetas del piso, reforzadas con tornapuntas del más bello efecto, causan verdadera sorpresa, señala el Sr. Huici, en su prólogo a la obra de Urabayen: «Si bien responden al modelo de la vivienda urbana navarra, tienen un aspecto artístico de singular belleza, muy diferente del que presenta la generalidad de las casas del país, en las que sólo ha presidido la idea de utilidad, prescindiendo de la ornamentación».



Maya (Navarra)



Goizuela

LAS BARDENAS REALES

Especial mención merecen la amplia zona de Navarra conocida por las Bárdenas Reales, de 35 por 25 kilómetros, ubicada en el sudeste de la provincia, lindando con Aragón, con los partidos judiciales de Ejea de los Caballeros, y Sos, por el norte con el de Tafalla, por el oeste y sur con el de Tudela.

Unos estiman fue, en el pasado, la Bárdena un verdadero vergel, con frondosos bosques y jarrales, otros que nunca fue otra cosa que un paraje desértico y desolado, el que hoy contemplamos. Sólo quedan los árboles del vedado de Egueras y los pinares de Carcastillo. El aprovechamiento principal de La Bárdena, inmemorialmente, fueron los pastos según las antiguas leyes y ordenanzas, con medidas protectoras de la ganadería, con sacrificio de la agricultura sobre tierras pobres, desierto difícil de poner en cultivo, clima ardiente y reseco o de lluvias torrenciales.

La ganadería gozaba del favoritismo oficial, los pastos eran los que prevalecian. Todo pasó a la historia.

Se puede afirmar que esta zona carecía de una población permanente, existiendo, cuando más, sólo pobres corralizas que los labradores podían habitar en los meses dedicados a las labores agrícolas, y servirles de refugio a los pastores cerca de sus rebaños, como ocurre en todas las regiones de nuestra península de similar geografía.

Como edificaciones sólo puede hablarse de alguna ermita, como la de Santa Margarita, aneja de la Parroquia de Santa María Magdalena de Tudela.

El disfrute y aprovechamiento de la Bárdena corresponde a perpetuidad al Monasterio de la Oliva, ciudades de Tudela y Corella, valles del Roncal y Salazar y villas de Arguedas, Valtierra, Fustiñana, Cabanillas, Cortes, Buñuel, Cadreite, Milagro, Villafranca, Marcilla, Funes, Peralta, Falces, Caparroso, Santacara, Mélida y Carcastillo, todos con semejantes privilegios.

La Bárdena actual es eminentemente un terreno arcillosomargoso, en el que por las intensas erosiones padecidas multisecularmente llegaron a formarse relieves verdaderamente alucinantes, según Salinas Quejada en su Tema de Cultura Popular.

La Bárdena recuerda y reproduce los trazos más característicos del desierto africano, que el geógrafo F. Hernández Pacheco distinguió entre las zonas más deprimidas del país.

LA RIBERA

Así se denomina la zona sur de Navarra, entre tierras castellanas de Soria y de Rioja, y aragonesas de la provincia de Zaragoza. En ella alternan los secanos con los regadíos, los grandes desiertos con poblaciones de importancia. Una parte de Navarra es eminentemente agrícola, merced a los ríos Arga, Aragón y el Ega, afluentes del Ebro en su margen izquierda, y el Alhama por la derecha.

Mondragón

De la Ribera también forman parte las Bárdenas Reales, antes mencionadas.

De situación singular, equidistante de Zaragoza, Logroño y Pamplona, se encuentra Tudela, que fue escenario de las penetraciones árabes y vigía de fronteras entre navarros, aragoneses y castellanos, junto a un importante tramo del Ebro, domina la Ribera oriental, centro de esta zona cada día más importante y de mayor interés socio-económico, gran centro industrial también.

La Mesta, histórica asociación de ganaderos españoles, en realidad una Orden de Caballería, más importante que las otras cuyo Consejo tenía, según sus historiadores, más poder en la economía española que el Consejo de Castilla. Los ganaderos poseían caminos propios, exclusivos, por donde hacer circular sus ganados, las famosas cañadas, que cruzaban los campos de Castilla desde León hasta Extremadura y Andalucía, que los labradores no podían roturar, en cambio los ganados podían pastar en las tierras no cercadas por donde atravesaban durante su trashumancia. La Mesta, dice el historiador francés F. Brandel, en su obra «El Mediterráneo y el mundo mediterráneo en tiempos de Felipe II», era un sistema grandioso de organización política, económica y social, en las mesetas de las dos Castillas.

Las ciudades pastoriales, caravaneras y laneras, se hicieron urbes industriales y comerciales; Segovia fabricaba paños; Burgos organizaba el envío de las lanas a Flandes por Santander y Bilbao.

Las ovejas merinas procuraban su lana famosa al mercado de Londres, durante los siglos XVIII y XIX. (Véase «Los pasos contados» de Corpus-Barga.)

Los caseríos navarros, bien dispersos o agrupados en aldeas son, como en otras regiones de la España lluviosa, las viviendas permanentes de los cultivadores de mayores o menores propiedades rurales en el agro nava-

Oronoz-Baztán

Valle de Baztán (Navarra)

rro. Sus elementales programas, al igual que en otras regiones, se disponen en relación con los cultivos que ellos deberán de sembrar, cuidar y cosechar.

Los cultivos del maíz o la patata y el empleo de éstos principalmente hoy, como alimento, no se generaliza hasta las guerras napoleónicas. La patata fue introducida en Europa, como es sabido, por el francés Parmentiere.

Los árboles que siempre rodean los caseríos son los de los bosques de las montañas vecinas, como el haya o el roble, que forman los bosques más o menos extensos, especies por lo tanto indígenas. Otros que también vemos, como el aliso, el fresno, abedul, arce, álamo o sauces, que bordean los caminos, fueron introducidos por los romanos, juntamente con el castaño, que encontramos en todo el norte de la península.

El mismo origen tienen los bellos olmos que con tanta frecuencia observamos en las calles y plazas pueblerinas alavesas y navarras.

En cuanto a los frutales, el nogal es posible sea el más antiguo, no tanto el avellano y el peral.

Frutales de fruta de hueso como el cerezo, alberchigo, melocotonero y níspero, también los cultivan en los huertos próximos a los caseríos.

De aparición más reciente son las acacias, plátanos y sicomoros, especies de alineación que bordean las carreteras y las propiedades. Los pinos y sus pinares, tan bellos, cantados por Rubén-Darío, son aún más recientes, los que más han modificado la fisonomía del paísaje vasco por la acción del hombre. Están en cambio en decadencia los cultivos de la viña, avena, mijo, centeno y cebada. La separación entre propiedades se hace con plantaciones de arbustos como el espino, el acebo y el quejigo.

Divisiones más duraderas en el campo las vemos también realizadas con paredes de cal y canto, lajas de pizarra donde ésta se encuentra, o con otras piedras en forma de losas colocadas verticalmente, como en Galicia.

Aún vemos otras soluciones más rústicas, el empleo de estacas de madera y de ramas secas, entre estaca y estaca.

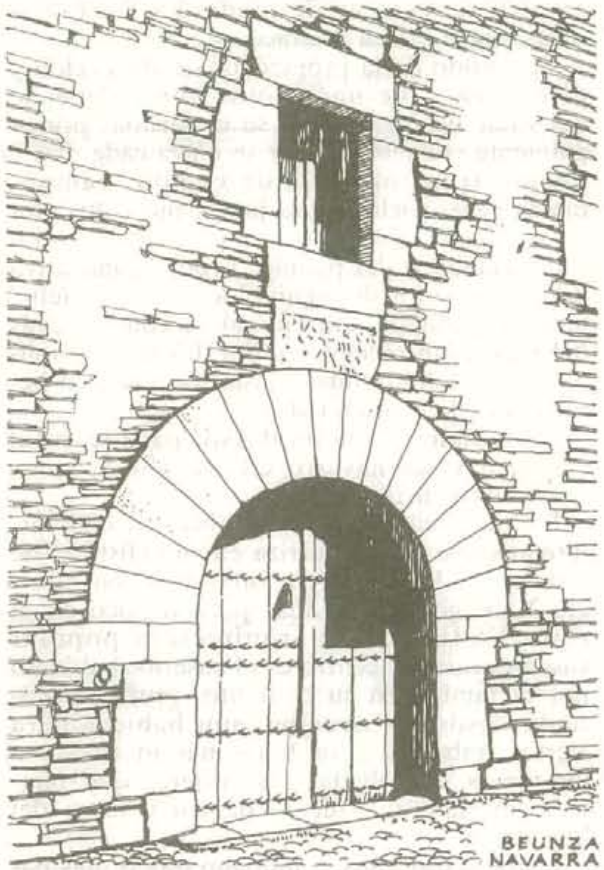
El sentido de la propiedad, su afirmación y delimitación, de una u otra forma depende del valor del suelo y de su extensión, principalmente cuando su valor se eleva cada día, y llega a transformarse de campo, campo, tantas veces incluso que jamás fue cultivado, en solar edificable, o por la extensión natural de la ciudad o del pueblo, o por la iniciativa de un promotor de alguna idea, a veces feliz, otras disparatada, enfrentándose con las leyes del suelo, tan recientes y tan difíciles de aplicar por la falta de una legislación justa en beneficio de la comunidad.

Poco tiene de natural este paisaje rural vasco, o vasco-navarro creado por la constante intervención humana.

Puntualizando algo más sobre los cultivos, diremos que según Iturriza en su «Historia de Vizcaya», la alubia se introdujo en el siglo XVI, generalizándose poco a poco en el siglo XVIII. De la arquitectura popular vasco-navarra el centro es el caserío, habitado por la familia en su conjunto, grupo constituido desde los abuelos, aún habidas para ciertos trabajos, a los hijos más jóvenes y a los nietos, sin olvidar las mujeres que también aportan su esfuerzo dentro y fuera del hogar.

Unase a este núcleo humano una o más parejas de vacas, según la fortuna o la extensión de la propiedad o tipo de arrendamiento, y una indispensable variedad de aperos, hasta fines del siglo XIX, de fabricación casera, local o regional, hoy, claro es, más perfeccionado, práctico y útil, existe en el mercado, cuyos centros de producción, para todo el norte, se encuentran en Pamplona y Vitoria, manufacturas de gran solera cuya maquinaria se vende en todas partes.

El caserío actual se alza, como es lógico y ocurre en todas las regiones, no lejos de las tierras que se cultivan y con frecuencia es compartido por dos familias, suele tener de 4 a 6 hectáreas en Guipúzcoa, y algo más de 10 a 15 en Alava y Navarra. Don Juan Antonio Moguel dice que a comienzos del siglo XIX un caserío pudiente de Vizcaya tenía dos bueyes, dos vacas de enganche, dos de cría,



Beunza (Navarra)

dos novillos, dos terneras, ocho vacas montaraces, un novillo montaraz, dos bueyes de cebar, sesenta ovejas, dos carneros, ocho cabras y un macho cabrío. No nos dice cuántos eran los que vivían bajo el mismo techo, y dependían para su sustento del mismo propietario.

¿Qué superficie de planta o plantas exigiría la convivencia de todas estas gentes y animales?

Los trabajos del campo son muy variados y están regulados por las estaciones, la siembra, la escarda y la recolección. Noviembre es un mes generalmente ocupado por la preparación de las tierras, su abono o mejor del estiércol y la siembra. Diciembre el de la germinación. Abril de la escarda, Mayo el de la hoja. El resto junio-julio, agosto y septiembre, los meses de la recolección, los más ocupados, según los cultivos.

En la zona media de Navarra una familia suele cultivar unas 15 hectáreas, y en las explotaciones alavesas algo menos de 10 a 15. Depende de los autores, en lo que no coinciden nuestras fuentes.

Se tendió a roturar menos terrenos en el siglo XVIII, antes cubiertos de arbolado, matorrales e incluso prados y manzanales, para dedicarlos a otros cultivos, sin pensar en el desequilibrio que de este modo se produciría en la tradicional economía pastoril, ganadera e industrial.

El aumento por aquel tiempo de las zonas de labranza en Guipúzcoa y Vizcaya contribuye a modificar el paisaje natural en algunas zonas.

Julio Caro Baroja nos hace saber, entre otras cosas, ya que sin su lectura nada se puede escribir del País Vasco, que la Navarra actual no corresponde a la antigua Vasconia. Pero desde un punto de vista territoral, puede decirse que es como una Vasconia achicada. Tampoco las tres provincias vascas corresponden a las divisiones, que no es precisamente administrativa, sino lingüística. Dentro de cada valle en su paisaje vasco típico, observamos la dispersión de sus caseríos, como ocurre en las parroquias gallegas, de las que nos ocupamos en otro lugar, y en los Concejos asturianos.

La base social, económica, administrativa y religiosa de la vida vasca (como la de otros países de Europa) se halla en un «núcleo» de construcciones en número mayor o menor, que es el «pueblo» en sí.

Este núcleo, según J. C. Baroja, se halla compuesto de casas agrupadas de modo diverso, formando pueblos o poblados enclavados en lugares distintos, combinando los datos orográficos e hidrográficos, establece tres clases:

1) Los situados en una ladera o pendiente, sobre un río o arroyo.

2) Los asentados en un cerro o meseta, próxima también a ríos.

3) Los que se extienden por la parte más baja de las vegas o en llanos de mayor o menor extensión, igualmente regados.

En Vizcaya, donde el paísaje es más abierto, los núcleos son con frecuencia del primero y último de estos tipos.

El más sencillo de estos «núcleos» está constituido por unas cuantas casas con huertas y cercados adheridos que dejan entre sí un espacio o plaza irregular. A veces varias de éstas, a modo de plazas, estan unidas por calles o carreras.

La famosa canción del poeta vasco-francés Elizamburu, que J. C. B. nos hace conocer, ha popularizado un tipo clásico de caserío. Su traducción al castellano es:

«¿Ves al nacer la aurora, en lo alto de una colina, una casita blanquísima en medio de cuatro grandes robles, un perro blanco a la puerta y al lado una pequeña fuente? Allí vivo yo en paz».

La aldea típica alavesa, característica que tantas veces hemos visto y atravesado, consta de varias casas de labor agrupadas, pero no unidas; una iglesia; una casa concejil o cural; un molino, y algún otro edificio de uso común (lavadero público).

Junto a estos caseríos o casas hay algún huerto cercado, y más lejos las tierras que sus pobladores cultivan. En el horizonte, más o menos altas, las montañas que sirven de marco a los valles más o menos abiertos o cerrados.

Los bosques que abundan en el País Vasco-Navarro son elementos de equilibrio de la Naturaleza y productores de madera, imprescindible para el hombre en toda la historia, influyen sobre el clima, la salud y bienestar de sus hombres. En las zonas de influencia forestal, tanto el frío como el calor son menos intensos que en esas tierras cerealistas de la meseta, tan extensas que carecen de arbolado.

Los árboles toman del suelo y del subsuelo cantidades considerables de agua, que envían a la atmósfera influyendo sobre la temperatura y sobre la pluviosidad. Donde llueve las tierras son más productivas.

Las hojas y las ramas caídas en el suelo son las primeras materias del humus, protegiéndola de la erosión de los vientos, y permi-

tiendo que el agua se infiltre en el subsuelo de modo más lento y regular.

La acción erosiva es más intensa en unas zonas que en otras. En amplias áreas del SE de la Mancha y de algunas comarcas de Aragón, la capa de tierra vegetal casi ha desaparecido. Las lluvias tan frecuentes y continuadas en el País Vasco-Navarro eliminan los elementos nocivos del aire siendo por ello muy beneficiosas en las zonas industriales, en buena parte concentradas aquí.

Soportales

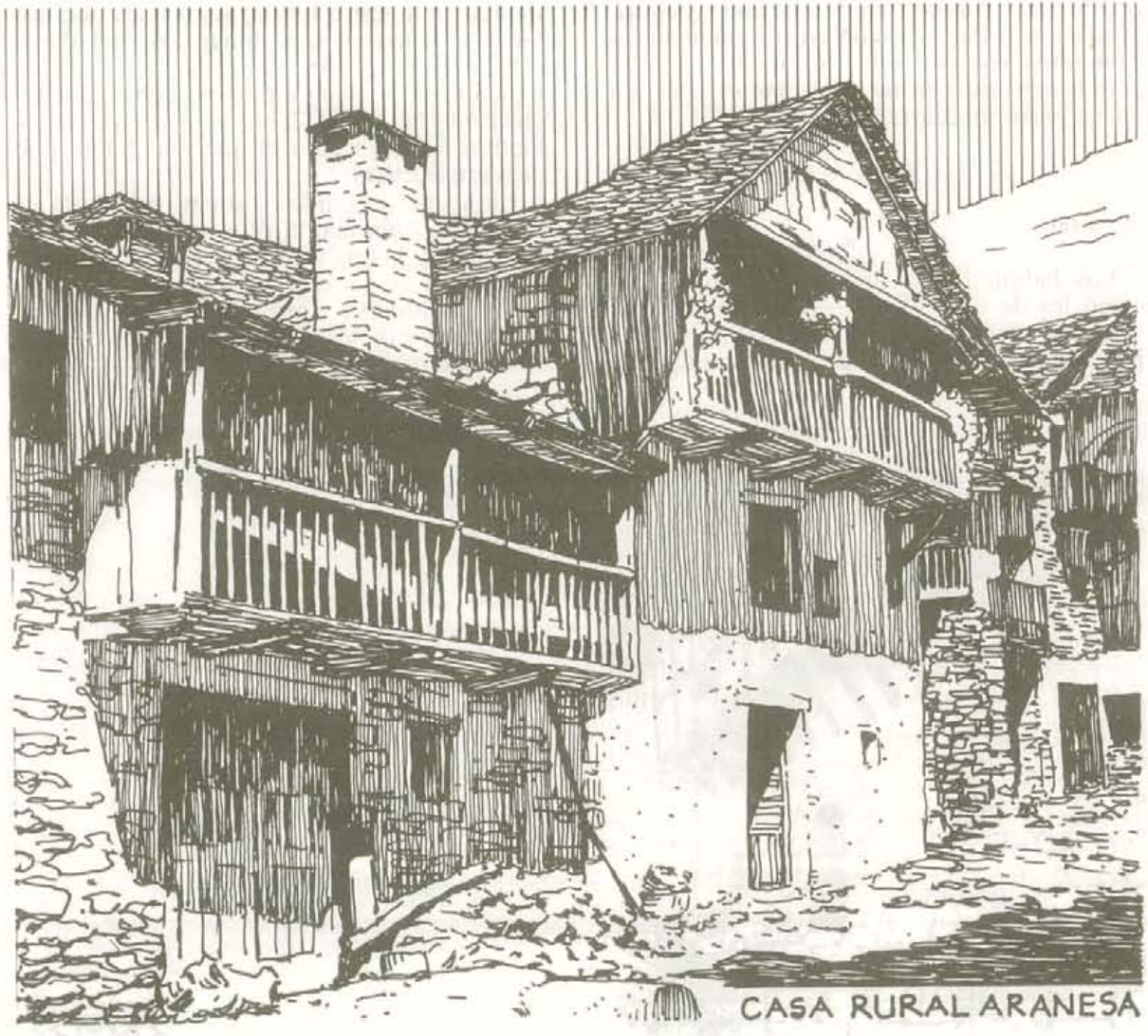
Los habitantes de las regiones lluviosas, como los de todo el norte del país, conocen la importancia de las plazas porticadas o de las calles con soportales, por los que se puede circular sin mojarse, cuando en la plaza o en la calle la lluvia es pertinaz.

Gracias a estos soportales las ciudades, los pueblos e incluso las casas aisladas, que también los tienen, se hacen más confortables al permitir la vida al aire libre, aún cuando el tiempo se muestre hostil. Soportales que invitan a la convivencia y donde los ciudadanos, o lugareños, se reúnen en ellos paseando lentamente en pequeños grupos, conversando o abusando del monosilabo, ya que en estos coloquios suele ser uno el que más habla y los demás escuchan.

En los países cálidos o secos, más de la mitad de la península, el soportal desaparece de sus calles y plazas y reaparece, en cambio, en el interior de las casas, en sus patios, protegiendo al hombre contra los excesos del caluroso clima y de los rayos del sol, pero éste no es el caso de Navarra.

■ ■ ■

Aranguren



CASA RURAL ARANESA

Arquitectura regional Aragonesa.

La casa alto-aragonesa

Cuanto expongamos en este capítulo tendrá en buena parte su apoyatura en el estudio rubricado en Huesca por Don Ricardo del Arco, sobre la *«La casa alto-aragonesa»* el verano de 1916, publicado después en la revista ARQUITECTURA, de la Sociedad Central de Arquitectos. El mismo año había publicado, iniciando estos estudios, «Antiguas casas solariegas de la Ciudad de Huesca». Fue Don Ricardo del Arco de los primeros que se interesaron por la arquitectura aragonesa, como continuador de la obra ingente de Lampérez, que fue nuestro maestro en los últimos años de su magisterio: «Dice, muy bien, que esta arquitectura familiar está íntimamente ligada, más aún, responde a las costumbres y a la modalidad de las generaciones que nos precedieron en el curso del tiempo».

«Mira la casa y deducirás al punto el modo de ser, la actuación histórica de la sociedad. Las costumbres responden a la ruta de la evolución interna».

Aunque sin valor artístico, hablemos de la significación de la casa solariega lugareña aragonesa, más singular y atractiva cuanto más enclavada está en la montaña. El casal es el eje de la vida rural.

La historia de la casa es la historia de la humanidad. El propósito de Ricardo del Arco era el estudio de la casa rural, al palacio solariego, a la casa *infanzona*, ampliando este estudio a la casa común del pueblo y a las Casas Consistoriales.

Antes de 1915 había escrito: *«Algunas indicaciones sobre antiguos castillos, recintos fortificados y casas solariegas del Alto Aragón»*, con destino a la Exposición de Turismo que se celebraba en Londres.

En ocasión del primer «Congreso de Historia de la Corona de Aragón», había escrito, el arquitecto Puig y Cadafalch, en el segundo volumen de «Memorias y Trabajos», de dicho certamen:

«Es sin duda el problema arqueológico más difícil reconstruir lo que fue la habitación humana: la casa. Es, por una parte, la obra menos documentada y de la que restan menos ejemplares a estudiar: y por otra parte, es la que mejor retrata la vida real, es la obra arquitectónica que mejor refleja el modo de ser del pueblo y las relaciones entre unas y otras razas, y lo que hay de permanente en las antiguas ideas. A menudo en la Historia de la Arquitectura, el templo está hecho con un arte aristocrático, con un arte de pocos; la casa es siempre obra de todos, arte popular salido de la misma vida; el templo, a veces, es obra de un arte extranjero; la casa es siempre arte nacional, como surgido del mismo suelo. La arquitectura de la casa es un arte permanente; no lo es el templo, venido ora del Oriente, con formas impuestas por artistas italianos, ora del Occidente o de Francia, traído por las Ordenes religiosas que se afanan por dictar un método universal».

Alto Aragón

Ya en 1878, Lucas Mallada en su obra «Descripción física y geológica de la provincia de Huesca», estudió la orografía, la hidrografía, el clima, el suelo y el subsuelo del Alto Aragón, señalando la influencia de estas condiciones en la vida de sus moradores.

El clima, los accidentes del terreno, la facilidad o dificultad de las comunicaciones, la altitud, la abundancia o escasez de productos

Ansó

para el sustento, pesan de manera evidente sobre la vida rural familiar: la casa albergue de la familia son símbolo de la institución familiar. Joaquín Costa en su *«Derecho consuetudinario del Alto Aragón»*, lo estudia magistralmente.

El terreno en esta región es muy accidentado y puede dividirse en cuatro zonas: la pirenaica, la subpirenaica, la central y la meridional.

Zona pirenaica

La primera de estas zonas se extiende de este a oeste, de Hecho a Benasque, protégenla al norte los Pirineos, de los que des-

Ansó (Huesca)

cienden los ríos Esera, Cinca, Aza, Gállego, Aragón y el Noguera-Ribagorzana.

Con altas montañas su clima es duro, con fríos y nieves más de la mitad del año, sus habitantes se ven forzados a una intensa vida doméstica. Sus medios de vida son el recrío del ganado lanar y mular y la explotación forestal de sus bosques, su madera y su leña.

Hecho, Ansó, Biescas, Broto, Bielsa, Plan, Gistau y Benasque son los pueblos más importantes de esta alta zona cuyas características edificaciones estudiaremos con detalle más adelante.

La zona subpirenaica, en menor grado, es semejante. Su frío no es tanto y menos duradero, permite el cultivo de cereales. Sus valles son más anchos y amplios, y sus comunicaciones entre los pueblos más fáciles también.

La zona central, con sus sierras de Loarre, Gratal, Guara, Sevil y Alquezar, goza de un clima más benigno y estable, lo que contribuye a que el cultivo de los cereales sea más intenso, cultivándose también la vid y el olivo. Las actividades agrícolas duran aquí todo el año.

En la zona meridional, aunque sea seco su clima, existen extensas zonas de regadío, de las aguas del río Cinca que las atraviesa en su parte oriental.

El tipo del casal familiar varía en cada una de estas zonas. La casa se acomoda a las condiciones climáticas y geográficas según principio tan antiguo como lógico, dando lugar a tipos distintos de viviendas populares rurales.

Las características expuestas por Puig y Cadafalch en la obra antes citada, para la casa rural catalana, son válidas en el caso del Alto Aragón. La casa rural, en este caso, procede de la antigua villa romana. La estructura y distribución se conservan, así como usos y costumbres hasta el día, con pocas diferencias como en los tiempos románicos. Fuerte es la supervivencia de este arte en Torla, Benasque y Ainsa, en la zona pirenaica, como en Abriada, Lecina, Velilla y Roda en la subpirenaica. Los estilos románico y gótico en la arquitectura rural se manifiestan en esta región como en las otras, tan sólo por el enmarcado pétreo, de las ventanas ó de las puertas principales. La casa es en esta zona como el paisaje en que se asienta y la rodea: severa, escasa de adornos.

Encontramos pueblos de fuerte pasado e historia como en Ainsa, uno de los más interesantes, con construcciones domésticas del siglo XII al XV, y también casas solariegas en Anso, Hecho, Benasque, Bielsa, Fanlo y Torla, ya antes mencionados, llenos de interés para este estudio.

Pocos vestigios en esta zona de fortificaciones y defensas como no sea la torre lateral y los matacanes sobre la puerta de la casa de Juste en Benasque, o en el palacio de los Condes, o en la Casa Consistorial de Bielsa.

La casa rural de esta zona pirenaica del Alto Aragón es de sencillo aspecto, repitiéndose en sus casas la puerta de grandes dovelas, galería o balcón corrido sobre la

Broto-Puerta

puerta, cubierta a dos vertientes, muy pronunciadas, que sostienen grandes o pequeñas lajas de pizarra. En sus fachadas sólo vemos escasos huecos de luces, de pequeñas dimensiones, aunque también veamos ventanas, algunas con mainel, que procuran una mayor iluminación a las estancias y permiten composiciones más variadas a sus fachadas.

En cuanto a las plantas varían también poco en esta zona, ya que las necesidades suelen ser las mismas, en función de las ocupaciones y actividad agrícola de sus moradores, dedicados, como vimos, principalmente a la ganadería.

El número de las dependencias varían según el acomodo, posición económica decimos hoy, de sus propietarios, ya que siglos pasados vivían en los pueblos tanto los ricos propietarios como sus servidores, e incluso

Gistaín (Huesca)

bajo el mismo techo, en muchos casos era una vida conocida por patriarcal. Clases las hubo siempre.

Los malos caminos impedían o hacían difíciles los desplazamientos, las comunicaciones, y las mulas debían de ser incómodas. Un patio empedrado, ingreso común a la casa de personas y de caballerías, comunicaba con la cuadra, siempre junto a ésta el depósito para el heno, bodegas, leñera, pilas de aceite y grano para el uso. Las casas tienen normalmente dos plantas, por lo que desde este patio arranca la escalera que conduce a la planta superior, ocupada por los propietarios, llamados dueños o señores.

En la planta baja se disponía una pieza donde comían los criados o braceros, al lado de otra destinada a una gran cocina, con campana de mucho vuelo y «cadieras», así llamados los bancos de madera con alto respaldo, con mesa movible para poder comer en ella, junto a la lumbre, recocina, pieza relacionada y comunicada con la anterior, despensa, etc.

Al lado opuesto del patio o zaguán, en unas casas encontramos una habitación o salita con dos alcobas para huéspedes. La *«masaderia»* para cerner y amasar la harina, junto al horno para cocer el pan, la vemos en muchas casas acomodadas. Sobre esta planta baja suele haber otra, de menor altura de techos, en la que hay más dependencias o la ocupan los dueños.

Vemos también patios posteriores descubiertos, con acceso desde el portal, y en ellos corrales para el ganado lanar o cuadras para el mular, así como amplia leñera, tan necesaria en todo tiempo por ser el único combustible empleado en aquellos tiempos, tan lejos del butano actual.

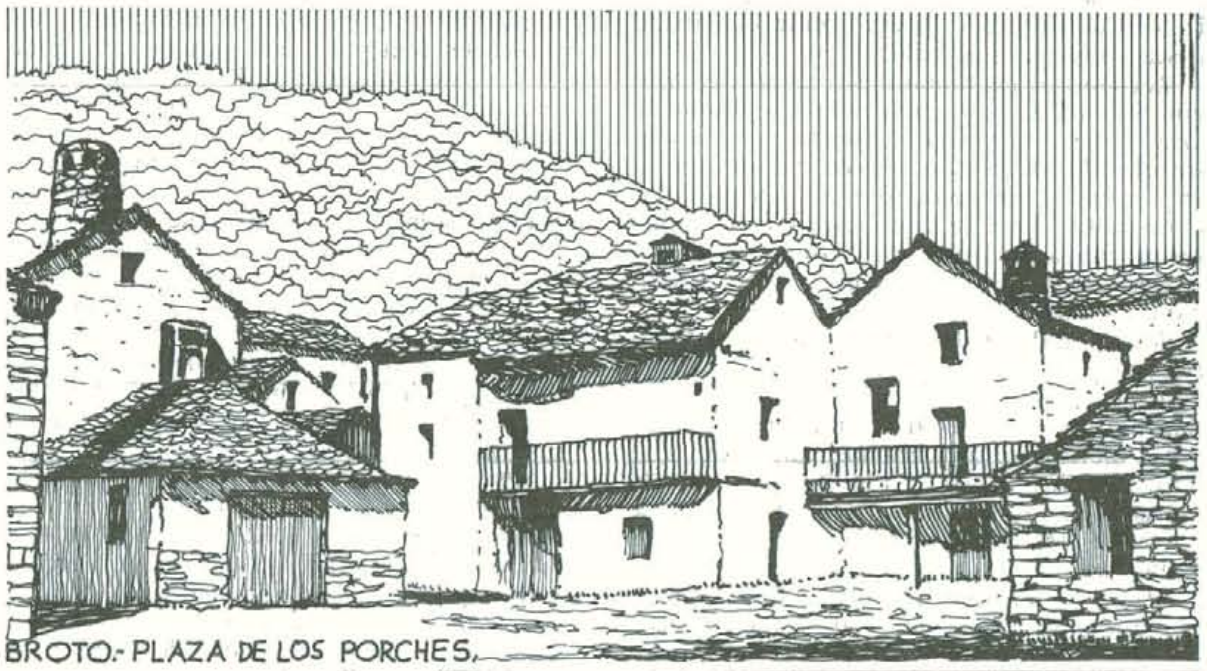
El material de construcción en esta región, como en casi todas las montañesas, es la piedra de pequeños sillares o mampuestos, para la mampostería ordinaria. La piedra labrada en sillares se reservaba para el encuadrado de las ventanas, ángulos o esquinas de las fachadas, y para la puerta de entrada, en muchas casas, con arcos de gruesas y grandes dovelas, sin que esta solución fuese exclusiva, ya que vemos también puertas adinteladas. El tipismo de las casas de estos pueblos se acusa al exterior, tanto en Hecho como en Anso, por sus techumbres con grandes pendientes, cubiertas con lajas irregulares de pizarra y sus grandes y altas chimeneas.

Son pueblos muy típicos los de esta zona los destacados en todos los estudios, los ya citados, conocidos también por sus trajes típicos, que han sido estudiados por distintos eruditos, entre ellos por el propio Ricardo del Arco, en la magnifica revista de Arte barcelonesa, «ESTUDIO» (Mayo 1918)

Es en el Valle de Anso, el último rincón donde perduraron por más tiempo los indumentos ancestrales, trajes severos y pesados, propios únicamente de gentes serias y comedidas. Vestimentas graduables, que adornan con más o menos aparato, según la categoría y solemnidad de los actos en que se empleaban.

Hecho y Anso, en valles distintos, fueron siempre pueblos ricos, con extensos prados propicios al «recrío» del ganado mular, que antes se exportaba a Francia para sus agricultores y para el Ejército, para su Intendencia. La raza de estas mulas era conocida y apreciada en todas las ferias.

En los 188 kilómetros cuadrados del Valle



Broto. Plaza de los Porches

de Anso hallamos más bosques que cereales, legumbres u hortalizas. Aquí todo es bravío; por eso se dan con tanta abundancia el pino, el haya y el abeto.

No son tierras de edificaciones aisladas; donde soplan ventiscas hasta las casas tratan de prestarse calor arrinconándose unas a otras. A lo más alguna borda o pardina, que, en días malos sirve de cobijo al ganado, en todo tiempo se aprovechan para guardar forrajes.

Disponen asimismo en sus términos magníficos bosques, con extraordinarios ejemplares de dimensiones y antigüedad insólitas. En todos los mercados y ferias de la península aparecían estas ejemplares mulas que se cotizaban a altos precios.

La gran riqueza del valle es la cría del ganado, como antes indicamos, con preferencia el lanar, mantenido en los magníficos pastos de sus puertos y en el llano de Aguas Tuertas, donde a veces se reúnen durante el verano hasta 60.000 cabezas de ganado.

Este paraíso de las ovejas se extiende por el valle de Zuriza y por el llano antes citado. El verdor de estos pastos donde el ganado trisca y sestea, es magnífico.

Regado por las tumultuosas aguas del Aragón Subordán, desprendidas de las alturas de Oza, Guarrinza y Aguas Tuertas, se encuentra el valle de Hecho. La capital es la villa importante y sus alrededores se ven poblados abundantemente de caseríos, lo mismo que los montes del conjunto de pardinas y bordas.

Hecho es villa hidalga, cortés y liberal refugio de infanzones.

Poco más de media hora de camino esta *Siresa,* la patria de un gran rey, ya que en tan apartado rincón fue a nacer aquel Alfonso Sánchez que, al heredar de su padre, Pedro I, y por méritos de sus victorias, que le llevaron desde los Pirineos al Mediterráneo, pese a la morisma que se le oponía, hubo de inscribirse en la Historia con el nombre de Alfonso el Batallador.

Torla es también un pueblo muy antiguo, más próximo a la frontera francesa, antesala del Valle de Ordesa, parque nacional, conocido por el Paraíso de los Pirineos y considerado como el más bello de nuestro Pirineo. Su caserío irregular y sus calles empedradas, y la casa de Viu, siempre mencionada como prototipo de las grandes casas solariegas montañesas por cuantos visitaron esta bellísima región, desde el geógrafo francés Lucien Briet, en su libro *«Bellezas del Alto Aragón»,* consecuencia de sus campañas geográficas realizadas durante cinco años consecutivos, desde 1907 a 1911. Su obra fue traducida al castellano y publicada en 1913 por la Diputación de Huesca bajo el Patronato de la Real Sociedad Geográfica Española, edición que figura en nuestra biblioteca, ilustrada con numerosas fotografías y grabados excelentes para la época.

La obra de Lucien Briet no ha sido en su conjunto y género superada, dedícala así: «A la provincia de Huesca dedica esta obra inspirada en el amor a sus gargantas, barracas y montañas». El marco de sus exploraciones y estudios, oficiales franceses, limítase a la parte central de los Pirineos aragoneses.

Digna de mencionar del tan interesante pueblo de Torla es su plaza de la Constitución, por una de sus casas y sus portalones de arcos de medio punto, muy rebajados y dos simétricos ventanales con parteluz, de carácter románico del siglo XII, interesante ejemplar de Arquitectura Civil. Todo el caserío resulta además de singular interés.

Escoain, rústica aldea, que sorprende al hispanista Briet, de la que dice: «Esta villa, bajo la pátina rosácea indeleble que la oscurece, parece destruida y ruinosa por la vejez. Las chimeneas están manchadas de humo; un patio precede a la casa, escalonándose las once que constituyen esta aldea en tres grupos, estando en el centro del último aquélla en que invariablemente se hospedan los pocos extranjeros que han visitado esta comarca».

«Piedras planas de gran tamaño y mucho más fuertes de las que se utilizan como tejas, forman el piso del patio de la casa de Jacinto; la vivienda y el granero están frente a frente, y el horno separado de una y otro».

Bielsa, en esta villa es interesante la Casa Consistorial sobre soportales de cinco arcos semicirculates, disposición que vemos repetida en otros pueblos de la comarca.

La disposición general en la Edad Media de una Casa Consistorial, edificada casi siempre en la Plaza Mayor de la villa, era: en la planta baja pórticos, donde se contrataba; en la alta, la sala de reuniones, el archivo y otras dependencias. Era muy característico en ellas una torrecilla-campanario desde donde se llamaba al Concejo y se tocaba *apellido,* rebato o somatén. Casas Consistoriales con pórticos las vemos en el Alto Aragón, en Bielsa, Graus y Monzón, todas del Renacimiento.

Hay también varias casas solariegas con puertas de grandes dovelas, propias del siglo XVI. Altas montañas cierran detrás el valle dejando sólo paso a Francia, bajando por el abrupto desfiladero de *las Devotas.*

Les - Valle de Arán

Fando, pueblo cercano a Torla, de caserío muy empinado, con algunas casonas solariegas, ricas pero sencillas y severas, a estilo montañés.

Ainsa, es cabeza de la comarca de Sobrarbe, uno de los lugares medievales más típicos de España, Ainsa, para Tomás Royo Barandiarán, es el Toledo aragonés. La ciu-

dad medieval aparece a nuestra vista asentada sobre empinada colina cortada a pico. Las aguas que desde los valles de Ordesa, Broto y Boltaña, forman el río Aza, besan los pies de tan invicta villa al rendirse al mayestático Cinca. La plaza tiene el caserío que la rodea sobre soportales ojivos muy curiosos, de legítimo abolengo románico. Como en todas estas villas esta plaza debió de ser también mercado y centro único de la vida local.

Benasque, el caserío es puramente de tipo montañés, con calles empedradas estrechas, puente en ángulo, con entrada y salida en pendiente, de un solo arco atrevido y esbelto, punteagudos tejados de pizarra. Rancias casas solariegas de las que salieron hombres ilustres, Ferraz, Cornel, Mur, Azcón, Doz, históricos apellidos aragoneses.

La casa Juste, tipo de gran casa fortificada o protegida. Puerta de arco de medio punto, con su encimera armera, con escudo escueto de mármol negro del país. Matacanes protegen la entrada. A la derecha de la casa, torre defensiva cuadrada, con ventanas y almenas. En la casa de Conques hay una portada ojival. Al lado está la casa llamada de los Condes de Ribagorza, con medallones en la puerta y en las ventanas, y tambor en la esquina con escudo de armas debajo. Patios y grandes estancias en el interior. Es casa de aspecto muy señorial del siglo XVI.

Zona subpirenaica

El país de esta zona es generalmente pobre, árido y sombrío, rara vez placentero, ni praderas ni bosques encontramos aquí. Sólo se ven montes oscuros, de alturas desiguales, casi siempre redondeadas en sus cimas. Barrancos tortuosos, secos y estrechos, en el remate de los cuales algun vallejo, rambla u hondonada suele dar asiento a miserables lugarcillos de oscuras y pobres casas amontonadas, cercadas de estrechas fajas de tierras cultivadas, es así como lo ve Mallada.

A pesar de esta pobre visión de estos pueblos y lugares, encontramos villas como Benabarre, Roda, Arcusa, Javierre, Abizanda, Artasona, Lecina, y en ellas importantes

Fago (Huesca)

casas solariegas de un tipo bastante uniforme.

En núcleos de población más importantes como Jaca y Graus, hallamos algunas casas aún más importantes de las antes mencionadas, las comunicaciones ya más fáciles con Huesca y Zaragoza determina una mayor influencia del Renacimiento, del ladrillo visto, que a parte de estos lugares encontraremos hacia el sur. En Graus la casa de Mur es de tipo casi de pequeño palacio, del siglo XV.

Salvo estos casos, las casas siguen siendo severas, encontrando con estas características algunas grandes casas reflejo de extensos patrimonios. La tradición románica ha dejado por aquí muy escasos vestigios.

Salardú-Valle de Arán

Benabarre, su situación y nombre denotan remota antigüedad. Don Andrés Jiménez Soler, rector de la Universidad Zaragozana, entusiasta promotor de los Amigos de Aragón, fue en nuestra juventud guía erudito de aquellas excursiones en las que recorrimos algunos pueblos aragoneses, en muy limitado grupo, escribió sus impresiones: «Recorrimos aquellas callejuelas que tanto semejaban huir del castillo a la desbandada, como trepar hacia él para darle el asalto; no es villa propiamente dicha medieval; sus desgracias la han hecho varias veces ser reconstruida. Ninguna villa de Aragón tiene tantos motivos para no existir, para ser un recuerdo». «Por esto el investigador y el arqueólogo no encuentra en Benabarre ni archivos, ni monumentos, los hombres lo han consumido todo». «Su situación hizo de Benabarre en la Edad Media una formidable fortaleza militar y la dio la importancia política que aún conserva, no obstante haber recobrado Graus la mercantil y social a que le da derecho su aventajada posición. Benabarre impuso a Ribagorza la resistencia a la catalanización, y mantuvo en ella el espíritu de independencia».

Graus rica villa ribagorzana, competidora en su comercio con Barbastro. Tuve ocasión de conocer bien una y otra cuando en 1928 me fue encomendado, en Graus, el monumento a Joaquín Costa, nacido en Monzón, ejerció de Notario aquí en 1846, y más tarde en 1965 contruí además para el INP edificios en Monzón y Barbastro. Atravesé todos los caminos de Aragón, de Jaca a Huesca, Zaragoza, Ejea de los Caballeros, Teruel.

De fuerte tradición, conserva aún Graus ancestrales costumbres, *dances* típicos, como «moros y cristianos» de Levante, *albadas* evocadoras, parecidas a las *albaes* valencianas y a la alborada gallega. En las vicisitudes del Condado de Ribagorza jugó importante papel, siendo asiento de ilustres linajes.

Aquí, en Graus, empezamos a ver los salientes aleros del Renacimiento, tan comunes en la zona central de la provincia de Huesca y en la de Zaragoza.

Jaca, la histórica ciudad, aparte de su Catedral, de la casa frente a su puerta lateral y su Casa Consistorial, carece de monumentos

civiles, y de casas solariegas, que las debió de tener, pero que no las tiene.

El viejo pueblo de *Biescas*, que en muy antiguos mapas vemos escrito Viescas, está emplazado a la orilla izquierda del río Gállego, que vierte en el Ebro, en las proximidades de la ciudad de Zaragoza, está formado por dos barrios, el de San Pedro y de San Salvador, a uno y otro lado del río, unidos por un puente.

San Pedro apenas sufrió daños durante la guerra, en cambio San Salvador estaba devastado en dos tercios de su caserío, por lo que fue remodelado por Regiones Devastadas, creándose la nueva Plaza enfrente del puente, en la que el arquitecto M. Martínez Ubago construyó el Ayuntamiento, inspirado en la arquitectura regional.

Lecina, lugar muy antiguo, ya que el rey Sancho Ramírez lo mando poblar para donarlo a la Iglesia de Alquizar. Tiene casas infanzonas como la «defendida» de Carrausco y la de Sampietro.

Roda está situado en la cima de un alto monte que, a modo feudal, ocupa el centro de un enorme anfiteatro dominado por la mole del Turbón y cruzado por el río Isabena. Fue importante ciudad ribagorzana con su Catedral y Palacio Prioral, cabeza de sede, hoy humilde aldea digna de visitarse.

Zona Central

Su geografía, lomas, cerros y mesetas, por lo común áridos, cortados por numerosos barrancos, aunque encontramos alguna que otra ribera o comarca más productiva como la «hoya» de Barbastro, el Somontano y la «hoya» de Huesca.

La Somontana al pie de las sierras de Guara, Sevil y de Alquezar, es una de las más ricas de la provincia.

Es zona de importantes señoríos antiguos y grandes latifundios. A ellos correspondían enormes casales o palacios defendidos, verdaderas mansiones feudales como Ayerbe, Sietamo, Anzano, Nizano, Torresecas, Castejón de Becha, Pompieu, Corvinos, etc.

Las torres, almenas y matacanes, sus ruinas más bien, les imprime su caracter, y en su mayoría desaparecieron a fin del siglo XVIII, quedan sus paredones, conocidos por *«pardinas»*.

Nos informa Puig y Cadafalch que la disposición de los vecindarios catalanes medievales, todavía conservados en la montaña; las masías de los payeses, esparcidos por doquier, presidiéndolas el castillo defendidos por su posición, y dentro de los muros del castillo la iglesia, a veces suntuosa abadía. Un núcleo de casas forma a menudo un poblado alrededor del castillo: abajo, cerca del río, el molino señorial. No es difícil encontrar hoy este mismo espectáculo, transformado por las costumbres y leyes modernas, igual que en los siglos X y XI se veía la «villa romana» cambiada por costumbres también nuevas. El feudalismo habría estableciendo parcelas de terreno en las cuales se edificaba el casal del cultivador, casi propietario del mismo, donde de padres a hijos se perpetuaba una familia.

Sietamo y *Ayerbe* son expresión de pujantes señoríos. El primero, Sietamo, como tantos otros, en torno al castillo. La torre y el palacio son del siglo XIV. Su torre es robusta, de planta rectangular, junto a ella hay un arco por el que se entraba al castillo desde el pueblo, pasando antes por otra puerta abierta en la muralla. Sigue un pasadizo con dos arcos por el que se accede a la plaza de armas, en la que está el palacio, en el que se cree nació el conde de Aranda.

Ayerbe fue otro de los señoríos. El palacio que ocupa un lado de una amplia plaza, tiene dos torres almenadas en los flancos de su fachada.

Sobre el gran portal de entrada, de arco de medio punto, piedra con el blasón de los Urries. Es, más bien fue, excelente tipo de palacio fortificado.

En el pueblo existen diversas casas solariegas, rematadas por la típica galería o «mirándola» y saliente alero.

Vemos aparecen en esta zona las grandes casas de ladrillo (aunque de tradición antigua, de factura mudéjar), material que da solidez y austeridad a las fachadas, lo que más tarde entenderemos por estilo aragonés, las del siglo XVI con cierta simetría clásica en la composición y ordenación de los huecos de sus fachadas. Aquí aparecen los espaciosos patios, conocidos por «lunas», como eje de la composición de sus plantas, en torno a los cuales se agrupan las diversas dependencias, y desde el cual la gran escalera de acceso al entresuelo y al piso principal, ocupando importante lugar. Por lo general cuatro columnas de piedra, de gusto clásico, lo forman y limitan, disposición que vemos repetida durante varios siglos en numerosas casas del viejo Barbastro, Huesca y Zaragoza, con variantes más o menos ricos de decoración. Las reminiscencias clásicas, griegas y romanas son sus más lejanos antecedentes.

Los ejemplos de casas solariegas de este tipo en Huesca fueron estudiados, como ya mencionaremos, por Ricardo del Arco en 1918, en publicación en que las inventarió.

Casi ninguna de estas casas conservaron su

disposición primitiva y en su mayor parte han desaparecido, pertenecían a los finales del siglo XVI.

Al estudio de Lampérez, *«Las ciudades españolas y su arquitectura municipal al finalizar la Edad Media»* (1917), remitimos a nuestros lectores, en el que se trata desde el trazado de sus ciudades, su urbanización, sus caseríos, palacios, torres señoriales, iglesias, edificios municipales, murallas y puentes.

En esta zona central, la antigua y noble villa de Alquezar es la más importante que mencionar por encontrar en ella la supervivencia medieval. Su posición estratégica, sobre enormes acantilados sobre el río Vero, determinó que fuera disputada por moros y cristianos. Su notable castillo merece ser visitado, a cuyo abrigo refúgiase su caserío pintoresco de gran sabor medieval. Arabe es su sombra. Su Colegiata, que forma parte del castillo, fue residencia del Prior.

Sorprende tropezar en tan apartado lugar de la provincia de Huesca, una iglesia con la suntuosidad de la que el rey Sancho Ramírez hizo levantar dentro de la fortaleza del castillo.

A primera vista nada queda de aquel esplendor que alcanzase a principios del siglo XVI, cuando después de haber llegado casi a desaparecer el culto durante el siglo XV logró el título de Colegiata y contaba con la friolera de catorce racioneros.

La villa de Alquezar es grande para estar situada en lugar abrupto, y su aspecto, no por ancestral, deja de revelar pretérita importancia.

Las antiguas viviendas de Alquezar deben de datar de los siglos XIII y XIV, son muy pequeñas y con escasos huecos en sus fachadas, conservan su primitivo carácter ya que el Renacimiento no dejó apenas vestigios en ella.

En esta zona central existe también el castillo de Loarre, que asimismo es digno de visitarse.

Zona meridional

De peor suelo y clima menos uniforme que el Somontaño, los productos de estas tierras al sur de Barbastro, en el marco de barrancos, picos y llanos más bien sombríos, son más pobres. A la derecha del Alcanadre y del Cinca, hasta los confines meridionales de Zaragoza, se extiende la parte más seca y desolada de la provincia, constituida por la sierra de Alcubierre y los Monegros.

Tamarite y buena parte de su término cuenta con dilatadas llanuras, conocidas por el nombre de Litera, con excelente suelo agrario, muy productivo.

A la orilla izquierda del Cinca se hallan los ricos términos de Estadilla y Fonz.

La parte más feraz es la comprendida entre Alcolea y Fraga.

Por su margen izquierda, también entre Abalate y Belvez, se extiende una huerta de nueve kilómetros. Desde Fraga a Torrente son todo huertas con bosques de olivos, higueras y frutales.

En muchos de los pueblos de esta comarca se acusa un cierto mudejarismo en sus trajes, fiestas y costumbres. Zaidín, Calasanz, Ballobar y Fraga, sus caseríos, por su trazado de sus calles, tortuosas y empinadas, recuerda el de otras ciudades de origen musulmán.

Dado que en esta zona el clima es más benigno, los labriegos cultivan las huertas, que exigen trabajo más esmerado, que les procura la subsistencia, dan menos importancia a la habitación, a la que se recogen sólo al anochecer.

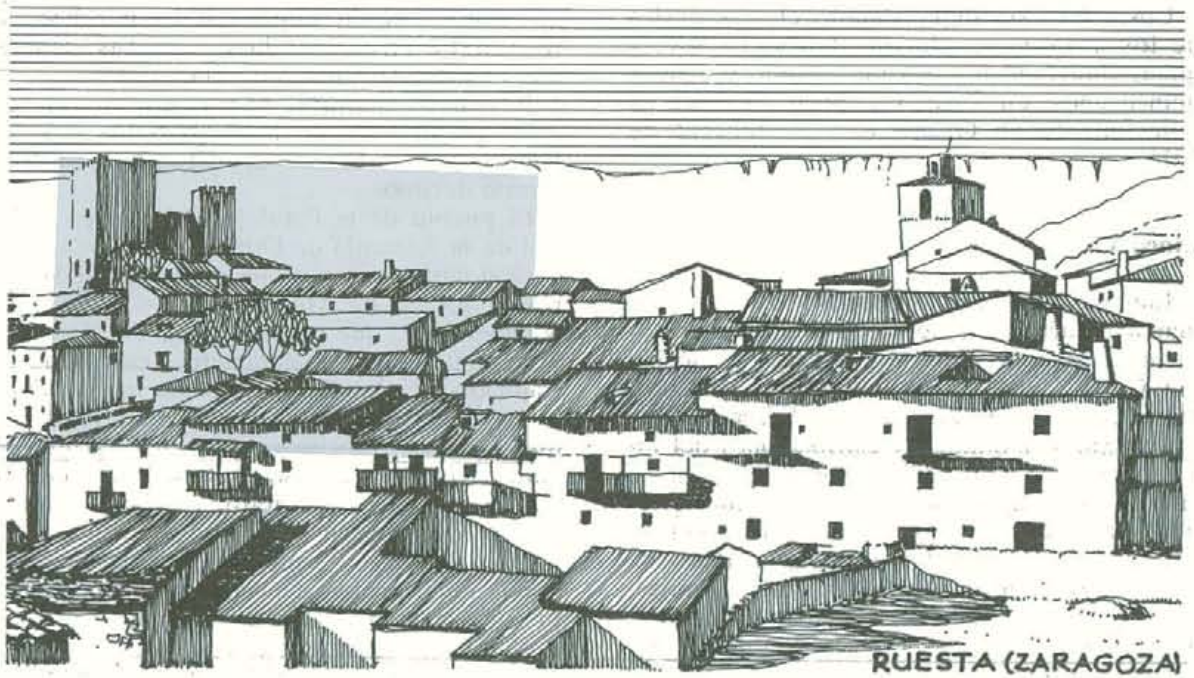
La angostura y las estrecheces presiden, sobre todo en los pueblos de abolengo árabe, apretujados en un casco reducido.

No existen en esta zona, se dan menos casas solariegas que en las anteriores, aunque si se encuentren algunas en Monzón, Estadilla, Fons y Fraga, construidas de ladrillo exclusivamente por carecer de piedra de buena calidad, la arenisca del país es blanda y poco duradera.

Las casas más modestas suelen tener sólo dos plantas.

Las casas Consistoriales son muy semejantes, del tipo de arquería de sustentación, tres balcones, galería y alero.

La ciudad de Fraga conserva su aspecto an-



Ruesta (Zaragoza)

tiguo, en cuyas callejas encontramos arcos apuntados, tejados en voladizo, galerías exteriores, escudos nobiliarios y grandes balcones, pero todo muy abandonado y deteriorado.

Antes, la vestimenta típica de las mujeres de Fraga era muy notable, tanto o más que su complicado peinado, llamado, de «picaporte». Allí vimos, ya hace muchos años, al gran pintor vasco, Don Ignacio Zuluoga, pintando al aire libre un grupo de hombres y mujeres típicamente ataviados, para el singular trabajo que le hicieron con destino a la Hispanic Society de Nueva-York.

En el número de mayo de 1918, de la ya citada revista «Estudio», se estudian con todo detalle, estos vistosos y originales trajes de las fragatinas.

Nadie como el altoaragonés, Joaquín Costa, ha descrito el ambiente de su tierra y estudiado su peculiar derecho, en el que se funde el sistema de comunidad doméstica. La familia de Aragón, dice, se constituye por sí misma, se da así su propio derecho, a diferencia de Castilla, donde el Estado impone a todos un mismo tiránico rasero.

Costa fue, sin duda alguna, el más ilustre de los aragoneses de nuestro siglo XX, a quien vimos en una ocasión cuando teníamos quince años, en Zaragoza, poco antes de su fallecimiento en Graus, el 8 de febrero de 1911.

Cinco Villas

Lindando con Las Bárdenas existe una comarca natural aragonesa, casi llana, muy característica por su paisaje agrario, conocida por Cinco Villas, cuyos límites son: el Ebro, la Sierra de Castejón y de Valdejara, la Sierra de Santo Domingo y estribaciones del Pirineo oscense. En este espacio irregular se encuentran emplazados más de treinta pueblos, de mayor a menor importancia, algunos, más de cinco, son villas notables y ricas, de antiguos origenes y abolengos, como Tauste, Ejea de los Caballeros, Sádaba, Uncastillo, Sos del Rey Católico, las Cinco Villas, pero villas son también Biel, Biota, Esla, Luesia y Luna, todas dentro de la comarca, conservan vestigios de antiguas grandezas e interés artístico. Desde los siglos X y XI, Tauste era conocido por Taust, o Tahuste, así llamado en tiempos de los moriscos, siendo en todas estas villas, la más próxima al Valle del Ebro. Sus típicas edificaciones son mudéjares, como la magnífica torre, de planta octogonal, de setenta y dos metros de altura, considerada como el más puro ejemplar, en Aragón, de este estilo.

El llamado Canal de Tauste, que riega sus tierras, data de 1529, es prolongación de la acequia de Cabanillas y Fustiñana, sirve a más de cuatro mil hectáreas de huertas. Está considerada esta zona cerealista como una de las más fértiles de España.

Según Bosch y Grimpera, hasta la dominación romana esta zona pertenecía al Reino de los Vascones, y Augusto la incluyó en la provincia Tarraconense.

Entre las calzadas romanas de las regiones ibéricas, en el norte, la principal que atravesaba la Península de este a oeste, penetraba en las Cinco Villas de hoy. De esta calzada partían otras de menos importancia, como la que empezaba en Luna, pasaba por Ejea y terminaba en tierras hoy navarras. Hasta hubo Cortes en Ejea, Villa Imperial.

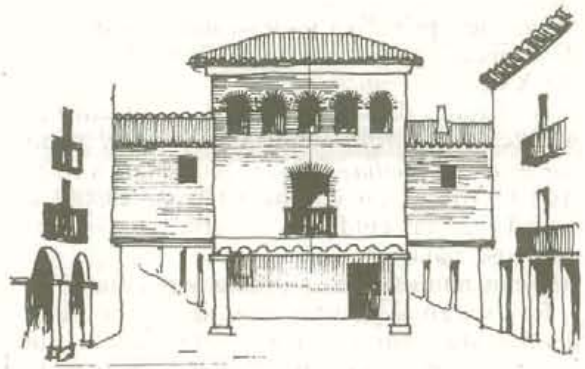
Benjamín Bentura, historiador de su región, en su Ejea de los Caballeros —Villa Real— nos informa eruditamente sobre cuanto decimos.

El pueblo de la Peraleja, del partido judicial de la Almunia de Doña Godina, más allá de Zaragoza, que perteneció la villa al Señorío de la Casa de Aragón y de los Duques de Villahermosa, que poseen un castillo del siglo XV, restaurado completamente, en el que la tradición dice los Duques hospedaron al Quijote, identificado como pueblo del rebuzno, que Guerra y Orbe en su libro «Algunos datos nuevos para ilustrar el Quijote», citado por Watt, cuya situación coincide más o menos con los hechos de la novela.

Don Quijote y Sancho no entraron realmente en el pueblo del rebuzno, el encuentro tuvo lugar en el valle inmediato.

«No rebuznaron en balde
el uno y el otro alcalde».

Al llegar a la Peraleja, escribe Rupert



Alquezar (Dib. de A. Laprade)

Cruf-Cooke, me encontré con que correspondía casi exactamente a lo descrito en el libro. Allí estaba el monte en donde había sido visto el asno; aquel era el bosque en torno del cual fueron los alcaldes uno por cada lado... Había un pueblecito llamado El Peral (ahora La Peraleja) que en tiempos de Cervantes estaba en guerra abierta con el pueblo, Villanueva de la Jara (ahora Villanueva de Guadamajul).

En Pedrola se encuentra «el Palacio del Duque», y en él, esculpidas en piedra, las armas de la familia Borja sobre las puertas principales.

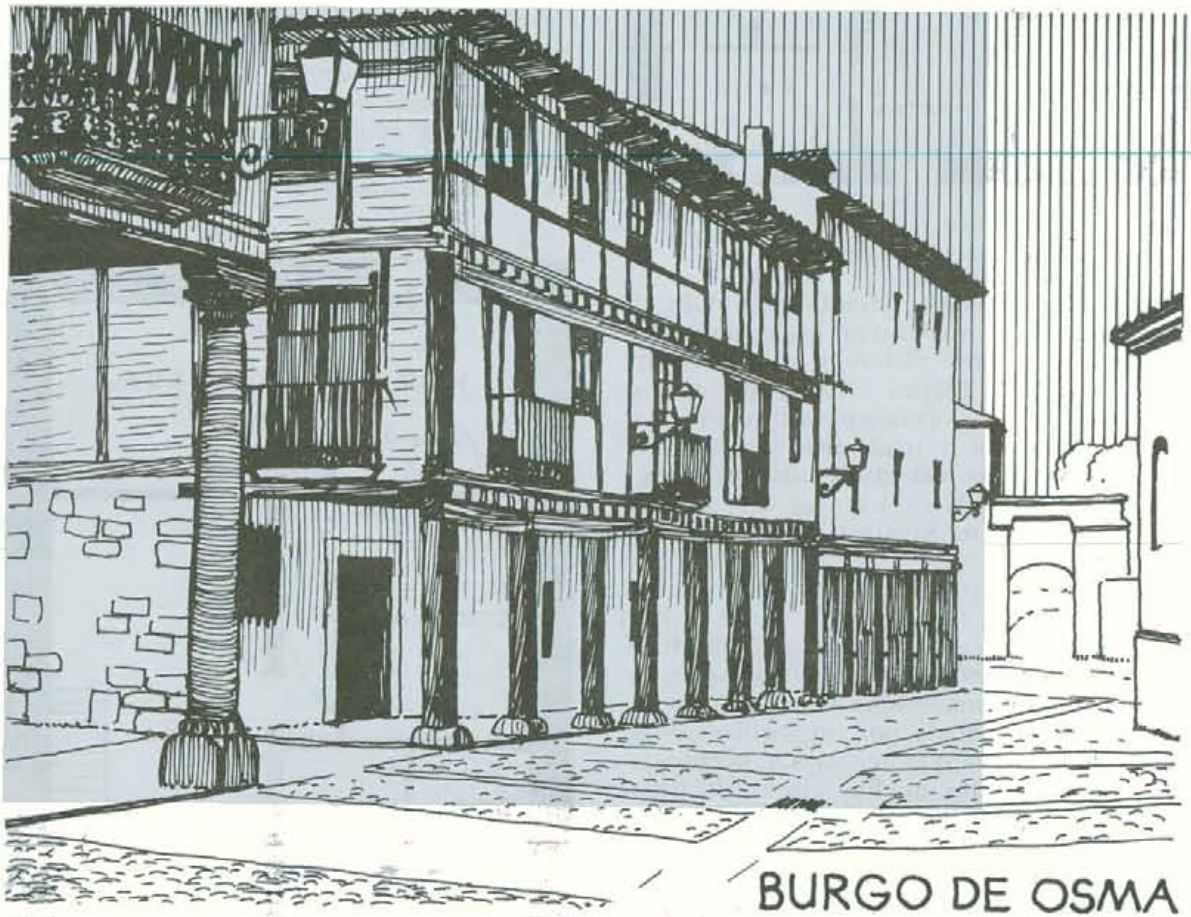
Frente al palacio una pequeña plaza pública, a la que se entra por un arco. Esta plaza fue, sin duda, patio anterior de la gran casa. Sabido es que Don Quijote se sumó allí a los anfitriones para cazar el jabalí. Seis doncellas desarman al caballero de modo que queda «en sus estrechos gregüescos y en su jubón de gamuza», seco, alto, tendido, con las quijadas que por de dentro se besaba la una con la otra.

Alcalá de Ebro, pueblecillo de los estados del duque, que se lo dio a Sancho para que lo gobernara, está casi rodeado por un meandro del río. Actualmente es más chico que Pedrola.

El duque hace a Sancho gobernador de su Insula de Barataria. El duque era Carlos de Borja, duque de Villahermosa y Señor de Alcalá de Ebro, junto al río. Su finca de recreo estuvo en Pedrola.

■ ■ ■

La arquitectura regional soriana.



BURGO DE OSMA

Soria y sus casas pinariegas

«La bien cantada» llama a Soria uno de los hombres que más han contribuido a su conocimiento. El Rey Alfonso XI en su «Libro de la Montería», dice del Urbión: «es todo un monte et es bueno de oso».

Soria bajo la luma, de don Antonio Machado, la exaltación literaria de estas tierras, muy justa y precisa. Buena parte de su obra poética, durante sus años de Soria, se seguirá leyendo siempre.

Si entramos en la provincia por el norte será atravesando las tierras de Yanguas. El rincón de las tierras sorianas lindando con Logroño, montes del Sistema Ibérico, de difícil acceso, es ésta la Soria pastorial y ganadera, la del Concejo de la Mesta, siempre en lucha con los agricultores.

Las merinas trashumantes, montes que quedan solos al comienzo del otoño cuando los ganados y sus pastores van en busca de pastos y de mejores climas.

Existe una canción por cuya propiedad batallan Logroño y Soria, «Ya se van los pastores», que viene a ser el himno provincial de los sorianos, que lo cantaban en las escuelas.

Por la Sierra de Oncala y por sus villas de San Pedro Manrique y Magaña, camino, como tantas otras, de su total abandono, en-

contramos casonas arrumbadas e iglesias, incluso notables, en ruinas. La exposición, bien expresiva, organizada por el COAM, *«Soria la olvidada»*, (octubre 1976), ha sido claro exponente de un increíble abandono de los monumentos declarados oficialmente de Interés Artístico Nacional. (Parte de las ilustraciones proceden de esta Exposición).

En otros tiempos, en San Manrique, sus ganaderos ricos dicen hacían desfilar en ordenada parada, por sus cañadas, hasta treinta mil ovejas con sus rabadanes al frente separados los rebaños con sus pastores, zagales y mastines, con sus bestias de carga, con sus equipos de campaña. Todo un ejército. Aquí en San Pedro Manrique existen costumbres ancestrales con la ceremonia de «pasan la hoguera». Los mozos por San Juan, con los pies descalzos, pisan una alfombra de brasas de roble de dos metros de largo. La variedad de estas tierras sorianas es tal que el valle en nada se parece a la sierra, son como dos Sorias. Su riqueza son sus montes, sus maderas y sus ganados.

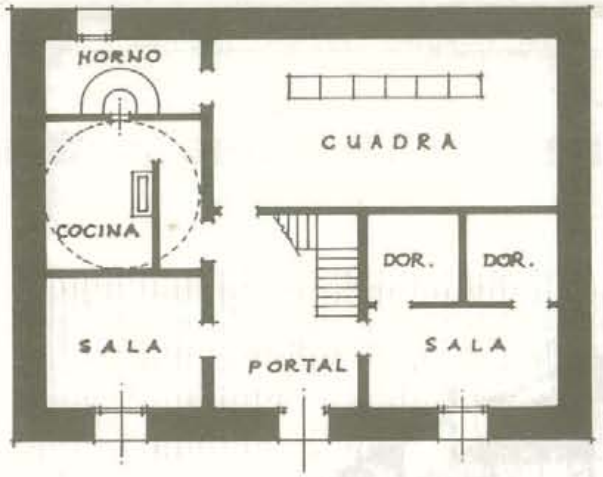
Vemos aquí la aparición del robledal y del hayedo, en esta zona de la comarca en que se asientan Valdeavellano, El Royo y Derroñadas, Molinos de Razón, El Río, pueblos todos de gran carácter, pueblos de indianos, vueltos opulentos al terruño que les vio nacer, parajes de realengo, que ya conocieron a Enrique de Villena y al Canciller Ayala.

Pero el gran esplendor de estos lugares es más bien reciente. Del valle, sus vacas, son proveedores de la famosa mantequilla, que de aspecto y colorido nos hace recordar a parisienses productos de tocador.

Más allá del valle nos enfrentamos con los pinares, que ya rodean al Duero en su nacimiento, bajo un inmenso cielo de Castilla. Estamos ante un embalse que anegó el pueblo La Muedra, y por ello así se llama, y es conocido, el pantano.

El Urbión está arriba.

Permitásenos un alto en su camino recordando sus monterías: «Las monterías en los picos del Urbión son siempre recordadas. En un concurso de zorros que se celebró a campo abierto en las praderas de los gamones



Planta de la casa pinariega

de la Sierra Cebollera, presidió el jurado el Duque de Nájera, experto en lances de cetrería. Un día se corrió el rumor, a lo largo de los pueblos de la Ibérica soriana, que en los Picos de Urbión había aparecido un oso blanco. Leñadores y madereros juraban haberlo visto en sus calenturientos ensueños. Los aficionados a la caza mayor organizaron en seguida una montería para dar caza a pieza tan singular.

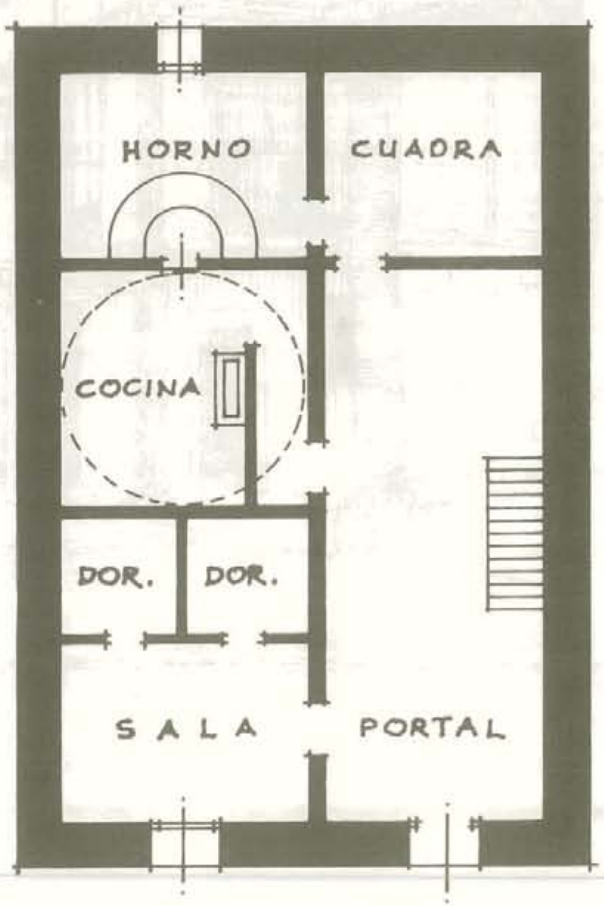
Cuatro son las lagunas de Urbión: la Larga, la Helada, la Negra y la Verde. Entre la laguna Verde y el desfiladero de Santa Inés se fijaron los ojeos. El campamento de la partida quedó enmarcado a la orilla de la verde balsa encantada por un sortilegio. Se cuenta de la misma que una zagala, hechizada por una bruja, las noches claras de luna aflora a la superficie del agua y canta inconsoladamente su dolor de corazón.

En la cacería del oso blanco no podía faltar la escopeta más renombrada de los Montes Ibéricos, entre el Urbión y la Cebollera. Nos referimos a la de don Luis, el merinero...» Esto y mucho más nos cuenta Manrique de Lara en un bello artículo en «ABC».

Todo esto enmarcado en tierras pinariegas con su peculiar arquitectura popular, no lejos de Vinuesa, considerada como una de las ciudades más bellas de la provincia, según los historiadores, corte venatoria de los Juanes I y II. Su patrona, cómo no, es la Virgen del Pino. Todo Vinuesa tiene singular interés en nuestro estudio sobre las arquitecturas regionales. Sus casas señoriales abundan, como las de los Carrillos y la de los Neyla.

El «Revinuesa», con sus magníficas truchas y el aire puro del Urbión, que aquí se respira, bien merecen la pena de haber llegado hasta estas alturas.

Como casa de montaña, la pinariega de Soria tiene características comunes a las casas de la Montaña, y con las del País Vasco, aunque éstas semejanzas son más bien externas que internas; residen más en las fachadas que en las plantas. La disposición de sus fábricas es quizá la característica dominante de este



Planta de la casa pinariega

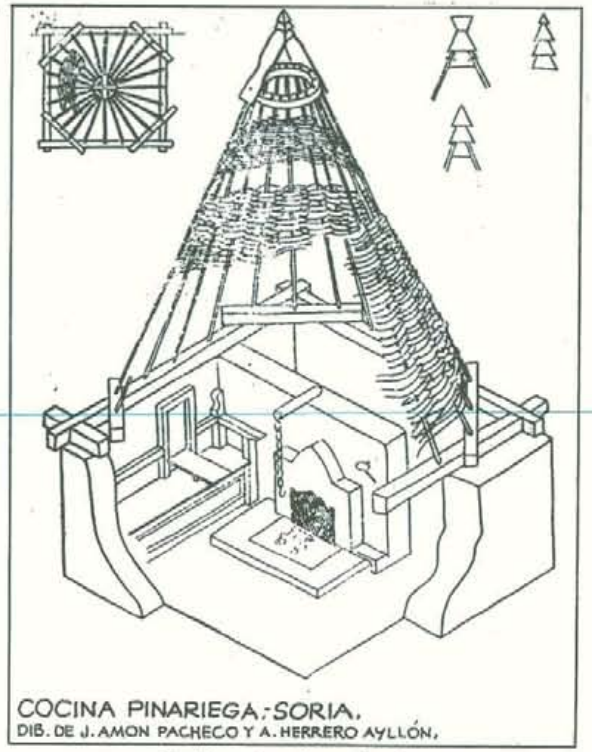
tipo de viviendas popular; siempre de sillarejo o de mamposterías pobres, encontramos construidos los muros de fachadas en planta baja de piedra labrada, rústicas sillerías, con elementales despiezos en sus puertas. Sus plantas superiores, generalmente una sola, en el poblado, cerradas con material mucho menos resistente. En las más pobres edificaciones estas plantas superiores cierránse de entramado de madera, relleno, es decir, cerrados sus espacios, con ladrillo o adobe, en ocasiones aquél aparejado formando graciosas espigas.

Frecuentemente, el entramado se cierra también con una especie de seto, constituido por *colondas* (palos verticales), entrelazados con cestería de ramas flexibles *(bardas y bardones)* de enebro, o sabino, enlucido con mortero.

Las cubiertas son, casi siempre, a cuatro aguas cuando las casas están aisladas, como suele ocurrir en pequeñas agrupaciones, que no llegan a aldeas, con sus fachadas principales; en estos casos las vemos orientadas a mediodía, y espaciadas, para evitar los, en un tiempo frecuentes incendios, que los organismos del Estado tratan de evitar, o en su caso extinguir.

En algunas zonas de la región las casas se cubren con tejados a dos aguas, originando fachadas apiñonadas o trapezoidales cuando la cubierta presenta un peto en su frente. En estas fachadas se abren tan sólo pequeñas ventanas, y rara vez algún tosco balcón de madera, protegido por una prolongación del tejado, en forma de tejaroz, cuyos canes están toscamente labrados con geométricos dibujos.

La puerta principal en la casa pinariega suele ser en arco de medio punto, o adintelada, siendo esta última disposición la más típica y más fácil de construir. El dintel presenta la originalidad de ser doble, haciendo oficio de arco de descarga, y a veces va ornado con grabados o anagramas religiosos, o inscripciones referentes a la fecha de su construcción, y a su dueño. Los huecos, ya lo hemos señalado, son pequeños, ya que las casas están hechas para defenderse del frío, como lo patentiza el que las fachadas posteriores, que dan al norte, azotadas por el frío cierzo, tan sólo tienen una ventana pajera, por la que se almacena el heno.



Cocina pinariega. Soria
(Dib. de J. Amón Pacheco y A. Herero Ayllón)

Como en otras regiones de España, en una extensa zona de la provincia de Soria enlúcense y contornéanse con cal los huecos de las fachadas.

Como en toda casa popular, en la casa pinariega soriana lo más curioso, interesante y peculiar es la cocina, que suele ser centro, y eje de la vida doméstica, mucho más aquí, donde el tiempo es tan frío.

La cocina popular soriana, principalmente las de esos pueblos pinariegos del norte, es generalmente de planta cuadrada. Otras veces también la encontramos circular, y en uno y otro caso a dos metros y medio del suelo, disponiéndose en los rincones unos cargaderos, que convierten la planta cuadrada en octogonal, levantándose sobre ellos la campaña, cónica, que cubre totalmente la cocina.

La cocina en estas casas no tiene más luz que la que entra en ella por la parte superior de la chimenea a través de su copete de tablas.

Como señalamos en los planos que ilustran estas líneas, la entrada a estas cocinas, dispuestas siempre en la planta baja, está interceptada por un tabique que hace de biombo protector, y evita la entrada del aire frío exterior al hogar.

La construcción de estas chimeneas se hace del encestado de las bordas, ya antes mencionado, recubierto exteriormente de un escamado de trozos de tejas, rematado con un copete calado de madera.

En la cocina, o mejor dicho, junto a ella, suelen disponerse el horno, la perezosa mesa plegable sobre la pared, el burro o soporte giratorio para tener la caldera en los escaños, etcétera.

La perspectiva de la cocina pinariega del estudio de los arquitectos J. Antón Pacheco y A. Herrero Ayllón, con la que ilustro estas líneas, da una perfecta idea de cuanto antes hemos señalado.

La disposición de la planta, tanto de la cocina propiamente dicha como de la casa, revelan la constante preocupación del pinariego de evitar el frío, de protegerse de él, y de aprovechar lo más posible el calor, aunque el combustible no sea lo que le falte. Al igual que en otras casas populares, el edificio principal se complementa con otras construcciones adosadas a la vivienda, destinadas a almacenes, y en este caso el conocido por el casillo, siempre almacén, sin departamentos individuales, que sirve para cobijar la carreta, parte del heno y la *suerte* vecinal de pinos que le cupo en el reparto anual de los montes vecinales, la gran riqueza de algunos municipios, y en ocasiones alguna vaca enferma o lesionada.

Los *casillos* están, por lo general, emparejados y bajo una cubierta única, a dos aguas, no teniendo nada más que una sola entrada o puerta.

Las majadas, muy bajas, de una sola planta, se llaman *teines* y se construyen de un armazón de madera relleno de piedras y ripio, formando así los muros de las fachadas.

La cocina pinariega debe de tener su origen en la choza de los pastores, sirviendo de núcleo a la casa campesina. Se desarrolla a su alrededor conforme a un plan racional, de irradiación calórica, ya que, reservados los huecos de fachada, que como indicamos se orientan al mediodía, para conseguir además una mejor iluminación y ventilación de las habitaciones, la cocina queda detrás y calienta por uno de sus lados las habitaciones dormitorios, y por el otro a la cuadra, que suele disponerse en el fondo de la casa.

Los incendios, tan frecuentes en esta región, avivados por el viento, en ocasiones hicieron desaparecer poblados enteros.

Estos son, en líneas generales, los principales rasgos de la vivienda soriana, tan inteligentemente planeada y tan característica. Debo buena parte de esta información al ilustre soriano Pepe Tudela, amigo de muchos años, amante de su tierra, a quien siempre admiré por sus dotes de culto humanista, erudito de múltiples saberes, hombría de bien y desbordante simpatía. Un soriano de pies a cabeza. Aquí, mi póstumo homenaje.

Entre los sorianos predomina el tipo celtíbero, ya que de dicho origen procedían la mayor parte de las regiones islamizadas. El tipo es más bien pequeño y sus virtudes son el sentido práctico y, como los helenos, la sobriedad.

Machado, al que tantas veces deberemos recordar al tratar de Soria, vio al hombre de Soria mudo y severo.

La geografía del lugar suele influir más de lo que parece en la arquitectura popular, como vemos ocurre con esta arquitectura pinariega.

La casa habitada por los sorianos varía de una a otra de sus comarcas en virtud de los materiales de que se dispone a pie de obra, nunca traídos de otro lugar; su economía regional no lo permitiría.

De Almazán a Langa predomina como material el adobe crudo, revocado con cal. Casas con corraliza de barda vegetal.

Más cúbicas, pero fabricadas con piedra sin labrar, o laja de pizarra, como en algunas regiones gallegas, las encontramos al oriente del Urbión, en la región de Agreda, tipos pobres que vemos junto a casas solariegas en muchos de los importantes pueblos de la provincia.

Dionisio Ridruejo dice que «Agreda es severa, ancestral, algo ruinosa, gris, un poco laberíntica, agraria y muy aislada. Pero no es triste, porque la tristeza es cosa subjetiva, de las personas, y los agredanos tienen más bien fama de abiertos, vocingleros y un tanto fanfarrones a la manera ribereña, amantes si se tercia de cantar y bailar más bien que reservados, silenciosos y pesimistas a la manera meseteña y castellana».

Los dos gruesos volúmenes que Dionisio Ridruejo ha dedicado a Castilla la Vieja son la más espléndida guía de una región española, difícil de superar, pues hay pocos como él preparados para un estudio como éste.

«La guía de Soria y su provincia», de Blas Taracena y José Tudela, es, más que una guía, una erudita historia, asimismo indispensable, ya en su cuarta edición (1973).

Calatañazor

A tres kilómetros de la Venta Nueva arranca el camino que conduce a Calatañazor. A la vuelta del camino, «de pronto —dice Julián Marías—, en un recodo, a la izquierda, lo increíble: Calatañazor. Piedras grises, adobes, paredes casi tejidas con ramas y predrezuelas. Las ruinas de un castillo... Vejez, vejez...».

Así aparece la vieja villa sobre una hoz del río, cuyas murallas y caseríos van desmoronándose lentamente.

Por aquí se dice que Almanzor perdiera el tambor y poderío al frente de sus 170.000 soldados infieles alázabes.

Soria fue frontera de la Reconquista y San Esteban de Gormaz llave de Castilla.

«Pueblo sorprendente, elegía a tradición, ínsula perdida como otras que hemos encontrado a nuestro paso, más detenida acaso que cualquiera de ellas en su decrépito arcaismo de canto sobre canto. Está en un altozano que pertenece a la sierra de Hinodejo, amurallado por la naturaleza y por los hombres, con la línea que fue inexpugnable montando sobre las rocas una crestería mellada y pintoresca. Su obra muy primitiva, gruesa, de losas acumuladas que duran y resisten. En su extremo sur se levantan los restos del castillo en harapos de lienzos y tres torres identificables, una de ellas medio partida y otra, un peldaño más baja, en la línea del muro exterior, formando en parte por las peñas a las que se pega el aparejo románico...» «Se ve con frecuencia aquella construcción que aquí se llama encestado y en la Montaña zarzo;

Calatañazor

muros tramados con varas de enebro y rellenos de guijo y barro, con entrepaños de ladrillo. Otras casas son de lajas casi sin mortero. Muchas de las primeras van sobre porches y llevan dínteles de cantería y balconajes de madera. Las más de ellas conservan la estructura medieval originaria. Sobre los tejados se ven con frecuencia las chimeneas cónicas...» Así comienza la pintura de Ridruejo de tan importante poblado soriano, realmente impresionante, digno de ser visitado, al que dedicamos amplia información gráfica que en parte debemos, como la de Vi-

nuesa, al doctor Lasierra, frecuentador de aquellos pagos. El pueblo es un extraordinario caso de estabilización secular como no recordamos otro.

Como en todas las de la comarca, sus casas, más bien humildes, pequeñas casitas construidas con entramado de madera de sabina, cubren los espacios con colondras unidas con encestado de ramas enlucido de barro o bien con muretes de adobe.

El arquitecto Denis Pilven, pensionado de la «Casa de Velázquez», dedicó durante su estancia en España parte de su tiempo a un interesante estudio sobe Calatañazor, que tuvimos ocasión de admirar en la anual exposición de la institución cultural de Francia del que reproducimos algunos grabados. La Revista de Arquitectura del COAM le dedicó amplia información.

Ante el estado de despoblación y abandono, caso que se da igualmente en tantos y tantos de nuestros pueblos, el señor Pilven estudia todo un plan, no utópico, de salvación del poblado asentando debidamente de 10 a 12 familias dedicadas a los cultivos sobre 520 Has. y 3 ó 4 al pastoreo de corderos, cerdos y cabras y otras 5 ó 6 a los comercios ya existentes y a las hostelerías.

Estudia la consolidación y habilitación de un grupo de casas existente con destino a un hotel, sin construir, claro; es un hotel de tipo normal.

La realización del proyecto exigiría:

La racionalización de las actuales explotaciones ganaderas y agrícolas que podía ocupar cinco o seis familias.

La instauración de nuevas actividades de tipo hotelero y comercial que ocuparían otras cinco o seis familias.

Estas familias, diez o doce, formarían la población permanente del pueblo que se pretende tenga vida propia, sin dependencia de las actividades turísticas de temporada. Las casas que pudieran ser arregladas para los visitantes serían unas 36, con capacidad para 200 personas.

El proyecto no puede ser más atractivo dada la posición geográfica de Calatañazor. El enfoque del señor Pilven es distinto al seguido por el M.I.T.

Catalañazor

La Laguna Negra, en las alturas del majestuoso Urbión, con sus densas selvas, pinos gigantescos y hayas. El cono glacial contiene las aguas transparentes de la Laguna Negra, sobre Vinuesa y Covaleda, parajes todos de singular belleza y un silencio inolvidable. El marco de las rocas que la rodean, ocres, oscuros grises, casi azulados. El pino albar tan derecho como jamás los vimos, es la verdadera riqueza de la región soriana en el valle del Revinuesa.

Otras lagunas glaciares, la Larga y la Helada, acumulan las aguas que se deslizarán para crear los ríos, que fecundarán las comarcas más bajas a la Rioja, incluso por aquel riachuelo de su nombre.

Catalañazor

Del Urbión nace el Duero, de pequeños y numerosos cauces, siendo difícil precisar cuál de éstos es la fuente principal.

Si alcanzaramos la cumbre del Urbión veríamos el Moncayo, que también se ve desde Zaragoza, y toda la provincia en singular panorámica.

El Moncayo une y separa Soria de Aragón, inmenso al parecer, como aislado, siempre rodeado de nubes y frecuentemente nevado.

Pueblos importantes de estas sierras son: Salduero, Covaleda y Duruelo de la Sierra. La presencia de vacas en estos parajes anuncian la proximidad de los poblados que ofrecen parecidas características de sus construcciones populares. En sus alrededores comienzan a aparecer algunos árboles de hoja caduca. El reciente crecimiento de estos pueblos los está transformando en prósperas colonias veraniegas. Pero tras estos bosques maravillosos y su frondosidad encontramos la desolación del páramo de tierra escasa, con su pobre vegetación de matorrales, chaparros y enebros azotados por los vientos. La erosión es desolación, aunque el paisaje conserve especial colorido, caliente, de grises y rojos, incluso cierto aroma de sus matorrales. El espectáculo de estas parameras es impresionante y grandioso.

Parecidos achaques y abandono vemos en las importantes villas sorianas de Medinaceli, Rello y Peñalcázar.

SORIA Y SUS PINARES

La zona pinariega soriana nos impresiona por su enorme riqueza y próspero futuro, dadas las instituciones existentes del aprovechamiento comunitario que garantizan una explotación racional.

En tiempos ya lejanos esta zona soriana fue: arriera, carrera y carretera; lavadora y exportadora de lanas, las de sus merinas.

A partir del siglo XVII la ganadería y el transporte no iban bien y comenzaron a contemplar la riqueza de sus montes, pese a lo cual siguió, aún por algún tiempo, la incuria y la tala de sus bosques, operación previa a la

recuperación de tierras para los cultivos, es decir, su roturación. Después todo evolucionó, más recientemente, y hoy los pinos son su verdadera riqueza, compatible con la de la ganadería.

Los pinares se extienden hacia el sur en la montaña y en las sierras agrestes continúan en terrenos más llanos, donde el pino se hace más amable y civil. En estos lugares, o tierras, aparecen los poblados como Casarejos, Novaleno y San Lorenzo de Yagüe, en los que vemos plantaciones más ordenadas y técnicas que aumentan sus rendimientos.

Los poblamientos continúan hacia el sur de la provincia como Monteagudo de las Vicarías, lugar de gran carácter con huertas y cultivos de frutales que nos recuerdan zonas de Aragón, incluso con cotos de caza.

El Duero, ya en Soria capital, la atraviesa y contornea en meandros de profundas hoces, abiertas en tierras rojas, de un rojo sorprendente. Más allá, de nuevo, los pinos de un pinar menos grandioso que el del norte, pinos distintos, resineros más que madereros, explotados por «La Resinera Española».

Atravesamos pueblos distintos, muy distintos entre ellos mismo, como Quintana Redonda con su palacio de los Montenegros y sus jardines, sorprendentes en este lugar apartado.

Sus alfares antiquísimos son notables por su artística artesanía.

Sin abandonar el pinar nos encontramos en Almazán, donde de nuevo cruzamos el Duero que, ya más crecido por sus afluentes, cambia su curso norte-sur para dirigirse hacia el oeste, en su recta final hasta el Atlántico.

La ciudad de Almazán está llena de interés artístico. Su alameda frondosa y su puerta de piedra, sus torres y campanarios aquí y allá. Su espléndido pasado lleno de históricos recuerdos no desentona en el nuevo Almazán, como ocurre en tantos otros lugares de nuestra geografía.

Fue sede Almazán de ordenes militares y de concejos reales tras accidentadas peripecias con sus convecinos los aragoneses y castellanos. Su actual estado es floreciente, tanto por su comercio como por su equilibrada economía triguera y pinariega-maderera.

San Esteban de Gormaz

Sus plazas y plazuelas merecen una mención especial. Sus vestigios cristiano-musulmanes los descubrimos por todas partes. Desde las alturas contemplamos los pueblos que la rodean: Barca, en estratégica situación, conserva un rollo de piedra; Velamazán, Morón de Almazán, con una preciosa plaza mayor comparable con las más bellas de Castilla.

Al salir de Almazán, al entrar en Castilla, se terminan los pinares. Castilla viene de casta y Unamuno la describió en breves palabras: «De cuando en cuando, en la orilla de un pobre regato, medio seco, o de un río claro, unos pocos álamos, que en la soledad infinita adquieren vida intensa y profunda. De ordinario, anuncian estos álamos el hombre. Hay por allí algún pueblo tendido en la llanura al sol, tostado por éste y curtido por el hielo».

Se inicia aquí la Soria cerealista de tierras duras y arcillosas.

Camino de Medinaceli aparecen los páramos inmensos, en los que se asientan nuevos pueblos como Barahona, la de sus leyendas e historias de brujas.

Al llegar a Medinaceli su visión es imponente, de pueblo atalaya enclavado en una zona llana o meseta sobre un cerro desde el que domínanse paisajes casi infinitos, desde su bello y bien conservado Arco de Triunfo que sirve para señalar demarcaciones de la España romana.

La historia y la literatura nos recuerdan que por estas tierras pasaron Almanzor que llegó a Calatañazor, de la que nos ocupamos en otro lugar, y el Cid Campeador, con su fiel Alvar Fañez de Minaya.

Medinaceli fue muy disputado por los castellanos de Alfonso VIII y por los aragoneses capitaneados por Alfonso el Batallador.

Los Reyes Católicos, Isabel y Fernando, pasaron por estos lugares también. La Casa Ducal de Medinaceli, de las más linajudas de la nobleza, tuvo aquí su origen.

No lejos está Sigüenza cuyo obispo pleiteó con los canónigos de la Colegiata.

Fue en tiempos también Medinaceli ciudad belicosa, a lo que le invitaba su singular emplazamiento, ya antes mencionado. Su interés histórico-arqueológico es muy notable.

Aquí encontramos una zona insólita de la Soria feraz y huertana, limítrofe con Aragón, productor de sus mejores frutas.

Santa María de Huerta está al lado, monasterio cisterciense en el marco de un bello paisaje con grandes árboles. Los monjes sabían elegir sus asentamientos. Buen románico del siglo XII el de este monasterio que se fue engrandeciendo bajo el abad San Martín de Finojosa.

La tradición guerrera que les venía desde las Navas se resucitó entre los monjes, que se armaron en el siglo XIX defendiéndose de los franceses. Poco más allá termina la provincia de Soria.

Los campos de Almenar y de Gomara se extienden hacia el este. Almenar a la orilla del Rituerto, el de los mejores cangrejos. Noviercas, donde nació Casta Esteban Navarro, que casó con Gustavo Adolfo Bécquer (1836-1890), hijo del pintor sevillano José Domínguez Bécquer. Su rimas le hicieron famoso por su cálido ambiente de intimidad. Según Altolaguirre, la poesía de Gustavo era la más humana, más desnuda y más íntima del romanticismo español. Ya aquí se presiente el

Moncayo, por el camino de Beretón y Olvega, esta linajuda villa.

Agreda, cabeza de partido, al decir de Machado, es «barbacana hacia Aragón, en castellana tierra», centro y eje de toda la comarca hacia Aragón, hacia Navarra y hacia La Rioja. Era de aquí la oficiosa consejera de Felipe IV, la venerable Sor María.

Tanto el palacio de los Castejones como las iglesias de la Peña y de San Luis merecen hacer un alto.

Hacia el oeste se extienden las mejores y más bellas tierras de la provincia, «tierras de pan llevar». Por estos pagos se escucha el más puro castellano. Sus hombres, los de este occidente soriano, son de gravedad de porte, contención en el lenguaje y serenidad de ánimo.

Esta es la Soria de sus más bellas plazas mayores, las de Burgo de Osma y la de Berlanga de Duero. Es la Soria del románico elemental de Bayubas, del más puro de San Esteban de Gormaz y el de San Baudelio.

Varios y notables son también los castillos de la región, los de Ucero, de Osma, de Langa, San Esteban de Gormaz y de Berlanga de Duero. Es también la Soria monacal, con jerónimos en Espeja y templarios en Ucero.

La ciudad de *Osma* y *Burgo de Osma,* no son la misma cosa, próximas y hermanas sí lo son. El Burgo es episcopal y universitario. Su catedral para ver despacio, así como la Universidad de Santa Catalina y el Hospital de San Agustin. Palacios por doquier, blasonados, casonas de ilustres varones.

Pocas ciudades de nuestra Península están tan vinculadas como Soria a la historia de nuestra literatura. Sus tierras ya en la Edad Media fueron cuna de cantares de gesta, de leyendas heroicas y de serranillas.

El «Cantar del Mío Cid», considerado como el primer monumento de la literatura castellana. Según Menéndez Pidal, su autor, fue un juglar mozárabe de Medinaceli, y del itinerario cidiano el trayecto Medinaceli a San Esteban de Gormaz es el más conocido. El juglar a veces menciona lugares geográficos.

Las «Leyendas de los Infantes de Lara», las «Vidas beatas» de Berceo, las «Serranillas del Moncayo», del primer Marqués de Santillana Don Iñigo López de Mendoza, capitan frontero de Agreda.

Santa Teresa en el «Libro de las Fundaciones» hace historia de su estancia en Soria, donde fundó el Convento de la Santísima Trinidad.

Soria forma parte de la obra del gran poeta Antonio Machado que llegó a la ciudad en 1907, con sus treinta y dos años, donde conoce a Leonor con la que contrae matrimonio en el verano de 1910. Regresan de París un año después, ella ya delicada, y el 1º de agosto de 1912 fallece. El recuerdo de la amada no le abandonará donde quiera que esté, Baeza, Segovia, Madrid o Valencia.

En sus «Campos de Soria» canta así sus paisajes:

¡Colinas plateadas,
grises alcores, cárdenos roquerdos,
por donde traza el Duero
su curva de ballesta
en torno a Soria, oscuros encinares,
ariscos pedregales, calvas sierras,
caminos blancos y álamos del río,
tardes de Soria, mística y guerrera,
hoy siento por vosotros, en el fondo del
corazón tristeza,
tristeza que es amor! ¡Campos de Soria,
donde parece que las rocas sueñan,
conmigo vais! ¡Colinas plateadas,
grises alcores! ¡Cárdenas roqueadas!

En 1919 llega a Soria, con sus veinte años, Gerardo de Diego, gran poeta también. Como lo calificará el propio Don Antonio.

El tema soriano figura en toda su obra admirable, y su estela de espiritualidad que dejó en los años que allí vivió. Aquí su «Romance del Duero».

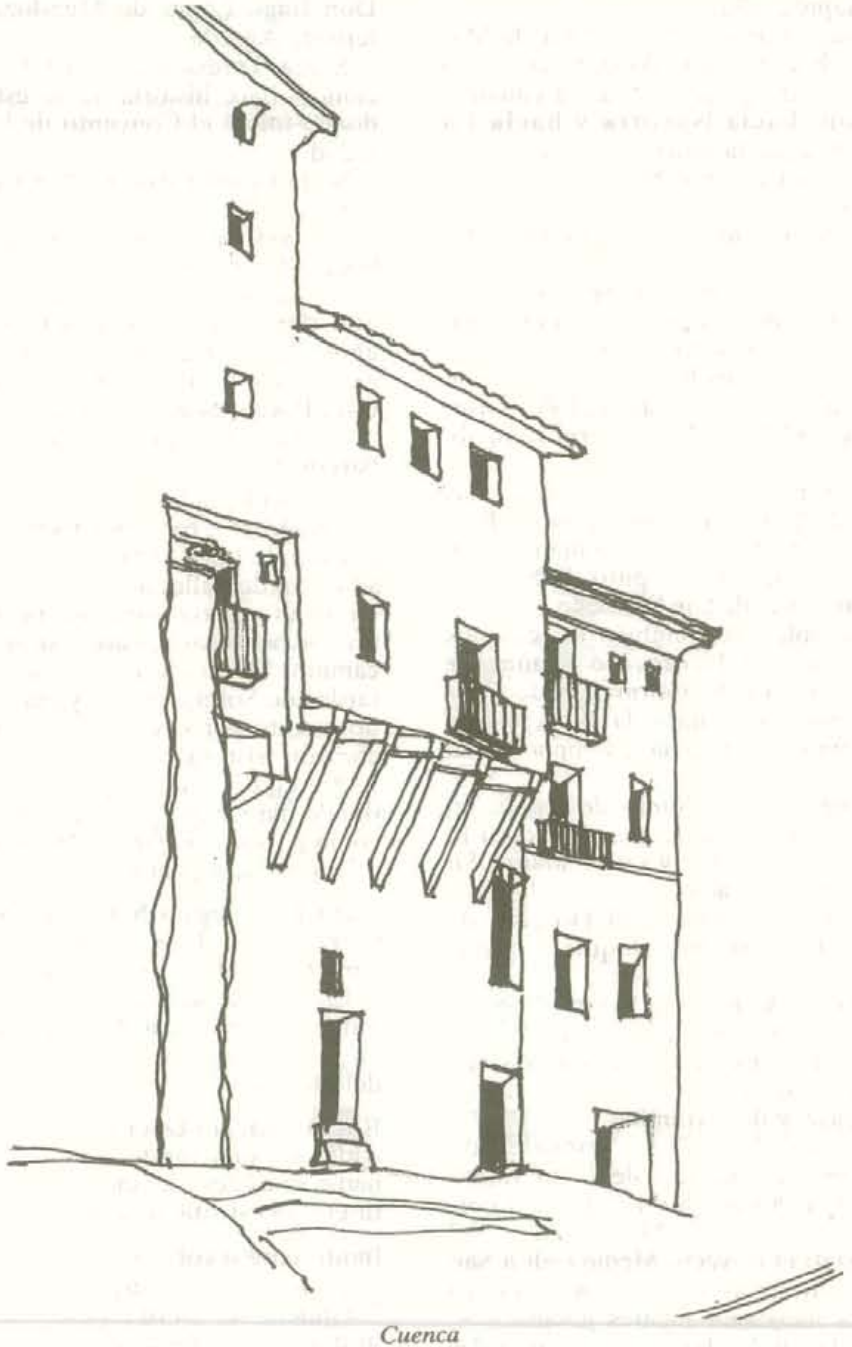
Río Duero, río Duero,
nadie a acompañarte baja,
nadie se detiene a ver
tu eterna estrofa de agua.

Indiferente o cobarde,
la ciudad vuelve la espalda
No quiere ver en tu espejo
su muralla desdentada

Don Julián Sanz del Río, conocido por el «Filósofo de Illescas» o por el «Sócrates español», nació el 10 de marzo de 1814 en la aldea serrana de Soria, Torrearévalo, que uno de los biografos, Gervasio Manrique, describió así: «Es una aldea de tantas de Castilla, donde todos parecen iguales, en la que todo duerme y parece arrastrar una vida de ascetismo y austeridad. Emplazadas las casas en una ladera escarpada, agria y enjuta, hay varias construcciones en ruinas, unos árboles desgajados junto a una fuente y setos vivos de zarzamoras y madreselvas cercando a las huertas».

«Las barranqueras de la sierra de Alba llegan a las orillas del pueblo. Su paisaje, como en general el de la meseta del alto Duero, es un paisaje de dramatismo y desolación, a lo lejos se ven unas laderas pobladas de sabinas, de esas sabinas que son el signo de la esterilidad y del dolor. Algunas encinas arrugadas se alzan en los vallejos de las hendiduras de la montaña. En los alrededores del pueblo se ven algunos álamos azotados duramente por los vendavales del invierno. Este pueblecito se encuentra a 25 kilómetros al norte de la capital.»

■ ■ ■



Cuenca

CUENCA

«Pero el genuino paisaje es de pequeños rincones. Allí es donde se coge el alma del campo.»

Miguel de Unamuno

El emplazamiento de Cuenca, entre las hoces del Júcar y su pequeño afluente el Huécar, sobre el que cuelgan sus casas, reúne magníficas condiciones defensivas, siendo uno de los factores que contribuyen a la original estampa de su tipismo como ciudad medieval.

Su serranía encierra los más bellos paisajes de la España calcárea. La erosión del Tajo y sus afluentes y la del Júcar con el Cabriel ha penetrado profundamente en el macizo, tajando hondos valles, cuya divisoria forman mesas y páramos. La infiltración de las aguas en la masa porosa de las calizas ha dado lugar a caracterizados fenómenos, de los que son ejemplo la Ciudad Encantada, en las proximidades de la ciudad, y a las torcas, aún más próximas, que la rodean.

Cuenca y su región son de economía ganadera y forestal. Sus pastizales sirven de agostadero a los rebaños de merinas trashumantes, y en sus pinares se aprovechan la resina y la madera.

La Serranía constituye una reserva de energía hidráulica. Las aguas del Júcar son embalsadas por encima de la capital. La Serranía es región poco poblada, de núcleos pequeños en los que domina la pequeña propiedad. En las pequeñas aldeas de esta comarca, el material empleado en sus contrucciones son la piedra y la madera, en sus humildes viviendas, cuya agrupación es menos compacta y cerrada que la de los grandes poblados.

El enjalbegado imprime también carácter en las sierras del sur del Tajo.

El medio natural, el tipo de poblamiento, así como el modo de vida, se reflejan aquí, como en otras regiones, en la casa popular campesina.

El interés de Cuenca y su extensa comarca, con las provincias de Ciudad Real, Toledo y Albacete forman la Gran Mancha, capital de una región de tan variada geografía, con excepcionales riquezas naturales y sus valiosos monumentos de gran interés histórico y artístico. Sus palacios y castillos, en el marco de maravillosos paisajes, unido al tipismo de sus costumbres y de su arquitectura popular, a la que sería de desear la adoptase y tuviese en cuenta en las edificaciones contemporáneas, cuya uniformidad y monotonía, unida a la falta de caracteres nacionales, en ciudades como Cuenca, tan cargadas de historia, invade hoy nuestros campos y pueblos, que, en algunas comarcas, están quedándose desiertos y abandonados, por las emigraciones interiores, y por aquellas otras, verdaderas armas de doble filo, que por un lado son estimuladas, por razones económicas, y por otro lamentadas, por razones raciales.

Nuestros más famosos escritores de la generación del 98 describieron nuestros pueblos, nos señalaron e hicieron ver su tipismo y los caracteres de sus hombres y sus costumbres, sus maravillosos paisajes también, pero en sus escritos encontramos muy escasas referencias a las viviendas populares, por no decir ninguna. Al hábitat, como ahora se dice, y a su entorno, término también de nuevo cuño, no hacen alusión.

Situada en la zona central de la Península Ibérica, Cuenca y su provincia se divide en tres regiones naturales bien diferenciadas: La Serranía, La Alcarria y La Mancha, por lo que en nuestro ensayo figurará como una prolongación de esta extensa región.

La Serranía, toda su gran belleza es natural y paisajista, sus características montañas y sus bosques, todo es aquí grandioso. La profusión de sus inmensos pinares procuran vida al paisaje, unidos a los ríos y riachuelos que fluyen por todas partes.

Por el contrario, La Alcarria, de terreno húmedo, sin grandes montes, abunda en colinas y oteros, suaves declives y escasa vegetación.

La Mancha, en esta provincia, tiene los caracteres que hemos expuesto extensamente en páginas anteriores, es genuino ejemplo del paisaje de llanura, ingente la planicie.

Por su ausencia de arbolado es la muestra más pura, quizás, de este género paisajístico que existe en Europa.

De norte a sur, el río Júcar cruza la provincia, y la capital, declarada Paisaje Pintoresco, en la que confluye, en bellísimo marco, con el río Huécar.

El pintoresquismo de la Cuenca antigua, cuyas casas se apiñan sobre un espolón rocoso flanqueado por los dos ríos. Las notas distintivas de esta ciudad rupestre son su desarrollo vertical, la asimetría y el aterrazamiento en planos a distintos niveles, con rincones tan pintorescos y llenos de carácter, que tantas veces han servido de motivo y atracción a dibujantes y pintores que allí han afincado y sentado sus reales.

Los ríos Júcar y Huécar, en los profundos meandros de sus cursos, han ido formando el bloque pétreo sobre el que vemos emplazada la ciudad vieja, la alta, sobre la Hoz del Huécar, la sorprendente ciudad que hoy admiramos, conservada como pocas otras, por fortuna para los conquenses, ya que van aumentando día a día el interés de gentes de las grandes ciudades, una verdadera élite, que busca aquí la paz y el silencio, incluso la soledad, que no siempre es estar solo.

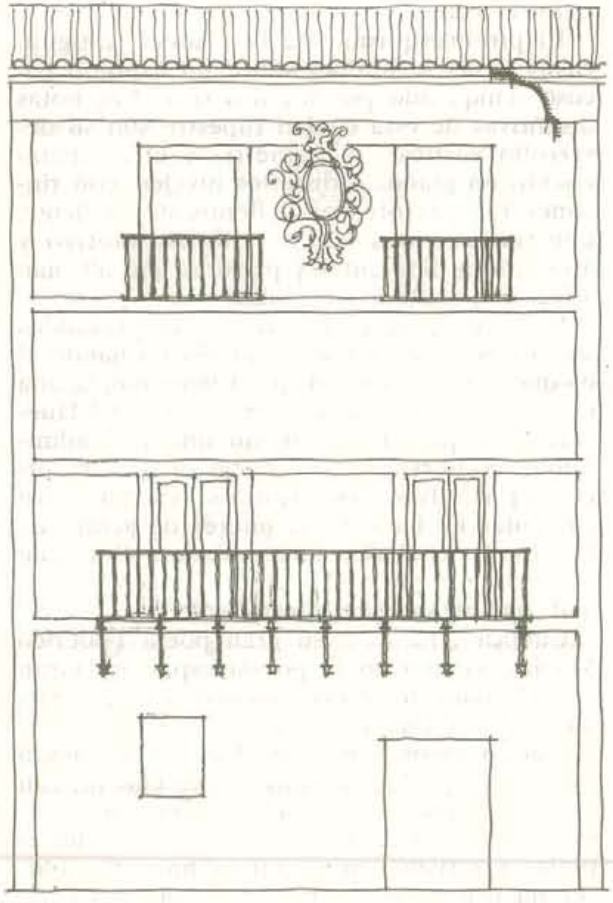
Cuenca ,gracias a su gran poeta Federico Muelas, cuenta en la poesía española. Gran pérdida para las letras hispanas. Cuenca perdió a su más ilustre pregonero.

Estos nuevos amigos de Cuenca, unidos a los ya inteligentes naturales de su ciudad, con tantos encantos, han creado un ambiente propicio a la atracción de almas afines, intelectuales y artistas, que aquí se han afincado. Buena prueba es, entre otras, el *Museo de Arte Abstracto Español,* salvando, y consoli-

dando, un grupo de viejas edificaciones de «casas colgadas» en lo más alto de la silueta de la fachada de la ciudad alta, sobre un abismo de altísimos fustales.

Súmese a éste la *Casa-Museo Gallardo-Zavala,* mecenazgo ejemplar, la *Semana de la Música Sacra,* la *Casa de la Cultura.*

El precioso y ejemplar libro de Fernando Zobel, editado en inglés por The Deparment of Printing and Graphic Arts, Harvard College, Library, en 1970, constituye la más deliciosa guía de Cuenca. Lástima es que sea ya un libro raro y difícil de encontrar. Texto y dibujos son deliciosos.



Cuenca

En su libro *Mis fotos de Cuenca,* Zobel se nos revela magnífico fotógrafo. Este ha sido editado por el Museo de Arte Abstracto, más recientemente, en 1975. Dos joyas bibliográficas.

Es notable, a la vez que curioso, su singular urbanismo, con sus calles y callejas; plazas y plazuelas, enlazadas por pasadizos bajo los edificios.

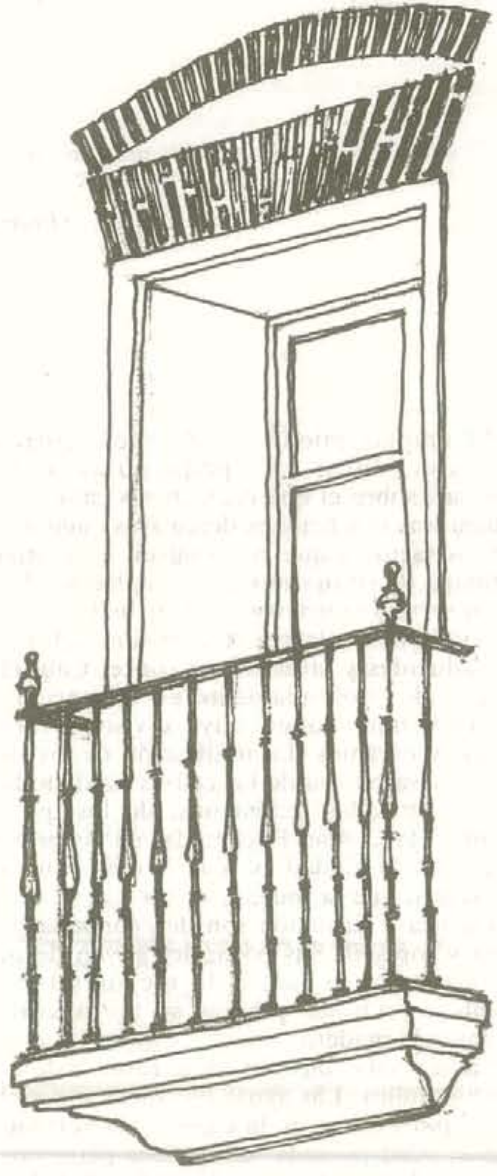
Sobre toda esa fachada singular de Cuenca escribe Carlos Flores, distinguido arquitecto conquense, autor de la obra, que bien podemos calificar de monumental, «Arquitectura popular en España», lo que sigue:

«Un aspecto de la ciudad alta conquense asomada al vacío de la Hoz del Huécar, las casas apiñadas sobre la roca, constituyen su propia muralla defensiva. Un urbanismo imaginativo y dinámico fue capaz de organizar este complicado y extremadamente duro conjunto urbano, estableciendo para ello numerosos pasadizos bajo la edificación, callejones de trazado inverosímil y calles con su nivel a media altura respecto a los edificios que las flanquean, de modo que un cuarto o quinto piso de los edificios que aparecen en la fotografía viene a ser planta baja visto por la fachada opuesta que se abre a la calle».

«En todo caso la vivienda entramada ofrece numerosas excepciones en cuanto a su altura, llegándose a cinco plantas y aún superándolas en cuanto a su altura en casos como Cuenca o Frías, en donde la escasez de suelo edificable conducía ya hace varios siglos a soluciones de una densidad aproximada a la de nuestras actuales superpobladas».

«Dentro del amplio conjunto que ofrece la construcción entramada del Sistema Ibérico —como por otra parte sucede en toda la arquitectura popular en general— las excepciones y salvedades superan a los casos-tipo, hecho que hay que tener siempre presente para no tomar nunca las generalizaciones como un fenómeno real, sino en su mera significación de esquemas aproximados, con lo que se facilita el trabajo de acercarnos a la realidad».

Nada hemos mencionado de los asombrosos alrededores de la Ciudad Encantada. Sitio natural de Interés Nacional, que se extiende sobre un área de 20 kilómetros cuadrados, de sus grandes moles rocosas, modeladas por la naturaleza y sus agentes atmosféricos: lluvia, nieve, hielo y viento, unidos a las aguas subterráneas. Es toda una ciudad con sus monumentos. Pasando el



Balcón de Cuenca

Tormo Alto, que guarda la entrada, encontramos extrañas moles de formas diversas conocidas por los Barcos, la Cara del Hombre, las calles de una fantasmagórica ciudad de gigantes invisibles, el Puente Romano, la Foca, el Tobogán, el Mar de Piedra, la Puerta Ojival, el Parque, el Elefante.

Los profundos valles, de tortuoso trazado, curso de sus ríos, las «hoces» del Júcar y del Huécar; la de Valdeganga, en el Júcar, aguas abajo de la ciudad; las del Beteta y Tragavivos, en el río Guadiela; la del Solar de Cabras, en el río Cuervo, marca de un agua tan beneficiosa y recomendada por los urólogos, y el Estrecho de Priego, en el río Escabas.

Y qué decir de las Torcas, depresiones de terreno, en extrañas formas de cono invertido, que nos sorprenden al encontrarlas en nuestro camino. Veinte de éstas existen en los Palancares, la mayor de las cuales, conocidas por «Las Mellizas» tiene 700 metros de diámetro y 60 metros de profundidad. Todas tienen sus nombres que las distinguen, como en una gran familia de gigantes fabulosos.

Cañete (Cuenca)

Cañete (Cuenca)

Más extrañas aún son las siete torcas de Cañada del Hoyo, cinco de ellas en lagunas diseminadas en frondoso pinar.

En el término de Villa del Humo vemos pinturas paleolíticas, en las que distínguense caballos, jabalíes, toros, arqueros y hasta un bisonte.

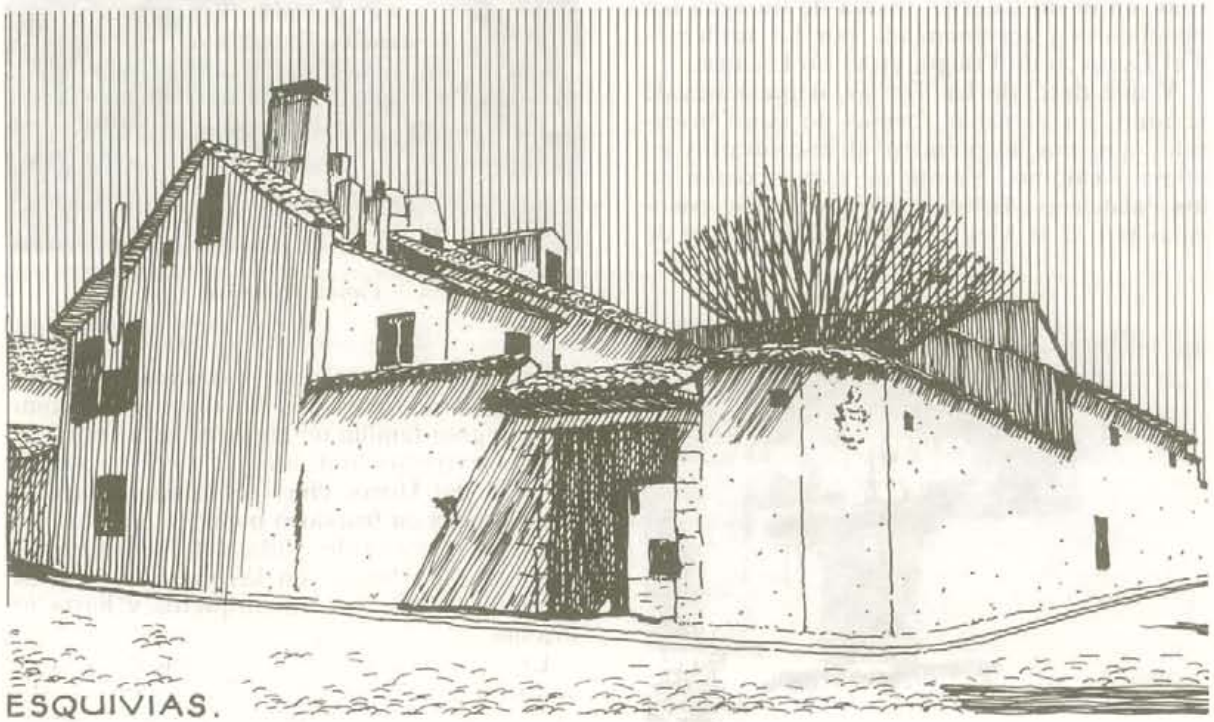
En Castellar vimos perfectamente conservado un puente romano sobre el Júcar. Monumentos histórico-artístico, existen en toda la provincia, y también ruinas por doquier, como en toda España.

Nos limitaremos a enumerarlos: Monasterio de Uclés, Villaescusa de Haro, la Villa de Belmonte, con su recinto amurallado en torno a su castillo, levantado por el marqués de Villena, y su tipismo; y el Alcázar del Infante Don Juan Manuel, la Casa de las Camelias y la mansión natal de fray Luis de León.

Huete, con sus ruinas góticas, y el castillo de Alarcón, antigua plaza fuerte, con sus murallas reflejándose en las quietas aguas del gran pantano.

Es en Horcajo de Santiago y en Cañete donde hemos encontrado mayor tipismo, y casas realmente populares dignas de este ensayo. En poblados, aldehuelas próximas a la capital, las viviendas rurales que buscábamos eran de lo más elementales y pobres, como en tantos otros lugares de España.

■ ■ ■



ESQUIVIAS.

Arquitectura manchega.

La Mancha, sus comarcas y sus limites

Las características puramente geográficas de La Mancha, según M. Terán y Solá en su «Geografía regional», pueden resumirse así: «Sobre la orilla del Tajo en Aranjuez avanza la plataforma de la mesa de Ocaña, que podemos considerar como el umbral de entrada de La Mancha. Desde aquí, con prolongación hacia el este por la provincia de Cuenca y hacia el sur por las de Toledo, Ciudad Real y Albacete, se extiende la gran llanura...» «La horizontalidad de la llanura es casi perfecta. El suelo formado por calizas pontienses, en grado más o menos avanzado de descomposición, en amplios sectores sólo ofrece como desnivelación algún cerro de figura achatada y depresiones poco profundas, en las que se acumulan las aguas de lluvia, dando origen a grandes charcas o lagunas que la organización imperfecta de la red fluvial no ha logrado drenar, pues los ríos Záncara, Cigüela y el propio Guadiana en la parte occidental, corren por cauces poco profundos, a diferencia de lo que ocurre en la parte oriental de la Meseta...»

«La zona occidental, que es la de las lagunas, es también en la próximidad del Campo de Calatrava la de los volcanes de hoy, desmantelados, aparecen como cerros de poca altitud, reconocibles por su figura de grandes rodales de coloración oscura o rojiza, llamados en la región *negrizales*».

«El suelo cambia también de coloración en el Campo de Montiel, gran plataforma surcada por el alto Guadiana hasta la desaparición en Argamasilla de Alba. El río nacido en los altos de Pinilla, al avanzar atraviesa el rosario de las lagunas de Ruidera, cuyas limpias y transparentes aguas son una sorpresa de inédito atractivo en el árido paisaje de la región».

En La Mancha, desaparecido el encinar, la mayor parte del suelo ha sido roturado y puesto en cultivo, cereales, viñedo y olivar.

La provincia de Ciudad Real es la región vitícola por excelencia, al mismo tiempo que la del pequeño regadío con aguas de pozos, en los que las típicas y antiguas norias han sido sustituidas por bombas mecánicas movidas con aceite pesado. La Mancha de Albacete cultiva, tradicionalmente, el azafrán. La ganadería es la lanar estante, productora de lana y de leche para la elaboración del queso manchego. Los grandes poblados son centros comarcales, Ciudad Real, Alcázar de San Juan, Tomelloso y Valdepeñas, centros vitícolas. En La Mancha toledana, Consuegra, Madridejos y Villacañas. En la de Albacete la capital, La Roda y Villarrobledo.

Los límites de La Mancha no pueden ser claramente definidos, al ser una comarca y no una provincia. La Alcarria, comarca colindante, es asimismo difícil de limitar, al carecer de bien definidos límites geográficos.

Son muchas en España este tipo de regiones, cuyos nombres son más históricos que político-administrativos, circunstancias que encontramos en Los Monegros, esa curiosa región entre Zaragoza y Lérida, y en Las Cinco Villas, al oeste de Huesca, como también en Las Alpujarras, entre Sierra Nevada y la costa granadina.

El paisaje de España cambia completamente de un lugar a otro dentro de una misma provincia o región. Nos fijamos en primer lugar en el color de sus tierras, al ocupar éstas buena parte de su superficie, pelada y carente de vegetación.

El rojo arenoso de La Mancha lo dejamos de ver para entrar en otra zona de piedra grisácea, tirando a amarillo. Las tejas de las casas, hechas de la misma arcilla que las edificaciones que cubren, hacen que estos pueblos sean difíciles de distinguirlos de las rocas de sus entornos, hasta estar cerca de ellos.

Según Eugenio Montes, en reciente artículo, decía: «El nombre de esta región significa la manchada, es decir, la tierra sin cultivo. Los cristianos la dedicaron al pastoreo para poder llevarse su peculio, el ganado, cuando subían en algarada los moros; y éstos también la dedicaban a ganadería para poder llevarse su bien, sus rebaños, cuando a cristazo limpio bajaban los del Norte».

«En tiempos poco anterior a Cervantes sufrió una gran sequía en su piel, pues en el hondo quedaban grutas laguneras».

«En el libro inmortal, en nuestra biblia hispana, rarísima vez llueve».

En La Mancha, como decimos y repetido, sólo vemos trigales, viñedos, olivares de la antigua trilogía de necesidades: grano, vino y aceite, que cubren todos los espacios que, en estos predios, quedan de tierra laborable, ya que en buena parte la región es roca desolada. Las cabras y el ganado montés apenas pueden encontrar sustento.

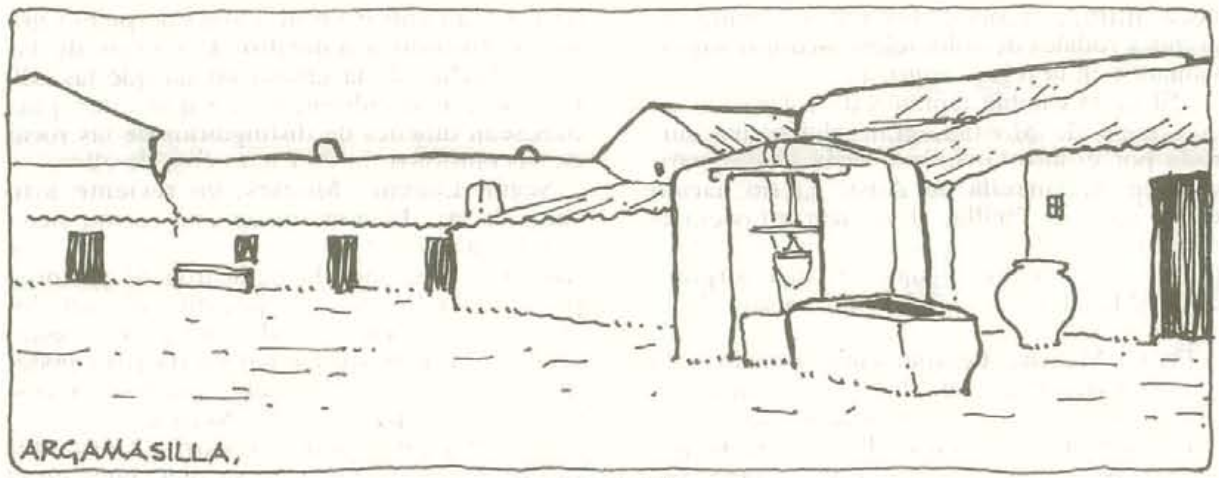
Pocos son los árboles que en realidad ahora vemos, exceptuando los antes mencionados, y son aquellos que plantan, ya algo escuálidos, en las plazas de los pueblos, que riegan solo de vez en cuando.

CERVANTES Y DON QUIJOTE.

En tiempos de Cervantes seguramente los árboles no fueron tan escasos como hoy día, pero aún así el camino debió de ser caluroso, y sin sombras.

Azorín, en «La Ruta de Don Quijote», nos describe Argamasilla, su región y sus pueblos vecinos, mejor que el autor pudiera hacer:

«Y luego cuando salimos a la calle, vemos que las anchas y luminosas vías están en perfecta concordancia con los interiores. No son éstos los pueblecillos moriscos de Levante, todo recogido, todo íntimo; son poblados anchurosos, libres, espaciados, de la vieja gente castellana».



Argamasilla

«Las calles son de una capacidad extraordinaria; las casas son bajas y largas; de trecho en trecho un incomensurable portalón de un patio rompe, de pronto, lo que pudiéramos llamar la solidaridad espiritual de las casas; allá al final de la calle, la llanura se columbra inmensa, infinita».

«Yo contemplo las casas bajas, anchas y blancas. Todo está en profundo reposo. El sol reverbera en las anchas paredes; las puertas están cerradas; las ventanas están cerradas... Y la llanura, en la lejanía, allá dentro, en la línea remota del horizonte, se confunde imperceptible con la inmensa planicie azul del cielo».

Camino de la villa de Argamasilla, patria de Don Quijote, desde el tren, Azorín pinta así el paisaje que ve desde la ventanilla:

«Ya es día claro; ya una luz clara, limpia, diáfana, llena la inmensa llanura amarillenta; la campiña se extiende a lo lejos en suaves ondulaciones de terrenos y oteros. De cuando en cuando se divisan las paredes blancas, refulgentes, de una casa; se ve perderse a lo lejos rectos, inacabables, los caminos... Todo el paisaje que ahora vemos es igual al paisaje pasado; todo el paisaje pasado es el mismo que el que contemplaremos dentro de un par de horas... Y de pronto surge en la línea del horizonte un molino que mueve locamente sus cuatro aspas».

Argamasilla, uno de los pocos pueblos que Cervantes menciona por su nombre, aparece blanca, como nueva, detacándose de un brillante cielo. Entre los álamos, abedules plateados son los árboles que bordean el cauce de un río seco.

En el pueblo hay edificios que deben de conocerse. El más famoso es la Casa de Medrano con su calabozo en el que se supone que Cervantes estuvo prisionero, y la casa del propio Don Quijote, y aquella otra en que vivió el bachiller Sansón Carrasco, en la que aún viven, al decir de las gentes, sus descendientes.

En la casa de Don Quijote hay una ancha arcada, con puerta de dos hojas, a través de la cual debió de pasar Rocinante; el patio donde el ama quemó los libros y las habitaciones en las cuales el Caballero haría sus frugales comidas y se desojaba sobre los libros de caballería. El hogar de los Carrasco está, andando, a cinco minutos de allí.

En cuanto al calabozo, el propio Cervantes, en el prólogo, en frase descuidada, llama a su libro el hijo seco, avellanado, antojadizo y lleno de pensamientos varios y nunca imaginados de otro alguno; bien como quien se engendró en una cárcel. Los argamasillanos lo creen; según éstos, Cervantes fue metido en ese agujero inmundo y subterráneo por haberse permitido ciertas libertades con la hija de un gran personaje de la localidad, y allí concibió el Quijote.

En 1860 en la casa de Medrano se montó una prensa de imprimir y una de las más hermosas entre los cientos de ediciones del libro pudo ser impresa allí. La fecha de la edición a que nos referimos es de 1863, conocida por los bibliófilos y cervantistas como «El Quijote de Hartzenbusch».

A la entrada del calabozo existía una placa con una inscripción tomada del prólogo de la edición a que nos referimos.

«En aquel tenebroso encierro, en aquel angustiado cofre de cal y canto, la fecunda mente de Cervantes concibió la idea vastísima, triste algunas veces, siempre regocijada, de su Don Quijote. Desde aquí, rompiendo su imaginación las gruesas y toscas paredes que le apresaban, se esparció sobre las dilatadas llanuras de La Mancha».

Es verosímil que Don Quijote vivió aquí, partió de aquí para sus aventuras, y aquí regresó para hacer su testamento y morir.

Don Quijote hizo tres salidas. La primera, de un día de cabalgadura, la hizo solo, sin Sancho, desde su aldea hasta Argamasilla de Alba.

En el capítulo cuarto es cuando decide volver a casa para proveerse de dinero y de camisas limpias, como el ventero le aconsejó.

La segunda llevó a Puerto Lápice, camino de Ciudad Real y Valdepeñas, entrando en Sierra Morena.

«Haciendo cuenta de recibir a un labrador vecino suyo, que era pobre y con hijos, pero muy a propósito para el oficio escuderil de la caballería», Don Quijote «salió al campo con grandísimo contento y alborozo de ver con cuanta facilidad había dado principio a su deseo».

La tercera salida fue a la aldea de El Toboso, donde vivía Dulcinea. Después por descarriados caminos marcharon a Ruidera y a la cueva de Montesinos, prosiguiendo hacia el norte hasta la Peraleja y hasta el Ebro, cerca de Zaragoza, quien sabe si Alcalá de Ebro. Siguieron cabalgando hasta Barcelona, desde donde regresaron a su aldea, poniendo fin a sus caballerescas andanzas.

LA RUTA DE DON QUIJOTE Y SU ACCIDENTADA VIDA.

En 1797 Pellicer imprime un mapa donde trazó la ruta de Don Quijote. En la edición publicada por la R. A. Española en 1819, hay otro, y un traductor inglés H. E. Walts, da un tercero y así desde Ford y Borrow hasta los de Hemingway.

Cervantes fue hijo de la España del Siglo de Oro, como su contemporáneo Shakaspeare lo fue de la era isabelina. Nació diecisiete años antes Shakespeare y ambos nacieron en la misma semana de abril de 1616

Hijo de una pobre y numerosa familia, su padre había sido cirujano o boticario. Salió de España en cuanto pudo, haciendo un viaje a Roma como camarero del nuncio especial. Se unió a las fuerzas del Papa y combatió en Lepanto, dende perdió su mano izquierda, quedando malherido en el pecho. Capturado por piratas berberiscos que lo tuvieron como siervo en Argel durante cinco años. Repatriado, vuelto a España, empezó a escribir obras teatrales, y poemas, una novela pastoril La Galatea. Sus *Novelas Ejemplares* y su Don Quijote fueron sus obras maestras.

Se casó con una muchacha de Esquivias, permaneciendo allí dos años.

A los cincuenta y seis años escribe *El ingenioso Hidalgo Don Quijote de La Mancha,* que se supone fué concebido en la cárcel.

Las armas y las letras eran las dos profesiones que por aquel entonces gobernaban el mundo.

CC11.28.722.2 (Véase «Guía del lector del Quijote. Ensayo psicológico sobre El Quijote», de Salvador de Madariaga.
Espasa-Calpe 1926.)

La Mancha, sus pueblos y sus molinos

En su «Nuevo viaje de España», la Vía del calatraveño, Víctor de la Serna, a quien gusto recordar, escribió: «La Mancha tiene tal prestigio que todas las comarcas circunvecinas quieren ser llamadas manchegas. No pasa eso en otras tierras españolas. Por regla general se llama Mancha a todos los territorios que fueron de las tres Ordenes Militares; la de Santiago, que da nombre a toda la Mesa de la Orden, donde Quintanar es hoy la población más importante, y que tiene su pila bautismal, sus papeles y su filiación en Uclés (lo cual alarga el concepto de Mancha a las provincias de Toledo y Cuenca); la de Calatrava, cuyo centro es hoy Almagro, y que tiene su cuna en Calatrava vieja, de la que apenas se advierten los restos, y su última en Salvatierra, donde están en pie los murallones del segundo castillo calatraveño; y la de San Juan, cuya capital es todavía Alcázar, que se extiende hasta los mismos muros de Villarrubia».

La Mancha constituye en Castilla la Nueva una de las regiones españolas más definidas, con límites poco precisos, al tratarse de una región, al sureste de la meseta castellana, de paisaje muy característico, que comprende parte de las cuatro provincias, de Ciudad Real, Toledo, Cuenca y Albacete. Es un llano absoluto en su vasta extensión, desde Puerto Lápice a Santa Cruz de Mudela, desde Villarrobledo a Almagro. Su altitud varía entre 700 y 850 metros; su clima es de veranos muy secos, e inviernos muy fríos, pocas las lluvias.

La Mancha alta, al norte, se enlaza con la Alcarria, región muy semejante, tierras de páramo y mesetas. Al sur se extiende la llanura, árida, inmensa. En el fondo de las hondas cañadas de erosión se crean exiguas huertas en las vegas.

La región inmortalizada por Cervantes, con su llanura y sus poblados, conserva, sin duda, el mismo aspecto que en tiempos de nuestro inmortal escritor, y su obra puede ser evocada al recorrerla. El papel que La Mancha representa en la creación del más alto monumento de nuestras letras ha sido puesto de manifiesto por nuestros eruditos, con extensa bibliografía, bien conocida, de las grandes figuras de la generación del 98, y sus seguidores que la recorrieron de un lado a otro, al disponer de más cómodos medios de transporte.

Hasta donde es posible, esos rincones evocadores, hoy como ayer, pueden hacer revivir, ante los ojos del viajero, o del turista, las escenas tan maravillosas como desconcertantes, de la obra inmortal. Los propios manchegos no saben si han sabido apreciar su bien amada región. La atracción que el suelo manchego ejerce en los extranjeros, que vienen deseosos de conocer la famosa ruta caballeresca, es creciente, y les sorprende. La ruta de Don Quijote, que recorre los lugares manchegos más estrechamente relacionados con el «Libro de los libros», es cada día más frecuentada.

Ninguna mejor guía que «La ruta de Don Quijote», de Azorín, que hemos leído, una vez más, en la edición de Leonardo Willians (Editor), 1905.

La dedicatoria reza así:

«Al gran hidalgo Don Silverio, residente en la noble, vieja, desmoronada y muy gloriosa villa del Toboso; poeta, autor de un soneto a Dulcinea; autor también de una sátira terrible contra los frailes; propietario de una colmena con una ventanita por la que se ve trabajar a las abejas».

EL TOBOSO

El pueblo de Dulcinea, pintoresco como el que más, lugar importante en aquellos siglos del poderío español, se asienta en un terreno de «tobas», piedras frágiles y esponjosas, del que parece venir su nombre; era el comienzo

de la Oretania, luego campos del Priorato de San Juan. Su título de villa data de 1339.

«El Toboso —según Azorín— es un pueblo único, estupendo. Ya habéis salido de Criptana; la llanura ondulada suavemente, roja, amarillenta, gris en los trechos de eriazo, de verde imperceptible en las piezas sembradas. Andáis una hora, hora y media, no veis ni un árbol, ni una charca, ni un rodal de verdura jugosa. Las urracas saltan un momento en medio del camino, mueven nerviosas y petulantes sus largas colas, vuelan de nuevo; montoncillos y montoncillos de piedras grises se extienden sobre los anchurosos bancales. Y de tarde en tarde, por un extenso espacio de sembradura, en el que el alcacel apenas asoma, camina un par de mulas, y un gañán guía el arado a lo largo de los surcos interminables...»

«Los terrenos grisáceos, rojizos, amarillentos, se descubren, iguales todos, con una monotonía desesperante. Hace una hora que habéis salido de Criptana; ahora, por primera vez, al doblar una loma distinguís en la lejanía remotísima, allá en los confines del horizonte, una torre diminuta y una mancha negruzca, apenas visible en la uniformidad plomiza del paisaje. Esto es el pueblo de El Toboso. Todavía han de transcurrir un par de horas antes de que penetremos en sus calles».

La abundancia de edificaciones grandes, casonas y palacios, muchos hoy en ruinas, hablan de su esplendoroso pasado:

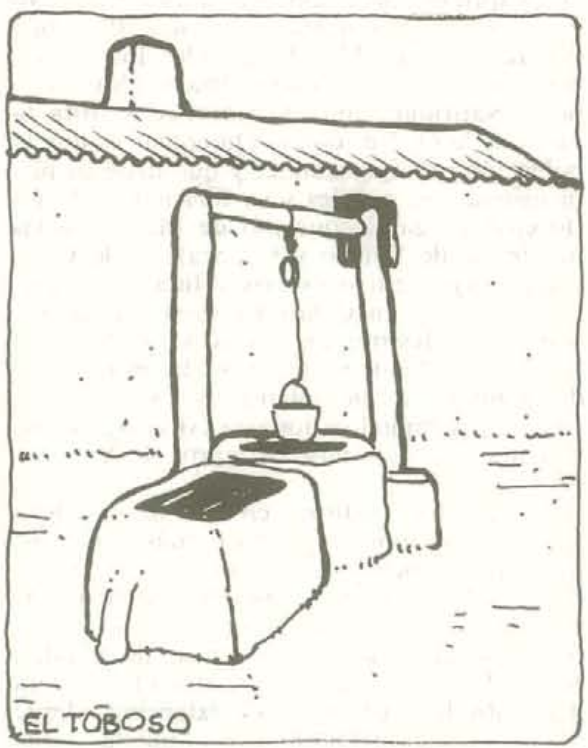
«Que si bien no había princesa alguna, había, sí, muchas señoras principales que cada una en su casa podía ser princesa».

La nobleza toboseña, constituida entre otras familias por los Zarco, Morales, Cervantes, Moyas, Castillas, Villaescusas, se diseminaron en las provincias limítrofes. Los Parra de Argamasilla eran, en aquellos tiempos, una de las más antiguas.

Como Argamasilla de Alba y Villanueva de los Infantes, El Toboso fue pueblo rico y próspero, habitado en gran parte por moriscos, industriales, comerciantes y agricultores. Con su expulsión se inició su decadencia. Las gentes que de él fueron arrojadas fundaron las villas de Quintanar y Pedro Muñoz. «El Toboso fue pueblo importante y así lo hacen suponer los restos de sus aristocráticas moradas, sus portadas de mármol, columnas, brocales, fuentes talladas, escudos y labradas rejerías». Así escribía, en 1848, el escritor Giménez Serrano, uno de los primeros que recorrieron estas tierras.

Al comenzar la Edad Media contaba El Toboso con veinte mil almas, siendo uno de los poblados más importantes de La Mancha.

Este pueblo duerme, como tantos otros de nuestra Península, a la sombra de su pasado secular, aquietado en su vida laboriosa en medio de su singular estepa, que ofrece ora sus grandes extensiones desnudas, en donde el



El Toboso

sol y el arenal engendran el espejismo, ora fértiles vegas y verdaderos oasis de bosques y viñedos, con lagunas creadoras de caudalosas corrientes estérilmente absorbidas y vaporizadas en largo curso inacabable. Los cultivos de cereales, la vid y huerta, la ganadería y los famosos alfares de donde salían, y aún salen, las tinajas de antiguo renombre, son manifestaciones de su vida actual de culto al trabajo, culto que, con ser oscuro, no emplebeyece.

La gloria de El Toboso está en ser cuna del apellido Cervantes y de la propia Dulcinea. Diego López de Cervantes, radicado en la villa de Madridejos, fue el fundador de una numerosa familia extendida en toda la región.

El propio abuelo del «ingenio de los ingenios» vivió en El Toboso. Cervantes visitó el pueblo, sin duda, por tener allí parientes o por sus funciones de alcabalero.

En tiempos de Cervantes, hasta hace cosa de medio siglo, la pequeña población de El Toboso fue afamada por la manufactura de las tinajas. Ahora allí ya no se hacen más tinajas, artesanía pasada a Villarrobledo, donde brilla más el sol.

Hoy las antiguas tinajas son buscadas, y bien pagadas, con destino a la jardinería mediterránea, de las segundas residencias, de la sociedad de consumo, o para los centros turísticos.

Desde El Toboso puede irse a Campo de Criptana, pasando por la famosa Venta de Don Quijote.

CAMPO DE CRIPTANA

Criptana es el marco de la acción de Alonso Quijano. Su blanquísimo caserío que se anuncia por las paredes, desconchadas, ciegas, desnudas, de los corrales de las casas de sus labriegos, está asentado en un declive de una extensa loma, coronada por los pocos molinos de viento que aún sobreviven, o los restos de otros, sin sus aspas, ya abandonados.

En Criptana, una de las más antiguas agrupaciones urbanas de la Península, y en remotos tiempo, se supone se constituyó la famosa «Certina», población celtíbera, que con sus vecinas «Alces», «Montesa», «Laminio» y «Munda» oponíanse a la ocupación romana, pueblo invasor que no la conquistó hasta el año 181 antes de Cristo.

La civilización romana floreció en el lugar,

Alcázar

como lo demuestran los restos de cerámicas y objetos artísticos hallados en Villajos, al norte de Criptana.

La antigua «Certina», que fue destruida por los árabes, que pronto se adueñaron de Castilla, llamada «Chitrana», fue cedida por Alfonso VIII a la Orden de San Juan de Jerusalén en 1162 y después adjudicada a la Orden de Santiago.

A partir del siglo XIV sólo existía un núcleo de población. Las milicias de este pueblo participaron en la toma de Granada y después en la guerra de las Comunidades, en defensa de la realeza, lo que contribuyó a su esplendor, erigiéndose monumentos civiles y religiosos, como Nuestra Señora de la Asunción. En el siglo VIII, Campo de Criptana albergaba una población culta y rica, siendo cuna de hijos ilustres, destacados por el culto a la inteligencia.

LOS MOLINOS

Sin agua los molinos fluviables, se recurrió a los de viento, que eran una novedad, estupenda, implantados en La Mancha, según Ricardo Ford, en 1573, cuando vivía Don Quijote.

De los cuarenta y nueve molinos que la tradición señala, sólo quedan cinco, de los cuales uno, llamado «Ojo Azul», es el único es condiciones aún de desafiar la destrucción de los elementos.

La proyectada Ruta de los Molinos, que fue esperanza de la región manchega, no ha llegado a ser lo que prometía.

Se inició un expediente administrativo, mal camino, para la declaración de monumentos histórico-artísticos de tres molinos de viento de Campo de Criptana, los únicos que, según los archivos, existen de tiempos de Cervantes.

Cada molino tiene incluso su nombre. «El Sardinero», de propiedad municipal, es el único que, se nos dijo, se conserva en funcionamiento.

«El Burleta» y «El infante», de propiedad particular, están abandonados.

«En esto descubrieron treinta o cuarenta molinos de viento que hay en aquel campo...»

Cervantes no exagera, ya que en el catálogo realizado en 1752 por el marqués de la Ensenada se registran 34, entre ellos los antes citados.

Durante los años sesenta se dijo que los veintiún países americanos construirían uno cada uno, pero creemos que sólo Argentina, Chile, Perú, Honduras y Costa Rica cumplieron su promesa, lo que no hemos comprobado. Nuestro turismo oficial tampoco ayudó al Ayuntamiento.

El último de los molinos, dice Francisco Giménez Heras en una crónica aparecida en «ABC», ha callado hace unos veinte años. ¿Sabe usted que este molino fue construido en 1555 y estuvo trabajando hasta 1955? Cuatro siglos de molienda, ya ve usted.

Si, trabajé aquí, y mi padre, y mi abuelo. Estas doce ventanitas que tiene cada molino no son para fisgonerar lo que ocurre fuera, no, son para orientar las aspas según los vientos.

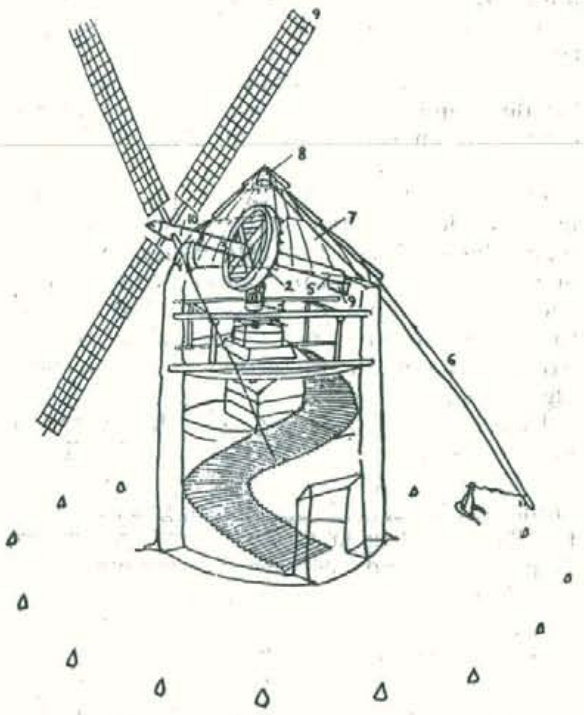
¿Usted sabe que hay doce clases de vientos? Pues los hay y cada uno tiene su nombre: Abregondo, Abrego, Toledano, Moriscote, Cierzo, Matacabras, Solano Alto, Solano Fijo, Solano Hondo y tres ventanitas del de Mediodía.

Unos dicen que el nombre de Campo de Criptana era «Campo de Criptas», es decir, de cuevas que horadan toda la sierra. Cada casa tenía una cueva, y muchas la tienen todavía, como en otras regiones secas de la Península. De las cuevas nos ocupamos en otro lugar.

De los molinos se dice son cálidos en invierno y frescos en verano.

El molino de viento manchego es todo él, elemental y funcional, nada tiene de inútil o superfluo. Su plasticidad, que tan bien armoniza con sus emplazamientos y con la naturaleza que le rodea, es admirable. Los molinos rara vez están aislados y solos.

Consta en realidad un molino de dos únicos elementos diferenciados: una parte, diríamos fija, el molino propiamente dicho, sin su artilugio, cuya construcción es de tapial o de ladrillo, de forma cilíndrica, bien encalado. Estribo contrafuerte cilíndrico que resista el empuje del viento cualquiera que sea su dirección. «Dentro de la torrecilla —dice Azorín— consta de tres reducidos pisos: en el bajo se hallan los sacos de trigo; en el princi-



Interior de molino (según Caro Baroja)

pal es donde cae la harina por una canal ancha; en el último es donde rueda la piedra sobre la piedra y se deshace el grano, y aquí hay en este piso unas ventanitas minúsculas por donde se atalaya el paisaje».

La parte móvil está constituida por su estructura de madera, lo más ligera posible, la arboladura de sus aspas, su cónica cubierta revestida de zinc. Timón y aspas son su verdadera máquina.

El astuto molinero de Campo de Criptana, según la tradición, al preguntarle el alcalde cuánto maquilaba, contestó sucesivamente que maquilaba lo sabido, que lo sabido era la costumbre, la costumbre sabida era lo de siempre, y lo de siempre lo que maquilaban todos los molineros.

El gran pintor manchego, Gregorio Prieto, extraordinario dibujante, no solamente ha creado su propio museo en un molino, sino que ha escrito el mejor, más lujoso y documentado libro de bibliófilos, sobre los molinos. Su mecenazgo, sus valiosas colecciones privadas de pintura y escultura, antiguas y contemporáneas, le harán más famoso.

Los molinos de La Mancha no se parecen a los de Almería y Cartagena de los que nos ocupamos en otro lugar, ni a los de las Pitiusas.

Desde la atalaya manchega que constituye el alcor de Criptana se descubre, principalmente hacia el sur, un vasto panorama de leguas y leguas de una paramera infinita, tantas veces evocada por nuestros escritores y pintada por nuestros pintores, entre los que existe actualmente un grupo de manchegos, algunos ya ilustres.

El suelo es terciario y salino, de estepa, rojizo su color, la sequedad grande, las lluvias escasas. El clima extremoso, grandes fríos y grandes calores. El difícil desagüe de tierra tan llana explica la existencia de charcas salinas. El arbolado es raro, predomina el matorral; romero, retama y esparto en las estepas. Paisaje que alguien ha definido como inmóvil y estancado «mar de tierras». Rebaños de ovejas cruzan la llanura. Ingente planicie, genuino paisaje de llanura, carencia de árboles, mixto de cielo y tierra. Sus elementos estéticos; la simplicidad, carencia de

Molinos (La Mancha)

obstáculos que limitan la visión y la infinidad de su horizonte.

Las inmensas propiedades, latifundios de propiedad privada, se encuentran también aquí. En La Mancha puede haber, y los hay, decenas de kilómetros entre dos pueblos en los que se agrupan y concentran miles de aldeanos.

Si no se cultivan gran parte de sus tierras es por su sequedad y malas condiciones. Al fondo de hondas cañadas de erosión lábranse pequeñas huertas en las vegas, fuera de estas zonas, en el secano, cultívanse como hemos dicho el olivo, la vid, cereales, azafrán y algunas hortalizas poco exigentes.

Molinos (La Mancha)

Algunas veces, la mayor parte, el lugar en que trabajan estos labriegos de sol a sol, en las épocas de faenas, se encuentra tan alejado del pueblo que es preciso edificar en él pequeños abrigos que no llegan a casas de labor donde no se puede pernoctar, pero sí guardar los aperos, procurándoles a los campesinos un poco de sombra durante la siesta o refugio en caso de inesperada tormenta. En La Mancha vemos esparcidos estos elementales chozos, sin carácter particular alguno dada su pequeñez e inestabilidad, en la llanura sinfín, con sus suaves ondulaciones, tras las cuales desaparecen los pueblos, aquellos que estuvimos contemplando de lejos al caminar por sus senderos, pistas polvorientas y secas.

Alguien ha dicho certeramente que La Mancha es región que parece plano de sí misma, paisaje solo de dos dimensiones.

En estos latifundios de la llanura manchega, en el paisaje, geometría pura, elemental, por su misma uniformidad y monotonía, se aprecian mejor que en ningún otro lugar de nuestra geografía el esfuerzo y tesón de sus gentes para transformarlo.

La reforma agraria, de la que siempre se habla, se anuncia y no se hace, viene de muy antiguo, ya Carlos III trató con el conde de Aranda y Campomanes de hacerla.

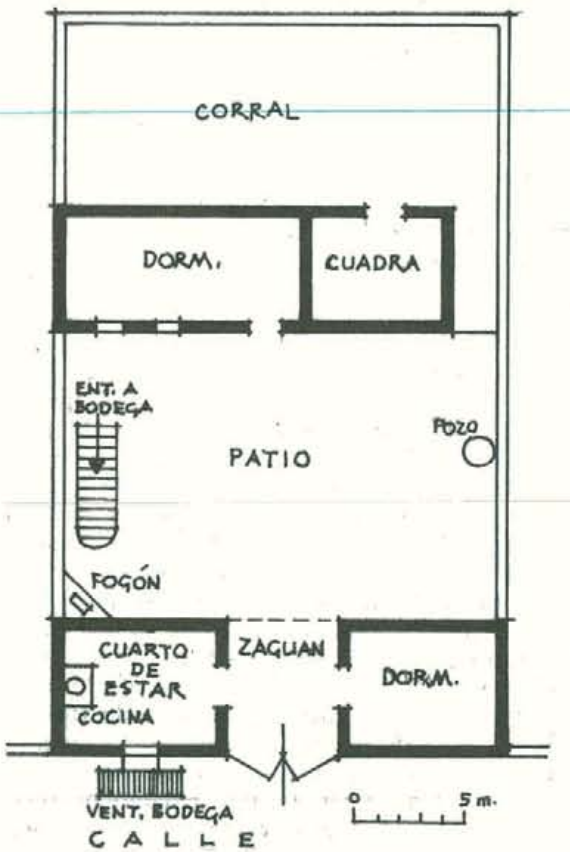
La colonización de la Sierra Morena, algo ejemplar y admirable, pero muy limitado, fue lo único que se hizo.

El latifundio en España ha sido siempre un grave problema por la gran parte de superficie ocupada por fincas de este carácter. Según «La reforma agraria en España», de Don Pascual Carrión, el 46 por 100 de la superficie cultivada de la región Bética corresponde a fincas mayores de 250 hectáreas (superficie mínima considera en España como latifundio); en la región Penibética este porcentaje es de 43,34 por 100; en La Mancha es de 38,80 por 100; y en Extremadura (incluida Salamanca), de 35,84 por 100.

En un momento dado la reforma agraria pudo hacerse; fue cuando la desamortización de los bienes eclesiásticos y de muchos municipios, y resultó que en lugar de repartir la tierra entre los campesinos, lo que se hizo fue «sacarla a subasta». Los latifundistas de en-

tonces acrecentaron sus latifundios por poco dinero.

La casa popular en todas partes, como aquí en La Mancha, para todo labriego debe de responder a sus necesidades elementales y al mismo tiempo funcionales; protegerle del calor, del frío y de la lluvia; permitirle en invierno tomar el sol al abrigo del viento solano característico de la llanura.



Casa rural manchega. Tomelloso (Ciudad Real) (De Geografía Regional de España)

La protección se extiende a las cosechas, a los animales domésticos y de trabajo, a los aperos y herramientas, así como a sus medios de transporte, carros y carretas, tartanas también, en un tiempo, y hoy tractores.

Los pueblos manchegos son grandes y muy distantes unos de otros, sus calles anchas y polvorientas. Sus casas populares son blancas y bajas, de tapial o de adobe, por lo general, o de éste con verdugadas de ladrillo sobre zócalos de mampostería donde la piedra puede existir. De solo una planta baja o lo más de dos, una sobre ésta, reúnen todas las condiciones para reconocerlas funcionales, con sus anejos, patios o corrales, unen a ellas, pese a su modestia, cualidades de una cierta expresión plástica de sinceridad en la manifestación de sus pobres materiales, embellecidos tan solo por el blanco de su cal protectora que constantemente renovada llega a constituir una epidermis duradera que las protege de la erosión de las lluvias, cuando llueve, lo que ocurre a veces a destiempo o torrencialmente.

Cada vivienda tiene un vasto corral, por lo que los poblados se extienden ocupando gran espacio. Estos pueblos manchegos, ya lo hemos señalado antes, son grandes pueblos, con plazas grandes, destartaladas, sin árboles y sin agua.

Casi todos los pueblos de La Mancha tienen en su periferia pobres sembrados, de breves primaveras. Pocos puede decirse tienen huertas, con su noria para riego del sediento suelo, ya que en algunas zonas existen aguas en el subsuelo que son extendidas por los modernos riegos por aspersión.

Las regiones como ésta, con más bajo nivel de vida, son lógicamente aquellas en las que predomina la población campesina, que poco a poco abandona el terruño de su pobreza dirigiéndose a las grandes ciudades, o en los últimos años incluso al extranjero, transformándose en obreros de la industria. Este trasiego de mano de obra es inevitable y crea considerables problemas socio-económicos de muy difícil solución.

Aquí una visión reciente de Antonio Gala de La Mancha:

«He estado unos días por La Mancha, esa región que de puro sencilla resulta misteriosa. Quizá porque no sea solo una región sino una actitud, una forma de ser, un camino hacia algo que se ha ido demorando: las calzadas romanas, las trashumantes cañadas de La Mesta, las rutas de las Ordenes Militares... Por ella bajaron los de arriba hacia el sur y subieron los del sur hacia el norte. Durante muchos siglos muchos pies, calzados o descalzos, han pisado por ella. En su espacioso cuenco se incubó España. Bajo el sol, entre sus soledades, a fuego lento, fue conociéndose una raza. (Vine solo a mirarla.) Y sin embargo, su nombre se lo dieron los árabes: "Manxa", la tierra seca con vocación de mar. Los molinos —de Criptana a Consuegra— muertos, avizoran aún en el horizonte, testigos de otra historia más gloriosa. Ya no rumian el grano, y, no obstante, crujen sus aspas con el viento solano de la misma manera que el mástil de las naves. La tierra seca donde las

Navalcarnero

aguas madres brotan en Ruidera o en Villarrubia o en las Tablas de Daimiel como besos mojados: sorbos de una colodra. La tierra seca que —otra paradoja española—, en el palacio del marqués de Santa Cruz, en El Viso, guarda el Archivo de nuestra Marina con el devoto gesto de quien se cuelga un relicario al pecho».

ALCAZAR DE SAN JUAN

En el extremo nordeste de la provincia de Ciudad Real se encuentra Alcázar de San Juan, que Azorín ha llamado «Capital geo-

gráfica de La Mancha», que es una de las ciudades que se disputan haber visto nacer a Cervantes, considerada la más seria contrincante de Alcalá.

Durante la Edad Media, La Mancha, como ya dijimos, pasó de una a otra de las Ordenes de Caballería, rigiéndose por el llamado *Fuero de Consuegra,* que constituyó el derecho común para toda Castilla. Consuegra, importante pueblo de la provincia de Toledo, es digna de visitarse por conservar gran carácter local y notables monumentos. Existe desde mucho antes de la ocupación romana, atravesada por La Calzada, de Daimiel a Toledo.

La segunda población de la Orden de San Juan fue Consuegra, su capital, cedida a los Hospitalarios en 1183, agrupando los pueblos de Alcázar, Madridejos, Tembleque, Argamasilla, Villacañas, Herencia, Yébenes, Camuñas, Villafranca, Manzaneque, Arenas, Villar del Pozo, Villarta, Quero, Turleque, Lillo y El Romeral, todos ellos con parecido carácter e interés a nuestro estudio.

La dignidad de Prior de Castilla llevaba anejos tanta nobleza y poder que el que obtenía el Priorato figuraba al igual de los Maestre de Calatrava y Santiago.

Especial mención merecen algunos de estos pueblos.

Argamasilla, junto al Guadiana, patria del Mayor de los caballeros andantes.

Protegida por Diego de Toledo, Maestre de la Orden de San Juan de Jerusalén, atrajo el establecimiento de familias hidalgas que construyeron magníficas moradas de campo, dedicándose a los cultivos y a la caza sobre sus fértiles tierras circundantes. La producción llegó a ser tan grande que en la época al Guadiana se le conoció por «río de la plata». Arrojados los moriscos comenzó su decadencia al faltar lo que hoy llamamos mano de obra. «Yermos sus campos, arruinadas sus casas y la mayor parte de sus vecinos huidos tras un suelo más benéfico y hospitalario». Lo mismo que ocurría en 1672 ocurre hoy, pero sin moriscos.

Azorín, en la Ruta de Don Quijote, describe así el paisaje que rodea al pueblo insigne de Argamasilla:

«El llano continúa monótono, yermo. Y

Plaza. Tembleque (Toledo)

nosotros, tras horas y horas de camino por el campo, nos sentimos abrumados, anonadados por la llanura inmutable, por el cielo infinito, transparente, por la lejanía inacesible. Y ahora es cuando comprendemos cómo Alonso Quijano había de nacer en estas tierras y cómo su espíritu sin trabas, libre, había de volar frenético por las regiones del ensueño y de la quimera. ¿De qué manera nos sentimos aquí desligados de todo? ¿De qué manera no sentir un algo misterioso, que un anhelo que no podemos explicar, que un ansia indefinida, inefable, surge en nuestro espíritu? Esta ansiedad, este anhelo, es la llanura gualda, bermeja, sin una altura, que se extiende bajo un cielo sin nubes, hasta tocar en la inmensidad remota con el telón azul de la montaña».

Allí en Argamasilla, lo consignamos por curioso, se estableció en 1862 el editor Ribadeneira, que en la misma casa-prisión de Cervantes instaló sus prensas de la que salió su famosa edición del Quijote.

Tembleque. El estudio que con tanto buen gusto y precisión dibujaron de la famosa plaza de Tembleque mis colegas Fernando Urrutia (†) y Luis María de Gana, aquí reproducidos, que ilustrará un artículo de Francisco Umbral, de la serie «Los Pueblos», publicados en «Destino»:

«Tembleque —dice— tiene una plaza con soportales de madera, un palacio barroco, una iglesia restaurada, unos niños pelados y valientes, una ermita lejana y sola y una tertulia de viejos en el bar Vizcaíno».

Dicen los historiadores: «En la parte más baja de una dilatada cañada, rodeada de cerros que la dominan y una plana estepa manchega y como una inmensa sabana de trigales, surge Tembleque con todo el clásico sabor de los nobles pueblos manchegos».

«Aquí soplan el descuernacabras y el solano, y dice el refrán: Que si no fuera por abril no habría año ruin».

«Tembleque gusta de encalar las casas, como toda La Mancha, aunque sin llegar al delirio blanco y cubista de Andalucía. Aquí hay como una cierta pardosidad transparentándose por detrás de las coles y de los ajos».

«A Tembleque venía Sancho a segar, cuando Don Quijote le dejaba de la mano y los fantasmas de los viejos molinos mueven aguas pasadas en la geografía sentimental de Tembleque». Parece que la terminación del nombre del pueblo —hay muchos que terminan igual por esta zona— es de origen ibero. «Hubo por aquí más o menos judíos o judiadas... en 1658 recibía el pueblo las reliquías de San Jacinto, enviadas desde Roma». Parece que desde entonces acá no ha vuelto a pasar nada en Tembleque.

«La Casa de las Torres, palacio barroco, fue de Don Antonio Fernández Alejo, caballero del hábito de Santiago. La Casa de las Torres es hoy unas ruinas con una portada hermosa, unos herrajes valiosos y en el interior un laberinto de restos y un tesoro de puertas artísticas».

«En la Casa de las Torres pastan las cabras, se pasea el viento, dan baile los fantasmas, se besan los novios y escriben cosas por las paredes los visitantes».

«En 1653, Felipe IV mata un toro de una

lanzada en la plaza de Tembleque ante la mirada miope e insolente de Don Francisco de Quevedo». La plaza sí es del más puro estilo castellano, con soportales bajos, columnas de granito, molduras y antepechos».

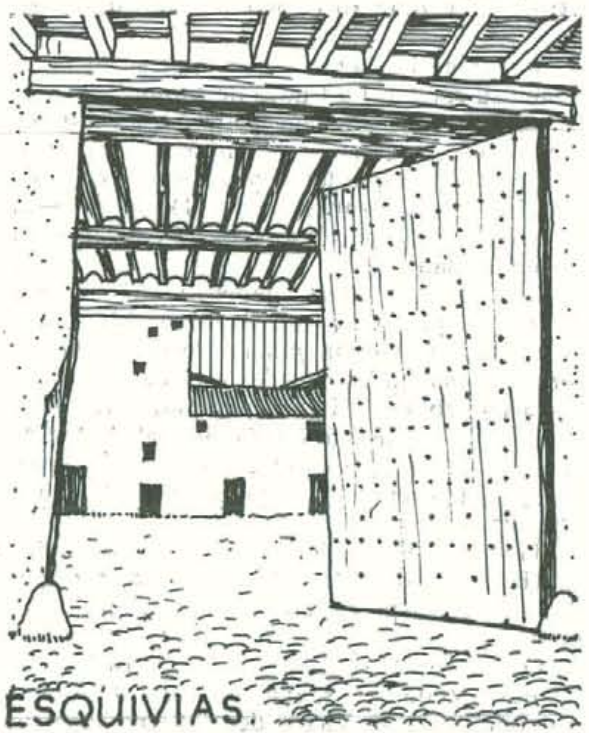
«Luego salimos al campo. Trigo, cebada, centeno, avena, vides, pastos, álamos negros, y el río Algodor».

La Sagra. Dase este nombre por los naturales a una pequeña región llana, seca, de absoluta desnudez, sin árboles ni verdor de cultivo cereal, en gran parte salina y esteparia, situada en tierras toledanas a la derecha del Tajo. Forma parte de la gran Mancha, tanto en los factores que integran la región natural como en las viviendas. Queda en ella alguna pequeña meseta de vegetación esteparia como en la que conserva en su cima restos del castillo de Villaluega.

Los muros constrúyense en La Sagra de tapial entre cajones de adobe o ladrillo. En uno de estos lugares, *Esquivias*, por mil causas famoso, una por sus ilustres linajes y otra por sus ilustrísimos vinos, existe una casa que la tradición asegura es la de Doña Catalina de Palacios Salazar, mujer de Cervantes. Es el tipo de la antigua vivienda de labradores acomodados en La Mancha. He aquí la descripción hecha por Azorín en «Los Pueblos»:

«La casa está avanguardada de un patio con elevadas tapias; hay en él una parra y un pozo, el piso está empedrado de menudos cantos. En el fondo se levanta la casa; tiene dos anchas puertas que dan paso a un vestíbulo que corre de parte a parte de la fachada. El sol entra en fúlgidas oleadas; un canario canta. Y yo examino dos grandes y negruzcos lienzos con escenas bíblicas que penden de las paredes. Y luego, por una ancha escalera que a mano derecha se halla, con barandilla de madera labrada, subimos al piso principal. Y hétenos en un salón de la misma traza y anchura del vestíbulo de abajo; los dos espaciosos balcones están de par en par; en el suelo, en los recuadros de viva luz que forma el sol, están colocadas simétricamente unas macetas. Adivino unas manos femeninas, suaves y diligentes. Todo está limpio, todo está colocado con esa simetría ingenua, candorosa, —pero tiránica, es preciso decirlo— de las casas de los pueblos. Pasamos por puertas pequeñas y grandes, puertas de cuarterones; es un laberinto de salas, cuartos, pasillos, alcobas que se suceden irregulares y pintorescas. Este es un salón cuadrilongo, que tiene una sillería roja y en que un señor del 1830 os mira encuadrado en su marco, encima del sofá. Esta es una salita angosta, con un corto pasillo que va a dar a una reja, a la cual Cervantes se asomaba y veía desde ella la campiña desmesurada y solitaria, silenciosa, monótona, sombría. Esta es una alcoba con una puertecilla baja y una mampara de cristales; aquí dormían Cervantes y su esposa. Yo contemplo estas paredes rebozadas de cal, blancas, que vieron transcurrir las horas felices del cronista...»

Esquivias es otro de los lugares manchegos lleno del recuerdo de Don Miguel de Cervantes. Los hidalgos esquivanos se sienten olvidados, ya que muchos son los que creen y sostienen que Don Quijote nació aquí, y no dudan fue el lugar de donde salió un día, con el alba sería...



Esquivias

El personaje de Esquivias es Cervantes, como el de La Mancha es Don Quijote.

Cervantes pudo venir a casarse, ya que es costumbre que la boda se celebre en el lugar de nacimiento de la novia.

Don Miguel se casa en 1584, según los libros parroquiales, aunque el nombre de Esquivias no figura en la obra inmortal. La venta, la que pareció a Don Quijote un castillo, que podía ser una que había en el prado de Seseña, al pie del castillo, todos reivindican en Esquivias la presencia de Cervantes, y muestran para ello documentos, entre ellos la partida de casamiento de Don Miguel y Doña Catalina; las actas de un bautizo en el que figuran como padrinos, la partida de defunción del morisco Diego Ricote.

Se conserva aquí la casa donde nació Doña Catalina y otros edificios con blasones de antiguos linajes.

Se nos muestra la casa donde vivieron el matrimonio Cervantes, con amplio patio, gran portalón, por el que pudo salir ya montado, cuadras y bodegas, declarada hace tiempo monumento nacional.

Sobre el patio se ve la ventana por donde se supone el cura y el barbero tiraron sus libros.

El ambiente total del pueblo es manchego y el recorrerlo sugiere recuerdos cervantinos.

LOS «TAPIALES» DEL SECANO

En estas tierras manchegas como en tantas otras de la meseta central de Castilla, tierras de secano, faltas de lluvia y de riegos, cerealistas, tierras de «pan llevar» como se las conoce, con climas duros, fríos y secos, tierras tostadas por el ardor del sol, que transforman su propia corteza en el único material de que disponen, uniforme de una región a otra, con el que desde tiempo inmemorial edifican en sus pueblos y aldeas sus viviendas y anejos.

El «tapial» en ningún país como el nuestro se sabe trabajar con destreza artesanil, consiguiese solidez y duración.

Son muchos los pueblos y comarcas que en

sus propios nombres llevan la condición de sus terruños, Argamasilla y Tierra de Barros, entre ellos, miocénicos que les suministran las arenas, las arenillas e incluso las calizas para el empleo en sus tapiales, sin más trabajo y habilidad que el conocimiento adquirido con el uso y la práctica de su dosificación, sin necesidad de mucha agua ya que ésta escasea, para el batido, modelando «in situ» sus cimientos y muros mediante «tapieleras» formadas por tablas de dos a cuatro centímetros de espesor, de un metro de altura, simplemente arriostradas. Pueblos y aldeas así construidos o edificaciones rurales aisladas en los páramos, se confunden con sus paisajes circundantes y con los terrenos en que se orientan, fundiéndose en una perfecta armonía.

Con destreza similar estos mismos labriegos trabajan las tierras con sus arados y son los constructores de sus propias casas, extendiéndola y apisonándola en longadas sucesivas van formando las paredes que una vez terminadas se embellecen con la cal.

La especialización de estos albañiles rurales consiste principalmente en el cernido de las arenas, que son el elemento duro de estos tapiales terreros. La arcilla procura elasticidad al tapial, pero sola se contraería al secarse.

Muchos «tapiadores», por la práctica de muchos años, conocen las proporciones óptimas de las mezclas de arenas gruesas y arcillas con la «tierra franca», que debe de estar limpia de residuos orgánicos que contiene la argamasa caliza necesaria a una buena trabazón de los diversos componentes, aumentando ésta más con la adición de paja cortada en trozos.

Las condiciones físicas de estos rústicos tapiales son excelentes, consiguiéndose una solidez suficiente a sus cargas de cuatro o cinco kilos por centímetro cuadrado. Por otra parte, transmite mal los bruscos cambios de temperatura exterior, siendo su porosidad la suficiente a dejar pasar a su través cuatro o cinco metros cúbicos de aire por hora. Claro es que el factor económico se tiene muy en cuenta.

La humedad ascendente en este tipo de muros en épocas de lluvia, poco frecuentes, se subsana mediante zócalos pétreos o de ladrillo cocido e hiladas horizontales de éstos, interrumpiendo con ellas las zonas monolíticas.

Los roedores son los principales enemigos, no siendo aconsejables los tapiales en cuadras, vaquerías o depósitos de granos o de víveres.

Atravesando extensas zonas mesetarias de nuestra península desde las tierras del Cid a las de Don Quijote de La Mancha, campos de Extremadura y de Aragón, podemos comprobar su solidez y duración al ver construidas así viviendas y locales para las industrías agrícolas.

RUIDERA

Conocer *Ruidera y sus lagunas,* así como la vega del Guadiana, bien merece un desvío en nuestro caminar para contemplar el variado panorama manchego. Festoneadas sus orillas de bosques y de huertas con cultivos de perenne verdor, el espectáculo del campo de Ruidera, verdadero oasis en medio de la estepa.

Son trece las lagunas que aportan al Guadiana su caudal. La Cueva de Montesinos y la Ermita de San Pedro, evocadores de capítulos de la obra inmortal, deben de visitarse, al mismo tiempo que los batanes famosos, y ascender a la «cumbre de los Dientes de la Vieja», para divisar La Mancha casi en toda su inmesidad.

Estas tierras de la cuenca del Guadiana, montes y parameras de Ruidera, Munera y Ossa de Montiel, marginadas de las carreteras principales, son las más desconocidas.

Los pueblos de La Mancha no revisten la importancia artística y monumental de los de Castilla la Vieja, su aspecto difiere de aquellos, descúbrese como una cierta influencia del sur.

Tierras de transición entre dos grandes pueblos que durante ocho siglos crearon culturas tan dispares como la española y la árabe.

Gregorio Marañón, en el prólogo del «Nuevo Viaje de España» (La ruta de los foramontanos), de Víctor de la Serna, dice lo siguiente:

«Y así por ejemplo, si lo pensamos bien, nos damos cuenta de que en el descubrimiento de La Mancha que hizo Don Quijote, porque La Mancha está toda inventada por él y para siempre, tiene tanta importancia como la venta y los caminos polvorientos y el horizonte infinito de la llanura al amanecer toda aquella maravillosa fantasía que vio en el fondo de la cueva de Montesinos».

«Y si no fuera por la cueva de Montesinos, La Mancha no sería un país inmortal, sino una estepa como cualquier otra».

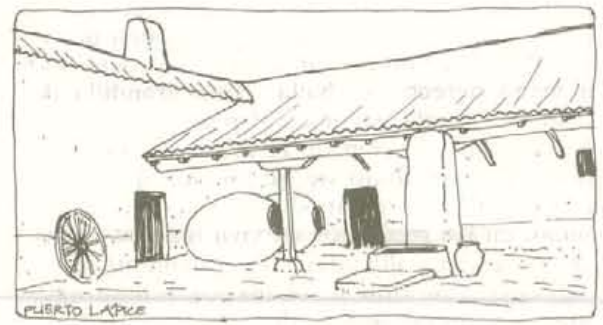
ALMAGRO

Almagro está en la ruta que lleva a Sierra Morena, tiene una Plaza Mayor muy grande y hermosa, por cuyos frentes opuestos se extienden soportales de los siglos XV y XVI, con magníficos balcones de madera. Plaza medieval completa, desacostumbrada, con sus largas hileras de casas, con fachadas entramadas de madera.

TORRENUEVA

En un lugar de La Mancha, aislada, con vida propia, respetada por el turismo, desde que Don Quijote y su escudero fueron a esconderse en Sierra Morena, por no querer encontrarse con la Santa Hermandad.

Sus casas agrupadas, como las de la mayoría de los pueblos de España, en torno a una



Puerto Lápice

iglesia y a una plaza mayor, la cual estaba sombreada con árboles. El casino estaba aquí también, en la plaza.

PUERTO LAPICE

La Mancha debió de estar salpicada de molinos de viento, aún hoy tan evocadores los pocos que quedan, que al parecer brotaron por docenas un siglo antes. Era, como sigue siendo, un país de trigales, el cual, debido a haberse secado el río que movía las aceñas y a la subsiguiente introducción de los molinos de viento, procedentes de los Países Bajos, cambió su paisaje. Grupos de molinos se veían sobre las lomas, o en alguna elevación del terreno, ya que debido a que aquella llanura ventosa no estaba poblada de muchos árboles podían coger el viento sin necesidad de construir los altos edificios que de la misma época existen en otros países. Posiblemente Don Quijote no había visto un molino antes de encontrarlos aquí por primera vez, y tomarlos por gigantes. Han quedado pocos molinos en La Mancha, algunos vemos aún en Puerto Lápice, Herencia y Criptana.

Puerto Lápice está situado sobre un camino que pasa de un alto cerro a otro menor, a corta distancia hacia el sur, del límite entre las provincias de Toledo y Ciudad Real, por lo que es llamado la puerta de La Mancha.

Hoy se denomina Puerto Lápice, un bullicioso pueblecito por el centro del cual pasa la carretera general.

Las chozas de los cabreros, de los que Cervantes escribe, debían de estar al pie de Sierra Lengua, sobre la aldea de Las Labores por aquí es fácil tropezar con cabreros y pastores manchegos, que son los únicos, según Croft-Cookem que no llevan instrumentos, ni hacen música mientras trabajan, se distraen escuchando las esquilas que llevan al cuello sus rebaños, o tarareando alguna de *las labradoras,* canciones propias de La Mancha. Estos pastores no usan cayado, un fuerte palo les basta para apoyarse.

No muy distantes unos de otros se encuentran Villarrubia de los Ojos, Carrión de Calatrava y Torralba. Para ir de Malagón a Torralba es preciso cruzar el Guadiana. Todos estos son pueblos de gran tipismo y carácter, dignos de ser visitados.

CERCOS

Desde el camino se observan cierto número de *cercos o círculos,* en las laderas de las montañas y en las rastrojeras, que pudieran ser, al decir de los naturales del país, corrales de tiempos antiquísimos, que pudieron estar en uso continuado desde la Edad de Piedra hasta hace unos pocos siglos, cuando la ganadería dio paso a la agricultura. Sea cual fuere la finalidad que tuviesen originalmente, han sido usados como rediles.

Alzándose entre los campos de grano maduro, eran como un recordatorio de la decadencia de la ganadería desde los tiempos en que el guiso de Don Quijote «tenía más de vaca que de carnero» hasta el presente, en que sólo se consume carnero en estos pueblos.

La ganadería se fue con el arbolado, y España no figura hoy entre los nueve países europeos más ganaderos.

LA MANCHA Y SUS VENTAS.

Existen varios pueblos manchegos, de los más típicos, por su arquitectura popular, como Venta de Cárdenas o Venta de Quesada, sin pueblo ésta, marcos de las escenas de El Quijote, que los viajeros de ayer y de hoy tratan de localizar, dignos de figurar en estas páginas.

El pueblo de Venta de Cárdenas es uno de ellos, situado en la carretera general que va hacia el norte, por encima del desfiladero, aunque la venta que le dio su nombre ha desaparecido, pero sabemos por Jaccaci [1], que la visitó en 1890, y la describió como una gran población antigua: «¡Qué vida tan brillante, activa y plena han tenido las posadas! ¡Cuántas figuras históricas: reyes y reinas, príncipes de la Iglesia y embajadores, capitanes y mercaderes de Indias, se han detenido dentro de sus muros, codo a codo con las gentes insignificantes, con los arrieros y los soldados! Permanece en lo esencial como fue construida hace tres siglos, sólida, aun cuando descuidada, contando con patética historia en sus viejas piedras, sus enormes establos, su gran portada, suficientemente grande para que pasen juntas dos carrozas reales».

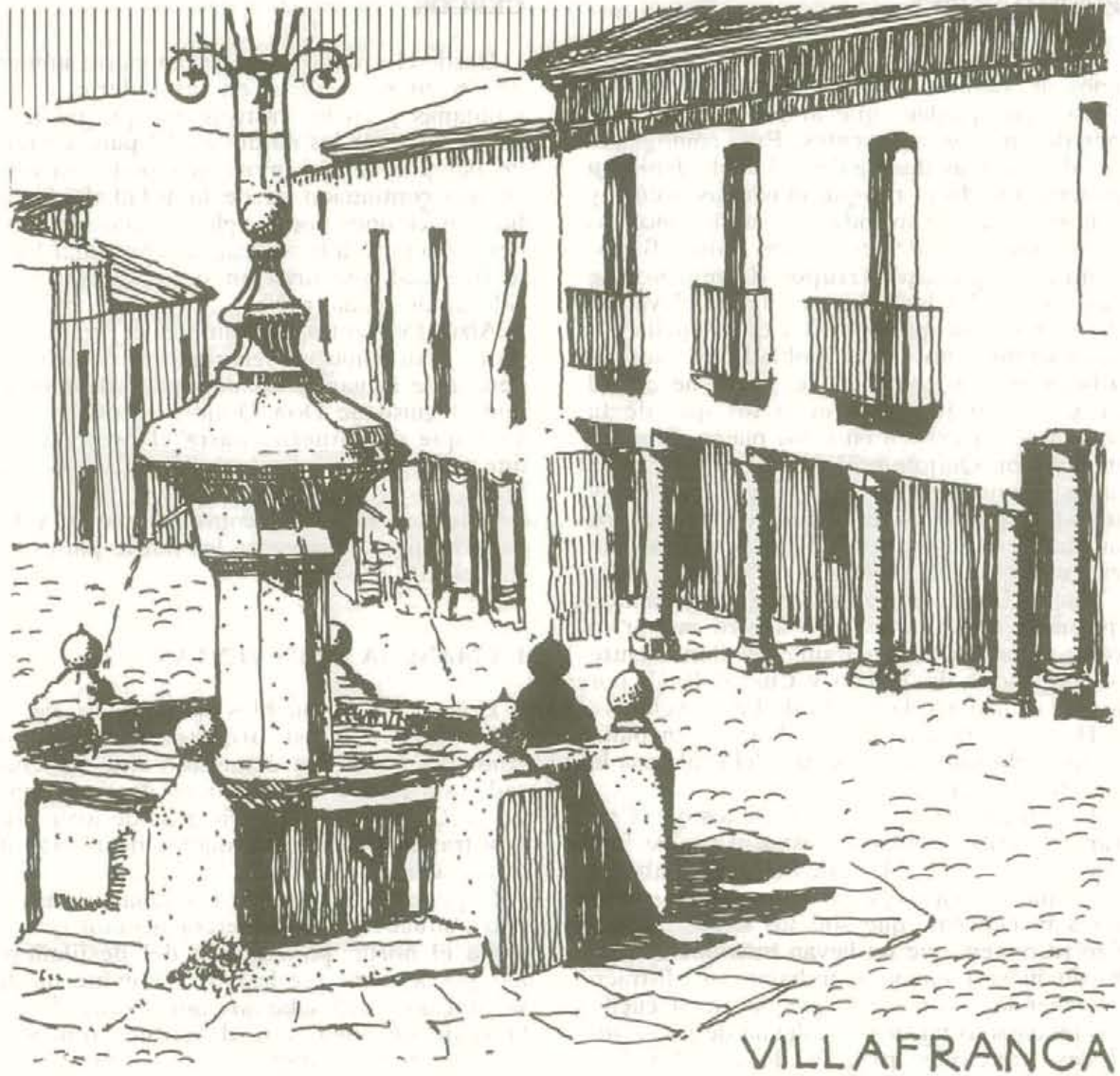
La Venta de Quesada es otra de las citadas, con los restos de lo que fue puede aún, en cierto modo, reconstruirse.

Había, sin duda, un grupo grande de antiguas edificaciones en torno a un patio central, de acuerdo con el trazado que antiguamente acostumbraban a tener todas las posadas, un trazado que, para algunos, viene del *Kan* oriental, o sea, un encierro para animales, con algunas habitaciones en torno para los hombres. Las habitaciones en dos de sus costados eran, diríamos, domésticas, vivideras, y las de los otros dos estaban ocupadas por graneros y establos, como los viejos, y actuales cortijos andaluces, de los que en otro lugar nos ocuparemos extensamente [2].

■ ■ ■

[1] El explorador americano August F. Jaccaci, «On the Trail of Don Quijote» (con dibujos de Daniel Vierge), 1897. «Rambles in the Ancient Province of La Mancha». (Andanzas por la antigua provincia de La Mancha).

[2] *Rupert Croft-Cooke* (Through Spain with Don Quijote) «De la mano de Don Quijote». Un viaje a través de la España de ayer y hoy. Plaza-Janés, 1970.


VILLAFRANCA

La arquitectura regional extremeña

Contrastan con la llanada de La Mancha y el paisaje de Castilla la Nueva las tierras extremeñas de Cáceres y Badajoz, que nos recuerdan a Andalucía por el hablar de sus habitantes. Vastas porciones de Extremadura, como ocurre en Andalucía y algo en Toledo, están en manos de grandes propietarios, y en muchos pueblos su estado de miseria es semejante a la ya conocida del siglo XVIII.

Las rastrojeras son ocupadas por los ganados, que tienen marcada su «derrota de mieses».

Caracterizan su paisaje grandes llanuras con cultivo de cereales y enormes dehesas en que pastan ganados de todas clases. Los gañanes extremeños son los cultivadores de esta extensa región en forma parecida a la de Andalucía.

Nobles leoneses, en buen número, que participaron en su reconquista, fueron premiados con grandes extensiones del suelo extremeño, estableciéndose en Cáceres, Badajoz, Coria, Medellín, Trujillo, poblaciones todas llenas de vestigios de aquella época, torres y casas señoriales, cuya arquitectura en nada se asemeja a las casas labradoras que las rodean.

La realidad, como antes hemos mencionado, es que la riqueza de Extremadura sigue, aún hoy, en pocas manos, y que el campo tan fértil, que en tiempos de los romanos fue repartido entre militares y soldados veteranos. Una gran propiedad extremeña actual tiene mucho de los caracteres de un *fundus,* dice J. C. Baroja, que tan a fondo estudió estos problemas.

«En vez de haberse dividido en una porción de propiedades menores de antiguos siervos, inquilinos y colonos, como acaeció en los *fundus* en Navarra, dando lugar la zona poblada a una villa o aldea de nueva fisonomía. Las grandes campiñas trigueras, los inmensos prados y dehesas, los carrascales y encinas donde se crían los puercos y crecen toda clase de animales silvestres, desde el conejo al gamo, y el jabalí, se han mantenido indivisos y sólo algunos trozos menores se han arrendado a colonos o renteros».

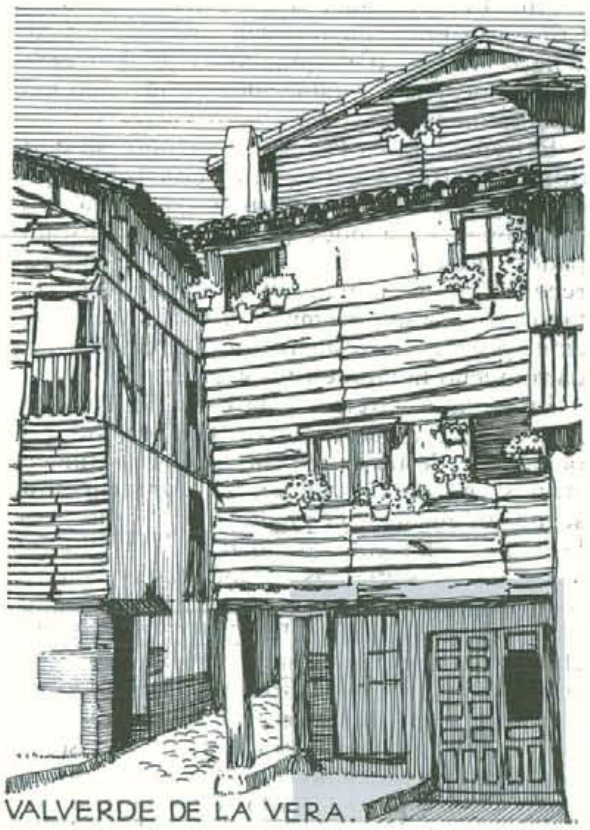
En Extremadura, la Mesta, con sus privilegios, contribuyó a que la agricultura se estancase en favor de la ganadería. La vida del campo no ha cambiado, sus campesinos siguen pobres, y menos mal que con los animales domésticos, gallinas y cerdos, en sus pequeños corrales se ayudan.

La Extremadura alta, cacereña, donde habitan sólo veinte hombres por kilómetro cuadrado, no deberá sorprender a nadie, ya que en Soria, por su paramera, en Cuenca y en Teruel, regiones desiguales, frías y montañosas, se aproximan a esa cifra, de desolación, de estepa.

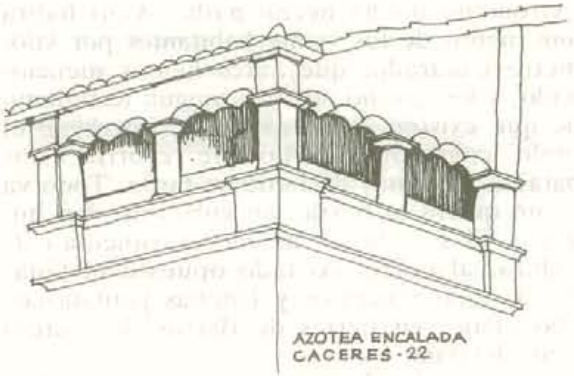
Pero Cáceres, la provincia española más vasta, es de buenas tierras laborables y asoman diversas clases de cultivos: primero los trigales de la cuenca del Tajo; luego los encinares en tierras sembradas, de tarde en tarde; luego, la dehesa. Y en la dehesa regiones apretadas, como bosques de encinas, robles y alcornoques; por último, anchos alveros de tierra pobre o peñascal. Estas calvas, muy extensas por algunos lugares —entre Cáceres y Alburquerque alejan toda idea de población humana. Si algo crece allí será jarilla de entresierras, jabalina.

Pero aún en terrenos menos ingratos la dehesa está abandonada a sí misma, acaso una de las mayores extensiones de tierra en que el extremeño no ha hecho nada. Aquí habrá aún menos de los veinte habitantes por kilómetro cuadrado, que antes hemos mencionado, y los que no nos dan ningún testimonio de que existen, no construyen, no rayan el suelo, como decía Bello que recorrió estos parajes, sino muy de tarde en tarde. Todo va según quiera la tierra, sin guía, sin plan humano. El Tajo brilla, metido en violenta cortadura, al norte. Al lado opuesto el Guadiana, todo remansos y láminas pantanosas. Más abajo, en tierras de Barros, los surcos rojos del llano.

Cruzamos las dehesas más pobres y no divisamos barrera alguna hasta Valencia de Alcántara, ciudad alegre, rodeada de verdor. Con las sierras, con el río y hasta con los castillos penetrará en Portugal; vemos pinares



Valverde de la Vera



Azotea encalada. Cáceres

más poblados, tierras mejor acondicionadas que las españolas, pero extremeñas también, adehesadas.

Difícil es averiguar si los extremeños de la Conquista eran, en realidad, extremeños, de sangre y raza, o dominadores de Extremadura afincados y establecidos en el suelo que invadieron sus mayores.

Extremadura es la región, siempre se dijo, donde la tierra está peor repartida. Una enorme población de jornaleros y una lista brevísima de grandes propietarios. Descampados, desiertos, pero en tierras que nos parecen fértiles. Este gran problema, son de tantos de los que siempre se habla y escribe, es el primero de esta región extremeña, tardara mucho tiempo en resolverse.

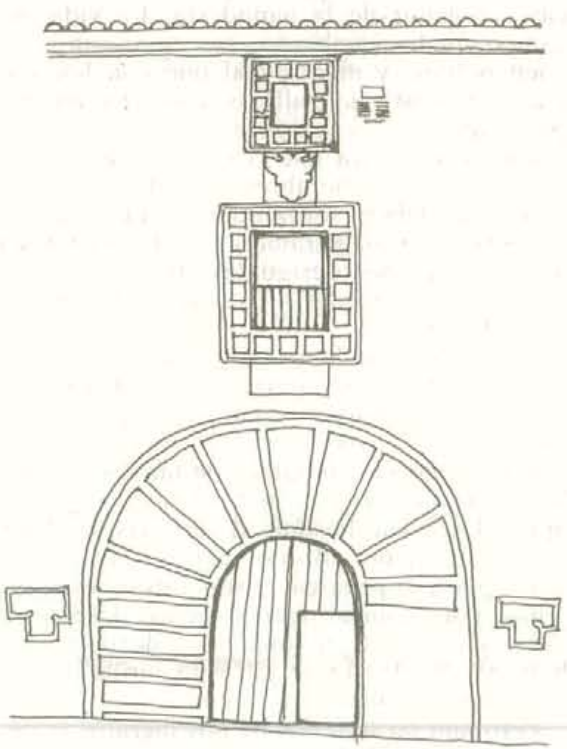
En la casa extremeña, la humilde, la popular, que veremos más repetida en sus poblados, se destacan por sus pequeñas dimensiones, empleándose en su construcción, según los lugares, la piedra y el ladrillo, con la falta de elementos de madera. De sólo una o lo más dos plantas, blanqueadas con cal todos los años o incluso varias veces en uno, ostentan arcos y bóvedas, así como grandes chimeneas que destacan ostensiblemente en sus caseríos, desproporcionadas a la vista, que vemos en numerosas ilustraciones, con que completamos nuestra descripción, según nos dicen justificadas por las labores derivadas de la cría del cerdo, de su matanza y utilización. Siempre se dijo que el cerdo no tiene desperdicio y así es.

Estas pobres casas forman calles en las que en muchos casos vemos soportales con arcos de tipo mudéjar. Por el sur la casa extremeña nos recuerda a las de Andalucía.

Muchas de sus villas, por su gran interés artístico e histórico, merecen una especial mención en este estudio sobre las arquitecturas regionales y la popular, que deberá mucho a Luis Bello y a sus libros sobre las visitas a la Escuela de España allí por el año 1928.

Cáceres

Entramos en la capital famosa por la calle del Maestro para llegar a la plaza de los Golfines, toda ella señorial, pétrea, del Renacimiento, que ha resistido los siglos, y vive amenazada y en constante riesgo, como



Casa de los Pereros. Cáceres

tantas otras, ya ruinosas, ciudades históricas que se encaraman en un risco, como Cuenca, Trujillo, Buitrago, Torrelaguna, Tarifa, Calatañazor. Todas ellas asoman en el llano a que aspiran las nuevas ciudades.

Cáceres cuenta con la gracia. No es desmesurada, no luce monumentos grandiosos, pero por todas sus calles os salen al paso portaladas, ventanas, patios en el fondo de un zaguán oscuro, herrajes en los balcones, y finos detalles heráldicos ornamentales.

Navas del Madroño

Su plaza, con su fuente de piedra, con sus arcos pequeños y magníficos, porque no siempre reside la grandiosidad en el tamaño; sus galerías corridas, casi todas ruinosas.

¿A qué siglo y a qué cultura corresponde este rincón de pueblo extremeño? La casa del Consejo, con su sólida columnata, evoca los tiempos del Rey Don Carlos I.

La villa de Brozas

De lejos divisamos, conforme adelantamos hacia su cerro, la villa de Brozas, que no es vulgar lugarón, sino ilustre, noble e histórica villa. Se ve la torre de una gran iglesia, la de Santa María; y a la misma altura un caserón de recios muros: el palacio de la Encomienda de Alcántara.

Esta es la patria del caballero de la Orden fray Nicolás de Ovando, pacificador y colonizador de La Española. Lo es también de Francisco Sánchez —el Brocense—, familia de humanistas y gramático. De los Argüelles y Carvajales, de Francisco Montejo el Viejo, el primer español que puso pie en la Nueva España, el mejor amigo de Hernán Cortés. Aquí trabajó Antonio de Nebrija. Casi cien «hijos ilustres de la villa de Brozas» figuran en el libro del Deán de Plasencia. Escritores, profesores, caballeros de la Orden de Alcántara, religiosos de otras órdenes o seculares, arquitectos, artífices, todos exaltan el pasado de Brozas.

Brozas, con su término municipal de 40.000

hectáreas, cuenta con 121 dehesas; una de ellas de 3.800 hectáreas. Cerca de dos tercios del término son propiedad de hacendados forasteros.

Quizá Extremadura vuelva a la época de florecimiento pregonada por sus ruinas, sería el deseo de todos.

Hay un hermoso palacio del siglo XVII, están sus calles llenas de casas solariegas.

Restauración es la gran palabra optimista y nacionalista, pero con qué dinero y por quién. Restaurar es crear. Nunca sabe el que crea si crea o restaura.

Alcántara

El puente romano y el río ibérico, el Tajo, son los focos de atracción de Alcántara.

Como su castillo, como la conventual de San Benito, todo respira olvido y ruina, todo está como abandonado. El puente triunfa, glorioso y joven, es inmortal. Más de mil ochocientos años que el padre Tajo pasa bajo sus arcos.

Ni el río ni el tiempo han querido arañar ni una de sus piedras y todas sus heridas se las causó el hombre. Moros y cristianos, portugueses, ingleses o españoles le cruzaron. Fue construido por orden de Trajano.

El puente es sencillo, perfecto. Está a solas con el Tajo, en uno de los paisajes más severos y más silenciosos, y más españoles del mundo.

Los arcos de piedra maciza; el río abajo. Y unos montes de piedra, como la del puente, pero salpicada de matojos; montes deshabitados, de grandes lomas que van todas cayendo sobre el lecho del río, de aguas torrenciales. Al llegar el deshielo de los temporales de nieves son infinitas las corrientes que bajan de las cumbres.

El Tormes, nacido en Fuentes de Cáceres, y tantos otros ríos encajonados, quieren ser, como el Tajo,domadores de aguas torrenciales, filtradas, de crecidas violentas.

En línea recta a la frontera portuguesa no hay más de diez kilómetros.

Una dehesa en el camino

Luis Bello nos hace conocer una, su detallado relato figura aquí.

«Más allá de Salorino y de Membrio, hacia poniente, siguen pasando encinares, robledos y alcornoques. Me imagino, a caballo, como en los viejos clásicos, jornadas enteras caminando sin salir de una sola encomienda; es decir, de una sola propiedad. Viajes de altura por entre un oceáno de tierra roja en donde flota la arboleda, interminable, infinita... Con esta idea del infinito en cinta de una carretera es difícil de soportar la monotonía de la marcha, refiriendo cómo es una de estas heredades, a derecha o izquierda, por ejemplo: Cantillana la Nueva, que dejamos atrás antes de llegar a Membrio».

«Cantillana está limpia de jarales. Pasada la verja, se abre un campo despejado, con hierba y caminos entre la hierba, lo mismo que un jardín inglés. Cuando hayáis dado veinte pasos hacia el cortijo, que asoma con sus paredes blancas y su tejadillo moro en un altozano, saldrá ladrando, deteniéndose y volviendo a avanzar, un enorme mastín, que no sabréis si viene de buenas o de malas, pero que a nadie puede ladrar sino a vosotros, porque vosotros sois los únicos intrusos en el parque de Cantillana. Detrás vienen otros perros, ladrando también y guardándole las espaldas al cancerbero. El mastín comprende que la visita es amistosa, porque de otro modo no entraríais tan serenos hasta el mismo patio o corte de la casería».

«Veréis una casa sencilla, y dando guardia de honor a la entrada una serie de dependencias, cada una con su puerta y su ventana al patio, pero todas cerradas. Nadie rebulle en el corral de Cantillana. Si no fuera por los perros y por las gallinas, diríais que el cortijo está abandonado. Llamáis. Nadie responde. Suena vuestra voz en el gran silencio de la dehesa como si se extendiera en la atmósfera virgen de un planeta nuevo. Y cuando ya estáis bien traspasados de la quietud y de la soledad campesinas, la puerta, misteriosamente, se abre. Encontraréis un buen fuego de leña, un butacón hospitalario y un amigo».

Pensaréis que cómo se vive dentro de una encomienda como esta de Cantillana la Nueva; si lo preguntáis al encomendero, os dirá que todo está bien, desde el corral hasta la capilla. De los tinados sale un olor a mosto y a matanza. Seguimos observando, entrando por aquellas puertecitas bajas de «la corte», veremos que aquello tiene mucho fondo, dentro están los almacenes de la salchichería regional, con apartijos dedicados a las innumerables transformaciones del cerdo. Hay muchas cosas en que pensar y en que trabajar si se quiere poner en orden una dehesa.

Toda la población, muy numerosa, de una de estas dehesas, vive esparcida por el campo, pero pocas son las familias que habitan en las casas del monte o en chozas. Las familias siguen en los pueblos. Casi todos los hombres van y vienen, menos guardas, aperadores y criados de confianza del dueño o de los arrendatarios, que tienen en sitio fijo su puesto de trabajo y de vigilancia.

Pero ésta es una dehesa donde la dureza de las costumbres se ha dulcificado mucho. Hay otras bravías donde la jara puede más. Las encomiendas, desde las luchas fronterizas, comprenden millares de fanegas.

Se llama dehesa a la heredad que comprende ya un millar de fanegas y *quinto,* a la que pasa de quinientas.

Cerca de Valencia de Alcántara existe una magnífica encomienda, digna de una orden militar y religiosa como la de Alcántara. En estas fincas importa más la caza que el hombre. Corren los ciervos entre los jarales en grandes manadas de cuarenta a cincuenta.

La finca de Casillas, un inglés que llegó a establecer un buen régimen de colonia, pero que tuvo que irse a Canadá y sobre su humanitaria institución pasaron las ciervas y los jabalíes. Magníficas extensiones de buena tierra, produce lo que ella quiere. El mayor lujo consiste en dejar fuerzas sin empleo, tierras sin trabajo y antiguas encomiendas históricas reducidas a cotos de caza.

Valencia, la fronteriza, tiene a la sombra de su castillo renovado y vulgarizado restos de todas las culturas.

Las calles de sus viejos barrios de la Morería y de la Judería, no sabemos si sus casuchas, con una sola puerta en ojiva y dos ven-

tanitas con su reja de canecillos bajo el alféizar, son moras, si son testimonios de la Reconquista. Salir de allí para conquistar América será siempre atravesar los umbrales de la Edad Media.

Campiña y sierrilla. El Pino

Entre España y Portugal, cuando sopla el viento de Portugal, dicen los españoles de la frontera que por esa parte no puede venir nada bueno.

Esto es fresco y muy saludable. Hay arboledas, fuentes... Este debería ser el respiradero de Extremadura. Paisaje espléndido de gran belleza, inesperada y selvática. Del norte viene una crestería de montes alborotados que cierran el cuadro, todo muy frondoso, de álamos y viejos olmos. Al otro lado, en la misma frontera, escondidos entre jarales, empiezan a subir los caminitos de la sierra, de la sierrilla más bien. Nadie puede imaginar la hermosura de este rincón del bosque, alfombrado por las hojas secas de los castaños.

Villanueva de la Vera

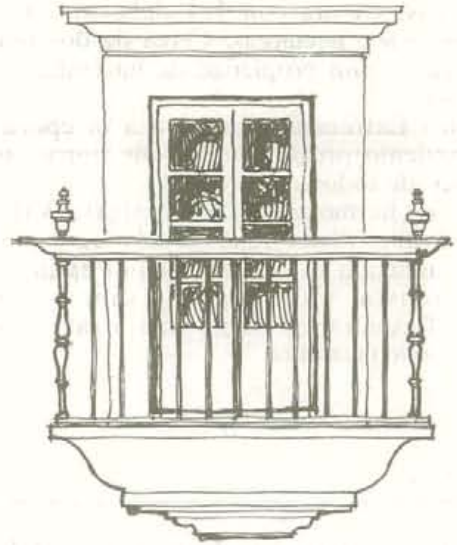
Hemos llegado a El Pino en el mejor tiempo para la pila. Rapazas y rapaces desprecian la alfombra áurea de las hojas, y se hunden en ella hasta las rodillas a por andar a castañas.

La faena de la pila se hace en viejos tinados, donde encienden un fuego de leña que produce un humo picante bueno para curar morcillas, según dicen. Arriba, en un entramado de madera, están las castañas; la operación se propone la producción de castañas pilongas. A esta producción se dedican estos pueblos de los antiguos cuarteles fronterizos: El Pino, Lanchelas, Tola, Aceña de la Borrega, Fuenteoscura. Toda esta sierra, como una gran parte de los sesenta y tantos agregados de Valencia de Alcántara, ni está dentro de España ni está dentro de Portugal. Es zona abandonada. Aquí viven las gentes como hace quinientos años. Medio centenar de habitantes tiene hoy El Pino de Valencia, probablemente igual que en tiempos del conde-duque de Olivares.

Trujillo

La villa de Trujillo es la parte vieja, del siglo XV para arriba. Otro cerro coronado por un peñasco; sobre el peñasco un castillo; y al amparo del castillo, con un cerco de murallones almenados y sus gloriosas puertas, templos, casas señoriales muertas, visible, en sus sillares truncadas las huellas de su pasado. Calles revueltas. Y sobre todo ruinas, magníficas, ceñudas y altaneras.

Venidos desde Cáceres cerca de cincuenta kilómetros sin tropezar un pueblo. Alguna vez, muy rara, por una senda, a cuyo término, en el horizonte, queríamos divisar un cortijo o una choza. Hay despoblados de tiempos de Felipe II, y villares aún más antiguos, árabes o romanos. Pero todo ello es ahora berrocal y campiña pobre entre las torres de Trujillo y las de Cáceres. No estaría tan desolado cuando Trujillo era una villa hidalga de pocas casas, pero nobles, aun antes de llegarle su momento de plenitud con el dominio del poder real y las presas de los conquistadores.



Trujillo. Balcón de la calle Nueva

Todo es magnífico, evocador, maravilloso, lleno de interés para los amantes de la historia y de la arquitectura.

Queda en pie la puerta del castillo, la de los Pizarros, pero no la casa. Pueden verse Santa María y la Torre Juliana. Entrando por el arco de Santiago estamos en el relicario de nuestra historia.

Trujillo, la villa, excede y rebasa las esperanzas de los arqueólogos.

«Trujillo y su tierra», de Clodoaldo Naranjo, es la mejor de las guías.

Logrosán y Cañamero, bajo la Sierra

Pueblo grande, casas viejas, ya de tipo serrano. Ancha plaza, buena para que los pastores bajen a correr toros. Concejo de mísera apariencia. Fuente de muchos caños en la

plaza. Iglesia medieval. Es precioso llegar aquí para enterarnos que el famoso doctor Juan Sorapán de Rieros, fue el autor de la «Medicina española contenida en proverbios», entre ellos, «carne de pluma quita del rostro la arruga», «quien se acuesta sin cena toda la noche devanea».

En Logrosán dos cerros altos resguardan el valle del viento de las Villuercas. Cepas, olivos y frutales dan a Cañamero aspecto de villa ribereña, aunque el Ruecas valga poco y la sierra esté demasiado cerca.

El camino de Guadalupe domina todo el pueblo. Las casas de Cañamero no tienen chimenea. El humo se filtra por el tejado. Respiran como las aves por las plumas.

Ocurre, según afirma Luis Bello, que visitó los pueblos de media España, aquí algo maravilloso para quien no conozca el camino con sus lugares; y es que, a fuerza de vivir de la tierra, a los vecinos de Cañamero se les ha olvidado trabajar. No tenían costumbre de labrarla. Fuera de unos pocos y de los grandes propietarios, más ganaderos que cultivadores, dedicábanse casi todos a aprovechar montes y pastos.

Don Benito

Gran pueblo de tierra llana, bella plaza, caserones solariegos, mitad palacios, mitad granjas de labor.

Pocos espectáculos como el observar la plaza de un gran pueblo como éste a primeras horas de la mañana. Los típicos porches de la plaza comienzan a dar señales de vida, que irán aumentando al abrir sus portales y sus tiendas.

Las primeras luces nos descubren la iglesia parroquial bajo su crestería sobre unos muros macizos, cuando vemos aplastadas las antiguas casas con sus arcos del más genuino tipo extremeño. La Plaza Grande de Don Benito nos deja una buena impresión:

Dando vueltas al azar por las calles, hacia el barrio viejo de San Sebastián, o hacia el camino de las Cruces, y calles de Poco Trigo, de Pajaritos, del Hundidero, del Ataúd, comprobaremos el gran tipismo y carácter de este gran pueblo; casitas chatas, abajo la vivienda, arriba el sobrado para las cosechas; patios al fondo, con árboles y columnatas, y en los barrios pobres corrales; piso de guijos, algún escudo empotrado en la cal.

En la plaza hay por las mañanas trabajadores de todos los oficios, especialmente jornaleros del campo y albañiles, que aguardan ajuste en las esquinas y alrededor del cafetín. A medida que la mañana va avanzando, se desparraman, y, a falta de jornal, buscan ocupaciones libres. Serán pajareros, pescadores, esparragueros...

Almendralejo. Talavera la Real. Solana de los Barros

De Badajoz a Almendralejo, en sesenta kilómetros sólo hay dos pueblos, característica

Villanueva de la Vera

de Extremadura tan poco poblada: el primero es Talavera la Real.

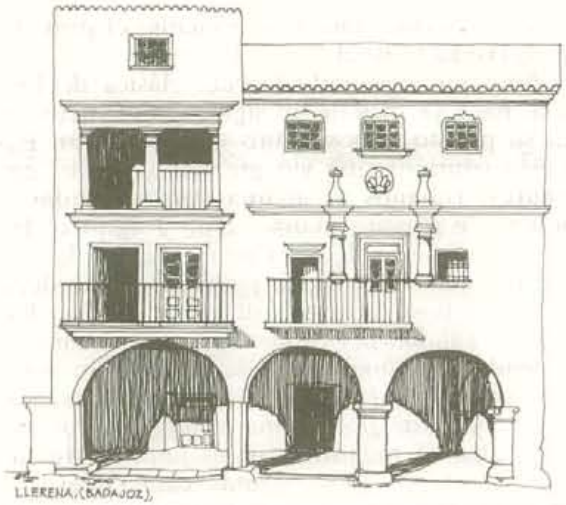
Por aquí, siguiendo la ruta clásica de Lisboa, hace ya más de un siglo, vino Borrow, y en su pronto famoso libro «La Biblia en España» consigna que vio grandes dehesas, encinares, rebaños y, alguna vez, yeguadas o puntas de ganado manso. Don Jorgito el Inglés dice que al llegar a una aldea en las inmediaciones de un cerro pedregoso, que debe de ser Lobosí, la patria de Alvarado, no habla en realidad del campo ni de sus humildes viviendas aldeanas. Otro viajero, por su nombre italiano Baretti, escribe sobre Talavera, que califica de *poverisimo villaggio*. Observa que falta el mesón, con el cepillo de las ánimas. Habrá unas cuantas casas nuevas y las nuevas de entonces serán ahora viejas: pero la plaza, la iglesia parroquial, el atrio de la iglesia a orilla del río y el convento del Perulero, donde están las Carmelitas Descalzas, habrán variado poco. No es cierto fuera una aldea muy pobre, sino una villa rica.

Talavera conserva tradición, aristocracia y una extraña e inquietante melancolía que puede venir, según Bello, del Guadiana o del pasado.

Llerena

Bajo la luz clara, refulgente hasta la crueldad, del cielo extremeño, las casas son blancas de arriba abajo, blancas del zócalo al tejado, y a veces las mismas tejas están enjalbegadas de blanco también, lo que ya vimos en otras regiones en las que la cal abunda. En esto son hermanas de las andaluzas.

¿Qué sería del sur de España si se acabaran de pronto la cal y el yeso? Esto se pregunta Luis Bello, cuando acaba de visitar Gibraltar, donde dice encontró notas oscuras en sus calles. Allí, dice, los ingleses han seguido un criterio lógico, han amortizado la luz, demasiado dura, y han puesto a los rayos del sol un fondo gris pizarra, verde bronce y a veces negro. Han procurado neutralizarlas, sin duda considerándolas como un castigo. Extremeños, andaluces, levantinos se bañan en la luz como en su propio elemento. Para



Llerena (Badajoz)

los andaluces de Cádiz, los mediterráneos de Málaga, de Almería, de Alicante y Valencia, hacen de cada pueblo un mosaico de colores alegres, en los que dominan los tonos claros del rosa y del azul. Son los extremeños los que se conservan fieles al blanco inmaculado de la cal. Brillan sus pueblos como las pirámides de sal de las salinas que tanto hemos admirado por las costas de Santa Pola a Torrevieja; a cualquier hora, resultan de maravillosos efectos.

Si Llerena y sus pueblos sólo tuvieran el rasgo de sus encaladas, sería poco, pero si nos asomamos a sus calles, a cualquiera de ellas, pero no por la calle de Armas, ni tampoco por la Plaza Mayor, plaza de capital de provincia, con sus casas consistoriales y su soberbio templo, rematado por una geraldilla, sino por la última de sus callejuelas, en todas ellas encontraremos algo singular, del tipo más perfecto, y de un tipismo auténtico, de gran carácter popular, por el que en este estudio nos interesamos.

Jerez de los Caballeros

Quien no haya estado nunca en Jerez de los Caballeros difícilmente puede imaginar la parte que toma el pasado en la vida actual de la ciudad.

Las murallas nada defienden. Casi todas las casas solariegas y los palacios nobles están habitados por intrusos. A veces son familias pobres las que utilizan restos de las viviendas aristocráticas, por ruina. Pero el pasado sigue allí, enarbolando y flameando su pendón señorial en el tope de los títulos de propiedad. Jerez de los Caballeros, ciudad para unos cuantos propietarios que tienen abierto el camino de Sevilla; pueblo y aldea para millares de jornaleros.

Las calles de esta ciudad, una de las más atractivas, pero al mismo tiempo una de las más abandonadas. Ante la torre de San Miguel y ante el templo de San Bartolomé, quedamos maravillados. El enlace de esta arquitectura con la colonial, sobre todo con la mejicana, es ostensible. La armonía, proyección y gracia de cualquier edificio público o privado revela todo un pueblo de honda cultura. Piensa Bello, creemos que con acierto, que es posible que Extremadura baja de mejor que Andalucía la valoración de lo no aprendido, de los extraliterario.

San Bartolomé y sus patios de columnas entre arrayán y jardines de limoneros y laurel son preciosos y de un carácter auténtico.

No entran en el marco concreto de nuestro estudio los problemas sociales, que, a veces, nos hemos visto obligados a mencionar. Temporadas enteras, de octubre a marzo, existen un número crecido de parados, tantos, que el Ayuntamiento y los patronos tienen que sostener.

Jerez de los Caballeros comprende 74.000 hectáreas en 365 dehesas. Las dos terceras partes, que ya es decir, son hacendados forasteros.

Se les da trabajo, pero el jornalero sabe que no es lo mismo trabajar por un jornal que trabajar por un socorro. Allí dicen: *¿Trabajar?, ¿Pa qué? ¡Yo soy de oropía!* Es de «obra pía».

El conocido por *Derecho comunal de giros y de pastaje* es uno de la lucha del interés público con la propiedad privada, en una resurreción del fuero tradicional. Esta página de historia de la propiedad, que Bello nos hará conocer en estos términos: «Conviene situar en escenario esa página de la historia de la propiedad: perderse en la solitaria vastedad de la dehesa extremeña; ancho oleaje de montes; encinares, alcornoques, con espuma de flor de jara. Ver llegar a los pobladores de la Reconquista emplazarse y agarrarse al suelo disputado que, una vez seguro, pasa a ser encomienda; es decir, a vinculación de señorío. Propiedad tan extensa y tan magra, en tan contadas villas, pueblos y aldeas, con vecindario tan exiguo, compuesto de labradores nuevos y soldados viejos».

Todos vivirán en el señorío. Cuando hizo falta, por algún abuso de poder, los reyes confirmaron su derecho como premio a los servicios del pueblo y así fueron conservándose en Jerez de los Caballeros los giros comunales, resistiendo las primeras peticiones y ventas de la encomienda. La propiedad del señorío fue propiedad compartida. Dividían el terreno los vecinos en cuatro partes, cada cuarto de año labraban una parte, y esta rotación da nombre al uso tradicional.

Estudios de conjunto sobre nuestro tema no existieron hasta hace poco, pero sí ensayos dispersos, de todos conocidos, en los que se estudian sus particularidades, muy variadas, según el enfoque que dan los eruditos y letrados, o curiosos viajeros nacionales y extranjeros, amantes de las Bellas Artes y del folklore, tan rico en todas nuestras regiones. Todos figuramos en la numerosa bibliografía sobre Extremadura que en *«Los pueblos de España»*, de Julio Caro Baroja, encontramos, así como en la «Revista Arquitectura», en la «Revista de tradiciones populares», y en «Revista del Centro de Estudios Extremeños», o en los Boletines de las Reales Academias, de la Historia y Bellas Artes.

Todos tratamos de aportar nuestro interés común por estas cuestiones.

■ ■ ■

Arquitectura regional andaluza
La casa popular

PATIO. ARCOS DE LA FRONTERA.

Ya Torres Balbas escribía en 1931, en el tercer tomo de *Folklore y Costumbres de España:* «La popular andaluza no ha sido objeto de estudio alguno. Ante la gran extensión de la región meridional de España y la variedad de aspectos geográficos y caracteres climatológicos que presentan sus diversas comarcas, cúmplenos aquí abocetar tan sólo a grandes rasgos lo que pudiera ser una clasificación primaria y provisional de sus viviendas humildes».

De entonces a hoy las fuentes han aumentado considerablemente, por la facilidad de los desplazamientos, y más recientemente por el interés general público sobre los temas regionales, no sólo por las grandes editoriales, sino también por las Escuelas de Arquitectura, que de sólo dos en el país pasaron a nueve, las Universidades, Diputaciones Provinciales y Ayuntamientos, y también las Cajas de Ahorro, que con más medios económicos han publicado notables textos sobre estos temas, así como tesis doctorales.

Disponemos hoy de abundantes estudios, históricos, geográficos, artísticos y folklóricos, entre éstos «El alto Guadalquivir», de don Antonio Higueras, publicado por el Instituto de Estudios Giennenses, elaborado en el De-

partamento de Geografía Aplicada de Zaragoza, del Instituto Elcano, del C.S.I.C., o de los Anales de la Universidad Hispalense, Centro de Estudios Salmantinos, «Las comarcas actuales de la provincia de Salamanca», de don Antonio Llorente Maldonado de Guevara. Este instituto, de 1942 a 1961, ha publicado 47 volúmenes.

Se distinguen dos Andalucías, una alta, montañosa, abrupta y quebrada, en la que la piedra se encuentra por todas partes, y es utilizada para la mampostería, material de construcción aquí fácil, sólido y económico. El clima es templado, pero con fuertes contrastes, con grandes diferencias de temperaturas.

La otra Andalucía, la baja, es llana, situada a poca altura, sobre el nivel del mar, con clima muy suave, formada con tierras de aluvión y sedimentación, en la que sus viviendas humildes, es decir populares, se construyen a base de arcilla.

Estas dos zonas de Andalucía están entremezcladas, sin existir entre ellas claros límites, de modo tal que todas sus provincias participan de ambas.

La alta Andalucía comprende la de Jaén, parte de Córdoba, casi toda la provincia de Granada y parte de Málaga, Cádiz y Huelva, éstas de marcado carácter mediterráneo, como la mayor parte de la España árida.

La baja Andalucía comprende los valles bajos del Guadalquivir, con sus afluentes y otros ríos de alguna importancia: el Guadalquivir cruza estas dos regiones de tal modo que suele designarse por alto y bajo Guadalquivir.

Esta gran región de la Península Ibérica, tan llena de carácter, atravesada de parte a parte por el Guadalquivir, que le imprime una fisonomía propia, a un lado y otro de su valle, que enmarca su propio paisaje agrario, en el que, dadas sus escasas lluvias, domina el secano y la estepa, que se extienden en las zonas altas y quebradas que tanto contrastan con los regadíos en los que dominan las huertas y el pequeóo cultivo, que lleva consigo la concentración de la población.

El valle del Guadalquivir, que comienza en Villanueva del Arzobispo, se puede dividir, para su estudio, en tres tramos: alto Guadalquivir, Guadalquivir medio, y bajo Guadalquivir, este último comprende desde la desembocadura del Genil hasta el mar, con Sanlúcar ya gaditano.

El «bajo Guadalquivir» es estudiado, en sus muy variados aspectos, entre otros, por Eduardo Tijeras, en su obra publicada en 1976.

El estudio del alto Guadalquivir está supeditado al río y a su Valle.

EL Guadalquivir nace a 1.600 metros de altura, y sólo cuatro metros sobre el nivel del mar lleva a su paso por Sevilla, y dos cuando pasa por Coria del Río.

La configuración del valle, que no debemos perder de vista, está cerrada al norte por la abrupta Sierra Morena, esencialmente vía de paso entre la baja Andalucía y Levante de una parte, y Granada de otra.

Cuando se viaja con dirección a Andalucía, a medida que avanzamos hacia el sur, observamos, tanto viajando en coche como en ferrocarril, que los pueblos se encuentran cada vez más alejados unos de otros, como por La Mancha.

Núcleos de población muy pequeños apenas existen, abundando en cambio los de 3.000 a 10.000 habitantes.

Nuestro principal interés es tanto por sus pobladores como por sus moradas, sus viviendas, sus pueblos y sus ciudades, sin olvidar que los emplazamientos de sus poblados responden a condicionamientos geográficos.

Las casas, sus distribuciones, sus plantas, acusan su funcionalismo, dentro del género de vida de sus habitantes; casas, por fortuna, sin arquitectos.

El conjunto de sus caseríos, su agrupación, concentradas o dispersas, procuran la particular fisonomía a sus poblados.

Sus casas populares, las de sus labriegos, en el alto Guadalquivir, pueden distinguirse unas de otras. Existe la casa rural, que les sirve de habitación durante todo el año, y las casas emplazadas en pleno campo, que utilizan sólo durante las épocas de mayor actividad agrícola. A esta casa en el campo se la conoce por cortijo.

La mayoría de los cortijos, dice J. C. Baroja, no datan de más allá que del siglo XVII, pero en la misma palabra que los designa, derivada del acusativo *curticulum*, podemos hallar reflejado un tipo de construcción viejo, paralelo al que nos reflejan en Francia los toponímicos compuestos con *court*

Patio. Córdoba

por ejemplo. Las antiguas *curtes* no eran exactamente lo que hoy es un cortijo andaluz.

Las casas rurales en los pueblos, en los de esta región, carecen de corral, cochera o cuadra, elementos esenciales, como vimos, en otras regiones. No encontramos aquí las grandes puertas, acceso a corrales, ni muros formando grandes paredes, sin aberturas, como en La Mancha. Tampoco disponen de

lagares, ni bodegas, ni cuevas. Las casas en las calles de estos pueblos se diferencian tan sólo por sus rejas, lo que ocurre en casi toda Andalucía.

Todo está relacionado con la estructura social agraria, que predominó hasta el siglo XIX, basada en el latifundio. Los braceros, sin propiedad alguna, constituían la masa de la población, al no existir la pequeña propiedad agraria.

Los grandes propietarios tenían y tienen sus casas de campo, sus cortijos, construidos con una misión concreta puramente agraria.

Existen, sí, varios tipos de casas, que van del palacio señorial hasta las cuevas, pasando por las casas de cancela y patio interior. A este último tipo pertenecen el 80 por 100 de las casas del alto Guadalquivir.

Las casas de este tipo se abren a la calle por una puerta, la cancela, que da paso al portal, o patio muy pequeño, casi siempre cuadrangular.

La cancela y el patio interior se van modificando a medida que avanzamos hacia el oeste, y en Córdoba adquieren caracteres muy típicos.

Las cancelas de la Loma de Ubeda no son otra cosa que sencillas puertas de madera, más o menos claveteadas y adornadas.

En Andújar, por el contrario, las cancelas son siempre de hierro forjado, la artesanía aquí es notable. El que la cancela sea de un tipo o de otro depende del nivel social de la vivienda.

En la mitad oriental del alto Guadalquivir, la cancela da paso al antepatio, espacio cubierto, del que arranca la escalera, y recibe luz de otro patio, más pequeño, descubierto, al que abren las ventanas de las habitaciones del piso superior. Solamente se edifica en dos, o en tres, lados del rectángulo del solar, dejando el otro al sur, como pared medianera, con la casa vecina. En este patio transcurre buena parte de la vida familiar.

El patio frecuentemente se convierte en jardín, con fuente, más o menos rústica, o con un pozo, su parra y su higuera.

En la campiña, ya cerca de Córdoba, la cancela da paso a un verdadero jardín rodeado por un pórtico de columnas que es necesario atravesar para alcanzar la escalera. Las habitaciones, en este caso, abren a este patio, embaldosado, con fuente central, de manera que la casa apenas si tiene huecos al exterior, como en las casas de Pompeya. El origen de estos patios es climático, las raíces romanas parecen indudables.

Encontramos también estos patios interiores en las casas árabes. Unas y otras influencias se superponen en las casas andaluzas.

Algunos de estos patios de similares características son más o menos lujosos, estos últimos con sus columnas de mármol, o sin columnas, sustituidas éstas por apoyos de fábrica, o incluso con apoyos de madera, como en tantos y tantos casos cuyas imágenes ilustran este estudio.

Las casas más modestas, que Torres Balbas gusta llamar humildes, se construyen con tapial, empleando también la madera y la piedra.

El cuerpo principal de estas viviendas se encuentra protegido del exterior por un patio que se interpone entre la casa y la calle, construido de tapial, de reducidas dimensiones, desigualmente alineados, que no parece sino un trozo de calle acotado para uso particular de los que habitan en la casa. Los tipos de viviendas más pobres los encontramos en emplazamientos insólitos e inverosímiles, buscando la orientación mediodía o levante. Estas casas en los poblados se amontonan unas sobre otras, por los desniveles del terreno, en busca del sol. A veces para entrar en una casa es preciso atravesar dos o tres patios de otras tantas viviendas vecinas.

Las viviendas troglodítas, ya estudiadas en otro lugar, existen también en la región, y son más frecuentes de lo que creíamos.

Las cuevas de Guadix, que vimos recientemente, sorprendieron al geógrafo francés Brunhes. Cuevas y chozas son las formas más antiguas de viviendas hoy conservadas.

Existe otro tipo de casa sin patio, conocida aquí por de terrado, con dos o tres pisos, construidas de piedra. El terrado está cubierto y su destino no es muy preciso, para unos es secadero de grano, para otros hace el papel de patio.

Lora del Río

Concretando, las construcciones en campo abierto son de tres tipos: el cortijo, la cortijada y la casería, de los que nos ocuparemos más adelante, habiendo observado en el campo que cada vez se construyen menos casas de tipo tradicional, y que en los poblados sólo las casas de cancela, las mejor construidas, subsisten y sobreviven.

Se ha querido ver en el cortijo, término, como ya dijimos, sólo aplicable en esta región a las casas aisladas, en pleno campo, una cierta semejanza con las villas romanas, lo cual parece comprobado por lo que respecta a la baja Andalucía. Julio González, en el *«Repartimiento de Sevilla»,* habla de los cortijos como de una forma del latifundio, más extendido en Andalucía que en otras de nuestras regiones. Los cortijos medievales eran otra cosa, más bien grandes alquerías con viviendas para los braceros, y algunos poseían, incluso, mezquita.

Según Mateu Llopis, tales alquerías eran pequeñas poblaciones rurales formadas por casas, establos, almacenes, lagares..., como expone en su obra *«Los núcleos de población en la baja Andalucía».*

El cortijo del bajo Guadalquivir se parece mucho a la alquería de que trata Mateu Llopis, pero el cortijo de la alta Andalucía tiene más parecido con lo que los mozárabes expresaban con el término «corte» que con las alquerías.

Las «cortes», «curtis» o «cortis» se extendieron en toda España, y eran fincas pe-

queñas. Con el tiempo el término cortijo se aplicó más a la casa que al predio.

Los grandes cortijos proceden de las desamortizaciones del siglo XIX, y por eso sus estructuras son diferentes de las de los cortijos cordobeses y sevillanos.

Tipos de cortijos de la alta Andalucía

Según el estudio de Higueras Arnal, en el que nos apoyamos, antes ya citado, pueden reducirse a cuatro los tipos.

El más sencillo consta de una edificación para vivienda de forma rectangular, de dos plantas, de una superficie de 100 a 180 m^2. La fachada se orienta al norte. En la segunda de estas plantas, un balcón en el centro, y dos pequeñas ventanas a sus lados.

En los frentes este y oeste no suele haber huecos, y en el sur, tan sólo algunos ventanucos, una puerta para salir al corral. A un lado o a otro del cerramiento de tapial del corral se dispone la entrada de carros. Dentro del patio se encuentran la cuadra y otras dependencias auxiliares.

El primer piso se destina a la vivienda y la planta baja a granero y almacén de aperos. Otro tipo más complicado es el formado por dos cuerpos de edificación paralelos de desigual altura. Dependencias fundamentales son, como se ve en las plantas, la cuadra y el granero, ya que el cortijo se concibe como una explotación cerealista en primer lugar, y según la extensión de la tierra labrada, cada cortijo necesitaba varias yuntas de bueyes o de mulas.

El tercer tipo lo podemos denominar múltiple, es decir, dos o tres cortijos simples, adosados, con sus viviendas, patios y puertas independientes.

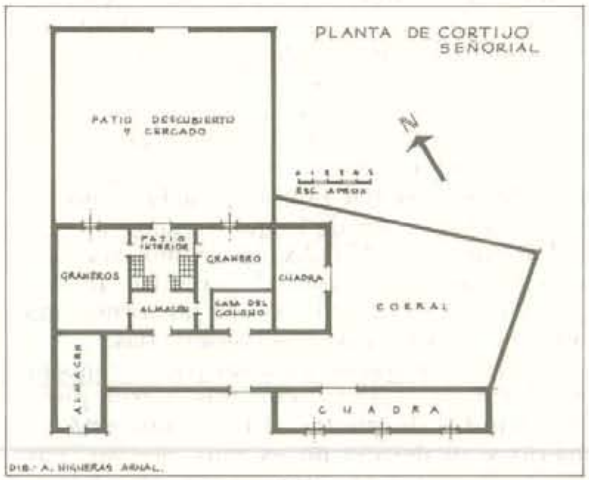
El cortijo señorial es otra cosa, como puede observarse en la planta que aquí reproducimos, tipo poco frecuente en el alto Guadalquivir.

Todos estos tipos están en trance de desaparecer, y actualmente sólo constituyen viviendas permanentes en contadas ocasiones. Esta decadencia se comprende por el alejamiento de los núcleos de población, que carecen de los elementos más indispensables en la vida actual: agua y luz eléctrica. El progreso de las técnicas agrícolas hace inútiles muchas dependencias.

Cortijo andaluz

La Cortijada

Si el cortijo suponía población dispersa, la cortijada supone población concentrada, ya que el término, en definitiva, es una aglomeración de casas, como verdaderas aldeas. Junto a la casa señorial, las viviendas de los jornaleros y sus familias, vinculadas a una cierta extensión de terreno. Algunas de estas aglomeraciones se han transformado en municipios, y otras en ciudades menores de población, desde la entrada en vigor del «Plan Jaén».



(Dib. de Higueras Arnal)

La Casería

Es una forma esencialmente opuesta al cortijo ,que mira ante todo a la explotación del olivar.

Generalmente se componía de un molino aceitero antiguo, y de sus dependencias necesarias para almacenar el aceite. Las caserías estaban situadas en la proximidad de los olivares, junto a algún barranco para arrojar las heces y los productos de desecho.

Durante el invierno, una vez acabada la recolección y la elaboración del aceite, se almacenaba la leña procedente de la poda del olivo hasta el año siguiente. Esto se hacía en cobertizos abiertos, junto a los cuales podía existir una cuadra. La casería nunca fue una forma de vivienda en la región.

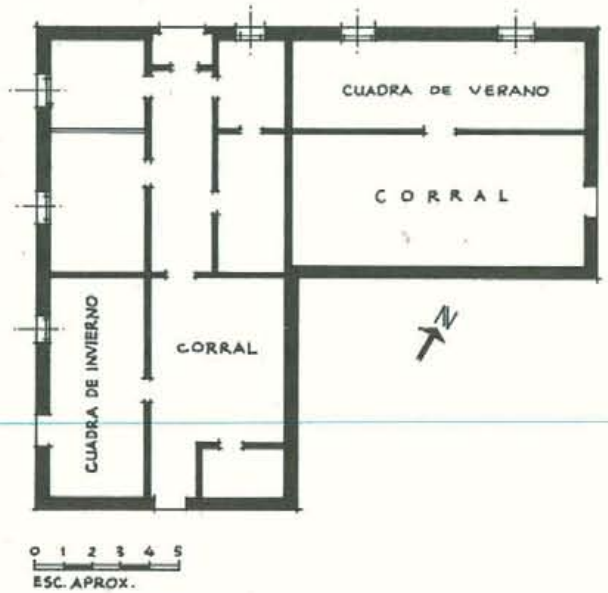
En cambio, por doquier se encuentran pequeños cortijos, ocupados por una sola familia.

El deán Mazas dice que en la Campiña de Jaén (la de la ciudad, en su alfoz) se encontraban 147 casas-cortijos, cubiertas todas de tejas, a excepción de dos o tres de chamiza, y todos, con pajares, graneros, tinados, zahúrdas y corrales, lo que *no se ve caminando* por el *Regno de Córdoba.*

Como exponemos, la concentración en la región domina a la dispersión, tanto que la población dispersa es inferior al 10 por 100 del total. Las causas de este estado pueden ser tres: la estructura agraria y social, las vicisitudes históricas y la falta de agua.

Estos grandes núcleos son una fuente de mano de obra disponible. Grandes masas de operación van a trabajar a los cortijos. Los peones se contratan por días, o por lo que dure la campaña; la recolección de la aceituna o la siega.

La falta de agua son propias de las Lomas de Ubeda y de la Campiña.



Planta de Cortijo múltiple
(Dib. de Higueras Arnal)

Las mayores dispersiones se encuentran donde el agua abunda, por su proximidad a tierras montañosas. Las vaguadas con fuentes y terrazas altas son los lugares preferidos para el asentamiento de los cortijos, que en esta región nada tienen que ver con los cortijos cordobeses, o sevillanos. Son los de aquí mucho más pequeños, unifamiliares y de trazado y disposición en planta diferentes.

Los propietarios suelen vivir en los pueblos próximos. Estos cortijos están también desapareciendo, siendo sustituidos por cortijos-factorías, dirigidos y explotados por modernas técnicas.

Esta región carece en realidad de ciudades o núcleos urbanos. Ni Jaén, ni Andújar, ni Ubeda, ni Linares, con ser importantes, presentan aspectos de ciudades urbanas, de ello es expresión el hecho de que la vida en ellas se desarrolla en la calle. La Plaza Mayor es, y lo ha sido siempre, el punto de reunión, y el lugar de contratación de los braceros en cada época del año. Fuera de la plaza, las calles son en realidad callejuelas tortuosas, trazadas sin tener en cuenta una alineación. Son pueblos grandes, amontonados, de diez mil a veinte mil almas.

Son pueblos en los que la horizontal domina, ya que sus casas rara vez tienen más de dos plantas, predominando las de una sola.

La acción colonizadora del siglo XVIII se manifiesta en la existencia de algunas calles rectas y anchas, trazadas de cuadrícula, de puro origen romano.

La mayor parte de estos poblados aparecen como dos núcleos superpuestos, de distinto origen, uno musulmán y otro cristiano. Los vestigios anteriores, los romanos, apenas se manifiestan. La Campiña esta flanqueada por dos grandes ciudades, ambas al pie de extensas zonas montañosas. Martos y Andújar, ambas con marcado carácter de llanura, se establecieron donde están por razones de tipo militar; merecen les dediquemos más espacio.

Andújar es ciudad de remotos orígenes prerromanos, en la ruta que unía Levante con la Bética. Durante la época musulmana, dependió unas veces del rey moro de Baeza y otras fue independiente. Su recinto amurallado se conserva en parte. Las calles son estrechas, rectilíneas. Las casas de un solo piso, en su mayoría de cancela y patio interior. Su emplazamiento a la orilla derecha del Guadalquivir constituía un punto fuerte.

Martos al lado opuesto del rio, pujante debido a su situación al pie de la Cordillera Subbética, se asienta sobre el flanco de un anticlinal, protegida por la Peña de Martos. Es una plaza fuerte que vive a espaldas de la sierra y busca el llano. Su caserío se extiende, en arcos de círculo, en torno al castillo. La Orden de Calatrava, que tuvo estos dominios, procuró que la ciudad se desarrollase según directrices urbanísticas, calles rectas y anchas, y casas de una sola planta.

En su parte más antigua se repite, una vez más, el caserío amontonado, de casas unas sobre otras, sin más espacio que los pequeños patios de tapial, que antes hemos mencionado. En las campiñas bajas vemos cuatro grandes poblados, Torredelcampo, Torredonjimeno, Arjona y Porcuna, de traza más musulmana. Estas dos últimas se encuentran en altos cerros, defendidos por pendientes inaccesibles.

Sus casas, sus tejados y las tierras de estas ciudades son blancas, incluso blancos también sus olivares, según con qué luz los observamos. Son pueblos como escondidos, quizá consecuencia de muchos siglos de aislamiento. Jaén es salvaguardia de Granada, y durante mucho tiempo estuvo mediatizada por las invasiones musulmanas.

JAEN

A la vista del plano de Jaén, advertimos fácilmente dos zonas diferentes. Una antigua, correspondiente a la vieja ciudad mora, actualmente poco habitada, y otra, el ensanche del siglo XVI.

La Jaén más moderna no comenzó hasta 1940.

La parte antigua, como suele acontener, se va despoblando, más que por deseo de sus moradores, por la destrucción, irreparable, de sus casas.

El deán Mazas escribía, en 1791, en su retrato de Jáén, «que las casas sin arreglo ni igualdad, y por lo común oscuras, de mala distribución interior, con gradas para pasar de unas piezas a otras y los pisos desiguales. Las ventanas pequeñas, con muchas rejas y celosías, aún aquellas que miran a los patios, y a los corrales»; sirve todavía para la ciudad actual.

La ciudad de Jaén, Puerta de Granada hacia arriba, es un nuevo Albaicín granadino. Calles empinadas, retorcidas y muy bien empedradas, gentes que viven en las calles, traficantes que van y vienen con sus pollinos cargados de mercancías. Cada puerta es una tienda, un tenducho, todo improvisado, pero sin dar impresión de pobreza y suciedad.

Las casas, de tipo de cancela, y las mejores son de planta cuadrangular.

En Andújar el patio es un jardín, con plantas variadas y mosaicos. En Jaén no. Los elementos ornamentales forman parte de la construcción, son columnas de liso fuste, terminadas con capiteles de factura elemental, alineados en torno al patio, sostienen el piso superior, con corredor por el que se accede a las habitaciones sobre la calle.

En las casas más importantes, algunas señoriales, existen otros patios chiquitos, en relación con el principal de ingreso, más descuidados.

El carácter rural de Jaén hace que las casas más corrientes carezcan de patio y en cambio dispongande cuadras. A pesar de este carácter agrícola al que venimos refiriéndonos, Jaén tiene su señorío, sin llegar al de las casas cordobesas.

La región no es hoy ganadera debido a que desde 1756 hasta la fecha fueron roturados casi todos los montes, lo que obligó a disponer de numerosas cabezas de ganado de labor, bien equinos o bovinos.

En el siglo XVIII cada pueblo tenía dehesas de *yeguas y boyadas,* y hoy muchos propietarios completan el ciclo de explotación de sus cortijos con *vacadas y yeguadas,* y piaras de cerdos, que en verano suben a Sierra Morena desde sus términos colindantes, como Linares, Baños de la Encina y Andújar.

La motorización del campo, lógicamente, hace inútil el ganado de labor, incrementando el de engorde, equino, vacuno y cerda.

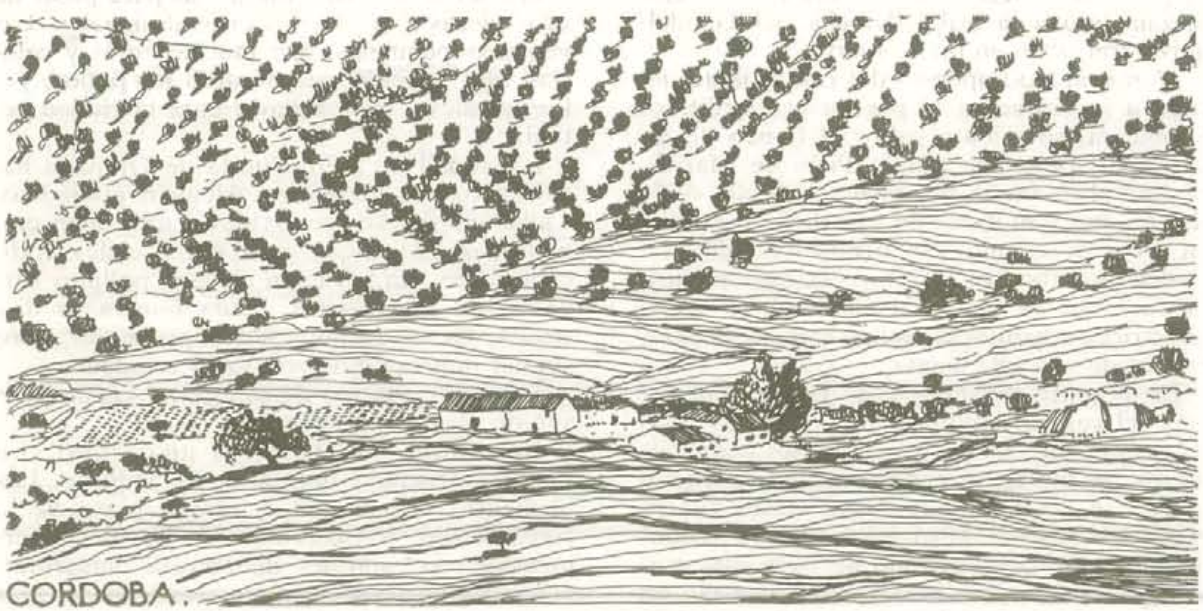
La industria tradicional de esta región es la extracción de aceites. Antiguamente la molturación se efectuaba en los caseríos, pero hoy las fábricas se encuentran en los pueblos, y la industria aceitera tiene por centros Andújar, Jaén y Ubeda.

La mecanización, una vez más, lleva consigo el paro, ya que de la población activa de la región, unas 200.000 personas, la industria aceitera ocupa tan sólo 10.000.

El Plan Jaén fue aprobado en 1953. La industrialización comenzó poco después, debido a que exigía disponer de abundante energía eléctrica. Poco a poco se fueron haciendo pequeños pantanos. Los buenos propósitos se fueron poco a poco alcanzando, pero a pesar de esto la amenaza de la despoblación de la provincia subsiste.

Del bajo Guadalquivir son las tierras bañadas e influidas por el curso de este gran río en las provincias de Sevilla, Cádiz y Huelva. Coexisten el secano y el regadío: zonas en que conviven el río, el valle, la marisma, la sierra y el litoral.

Triángulo natural, mar y sierra, conocido por *tartésico,* uno de los enclaves civilizados más antiguos de Occidente, que cobijó los primeros mercaderes fenicios y vio partir las naves de Colón, comarca del suroeste andaluz. De las otras provincias antes mencionadas, Sevilla es la más grande, siguiéndole Cádiz y Huelva. En todo este territorio existen cuatro municipios importantes, *Jerez de la Frontera, Algeciras, San Fernando y La Línea,* todos éstos en la provincia de Cádiz.



Córdoba

Desde Coria del Río viene el río deslizándose en amplios meandros por las conocidas marismas, terreno pantanoso extensísimo, de unas 140.000 hectáreas, que llega hasta la ermita del Rocío, meta de la tradicional romería.

Nace el Guadalquivir en la falla de Sierra Morena. Al sur de Coria del Río se bifurca en dos direcciones, a su derecha el conocido por brazo de la Torre. El otro brazo forma la Isla Menor. Su curso en principio montaraz, enriquecido por afluentes de la serranía, llega dulcificado a la planicie bética. Según algunos geólogos, el bajo Guadalquivir fue en tiempos no muy remotos un brazo del mar.

Otras corrientes menos características existen en la región, como el Guadiana, de largo curso y escaso caudal, frontera natural con Portugal hasta desembocar en Ayamonte. Su largo tramo inferior navegable es de 98 kilómetros.

El Odiel, casi seco en verano, como el Tinto, tortuoso y estrecho, sin vegas de cultivo, forman al unirse la ría de Huelva, en cuyo estuario se hizo el puerto. Los arrastres de arenas de estos dos ríos han hecho desaparecer el puerto desde el que Colón partió. Palos de la Frontera, antes de la desembocadura del Tinto.

El Guadalete, que nace de las fragosidades de la Serranía de Ronda, tras atravesar lentamente las marismas de Jerez desemboca en las marismas de Cádiz, dividido antes en dos brazos, como el Guadalquivir, uno que forma el Puerto de Santa María y el otro desagua cerca de Puerto Real. El río Arillo convierte Cádiz y San Fernando en dos islas unidas por una baja plataforma rocosa continental.

Las tres provincias constituyen una comarca natural de gran carácter, formada por

las marismas y la campiña del valle del Guadalquivir, encuadradas por las montañas al norte y al oeste, limitada por la costa atlántica que se extiende de Ayamonte hasta la Punta Cullera gaditana. No podemos dejar de mencionar el Coto de Doñana, enclavado en esta zona del bajo Guadalquivir, ya que se trata de una de las principales reservas biológicas y el único parque de fisonomía africana de Europa, del que tanto se habla en el mundo entero, y constantemente se nos dice amenazado por la especulación y más recientemente por una autopista que uniría Huelva con Cádiz, que completaría la degradación ecológica del Coto.

Véjer

El famoso Coto de Doñana se halla en la margen derecha del bajo Guadalquivir, en terrenos de Almonte, provincia de Huelva, limitando al sur con el Atlántico. Sus 35.000 hectáreas se extienden sobre zonas diversas; la marisma, el matorral mediterráneo, norteafricano, las dunas y el litoral, que crean las condiciones ideales para una intensa vida animal y vegetal que los ornitólogos y zoólogos internacionales coinciden en calificar como una auténtica joya de la naturaleza.

En la antigüedad, dicen, era un inmenso lago de agua dulce represado por los arrastres del Guadalquivir a través de su largo recorrido.

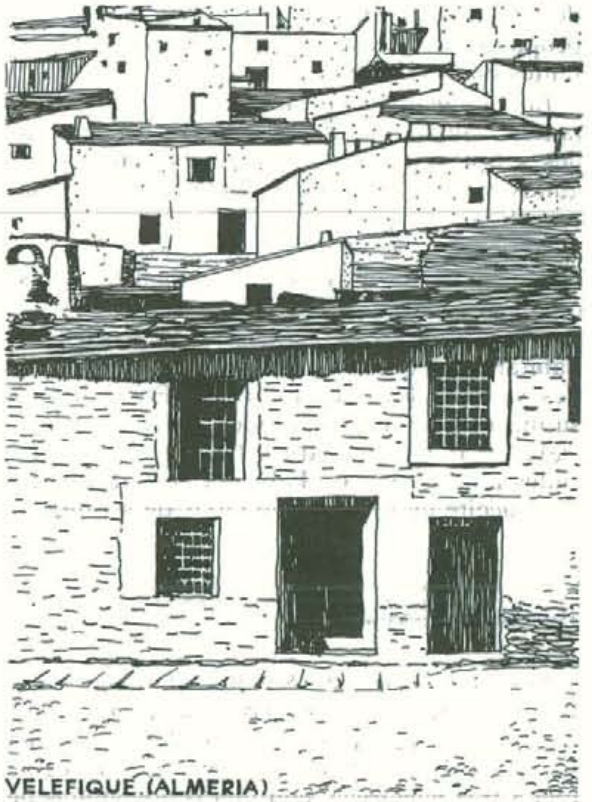
Las tierras llanas lacustres se convirtieron poco a poco en pantanosas.

El coto es de propiedad privada en su mayor parte, ya que de sus 35.000 hectáreas solo unas 10.700 son propiedad del Estado (Consejo Superior de Investigaciones Científicas), declaradas *Parque Nacional* en 1969. Problema siempre, como tantos otros, posiblemente difíciles, sin resolver, del que en el país estamos poco informados pese a lo mucho que de él se habla y escribe.

El tema es demasiado amplio, difícil por ello de pretender agotarlo, pero no podemos darlo por terminado sin ocuparnos de Sevilla, sus pueblos y de algunos de sus cortijos. Estos pueblos suelen ser grandes, extensos, campos productivos, tierra feraz, clima magnífico.

Si salimos por la carretera de Extremadura, que es como un paseo, en un jardín entre campos de cereales, terreno fértil y profundo de aluvión, atravesaremos La Pañoleta, entre olivares y algunos naranjales, chumberas y palmas que rodean las casas de labor. Tras cruzar Camas y Santiponce se alcanza *Guillena,* de 4.000 habitantes, primer pueblo de tipo sierra, pueblo andaluz de casas blancas y calles bien trazadas.

Almería



Velefique (Almería)

Las 30.000 hectáreas de su término, de las cuales buena parte son una gran vega de ricas tierras regadas.

La mayor parte del término es de propiedad privada, sólo cuatro o cinco propietarios las poseen.

Brenes. Entre unas llanadas de cereales, naranjos y olivos encontramos este pueblo de 4.000 habitantes. Olivares para moler y para verdeo, algodón, tabaco y remolacha. La propiedad está dividida entre 200 vecinos, pequeños propietarios.

Colindantes con este término de Brenes encontramos magníficas propiedades, entre ellas el cortijo del conde de la Torre de Sánchez-Dal, en que está enclavado el pequeño pueblo de La Rinconada.

Dos Hermanas. Su término de 17 hectáreas, con 5.000 habitantes. Sus campos en su mayor parte se destina al olivar, de verdeo, dedicado a la exportación. Muy pocos son propietarios. Existen algunos cortijos importantes en el término.

Los Palacios, con siete a ocho mil habitantes, cultivos de olivo y viñedo. Buenas calles y típicas casas de una o dos plantas. Algunos molinos y bodegas. Propiedad muy mal repartida.

Utrera. De los Palacios a Utrera, 13 kilómetros entre hermoso viñedo, nogales y pitas, olivos y frutales diversos.

Su término de 73.000 hectáreas, con 20.000 habitantes. Poblado precioso, muy típico, calles y casas de todos los tipos. Población en su mayoría agrícola. Grandes superficies dedicadas al olivar y cultivos herbáceos anuales. Industrias derivadas. Fábricas de harinas, jabón, aceite de orujo y refinerías de aceite.

Huertas de Sevilla

Los alrededores de Sevilla están todos dedicados a hermosas huertas regadas con pozos y norias, de gran producción dado el clima sevillano. La extensión de estas huertas es de una a tres hectáreas, con una o dos yuntas de vacas o de mulas.

Almería

Granada

Zona de nuevos riegos del valle inferior del Guadalquivir

Toda la zona comprendida entre el canal de riego y el río Guadalquivir forma una riquísima vega de unas 30.000 hectáreas, toda ella regable. Magnífica llanura, espléndida en producciones diversas.

Según los técnicos sería de interés crear un pueblo que en su mayor parte fuese de colonato.

La carretera de Sevilla a Castilblanco de los Arroyos va atravesando nuevos regadíos hasta La Rinconada. No existe apenas pequeña propiedad y sólo grandes propiedades de *absentistas,* propiedad de ausentes, como en tantas otras regiones de la península. Los colonos vinieron de Murcia y Granada a esta zona ya regada. Bastantes propietarios de pequeñas extensiones arriendan cuarenta o sesenta fanegas, dando al colono una casita recientemente construida.

Cantillana. La propiedad en una gran parte es de la marquesa de Villalva de Solís y de algún otro importante propietario, tienen arrendadas sus tierras a la Compañía Bética Azucarera. El problema del alojamiento no ha sido resuelto previamente.

Los Rosales. En su estación se halla la Azucarera antes citada, que tiene una barrida obrera compuesta por dos alas de casas formando una calle para sus obreros industriales, sin resolver ningún problema sanitario ni del modo más elemental.

Tocina. Emplazada a unos tres kilómetros de la estación de Los Rosales, se halla este pueblo, de unos 5.000 habitantes, con un término de unas 10.000 hectáreas. Todo el pueblo vive de la Azucarera como medio de trabajo y sostén. Sus viviendas son deplorables, gran número de casas de malas condiciones, casi chozos muchas de ellas.

Guadajoz. Emplazado en un vallejón por el que corre, de este a oeste, un arroyo del mismo nombre, pertenece al término de Carmona, ya en plena zona de riegos.

Cortijo del Real Tesoro. En el camino que desde el canal principal de los riegos del Guadalquivir se dirige a Lora del Río, encon-

tramos el magnífico y antiguo *Cortijo del Real Tesoro.*

Su entrada es señorial y hasta algo monástica, con su espadaña y campanil. Un torreón de planta cuadrada de acceso al amplio patio por doble puerta con pasadizo a modo de portalón. Pasando éste se halla el gran patio andaluz en el centro, encuadrado por la vivienda y casas de la explotación, de toda especie: gran cocina, gañanía, cuadras para unos 20 pares, graneros, almacenes, casa del encargado, cobertizos para carros y máquinas, gallineros, porquerizas o zahúrdas y un retrete común a toda la gañanía, con su pozo negro. En la parte alta hay habitaciones, algo más cuidadas, para los propietarios y arrendatarios.

Así se expresaba el ingeniero Don Julián Pascual Dodero en su informe *«Contribución al estudio de la casa rural»,* del entonces Ministerio de Economía Nacional. Dirección General de Agricultura (junio 1929), que hemos conservado desde aquella fecha y utilizado aquí.

Lora del Río. Es cabeza de partido de la provincia de Sevilla, población importante con gran vecindario, pueblo limpio, muy típico, con casas, algunas magníficas, que se siguen conservando en buen estado.

Carmona, también cabeza de partido, de los más típicos e interesantes en relación con nuestros estudio; sobre las arquitecturas populares regionales. Su emplazamiento en lo alto de un cerro, no muy elevado, en medio de una gran planicie de horizontes y vistas incomparables, elevado 215 metros sobre la llanura de sus campos bien cultivados con magníficas perspectivas de lejanías maravillosas.

Su interés artístico, el de su caserío amurallado y el de los monumentos en el encerrados, nos hizo pensar cada vez que la visitamos que era un Toledo andaluz en pequeño.

Pasando su hermoso arco de entrada en las murallas, ya despejado no hace mucho de sus construcciones sin interés, adosadas, se accede a su gran plaza de gran sabor local.

Sus bellezas artísticas, las torres de sus iglesias, como pequeñas Giraldas, y su particular encanto es de todos conocido. Es pueblo rico que mejora constantemente, defendido por el Patrimonio Artístico. Próximos a Carmona se encuentran Viso del Alcor, Mairena y Alcalá de Guadaira, pueblo éste de gran sabor andaluz.

El Aljarafe, es una zona riquísima y poblada cerca de Sevilla, entre ésta y Sanlúcar la Mayor, sobre la margen derecha del río. Pueblos prósperos, dedicados al cultivo del olivo, que dan la mejor aceituna de verdeo de la provincia por sus terrenos de buena proporción de cal.

El pueblo de *Olivares,* tierras de la Casa Ducal de Alba, está situado en el Aljarafe sevillano, palabra árabe que significa terreno alto y llano, que hoy designa toda una comarca a pocos kilómetros de Sevilla.

Olivares es lo que los andaluces denominan «un pueblo bueno», un pueblo bien construido y arreglado, según cuenta Luis Carandell en un artículo. Alrededor del 80 por 100 de la tierra cultivable del término municipal es propiedad de tres propietarios. De los tres grandes propietarios, dos tienen fincas relativamente pequeñas, la Casa Ducal de Alba posee alrededor del 60 por 100 de la tierra del término, que tiene cedidas en arrendamientos a unos cuatrocientos colonos del pueblo.

Estas propiedades proceden del ducado de Berwick, título y bienes de los Condes-Duques de Olivares, cuyo palacio almenado está emplazado en la plaza del pueblo.

Las tierras del Duque son las llamadas «San Antonio», «La Coriana» y la «La Bartola», que totalizan unas 2.400 hectáreas, todas ellas de secano, en las que se cultivan leguminosas y cereales.

En «Aljarafe» la medida de la tierra es la «aranzada», que equivale a algo menos de media hectárea.

Castilleja de la Cuesta es el primer pueblecito que encontramos, que obligadamente atravesamos al salir de Sevilla camino de Huelva.

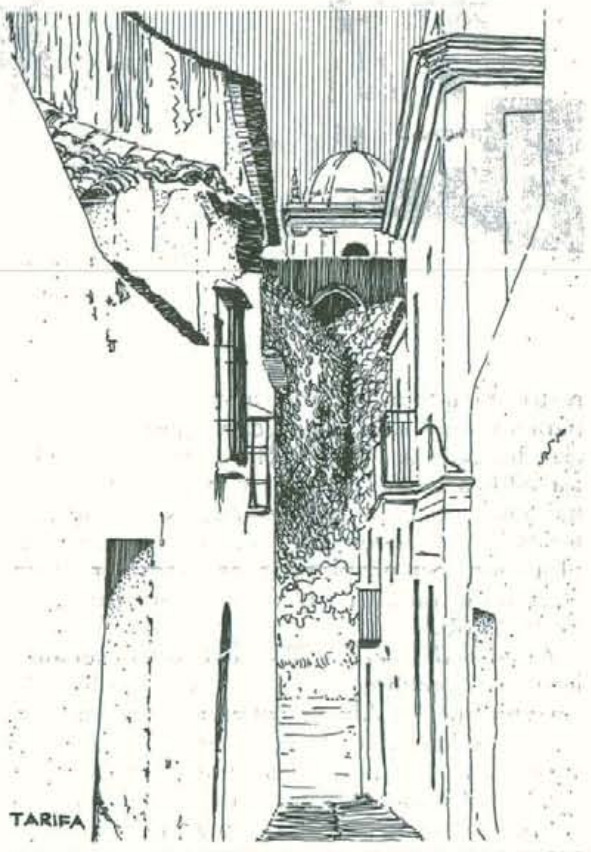
Reúne 3.000 habitantes de población flotante, jornaleros y vendedores de Sevilla, a la que van y vienen cada día.

La vista sobre la capital, debido a su elevación sobre el llano, es extraordinaria. La carretera, toda en cuesta, atraviesa su caserío hasta elevarse a 122 metros a su paso por *Gines,* pueblecito de viñedo y olivar, continuando su subida, a 132 metros, encontramos *Espartinas,* de similares características. Su incesante subida llega a 143 metros al alcanzar *Sanlúcar la Mayor,* con su término de 13.000 hectáreas, ricamente cultivadas.

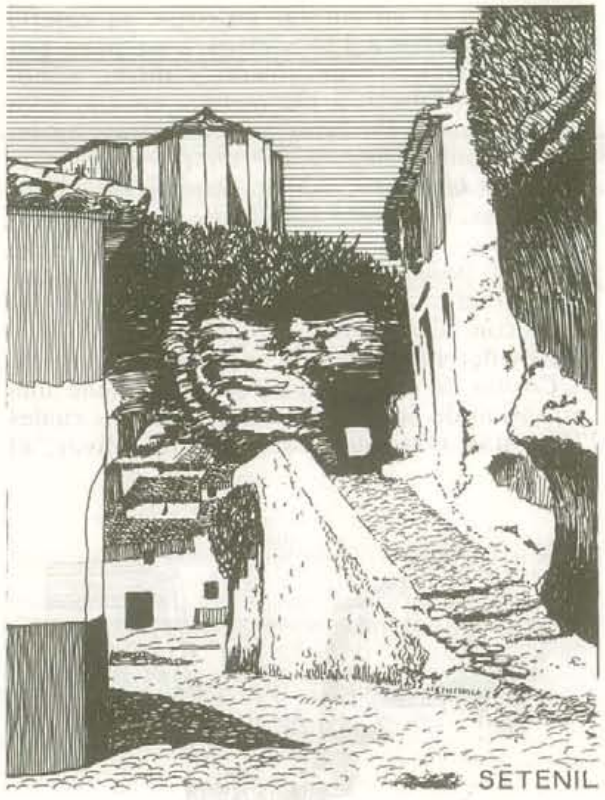
Umbrete, pequeño pueblecito que fue residencia o posesión de la mitra, con una magnífica iglesia, muy típica, con buenas y cómodas casas con detalles de buen gusto.

Reseñaremos algunos importantes cortijos.

Cortijo de la Peregrina. La finca tiene una extensión de 300 a 350 hectáreas de las cuales 250 están ocupadas por hermoso olivar, el



Tarifa



Setenil

resto de cultivo con gran alternativa forrajera para sostener una magnífica vaquería de especies holandesas, cuya leche consume Sevilla. La edificación es amplia, con magnífica casa habitación para su propietario, patio central y todas las dependencias necesarias para su explotación. Su propietario es ejemplar, y en *Bormujos,* junto a su cortijo, construyó una barriada obrera.

Cortijo de Tercia. Es cortijo de secano, hermoso, amplio, bien dispuesto, junto a la carretera de La Algaba saliendo de Sevilla.

Gran edificación de agradable aspecto, con varios patios, dependencias y maquinaria.

Su estilo andaluz con torreones. Tiene en su patio posterior una espléndida huerta. Magnífica casa para su propietario, gañanía, cuadras para 20 ó 30 yuntas, cocheras y graneros. Su propietario también ejemplar a juzgar por el cuidado de su propiedad en todos sus aspectos.

La Algaba. Es uno de los pueblos interesantes de la provincia de Sevilla, con sus 5.000 habitantes, la mayoría obreros asalariados de Sevilla y en el campo, dividido en grandes propiedades.

Sus viviendas humildes, miserables, junto a las muy buenas en la plaza y calles principales del poblado.

Cortijo de Casas Luengas. Gran cortijo de secano cuyos magníficos campos se han transformado por los regadíos en una inmensa huerta.

Su entrada de gran prestancia y carácter andaluz, su edificación amplia y magnífica. Sus dependencias múltiples y su cercado de altos muros almenados.

Sus servicios se agrupan todos en torno a un patio central, disposición típica como hemos expuesto.

Cuenta con amplios y bien distribuidos almacenes, clasificadores de primeros productos y primeras materias, de aperos herramientas, saquerío, abonos, semillas, etc. Buena sala de preparación de piensos. Magnífica almazara, con prensas hidráulicas. Casas de obreros. Talleres de herrería, mecánico y carretería, en los que trabaja personal fijo.

Es finca de gran interés, digna de estudio y encomio a la labor de su ilustre propietario. De la comisión antes mencionada formó parte nuestro compañero y amigo Adolfo Blanco y Pérez del Camino, que croquizó tipos de viviendas, juntamente con proyectos de cortijos proyectados por los ingenieros del informe antes mencionado.

■ ■ ■

BIBLIOGRAFIA

BIBLIOGRAFIA GENERAL

Aguilar García (María Dolores), «Málaga mudéjar» (Arquitectura Religiosa y Civil). Málaga (1980).

Agustín Díez (Florentino), «En la España rural». León (1974).

Amador de los Ríos (José), «Toledo pintoresco», descripción de sus más célebres monumentos. Madrid, 1845. Ed. Facs (1976). Biblioteca de Historia Hispánica.

Azorín, «El paisaje de España visto por los españoles», «Cabeza de Castilla», «España». Austral.

Baeschlin (Alfredo), «Ibiza». Cuadernos de Arquitectura Popular, I. Ed. de 950 ejemplares numerados. Valencia (1934).

Bellot (Francisco), «El tapiz vegetal de la Península Ibérica», Ed. Blume (1978).

Brandel (Fernand), «La Mediterranée». Arts. et Matières Graphiques (Suisse) 12 vols. (1977).

Broume (Edith. A.), «Spain» (Adam and Charles Black). London (1910).

Broëms (Maurice), «Ces souterrains...». Refuges pour las vivans ou pour les esprits? Ed. A. et P. Picar. París (1976).

Brunhes (Jean), «La Geographie Humaine» (Tomos I, II y III). Ed. Félix Alcan (1925).

«A majorque et a minorque». Revue des Deux-Mondes. (Nov. 1911).

Bon (Antoine), «Retour en Grece», «En Grece». Ed. Paul Hertman. París (1932).

Bonet Correa (Antonio), «Morfología y Ciudad». Urbanismo y Arquitectura durante el antiguo régimen en España. Ed. Gusatavo Gili (1978).

Carretero y Jiménez (Anselmo), «Los pueblos de España» (1980).
Callejo (Carlos), «Cáceres monumental» (1980).
Camón Aznar (José), «Teoría del Arte Griego».
Casas Torres (J.), «La vivienda y los núcleos de población rurales en la Huerta de Valencia». C. S. de I. C. (1944).
Cervera Vera (Luis), «El núcleo urbano de Lerma desde sus orígenes al siglo XI». Institución Fernán González. Burgos (1971).
Croft-Cooke (Rupert), «De la mano de Don Quijote». Plaza-Janés, S. A. (1970).
Claret Rubira (J), «Detalles de Arquitectura Popular Española». Ed. Gustavo Gili. De gran interés (1976).
Cortés Vázquez (Luis), «Las ovejas y la lana de Lumbreras». Ed. C. de Estudios Salmantinos (1957).
Chaves (Rafael) y Ximena (Vicente), «Descubrir al Madrid antiguo» (1975).
Christoflour (Raymond) y varios autores. «Casas vascas», «Maisones et Villages de France». Robert Laffont. París (1944).
Chueca y Goitia (Fernando), «Historia de la Arquitectura Española». Magnífica edición. Edit. Dossat, S. A. Madrid (1965).
«El semblante de Madrid». Rev. de Occidente (1951).
«La destrucción del legado urbanístico español». Espasa-Calpe. Col. Boreal (1977).
«Madrid, ciudad con vocación de capital». Ed. Pico Sacro. Santiago de Chile (1974).
«Nueva York». Forma y Sociedad (1953). I. E. de A. Local.
«El semblante de Madrid». Rev. de Occidente (1951).
«La catedral de Valladolid». I.D.V. de I.C. Geometría, Memoria y Estilo en la Arquitectura (1943).
«Invariantes castizos en la arquitectura española» e hispanoamérica). Seminarios y ediciones (1971).
Dantín Cereceda, «Regiones naturales de España». C. S. de I. C. (1943).
Deffontaines (Pierre), «La Mediterranée Catalane». Presses Universitaires de France (1975).
«El Mediterráneo» (La tierra, el mar, los hombres). Ed. Juventud, S. A. (1972).
Drain (Michael), «Geographie de la Peninsule Iberique». P. Universitaires de France (1972).
De la Serna (Alfonso), «Imágenes de Túnez». Instituto Hispano-Arabe de Cultura (1979).
De la Serna (Víctor), «La ruta de los foramontanos». Prólogo de G. Marañón. Ed. Prensa Española (1955).
«Nuevo viaje de España», «La vía del calatraveño» (La Mancha, la Marina de Andalucía, Jerez, ciudad castellana). Ed. Prensa Española (1976).
Duncan Towson, «Muslin Spain». Cambridge University Press (1973).
Feduchi (L), «Itinerarios de Arquitectura popular española» (varios volúmenes). Ed. Blume (1976).
García Inyesta (Nieves) y Oliver (Guillermo), «Cases de pages» a la zona de S'Alquería banca». Colegio de Arquitectos de Baleares (1981).
«La Masía» (Historia y tipología de la casa rural Catalana) 2.ª construcción (1981).
García Mercadal (José), «Rincones de España». Col. Variorum. Librería General. Zaragoza (1946).
Gavilán (Enrique), «Valladolid, tierras de pan y vino». Ed. Nacional (1971).
Gotor (Angel), Revista geográfica española (Catedrales de España). Cáceres y su provincia. Castillos de Segovia. Valladolid. Castillos de Toledo (núms. 25, 33, 42).
Gómez Moreno (María Elena), «Casa y Museo del Greco en Toledo». Fundación Vega-Inclán (1966).
González Iglesias, «La Casa Albercana». C. S. de I. C. (1945).
Hernández Pacheco (Francisco), «Las regiones climatológicas naturales de España, en relación con la construcción rural». Boletín de la R.S.E. de Historia Natural (1941).
Hoyos Sainz (Luis de), «Los viejos caminos y los tipos de pueblos». Ensayo geográfico etnológico. Estudios geográficos, VIII. Madrid (1947).
Hoyos (Nieves de), «La casa tradicional en España». Ed. Nacional (1952).
Inventario Nacional de Paisajes, Tomo I. Ministerio de Agricultura. Librería General. Zaragoza (1975).
Iñiguez Almech (Francisco), «Geografía de la Arquitectura española». Ed. Patrimonio Artístico Nacional (1957).
Jiménez (Margarita), «Madrid y provincia, en sus plazas mayores». Abaeco, Ediciones (1978).
Kukreja (C. P.), «Tropical Arquitectura». Taka Mc Graw-Hill. New Delhi (1978).
Lámperez y Romea (D. Vicente), «Las ciudades españolas y su arquitectura municipal al finalizar la Edad Media». R. A. de Bellas Artes de San Fernando. Discurso de ingreso (20 mayo 1917).
«Historia de la Arquitectura Cristiana». Ed. Juan Gili. Barcelona (1904).
López Collado (Gabriel), «Las ruinas en las construcciones antiguas». Ministerio de la Vivienda (1976).
Pedro de Lorenzo, ...«Y al oeste, Portugal». Ediciones Cultura Hispánica, Madrid (1973).
De Llano (Pedro de), «Arquitectura popular en Galicia» (Colegio Oficial de Arquitectos) (1981).
Llido (Ramón), «Jávea» (1981).
Marías (Julián), «Nuestra Andalucía y consideración de Cataluña». Rev. de Occidente (1972).
Martínez de Pisón (Eduardo), «Segovia»: Evolución de un paisaje urbano. Colegio de I.C.C. y P. (1976).
Martínez Rodríguez (Ignacio), «El hórreo gallego» (Fundación Pedro Barrié). Montevideo (Uruguay) (1975).
Maúclair (Camille), «L'Apre et Splendide Espagne». Ed. Grasset (1931).
Meyner (André), Paisajes agrarios. Ed. Moretón. Bilbao (1968).
Miner Otamendi (José Manuel), «Los pueblos malditos». Selecciones Austral (1978).
Moreno Villa (José). «Fisonomía del caserío malagueño» (A. E. de Arte y Arqueología) (1925).
Modecai Richter, Peter Christopher, «Images of Spain» (Thames and Hudson) (1978)
Moure Mariño (Luis), «Temas gallegos» (Austral 1979).
Norberg - Schulz (Christian). «Intenciones en arquitectura». Ed. Gustavo Gili (1979).
Ortega y Gasset (José), «Viajes y Paisajes», «El Arquero». Revista Occidente (1938).
Ortega Rubio (Juan), «Historia de Madrid y de los pueblos de su provincia». Madrid (1921).
Pagano (Giuseppe) y Guarniero (Daniel), «Architettura Rurale Italiana». «Cuaderni della Triennale» (Milano). Ulrico Hoepli Ed. Completa exposición, del mayor interés (1936).
Parcerisa y Quadrado, «Segovia» (Recuerdos y bellezas de España». C. de A. M. de P. de Segovia (1865).
«Segovia». Patrimonio arquitectónico y urbanismo. Exposición C.O.A.M. (1979).
París (Pierre), «L'Espagne de 1895 et 1897» (journal de voyage) (pról. G. Demerson).
Parpagliolo (Luigi), «La Difesa Delle Bellezze Naturali d'Italia». Roma, 1921.
Peña Sánchez (M), «Crisis rural y transformaciones recientes en Tierra de Campos». Universidad de Valladolid (1975).
Pérez Embid (Florentino), «El mudejarismo portugués». C. S. de I. C. (1955).
Pillament (Georges), «Palacios y castillos árabes en Andalucía». Ed. Gustavo Gili (1953).
Ramos (Vicente), «El Mundo de Gabriel Miró». Ed. Gredos. Obra magnífica y completa en su propósito (1976).
Ramírez de Lucas (Juan), «Arte popular». Colección Más Arte. Magnífica edición (1977).
Rojas-Mix (Miguel), «La plaza Mayor». El urba-

nismo instrumento de dominio colonial. Muchnik, Editores. Barcelona (1978).
Ruibal (Alvaro), «El tiempo retenido», «Testigos de España». Plaza-Janés (1974).
Ridruejo (Dionisio), «Castilla la Vieja». I y II. Ed. Destino (1974).
Sainz de Robles (Federico Carlos), «Crónica y guía de la provincia de Madrid». Ed. Espasa-Calpe (1966).
Sambricio (Carlos). ¿Palladio en Menorca? (Arquitectura n.º 230).
Sánchez Cantón (F. J.) y Suazo (Secundino), «Lecciones de El Escorial». C. Fundación Pastor. Madrid (1964).
Sánchez de Munain, «Estética del paisaje natural». C. S. de I. C. (1945).
Sarthou Carreras (Carlos), «Castillos de España». Ilust. Robert G. Everts. N. Ed. (1978).
Sierra Delgado (J. R.), «Sevilla cerrada y Sevilla abalconada» (Arquitectura n.º 231).
Schwob (René), «Profondeurs de L'Espagne». Ed. Grasset (1928).
Sermet (J) (geógrafo hispanista), «Espagne du Sud». Ed. Arthaud (1953).
Siegfried (André), «Viee Generale de la Mediterranée» N. R. F. Gallimard (1943).
Sitte (Camilo), «Construcción de ciudades». Ed. Canosa (1926).
Christian Spahni (Jean), «L'Alpujarra» (Secrete Andalousie). Ed. A. la Baconniere (Neuchatel) (1959).
Taracena (Blas) y Tudela (José), «Guía de Soria y su provincia» (4.ª ed., 1973).
T'Sserstevens (A.), «L'Itineraire Spagnol». Plon (1933).
Téllez (Guillermo), «La Iglesia y la casa toledana». Ed. Zocodover (1978).
M. de Terán-Solé Sabaris y otros, «Geografía regional de España». Ed. Ariel.
Unamuno (Miguel), «Andanzas y visiones españolas», «Por tierras de Portugal y de España», «Paisajes». Colección Aula Magna. Ed. Alcalá (1966).
Vallaux (Camille), «La Mer». Ed. Doin. París (1908).
Vila Valenti (J.), «El paisaje humano en la Sierra de Albarracín» (Separata de Teruel, n.º 7), «España I y II».
Vila Valenti-Capel, «Campo y ciudad en la geografía española». Biblioteca Básica Salvat (1970).
Ville del Tirreno (Ville Regionale Italiane). Görlich Editore, Milano (1970).
Interesante relación de Villas Mediterráneas: Sardegna, Archipiélago Toscano, Ischia.
Williams (Leonardo), «Castilla». Madrid (1904).
Los legados de Oxford. Diversos autores. Legado de Roma, del Islám, de la Edad Media, de la India, de Egipto, de Grecia. Ed. Pegaso. Madrid (1944).
«Cuadernos Hispanoamericanos» «Homenaje a Azorín». Ilustrado (oct. y nov. 1968).
«La España clara» (textos seleccionados de Azorín). Fotos Muller. Ed. Doncel (1966).
«El arte en España», Ediciones Thomas. Comisaría Regia de Turismo y Patronato Nacional de Turismo (1924-1930), 29 vol.
Simposio Internacional de Colonizaciones. Barcelona-Ampurias (1971). Ed. Ripoll-Perelló (1974).
Arquitectura popular, «La Alpujarra-Peña de Francia». Exposición en el C.O.A.M. Apuntes para un posible estudio en el medio rural y su entorno. Catálogo ilustrado. Varios autores. Madrid (1977).
L'Architecture rurale française. «Musée national deus arts et tradition populaires». Ya publicados de los 22 tomos, Savoie, Dauphine y Corse. Editeur Berger-teozault (1978).
Catálogo Monumental de Madrid. I. Colmenar Viejo. Ed. Inst. de Estudios de Administración Local. Madrid (1976).
En el Centenario de la Institución Libre de Enseñanza. Varios autores. Ed. Tecnos. Madrid (1977).

SALAMANCA - ZAMORA

Alonso Emperador (Modesto), «Estampas pueblerinas de la Tierra de Campos» (1978).
Casas Díaz (Angel), Villada en Tierra de Campos (D. Provincial de Palencia) (Villa-Adda), pequeña colonia del Monasterio de Sahagún, emancipada del yugo abacial por el esfuerzo de sus barqueros.
Cortés Vargas (L.), «Salamanca en la literatura», «El vigor de la encina». Salamanca (1973).
García Zarza (Eugenio), «Aspectos geográficos de la población y de las construcciones rurales salmantinas». Tesis doctoral. Facultad de Filosofía y Letras de Salamanca (1971).
González García (M.), «Salamanca: La repoblación. La ciudad». Centro de Estudios Salmantinos (1973).
González (Julio), «Repoblación de Castilla la Nueva» I y II. Universidad Complutense. Madrid (1975).
Hoyos (Julio), «El solar de Arias Gonzalo». Zamora histórica y monumental (1971).
Llorente Maldonado de Guevara (Antonio), «Las comarcas históricas actuales de Salamanca». Centro de Estudios Salmantinos (1976).
Narria, Estudios de artes y costumbres populares. Universidad Autónoma de Madrid. Revista (aparecidos cinco números) (1976).
Riausares Prieto (María), «La Arquitectura Románica-Mudéjar en la provincia de Salamanca». Centro de Estudios Salmantinos. C.S.I.C. (1980).
Sabater (Ana), Méndez (Ricardo) y Del Campo (Consuelo), «A través de Castilla». Ed. Penthalon (1980).

GUADALAJARA Y SORIA

F. Pombo (Alejandro), «Pueblos de Guadalajara y Soria». Editorial Azur. Madrid (1972).
Layna y Serrano (Francisco), «Guadalajara y sus Mendozas».
López de los Mozos (Ramón), «Miscelánea del folklore provincial de Guadalajara» (1976).
Pérez Arribas (Andrés), «Viaje a la serranía de Guadalajara» (1976).

CUENCA

Carnicer (Ramón), «Gracia y desesperación de Castilla la Vieja». Plaza-Janés (1976).
Zobel (Fernando), «Sketchbook of a Spanish Hikk Town». Libro de croquis editado por el Departamento de Grabación de Artes Gráficas de Harvard College, Cambridge, Massachussetts, 1970.
Temes y Barrios, «La construccion del tapial en la provincia de Albacete». Rev. «Arquitectura», n.º 175, noviembre (1933).

LEON

Bravo Guarida (Miguel), «Rincones leoneses». Biblioteca Clásica Leonesa (1979).
Luengo Martínez (José María), «Esquema de la Arquitectura civil en El Bierzo» (1967).

ARAGON

Allanegui Burriel (Guillermo), «Arquitectura popular en Aragón». Colección Aragón 34 (1979).
Allanegui Felez (A), «Arquitectura popular en el Alto Pirineo Aragonés» (1941).
Alvar (Manuel), «Literatura y ser histórico». Libros Pórtico, Zaragoza. Edición conmemorativa del bimilenario de la ciudad (1976).
Beltrán Martínez (Antonio), «Introducción al folklore aragonés». Guerra Editorial (1979).

Beltrán (A), Lacarra (J. M.) y Canellas (A), «Historia de Zaragoza» (I). Edad Antigua y Media. Edit. Cosmo, Ayuntamiento de Zaragoza.
Bimilenario de César-Augusta. Ed. Libros Pórtico. Zaragoza (1976).
Borobio (Regino), «El Ebro en su aspecto urbanístico» (1955). Separata (I. F. el Católico).
Briet (Luciano), «Bellezas del Alto Aragón». Diputación Provincial. Huesca (1913).
Caballin Albiac (Miguel), «Ruta del Bajo Aragón Zaragozano».
Cardús y Llanas (José), «Turismo Altoaragonés». Edita el autor (Cuatro Reyes, 3. Huesca). Seis tomos, en cuarto 70 × 100, ilustrados con fotografías, planos y dibujos. El más reciente estudio sobre el Pirineo.
Higueras Arnal (Antonio), «El alto Guadalquivir. Estudio geográfico». Centro de Estudios Jiennenses. Zaragoza (1961).
Casas Torres (J. M.), «Aragón, la naturaleza». Zaragoza (1960).
De la Figuera (Luis), «El Monumento Nacional Castillo de Loarre». Zaragoza (1919).
De los Ríos Romero (Isidro), «Colonización de las Bárdenas, Cinco Villas, Somontano y Monegros».
Domínguez Arranz (Almudena), «Las cecas ibéricas del Valle del Ebro». (Tesis doctoral) (1979).
Enríquez de Salamanca (Cayetano), «Por el Pirineo Aragonés». Editado por el autor.
Ferrer Regales (M), «Campo de Cariñena» (1957). «El valle medio y bajo del Arba» (1957).
Frutos (Luisa María), «El somontano norte de San Juan de la Peña» (1964).
Frutos Mejías (Luisa María), «El Campo de Aragón» (Col. Aragón).
Galindo Antón (José), «Ruta de la Cañada».
García Manrique (E), «Las comarcas de Borja y Tarazona y el Somontano del Moncayo» (1960).
Gimeno Arcos (M. C.), «La muela» (1958). «Arquitectura popular en España», núms. 192 y 193 de Rev. «Arquitectura» (1974).
Guitart Aparicio (Cristóbal), «Castillos de Aragón». I y II Colección Aragón. Librería General Zaragoza.
Gurri Sala (Víctor) y Gómez Salique (Javier), «La casa típica aragonesa» (Valles de Ansó y Hecho), Jano n.º 23, enero 1975.
Kruger (F.), «Die Hochpirinaen». Hamburgo (1936).
Lacarra (J. M.), «Aragón en el pasado». Zaragoza (1960).
Loren (Santiago), «Aragón» (Guías de España). Ed. Destino (1977).
Muñoz Monasterio, «Arquitectura popular altoaragonesa». Rev. «Arquitectura», n.º 152.
Poza Ibáñez (Genaro), «Zaragoza en el recuerdo» (1978).
Urquijo (Alfonso de), «Alto Aragón». Su naturaleza. Magnífico, de 125 fotografías en color. Ed. Incafo. Madrid (1976).
Vila Valenti (J), «El paisaje humano en la Sierra de Albarracín» (1950).
Varios autores. «Los aragoneses». Ediciones Istmo (1977).

ANDALUCIA

Barrenechea, «Noticia de Andalucía» y «La Andalucía de la Sierra». Edicusa (1970-74).
Bergén Roldán (Luis) y Ortega Sagrista (Rafael), «Dibujando Jaén». Magnífico, gran formato (1976).
Bernal y Drain (Antonio Miguel y Michel), «Les campagnes sevillanes aux XIX et XX siècles» (1975).
Bernal y Abbad (A. M. y F.), «Classes dominantes et société rurale en Bassa-Andalusia». Morón de la Frontera (1977). (Publications de la Casa de Velázquez).
Carande (Ramón), «Sevilla, fortaleza y mercado». Secretaría de publicaciones (1972).
Collantes de Terán (Antonio), «Sevilla en la Baja Edad Media». S. de Publicaciones del Ayuntamiento. Sevilla (1977).
Escribano Ucelay (Víctor), «Comentarios sobre algunos elementos de arquitectura mudéjar en la Ciudad de Córdoba» (conferencia). Primer Congreso de Estudios árabes e islámicos (1962). «Estudio histórico-artístico del Alcázar de los Reyes Cristianos de Córdoba» (1972). Extenso estudio ilustrado con planos, dibujos y fotografías del autor.
Felez Umbelsa (Concepción), «El Hospital Real de Granada» (1979).
Gutiérrez Moreno (Pablo), «Fichas de Arquitectura rural andaluza». «El Caserío de la Hacienda de San Ignacio en Torquemada». Cortijos y Rascacielos (1945). «Caseríos sevillanos de Haciendas de Olivar». Rev. Arquitectura, núms. 11 y 12 (1919).
Haciendas de México (varios autores). Ed. Artes de México (1966). Magnífico estudio.
Hernández Díaz Tapia (M. Concepción), «Los monasterios de Jerónimas en Andalucía». Universidad de Sevilla (1976).
Higueras Arnal (Antonio), «El Alto Guadalquivir». Estudio geográfico. Centro de Estudios Jiennenses. Zaragoza (1961).
Juste (Julio), «La reforma de Granada de Gallego y Burín» (1938-1951). A. Ubajo Ed. (1979).
López Ontiveros, «La Campiña de Córdoba». Ed. Ariel (1974). Dep. de Geografía U. U. de Valencia y Murcia.
Morales Martínez (Alfredo), «Arquitectura Medieval en la Sierra de Aracena» (1976).
Morales Padrón (Francisco), «Los corrales de vecinos de Sevilla». Anales de la Universidad Hispalense (1974).
Orti Belmonte (M. A.), «Córdoba monumental, artística e histórica» (1980).
Pavón Maldonado (Basilio), «El arte hispano-musulmán en su decoración geométrica». Una teoría para un estilo. Madrid (1975). Ministerio de Asuntos Exteriores. Instituto Hispano-árabe de Cultura.
Prieto Moreno (Francisco), «Granada». Ed. Noguer (1954). «Los Jardines de Granada». Dirección General de Museos (1973). Espléndida edición.
Pastor Pérez (Francisca), «Arquitectura doméstica del siglo XIX en Málaga» (1980).
Rodríguez Becerra (Salvador), «Etnografía de la vivienda». El Aljarafe de Sevilla (1973). Planos y numerosas fotografías. Extensa bibliografía. De gran interés.
Rodríguez Becerra (Salvador), «Haciendas y cortijos sevillanos».
Sánchez de Rueda (Jerónimo y Teodosio), «Arquitectura andaluza» (Los hermanos Sánchez Rueda) (1978). (Acta Salmanticansia). Fil. y Letras, 105.
Sancho Carbacho (Antonio), «Haciendas y cortijos sevillanos». Archivo Hispalense. XVIII. Sevilla (1952).
Tijeras (Eduardo), «Bajo Guadalquivir». Edicusa (1976).
Villar Movellán (Alberto), «Arquitectura del regionalismo en Sevilla» (1900-1935). Ex. Dip. Prov. (1979).
Villar Movellán (Alberto), «Introducción a la arquitectura regionalista» (El modelo sevillano). Universidad de Córdoba (1979).

PAIS VASCO

Barandiarán (Ignacio), «Guipúzcoa en la Edad Antigua». Protohistoria y Romanización (1976).
Benítez Claros (Rafael), «La tierra vasca en la literatura». Ed. Mediodía (1962).
Baeschlin (Alfred), «La Arquitectura del caserío vasco». Prólogo de Pedro Guimón (1930).
«Casas de Campo Españolas». Prólogo de Martín

Noel (Arquitecto de Bellas Artes de la República Argentina). Ed. Canosa. Barcelona.
Caro Baroja (Julio), «Los Vascos». Ed. Minotauro (1958).
«Los pueblos de España». I y II. Ed. Istmo (1976).
«Semblanzas ideales». Ed. Taurus (1972).
«De la introducción a la historia social y económica del pueblo vasco» (VI). Ed. Txertoa.
«Estudios vascos» (I).
«Vecindad, familia y técnica» (Estudios vascos, II).
«Vasco-niana». (Estudios vascos, III).
«De la vida rural vasca». (Estudios vascos, IV).
«Introducción a la historia social y económica del pueblo vasco» (VI). Ed. Txertoa.
De Irízar (Joaquín), «Las casas vascas». Biblioteca Vascongada.
De Echegaray (Carmelo), «Monumentos civiles de Guipúzcoa». Rev. Arquitectura, tomos I y II.
Echegaray (J. M.), «La actualidad de la Casa Blasonada en el País Vasco». Marindad de Durango. Tomo I. Loiz. Bilbao (1980).
Infiesta Monterce (José Manuel), «Euskadi. El caserío vasco». Ed. Jano, n.º7 (junio 1975).
Iconografía de la Arquitectura vasca. Separata de «La Gran Enciclopedia Vasca». Bilbao (1972).
Martínez Erro (J. R.), «Olite» (Corte de Reyes). Ed. Gómez. Pamplona (1970).
Martínez de Ugalde, «Síntesis de la historia del País Vasco». Seminarios y ediciones (1974).
Ortiz Oses (A) y Mayr (F. K.), «El matriarcalismo vasco». Euskal Herria (1980).
Parellada (Juan), «El origen de los vascos». Iberos, Hebreos y Dioses. Plaza Janés (1978).
Peña Santiago (Luis Pedro), «Las ermitas de Guipúzcoa». Ed. Txertoa. San Sebastián (1975).
Sastrústegui (J. M.), «Etnografía navarra». Ed. D. N. Pamplona (1974).
Viers (Jorge), «Le pais basque» (Eduard Privat). Ed. Tolouse (1975).
Wilkinson (Henry), «Apuntes paisajísticos y musicales de las provincias vascas». Ed. Faes de la original inglesa. Londres (1978).

GALICIA, ASTURIAS Y CANTABRIA

Alvarez Cienfuegos (Fernando), «La humilde e insólita arquitectura del Valle de Pas». Rev. Jano, n.º 31.
Alvarez Gallego (Gerardo), «Los Pazos». Cuadernos de Arte Gallego. Vigo (1963).
Arquitectura Popular en Portugal (varios autores). «Sindicato Nacional de Arquitectos». Dos volúmenes magníficos. Lisboa (1961).
Benjamín Alvarez (Brenxa), «Una comarca a punta de lápiz». Laminarium de Mieres y Lena. Oviedo (1978).
Bonet Correa (Antonio), «Arte Prerrománico Asturiano». Ed. Polígrafa, S. A. Barcelona (1961).
«La arquitectura en Galicia durante el siglo XVIII». C.S.I.C. Madrid (1966).
Cabo Alonso (A), Figuera Valverde, Varela (J. L.) y Chamoso Lamas, «Introducción genográfica, histórica y literaria. Arte». Tierras de España (1976).
Castillo (Angel del), «Geografía General de Galicia». «La arquitectura en Galicia» (tomo I). Barcelona (1926).
Castro Arines (José de), «O libro das galerias galegas». Texto bilingüe. Ed. Do Castros.
Casado Soto (José Luis), «La provincia de Cantabria» (1727-1833). Centro de Estudios Montañeses (1979).
Cornide (Joseph), «Investigaciones sobre la fundación y fábrica de la Torre llamada de Hércules». Madrid (1971).
Cuadernos de Arte Gallego, «Los Pazos, Pazos de La Coruña, Pazos de Lugo, Pazos de Orense, Pazos de Pontevedra. Ciudades y Pueblos». Ediciones Castrelos (Vigo).
Echenique (Francisco),«Una casa en las Rías Bajas». Arte y Hogar, núms. 3 y 16.
«El problema de las cubiertas en las habitaciones de los Castros». Archivo Español de Arqueología. R. XXI, n.º 70 (1948).
Ealo de Sá (María), «El Románico de Cantabria en sus cinco Colegiatas». «Institución Cultural de Cantabria». Diputación Provincial de Santander (1978).
Fernández-Miranda (Alvaro), «Historia de una comarca asturiana: Grado y su Concejo». Madrid (1907).
García Bellido (Antonio), «Los tipos de casa-choza gallega». C. E. Gallego (1947). T. II. «La extensión actual de la casa redonda en la Península Ibérica». R. Dialestología y Tradiciones Populares (1967).
García Fernández (José Luis y Efrén), Fernández B. de Quirós (Carmen), «El Camino Real del Puerto de la Mesa». C.O.A. León y Asturias (1976).
García Tizón (Antonio), «Galicia». Caminos literarios. Col. Mediodía (1962).
García Guinea (Miguel Angel), «Santillana y Altamira». Everest (1976).
García Guinea (Miguel Angel), Santillana del Mar». Past and Poetry (1971). Ed. inglesa. Magníficas ilustraciones y un plano de la ciudad, utilísimo para su visita.
Garmandía Larrañaga (Juan), «Caserío, hitos fúnebres, galería del boyero. Las Ferrerías» (1976).
González Ruiz (Juan), «Cantabria» (1979).
Gutiérrez Colomer (Rafael), «Tipos populares santanderinos» (1978).
González García (Vicente José), «Castillos, torres y fortalezas de Asturias». Ayalga Ediciones (Salinas).
«Castillos, palacios y fortalezas en el Principado de Asturias». Oviedo (1978).
González (Fernando), «Los hombres de las pallozas» (En la sierra de Aucares). Suplemento dominical «El País» (1978).
Groba (Rogelio), «Canciones de Galicia». Ed. Alpuerto, S. A. (1975).
«Historia de Asturias». Ayalga, Ediciones. Oviedo (1978) (varios tomos).
Inventario Pazos y Torres. «Amigos de los Pazos». Aparecidos cuatro preciosos volúmenes de magnífica impresión, con planos. Una gran obra. Vigo (1976).
Kruges (Fritz), «Las brañas». B. del I. de Estudios Asturianos (1949).
Lema Suárez (Xosé), «Habitad Rural Gallego». «Bamiro Parroquia rural». C.O.A.G. En gallego. Santiago (1977).
Los gallegos (varios autores). Ediciones Istmo. Madrid (1976).
Llano (Aurelio del), «Bellezas de Asturias de Oriente a Occidente». Edit. Diputación Provincial de Oviedo (1928).
Martínez Barbeito (Carlos), «Torres, Pazos y Linajes de la provincia de La Coruña». Diputación Provincial (1978).
Martínez Barbastro (Carlos), «La Coruña». Col. Andar y Ver. Nogués.
Maury (Jean), «The Asturian in Portugal». Tipology and Cronology. Trad. (1977).
Medina (Begoña), «Galicia», «España es así». Ed. Nebrija. León (1979).
Mora Villar (Manuel Felipe), «Cantabria» (Histórica). Santander (1979).
Núñez (Manuel), «Arquitectura prerrománica» (C.O.A.G.) (1978).
Otero Pedrayo (Ramón)
«Guía de Galicia. Una cultura de Occidente». Ed. Everest (1975).
«Historia de Galicia». Tomo II.
«Paisajes y problemas geográficos de Galicia». Madrid (1928).
«Guía de Galicia». Galaxia. Vigo (1965).
Ozores (Xavier) (Marqués de Quintanar), «Los Pazos Gallegos».
Pazos de Pontevedra. «Grabados del Conde Carbal» (1972). Ed. Caja de Ahorros de Pontevedra.

Pereda de la Reguera (Manuel), «Cantabria, raíz de España» (1979).
Ramallo Asensio (Germán), «La arquitectura civil asturiana». Epoca Moderna. Ayalga. Ed. Salinas.
Rollán Ortiz (Jaime Federico), «Iglesias del arte asturiano. Arquitectura prerrománica asturiana». Siglos IX y X (Guía).
Rodríguez Castellano (Lorenzo), «Aspectos del bable Occidental». Oviedo (1954).
Risco (Vicente), «O problema político de Galicia». Vigo (1976).
Romero Masía (Ana), «El hábitat castreño». C.O.A.G. Santiago (1976).
Sá Bravo (Hipólito), «Rutas del románico en la provincia de Pontevedra» (1978).
Santamatilde (Francisco), «Santander». Ediciones Sur. Santander (1978).
Saavedra (Pegarto), «Economía rural antigua en la montaña lucense». El Concejo de Buzón. (Univ. de Santiago) (1979).
Sandomingo (Teodoro), «La Coruña en seis rutas». Diputación Provincial de La Coruña.
Simón Cabarga (José), «Santander», Sidonibera (biografía de una ciudad) (1979).
Tax Freeman (Susan), «The Pasiegos», «Spaniards in no man», «S. laud». The University Chicago Press (1979).
Tipología de la vivienda popular gallega. «La costa. El interior». Comisión de Cultura. Colegio Oficial de Arquitectos (1975-76). Boletín núms. 1, 2, 3, 4, 5, 6.
Trapero Pardo (I), «Lugo, antigua fortaleza». Ministerio de Cultura (1980).

LEVANTE, CATALUÑA Y BALEARES

Almela Vives (Francisco), «Alquerías de la Huerta Valenciana» (1932).
«Jardines Valencianos» (1945).
Alomar Esteve (Gabriel), «Ha. de la Islas Baleares». Hasta 1800. Ed. Cort (1979).
Arquitectura y Lágrimas, «Documento de la Arquitectura Popular Catalana para el Museo de la Historia de la Ciudad». Ed. Tusquets (1975).
Aiguader i Miró (Jauma), «El problema de l'habitación obrera en Barcelona». Instituto Municipal de Higiene (1932).
Bassegoda Nonell (Juan), «La Masía Catalana». Arquitectura popular. Ed. Jano, n.º 6 (mayo 1973).
Ballester Nicolás (J). «Murcia». Ed. Everest.
Bisson (Jean), «La terre et l'homme aux iles Baleares». Ed. Aic-Provence (1977).
Bonet (Juan), «Islas Baleares». Publicaciones Españolas. M. I. y T.º (1966).
Cabanilles, «Observaciones sobre el Reino de Valencia».
Camps y Arboix (Joaquín), «La Masía Catalana». Ed. Aedos. Barcelona (1968).
Cerio (Edwin), «La Casa nel Paesaggio di Capri». Ad. Alfieri. Roma (1923).
Ciges Pérez (Miguel), «La vivienda rural en la montaña». Revista «Generalitat». B. Diputación Provincial de Valencia (1964).
Coderch (J. A.) (1945-1976). Xarait, Ediciones (1976).
Coloma (Rafael), Viaje por tierras de Alicante». E. A. Aguado (1957).
Corte Más (José), «Jalón». Un pueblo en las Sierras de la Marina. Instituto de Estudios Alicantinos (1975).
D'Escrivá (Josep), «Les Nostres barraques». Valencia (1976).
Esteve de Corbera, «Cataluña ilustrada».
Enriquez de Salamanca (Cayetano),«Pel Pirineu Catalá (de la Vall d'Aran a l'Alt Urgell)». Ed. Autor (1978).
Foment de las Arts Decoratives, «Per la bellesa de la Llar Humil». Ilustrado. Barcelona (1923).
Garay (Luis), «Una época de Murcia» (1977).
Helio Piñar, «Arquitectura Catalana» (La Gaya. Ciencia). Barcelona (1977).
Luján (Néstor), «Costa Brava». Ed. Noguer, S. A. (1957).
Llopis (Arturo), «Ibiza». Ed. Noguer. Barcelona (1956).
Llopis Sarrió (Joan), «Cataluña». Ed. Nebrija. León (1979).
Martí Camps (Pedro), «Historia de Menorca» (1971).
Medioné (María-Alicia), «El Cantón de Cartagena». Estudios de Historia Contemporánea (1979).
Merino Alvarez (Abelardo), «Geografía histórica de la provincia de Murcia». Ed. Asoc. Alfonso el Sabio. Murcia (1978).
Meliá (Josep). «Los mallorquines». Cuadernos del Diálogo (1968).
Ortuño Palao (Miguel), «La villa de Yecla en el siglo XVIII» (1979).
Plá (José), «Mallorca, Menorca e Ibiza». Ed. Destino (1948).
Planelles (J), «Altea». Crónica y Guía. Alicante.
Ronillard (P), «Investigaciones sobre la naturaleza ibérica en Sagunto». Valencia (1979).
Sandinmange (M. P.), «La masía catalana», en catalán. Lib. Catalonia (1929).
San Martín Perea (Julio), «Mallorca». Breviario de viaje. Palma (1946).
Seijo Alonso (Francisco, G.),«Arquitectura rústica de la región valenciana». Edita el autor. Alicante (1979).
Vidal (Tomás), «La casa rural y la arquitectura tradicional mallorquina». Universidad de Barcelona. Departamento de Geografía.
Varios autores. «La comarca de la Vega Baja del Segura». Universidad de Murcia (1977).

Biografía

Esta biografía ha sido tomada y actualizada de la publicación por el propio arquitecto en la revista "Nueva Forma" número 69, octubre de 1971, con motivo del número especial dedicado a Fernando García Mercadal.

F. G. M.—Nació en Zaragoza, el 5 de abril de 1896. Estudios: Maristas y Facultad de Ciencias. Arquitecto por la E. S. de Arquitectura de Madrid. Promoción de 1921, número 1.

Estudios de Don Ignacio Aldama, de 1920 a 1923 y en el de Don Secundino Zuazo en 1929. (Estudio con Rivas Eulate, Aníbal Alvarez y Cantó).

Pensionado por oposición (1923) Academia de España en Roma. Pensionado (1923-1927), estudia en Roma, Viena, Berlín y París. En la Technische Hochschule (Berlín). Profesores Poelzig y Janzen-Bünz (Städtebau Seminar) (1926). En París (Institut d'Urbanisme), Sorbona (1.º y 2.º semestre, 1926-27). Profesores Marcel Poête, Greber, Brüggeman.—E. de A. y O. (Madrid, 1916). Profesores Inurria y Ferrant.

Pensionado invitado (Residente) en la Primera promoción de la *Casa de Velázquez*, inaugurada en 1928. (Renuncia por falta de tiempo para cumplir debidamente).

Viajes de estudio y turismo por Europa, continuados sobre información Hospitales, Europa y América.

Ultimo secretario de la *Sociedad Central de Arquitectos* (1927-28-29) antes de transformarse en Colegio Oficial de Arquitectos.

Prof. Auxiliar de la E. S. de Arquitectura de Madrid.

Encargado de Curso (proyectos primer curso y composición de edificios, 1934-35-36).

Conferencias en la Universidad de Verano de Santander (1933-34). Instituto Nacional de Sanidad (1935) y en Bilbao, San Sebastián, Santander, Barcelona y Madrid (Sociedad de C. y Conferencias, 1930).

En 1979 es nombrado académico de número de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando de Madrid.

Ayuntamiento de Madrid

Colaborador contratado del libro *Informaciones sobre la ciudad.*—Preparación al concurso Internacional del Plan de Extensión de Madrid (1929). (Coordinador Eugenio Fernández Quintanilla).

Arquitecto Municipal de Madrid, por concurso. (Jefe de Parques y Jardines y de la Oficina de Urbanismo, 1932-1940).—Secretario del *Comité de Reforma y Reconstrucción y Saneamiento de Madrid.* Representante de la Oficina de Urbanismo Municipal (1937-1938). (Véanse proyectos diversos de la Memoria, realizados en colaboración con otros arquitectos).

Obras y proyectos en el Ayuntamiento de Madrid. (Véase libro «Parques y Jardines» del autor).

Jardines de Caballerizas o de Sabatini.—Pabellones del Retiro.—Reformas de las Plazas Mayor y de la Encarnación.—Reforma de la Cuesta de la Vega.—Instalaciones deportivas de la Casa de Campo (no ejecutadas).—Proyectos para la reforma de la Plaza Mayor, Jardines del Prado, del Museo. Cementerio San Martín (no ejecutados). (Véase libro «Parques y Jardines»).

Exposiciones

Premios Nacionales de Arquitectura los años 1931 (tercer premio), 1932 (segundo premio) y 1933 (primer premio). Exposiciones Nacionales de Bellas Artes, 1922-1926. Exposición Nacional de Horticultura (1930) Medalla de Plata. *Exposición privada de proyectos en «Amigos del Arte» (1928).*

Oferta de Contrato

Ministerio de Sanidad y Asistencia Social de Venezuela (1946).

Congresos

Participante en Congresos Nacionales y Extranjeros. Congreso Nacional de Urbanismo (1926), *I, II y III Congress Inter, d'Architecture Moderne Chateau de La Sarraz (1928), Fundación del CIAM, Frankfurt (1929), Bruselas (1930), Barcelona (1932).*

GATEPAC

Delegado en España del C.I.R.P.A.C. (Cimté International pour la realization des problemes de l'Architecture contemporaine). Véanse obras de Carlos Flores y de Oriol Bohigras.

Miembro de la Sociedad Internacional de la Vivienda (1929).

Promotor del «Concurso de Proyectos de Viviendas mínimas», que figuraron en la Exposición Internacional de Berlín (1930).

Proyecto de playas populares en el Jarama (GATEPAC). En colaboración (1930).

URBANISMO

Proyectos de Urbanización de Bilbao, Sevilla, Burgos, El Ferrol, Ceuta, Cuenca, Badajoz, Logroño. Béjar (en colaboración con Tomás Rodríguez) y Marbella, concursos y encargos directos de municipios y privados. (Véase relación de concursos).—Director de la Sociedad de Urbanización «Los Remedios», de Sevilla. Concesionario del Proyecto de Ensanche de Sevilla (1929-1932) (actualización del proyecto de Zuazo).

Proyecto de Conjunto de las edificaciones de la Plaza de Cuba (no ejecutado). (Véase R. A.).

Edificio Fabra-Coast, colaboración con Eduardo Torroja (1931).

Bloques de viviendas baratas «Los Remedios». (Véase R. A.).

JARDINES PRIVADOS

Uno en Madrid (Chamartín), dos en Málaga y uno en Alicante. (Véase «Parques y Jardines»).

PUBLICACIONES

La casa popular en España. Calpe. 1930. En 1981 la editorial Gustavo Gili hace una nueva edición de esta obra, conservando el carácter tipográfico de la época.

Urbanización y Plan Regional. Traducción del alemán, en colaboración (con apéndice traductores) (1930).

Plan regional de Madrid (1939).

Numerosos estudios y artículos (24) profesionales en diarios, principalmente «El Sol», revistas profesionales nacionales y extranjeras.

Parques y Jardines. (Afrodisio Aguado). Tres ediciones 1949, 1950, 1951. (En preparación nueva edición ampliada y actualizada).

"Sobre el Mediterráneo". Sus litorales, pueblos culturas. Madrid, 1980. (Discurso de entrada a la Academia.)

EDICIONES PARA AMIGOS

«Vía Estrecha» (1947). Memorias.

«Galimatías» (53-54-55).

«Regreso de UTOPIA» (1973) (Memorias). En prensa.

«El Inter...» (Un acto). Homenaje a Samuel Becket.

«Galimatías» (56-72). (En prensa).

Enseñanza de la Arquitectura (inéditos). Memoria pedagógica y Programa (50 lecciones), mayo 1936, del Concurso oposición convocado para septiembre 1936 (no celebrado) a la Cátedra «Teoría del Arte Arquitectónico» y «Teoría de la Composición de Edificios».

Consejero Honorario de la Institución «Fernando el Católico» (1972).

ALGUNOS CONCURSOS EN LOS QUE PARTICIPO: 72 en total

Rincón de Goya, en Zaragoza (1928) ejecutado.

Monumento a Costa, en Graus (Huesca), ejecutado. (Escultor José Bueno).

Monumento a Elcano, en Guetaria (1919). Siendo estudiante, en colaboración con Arnal, Lacasa y Fernández de la Torre, ganado en primero y segundo grado (no ejecutado).

Jardines de Caballerizas (primer premio), autor del proyecto ejecutado y director de las obras hasta 1940.

Plano de Urbanización de Burgos. (Primer premio). Encargo proyecto de un sector (1929).

Plano de Urbanización de Logroño (Segundo premio).

Plano de Urbanización de Ceuta (accésit). En colaboración (1930).

Plano de Urbanizaciones de El Ferrol (segundo premio) (1929).

Plano de Urbanización de Badajoz (1930), en colaboración.

Plano de Urbanización de Sevilla (1930) adquirido proyecto.

Plano de Urbanización de Bilbao (1926). En colaboración con el profesor Otto Bünz, de Berlín.

Club Alpino Español (Primer premio). En colaboración con De Rivas Eulate. (Ejecutado) (1931).

Concursos Nacionales de Arquitectura: Tercer premio (CINE) (1931).—Segundo Premio (ESCUELA) (1932).

Primer premio (MUSEO DE ARTE MODERNO) (1933).

Escuela Elemental de Trabajo en Avila (Segundo premio).

Ateneo Mercantil de Valencia (1927). En colaboración con Emilio Moya (48 proyectos).

Grupo Escolar en Bilbao (accésit) en colaboración (1932).

Escuela de Agricultura en Lérida. (Segundo premio).

Patronato Nacional de Ciegos (Sevilla). Anteproyecto premiado.

Edificaciones Militares en Madrid. Premiado en primer grado, sólo dos proyectos elegidos entre *52 concursantes* indemnizado, a partes igual en el segundo. (Colaborador Cte. G. Tanago).

Escuela de Artes y Oficios de Madrid (1931). Premiado en primer grado (en colaboración).

Edificio Caja de Previsión Social de Castilla la Vieja (1933).

Casino de Toledo (1922).

Casino de Segovia (1922) (accésit).

Monumento a la Reina Cristina (26 proyectos) (premiado en primer grado uno de los cinco elegidos para su desarrollo). Colaboración J. M. de Rivas Eulate, José Bueno, escultor (ex pensionado de la A. de Roma).

Proyectos para la Exposición de Barcelona(1929).

Anteproyecto edificio de Obras Públicas en Zaragoza, premiado primer grado.

Diversos pequeños proyectos del Patronato Nacional de Turismo (1929).

Concurso Monumento a Pablo Iglesias (1931).

Hipódromo de Madrid (accésit) 1933 (8 proyectos).

Urbanización parcial y edificios de Cuenca (en colaboración).

Hogar Escuela al aire libre (Madrid) 1940 (no realizado).

Manicomio de Lérida.

Concurso internacional del Stadium de Lisboa. (En colaboración con R. Bergamín).

Tipos de viviendas rurales de INV, premiados diversos tipos.

Fuente de Villanueva (en colaboración con A. Aníbal Alvarez).

Concurso Residencia Sanitaria del Seguro de Enfermedad de 500 camas (segundo premio) 1947. (En colaboración con R. Aníbal Alvarez).

Concurso Conservatorio «Pablo Sarasate», Pamplona (ejecutado).

Residencia Sanitaria (proyecto teórico) de 200 camas(INP). Segundo premio. Convocado por el S. O. E. (1963).

Edificios de Viviendas en Madrid. Calles Diego de León, Moreto, Gaztambide, Segre... (en colaboración R. Aníbal Alvarez).

Instituto de Higiene en Burgos (construido) 1930.

Casa en Béjar (Salamanca) y Naves Fábrica (F. G. R.).

Dos casas de vecindad en Zaragoza.

Casa particular (restauración) en Sevilla.

Edificio Taillefer (Alameda) Málaga (en colaboración con Aníbal Alvarez).

Edificio de Oficinas en la calle Silva, de Madrid (colaboración A. A.).

Edificio de Oficinas en Cádiz (calle Mayor).

Bloques de casas para la clase media en la calle de Colomer (Madrid) (en colaboración Aníbal Alvarez).

Cines «España» e «Imperial», en Cádiz (1951, 1963).

Bloque de viviendas en R. Fernández Villaverde (Madrid) (colaboración Aníbal Alvarez).

Bloques de cuatro viviendas en la Colonia Residencia (Madrid).

Naves industriales en las calles de Cabanilles y Toledo (colaboración Aníbal Alvarez).

Dos casas unifamiliares en El Viso (Madrid).

Iglesia del Colegio Salesiano (Béjar).

Escuela de Formación Profesional y Talleres en el Colegio «Infanta María Teresa» (Madrid). En colaboración con Aníbal Alvarez. (Ejecutado).

CASAS DE CAMPO

Hotel en Puerta de Hierro (C. Peregrinos), Ciudad Lineal. Dos en El Escorial, El Carpio (Toledo), La Adrada, Los Peñascales, Torrelodones, Hoyo de Manzanares, San Fernando (Madrid), Zaragoza (Dr. H.), tres en Las Rozas, Villarrubia (Córdoba), dos en La Ciudad Ducal, en la calle de Zurbano (ya desaparecido), nueve hoteles diversos propietarios en Torremolinos (Montemar), Casa Quemada (Madrid), Chamartín (Madrid), Torremolinos (Sres. de Q.), La Albufera (Alicante), Bahía de Rosas (Sres. S. P.), etc...

OBRAS Y PROYECTOS EN EL SEGURO DE ENFERMEDAD - E - I.N.P.

Arquitecto, doble concurso, del Departamento de Arquitectura de la S.O.E. y del I.N.P., como conseuencia de ganar el segundo premio del concurso de una Residencia de 500 camas (1946), en colaboración con R. Aníbal Alvarez.

CONTRATO DEL I.N.P. EN 1947 (primeras obras S.O.E.)

Residencia Sanitaria provisional en el Paseo de Santa María de la Cabeza (Madrid) 40 camas y Ambulatorio en la Calle de Robles (Vallecas-Madrid).

Residencia Sanitaria (provisional) y Ambulatorio en el Paseo del General Mola, en Zaragoza (25 camas), obras de adaptación.

Residencia Sanitaria (provisional) en Oviedo (50 camas), Plaza de América.

ZARAGOZA

Residencia Sanitaria «José Antonio», de 500 camas, con Ambulatorio Completo (1947).

Ambulatorio Completo «Ramón y Cajal».

Sede de las Delegaciones del I.N.P. y Trabajo.

Ambulatorio reducido en «Ebro Viejo» con Agencia I.N.P.

Centro de Traumatología y Rehabilitación de 400 camas (1969).

Nuevo Servicio de Anatomía Patológica en R. S. (1970). Colab. Dr. Martínez Tello.

Residencia Sanitaria de 50 camas con Agencia I.N.P. y Ambulatorio en Calatayud.

Agencia del I.N.P. con Ambulatorio reducido en Caspe.

Agencia I.N.P. en La Almunia de Doña Godina.

Ambulatorio con Agencia I.N.P. en Tarazona.

Ambulatorio con Agencia I.N.P. en Egea de los Caballeros.

HUESCA

Residencia Sanitaria de 200 camas con Ambulatorio.

Ambulatorio, con viviendas en Jaca.

Dos Ambulatorios reducidos con Agencia I.N.P., en Barbastro y Monzón.

TERUEL

Residencia Sanitaria de 200 camas.

Ambulatorio con Agencia I.N.P. en Mora de Rubielos.

ALAVA

Residencia Sanitaria de 150 camas en Vitoria, posteriormente ampliación Maternidad (100 camas).

ANDALUCIA

Tres Ambulatorios completos con Agencia del I.N.P. en Sevilla (Marqués de Paradas, Dr. Fleming y María Auxiliadora).

Ambulatorios reducidos en El Tardón (Sevilla), Utrera (con Agencia I.N.P.) Ayamonte (Huelva) con Agencia I.N.P., *Maternidad de Riotionto (Huelva)* con Agencia I.N.P.

ASTURIAS

Ambulatorio con Agencia I.N.P. en Mieres (Oviedo).

Residencia Sanitaria de 450 camas en Oviedo.

Ambulatorio completo en Gijón (Oviedo).

Residencia Sanitaria de 125 camas en Mieres.

Centro Piloto de Traumatología y Rehabilitación en Oviedo (100 camas).

Ambulatorio Completo en Oviedo (C. Caveda y Lila).

Residencia Sanitaria de 650 camas en Oviedo (proyecto no ejecutado).

Ambulatorio con Agencia del I.N.P. en Sama de Langreo (Oviedo).

GUADALAJARA

Residencia Sanitaria de 100 camas.

Delegación Provincial del I.N.P. con Ambulatorio completo.

Escuela Residencia Enfermeras y Comunidad Religiosas.

Ampliación de la Residencia, 250 camas más, con servicios de Rehabilitación y consultas (proyecto 1972).

LOGROÑO

Residencia Sanitaria de 200 camas en Logroño y Ambulatorio Completo con camas, en Haro.

MADRID

Ambulatorios completos en Modesto Lafuente («Hermanos Aznar») y Barrio de San Blas («Pedro González Bueno») con Agencia I.N.P. (Obras de ampliación de este último 1972).

NAVARRA

Residencia Sanitaria de 200 camas en Pamplona.

Ambulatorios en Pamplona (La Chantrea) y Tudela. (No ejecutados).

LERIDA

Residencia Sanitaria de 300 camas en Lérida y Ambulatorio Completo.

BARCELONA

Ambulatorio Completo en San Martín.

PROYECTOS NO EJECUTADOS

Centros de Traumatología y Rehabilitación en Huesca y Vitoria.

Bloques de viviendas para funcionarios del I.N.P. en Madrid y Oviedo.

EDIFICIOS INDUSTRIALES

Fábricas en Madrid (Arganzuela), Zaragoza (J. G. D.), Antibióticos, S. A. en León (1948), Quirós, S. A., «Manufacturas del Vestido» y «Cortefiel», en Madrid.

EDIFICIOS RECIENTES EN MADRID

Edificio «Lima», en la Avda. del Generalísimo (1962).

Edificios «Antibióticos» en Bravo Murillo (1963).

ALICANTE

Reconstrucción del «Castillo de Ansaldo» (1963).

Ficha técnica de la Exposición

— Dirección del proyecto de la exposición y supervisión de la edición del catálogo: Alvaro Martínez Novillo.
— Coordinación del catálogo y exposición: Concha Vela.
— Diseño gráfico: Manuel Martínez Muñiz y Fernando López Cobos.
— Diseño de la exposición: Manuel Martínez Muñiz.
— Maquetas: Jordi Brunet.
— Enmarcado de obras: T. M. Marva.
— Depósito legal: M. 35.133-1984.
— I. S. B. N.: 84-505-0493-7.
— Imprenta de la Comunidad de Madrid.

Comunidad de Madrid

Consejería de Cultura, Deportes y Turismo

DIRECCION GENERAL DE CULTURA